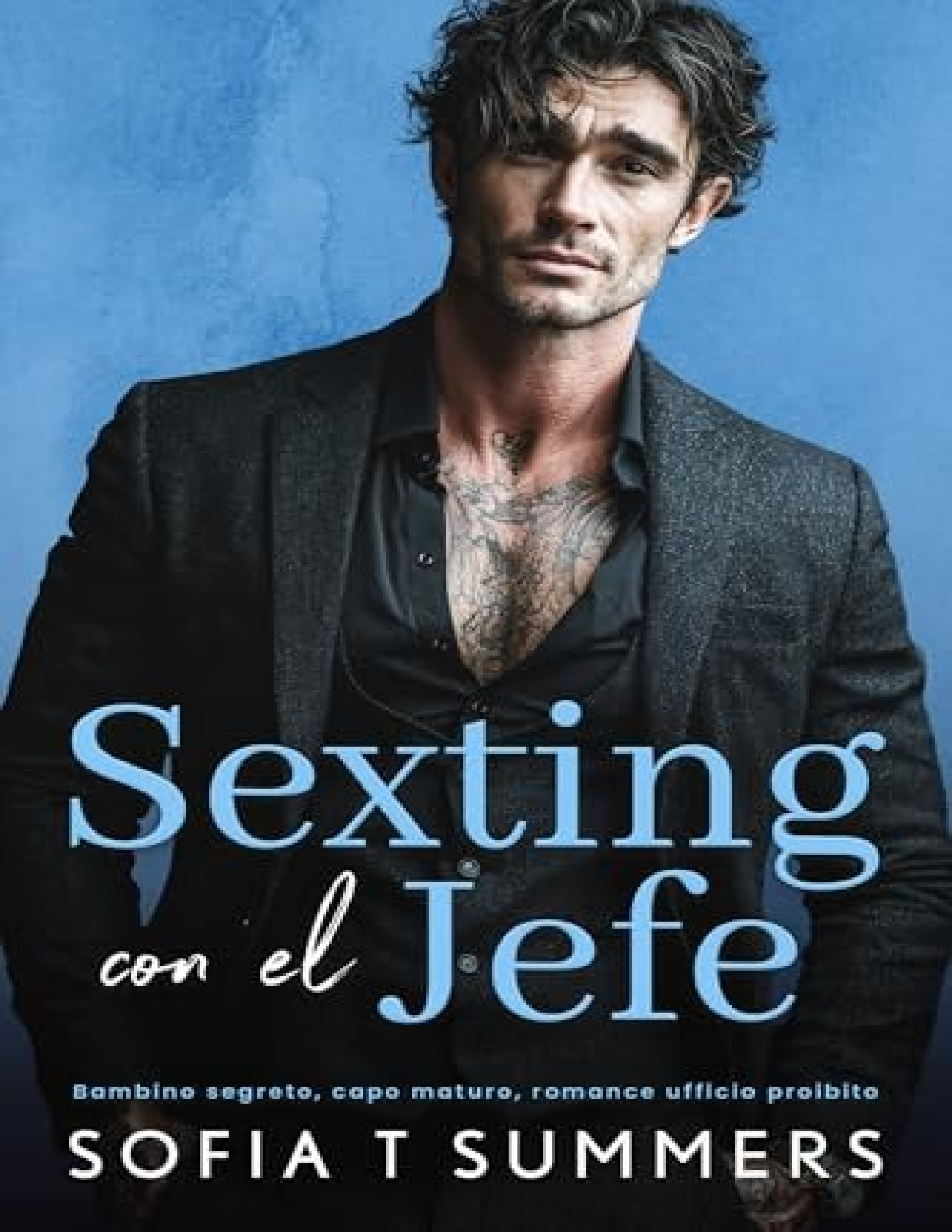

Sexting
con el Jefe
Bambino segreto, capo maturo, romance ufficio proibito
SOFIA T SUMMERS

SEXTING CON EL JEFE

BEBÉ SECRETO, JEFE MAYOR, ROMANCE
OFICINA PROHIBIDO

SOFIA T SUMMERS

ÍNDICE

Descripción
1. Lila
2. Lila
3. Lila
4. Lila
5. Ethan
6. Lila
7. Ethan
8. Lila
9. Ethan
10. Lila
11. Lila
12. Ethan
13. Lila
14. Ethan
15. Lila
16. Lila
17. Ethan
18. Lila
19. Ethan
20. Lila
21. Ethan
22. Lila
23. Lila
24. Ethan
25. Lila
26. Lila
Epílogo: Lila

Copyright © 2026 por Sofia T Summers
Todos los derechos reservados.
La siguiente historia contiene temática adulta, lenguaje explícito y situaciones de contenido sexual. Está dirigida a un público adulto.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, a excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

 Formateado con Vellum

DESCRIPCIÓN

Le envié un mensaje erótico a mi jefe por error.
Un multimillonario. Un maduro atractivo y obsesionado con el control.
El último hombre que debería haber visto esa foto.

Esperaba que me despidiera.
En cambio, me respondió—
—Si vas a suplicar, pequeña... hazlo como es debido.

Un error se convirtió en mensajes de alto voltaje.
Noches hasta tarde. Puertas cerradas. Sus reglas.

En el trabajo, apenas me mira.
¿En privado?
Es dueño de cada centímetro de mí.

Pero alguien nos observa.
Amenazando. Esperando a que cometamos un desliz.

Y estoy ocultando algo que podría destruirnos a ambos.
Porque ahora llevo dentro su mayor error.

Y cuando se entere...

Su voz se vuelve mortalmente tranquila— —No vas a huir de mí, Lila. No llevando a mi hijo en tu vientre.

1

LILA

Mi móvil vibra y se me encoge el estómago incluso antes de mirar.

Aviso de descubierto.

No me hace falta abrir la aplicación para saber lo que dice, y tampoco necesito abrir el correo para saber qué hay allí esperando.

Alquiler pendiente.

Exhalo por la nariz, bloqueo la pantalla y mantengo la sonrisa, porque el mostrador de recepción de Cross Enterprises es prácticamente una pecera y yo soy el pez al que todos miran.

Lunes, ocho y cincuenta y siete de la mañana, y ya voy perdiendo.

Un hombre con un traje de color carbón pasa a zancadas por delante de mi mesa con un café que cuesta más que mi compra semanal. No me mira, porque los hombres así no miran a mujeres como yo a menos que estén decidiendo algo.

Me ajusto la chaqueta, me aliso la parte delantera de la blusa e ignoro la vocecita mezquina de mi cabeza que quiere decir: *Si llevara menos tela, ¿me verías entonces?*

No. Hoy no voy a hacer eso.

Hoy voy a ser profesional, voy a ser eficiente y voy a aguantar ocho horas seguidas siendo la asistente de Ethan Cross sin prender fuego a nada.

Lo cual es bueno, porque si pierdo este trabajo, no estaré «entre oportunidades».

Estaré en la calle.

Mi bandeja de entrada está gritando. Mi calendario está a rebosar. Los tacones ya me aprietan y solo he dado dos pasos desde mi silla.

Vuelvo a revisar la agenda de Ethan, compruebo la reserva de la sala de juntas, verifico la recogida de su coche y escaneo las notas que escribí anoche porque me había enviado un correo electrónico a las 23:48 con una sola palabra.

Arrégalo.

Sin hola. Sin por favor. Sin reconocer que soy un ser humano y no una función.

Ethan Cross no es un hombre cálido ni cercano. Es el tipo de hombre que parece haber nacido en un traje y el traje ha aprendido modales de él.

También es el tipo de hombre que hace que mi estúpido cuerpo reaccione incluso cuando mi cerebro intenta mantenerse empleado.

Cuarenta y dos años, más o menos. Canas entrelazadas en el pelo oscuro, mandíbula marcada, hombros anchos y unos ojos que siempre parece que saben qué aspecto tienes en ropa interior.

Llevo once meses trabajando para él y he aprendido dos cosas.

Uno, Ethan Cross no falta a las reuniones.

Dos, Ethan Cross no tolera los errores.

El teléfono de mi mesa suena.

Respondo al primer timbrazo. —Buenos días, Cross Enterprises.

Su voz suena al otro lado de la línea, breve y cortante. —¿Dónde está ella?

Ni «hola».

Ni «buenos días».

Ni «quién es».

Solo eso.

Me enderezo. —Soy Lila Bennett.

Silencio durante medio segundo; después: —¿Dónde están las cifras revisadas para la adquisición de Larkstone?

Se me tensa la espalda. —En su carpeta, señor. Las proyecciones actualizadas se imprimieron y entregaron en su despacho a las 8:41, y le envié la hoja de cálculo por correo electrónico a la misma hora.

Otra pausa, luego un ligero cambio en su respiración, como si estuviera recalculando.

—Tráelas a la sala de juntas —ordena—. Ahora.

Mis ojos se desvían al reloj.

8:58 a. m.

La reunión de la junta empieza a las nueve.

—Enseguida —digo, y no permito que mi voz tiemble.

Me levanto rápido, y la falda se me sube un poco al moverme, porque mis caderas no saben ser «estilizadas e invisibles». Elegí esta falda de tubo porque me hace parecer capaz, y lo hace, pero también hace que cada paso parezca una declaración de intenciones.

La gente actúa como si las curvas fueran una invitación, y yo he pasado años aprendiendo a hacer que se metan en sus asuntos.

Cojo la carpeta, compruebo que es la correcta y empiezo a caminar hacia el despacho de Ethan.

Al dar el segundo paso, mi codo choca con la esquina de mi mesa y un bolígrafo sale rodando, cayendo al suelo con estrépito.

Un hombre cerca de la impresora mira hacia aquí. Sus ojos me recorren de arriba abajo con esa clase de interés perezoso que me produce escalofríos.

No reduzco la marcha.

La puerta del despacho de Ethan está abierta y su silla de asistente ejecutivo está vacía, porque él nunca se sienta cuando puede caminar de un lado a otro.

Está junto a la ventana, con el teléfono en la oreja, la chaqueta del traje abrochada, la corbata impecable, y está diciendo: —No, te encargarás tú —como si el concepto de negativa no existiera.

Se gira cuando entro y sus ojos se posan primero en la carpeta que tengo en las manos, luego en mi cara, después algo más abajo durante un instante demasiado largo para ser accidental, y de nuevo arriba.

Quizá solo me estoy imaginando cosas.

Termina la llamada con un toque y extiende la mano sin decir palabra.

Le entrego la carpeta y mis dedos rozan los suyos por un segundo.

Su piel está caliente, pero la mía no.

Su mirada no se aparta. —Larkstone —dice, abriéndola mientras camina—. El EBITDA revisado asume una reducción de plantilla.

—Sí —digo, igualando su zancada, porque si me quedo atrás fingirá que no me conoce—. Pero se presenta como una reestructuración, no como despidos, y el texto para relaciones públicas ya está redactado.

Se detiene en el pasillo y yo me detengo con él. Estamos lo bastante cerca como para oler su colonia. Es deliciosa, como todo lo demás en él, maldita sea.

Mira la página y luego a mí. —¿Por qué es distinta la línea de impuestos?

—Porque sus declaraciones anteriores eran chapuceras. —No puedo evitar el tono cortante de mi voz—. Saqué yo misma los últimos tres años y reconstruí el modelo. Si lo hubiera hecho su equipo financiero, entraría en esa reunión con cifras erróneas.

Unas cuantas cabezas se giran hacia nosotros y lo noto, pero no me importa.

Si voy a estar arruinada, al menos voy a tener razón. La boca de Ethan se tensa. —Mi equipo es competente.

—Seguro que lo son. —Mantengo la expresión neutra, aunque me apetece poner los ojos en blanco—. Pero las declaraciones seguían estando mal.

Me mira fijamente durante un largo segundo.

La mayoría de la gente se amilana ante esa mirada. He visto cómo ocurre. Hombres con títulos de MBA y relojes brillantes empiezan a tartamudear cuando Ethan Cross los mira con los ojos entrecerrados.

Yo no me amilano, porque amilanarse no paga el alquiler. Finalmente, asiente una vez, luego se da la vuelta y continúa hacia la sala de juntas. —Bien —dice—. Entonces no entraremos a ciegas.

Parpadeo.

Eso ha sido casi... aprobación.

Debería sentirme orgullosa. En cambio, mi cuerpo vuelve a hacer esa cosa molesta, en la que reacciona a su voz como si fuera una mano en mi garganta.

Llegamos a las puertas de la sala de juntas y los altos ejecutivos van entrando, todos con perfumes caros y sonrisas pulidas.

Ethan entra primero y yo lo sigo, porque mi trabajo es ser invisible hasta que se me necesite y entonces ser perfecta.

Me muevo hacia un lado, pongo las copias extra sobre la mesa y mantengo la espalda recta.

Un hombre en el otro extremo me mira y luego le susurra algo a la mujer que tiene al lado. Ella resopla.

Capto las palabras de todos modos.

—El código de vestimenta de las asistentes se está volviendo generoso.

Se me calientan las mejillas, pero no me miro el cuerpo, porque no voy a darles esa satisfacción.

Si mi blusa se ajusta a mi pecho, eso no lo convierte en un crimen. Si tengo caderas, eso no me hace poco profesional. En todo caso, significa que Cross Enterprises ha contratado a alguien que sabe mecanografiar, gestionar agendas y presentarse con cifras que les salvan el culo. Deberían estar agradecidos.

La voz de Ethan resuena en la sala.

—Empezad.

Todo el mundo se calla.

Así suena el poder.

Durante la siguiente hora, me quedo junto a la pared y observo cómo dirige la sala con una calma que parece injusta. No levanta la voz, y no lo necesita.

Hace una pregunta y la gente se atropella para responderla.

Pasa una página y alguien suda.

Mira la partida equivocada y el director financiero tartamudea hasta que intervengo yo.

La mirada de Ethan se desliza hacia mí. —Lila.

Eso es todo. Solo mi nombre.

Doy un paso adelante y la atención de la sala se desplaza conmigo.

—El cambio en la línea de impuestos se debe a su calendario de amortización —digo, y lo mantengo sencillo—. Exageraron los gastos en dos declaraciones y eso afecta al traspaso de pérdidas proyectado. La cifra corregida está en el modelo revisado.

El director financiero parece aliviado e irritado al mismo tiempo, y no lo culpo.

Ethan no da las gracias, pero sus ojos sostienen los míos durante medio segundo más de lo necesario, y algo se asienta en lo bajo de mi estómago.

Retiro la mirada primero, porque no soy idiota.

Si Ethan Cross me mirara alguna vez como si me deseara, me arruinaría la vida.

La reunión termina con una decisión, porque Ethan siempre consigue decisiones, y la gente sale con ese respeto cauteloso que fingen que es naturalidad.

En cuanto la sala se vacía, recojo mis papeles y me giro hacia la puerta.

La voz de Ethan me detiene.

—Bennett.

Hago una pausa. —¿Sí?

Sigue de pie a la cabecera de la mesa, con la chaqueta aún abrochada, la corbata aún perfecta, y sus ojos están puestos en mí de una forma que se siente más directa sin público.

—Tenías razón —dice.

Mi corazón da un vuelco. —¿Sobre la línea de impuestos?

—Sobre mi equipo. —Su boca hace algo que casi podría ser una media sonrisa si fuera otro hombre—. Se les pasó.

Trago saliva. —Me pagan por detectar lo que se pasa por alto.

Su mirada baja de nuevo, rápida y controlada, luego vuelve a mi rostro. —Te pagan por asistir.

Levanto la barbilla. —Y lo hago. Extremadamente bien.

Me sostiene la mirada y el silencio se prolonga.

Luego se acerca más, solo un paso, y mi cuerpo reacciona como si me estuviera tocando. —No me gustan las sorpresas —dice.

Lo dice en voz baja, y no es una amenaza en el sentido habitual, pero me flojean las rodillas.

—A mí tampoco me gustan —digo, y mi voz se mantiene firme—. Pero a veces ocurren.

Entrecierra los ojos y no sé si le gusta esa respuesta o si quiere castigarme por ella. Se da la vuelta primero y coge su teléfono. —Pospón mi agenda de la tarde. Voy a añadir una llamada a las cuatro.

—Sí, señor —digo, y salgo antes de que mi cerebro pueda hacer alguna estupidez, como imaginar cómo se sentirían sus manos en mi cintura.

De vuelta en mi mesa, reinicio, reprogramo y gestiono ese tipo de caos que parece aburrido desde fuera y te come viva por dentro.

Para el mediodía, he solucionado tres conflictos de calendario, he calmado a la asistente de un inversor que lloraba en el baño y me he comido media barrita de cereales porque el almuerzo no existe realmente cuando trabajas para un hombre que olvida que la comida existe.

A las dos, recibo otro correo de mi casero.

Aviso final.

A las tres, el chat de grupo de la oficina se ilumina con la foto de las vacaciones de alguien, y se me cierra la garganta porque no recuerdo la última vez que salí de la ciudad para algo que no fuera una emergencia familiar o una entrevista de trabajo.

A las tres y cuarto, una compañera de RR. HH. me sonríe con esa amabilidad falsa y dulce que siempre parece una prueba.

—Lila —dice, con los ojos recorriendo mi ropa otra vez—, estás... guapa hoy.

Le devuelvo la sonrisa. —Siempre estoy guapa.

Su sonrisa flaquea. Bien.

A las cuatro, la llamada de Ethan se alarga, así que me quedo hasta tarde; como no podría ser de otra forma.

A las seis, finalmente apago el ordenador y cojo mi bolso, diciéndome que me voy a casa a comer algo que no sea tristeza envuelta en plástico.

Ethan sale de su despacho cuando me dirijo al ascensor.

Está con el móvil otra vez y su voz es baja. No me está mirando, pero es consciente de mi presencia. Termina la llamada y sus ojos se posan en mí. —Te vas.

—Sí —digo—. Pasan de las seis.

Consulta su reloj y frunce el ceño. —Se te paga por estar disponible.

No me inmuto. —Se me paga por ser su asistente, y he sido su asistente durante diez horas hoy.

Sus ojos brillan. Por un segundo creo que dirá algo mordaz, algo que hiere. En cambio, dice: —Mañana estate aquí a las siete.

Enarco las cejas. —Llego a las ocho.

—Mañana —repite, y se acerca más de nuevo. Puedo sentir su calor, aunque no me esté tocando—. A las siete.

Probablemente lo más sensato sería decir que sí. Mi alquiler está vencido y mi cuenta bancaria en negativo. No tengo red de seguridad.

Aun así, digo: —Entonces tendrá que autorizar las horas extra, porque no hago trabajos de caridad.

La mirada de Ethan se endurece y un escalofrío pequeño y peligroso me recorre, porque acabo de decir algo que nadie le dice.

Luego, lentamente, asiente una vez.

—Está bien —dice—. Preséntalas.

Vuelvo a parpadear, porque ha aceptado.

Luego se da la vuelta y se aleja como si todo el intercambio no hubiera significado nada.

Pero para mí ha significado algo, porque aún puedo sentir sus ojos en mi cuerpo incluso después de que se ha ido.

Bajo en el ascensor con el corazón a mil sin ninguna razón lógica y me digo que pare.

Es mi jefe, y es rico y frío y probablemente sale con mujeres que no miran sus aplicaciones bancarias antes de comprar un café.

Fuera, el viento muerde, la ciudad es ruidosa y me duelen los pies de una manera que parece personal. Camino dos manzanas hasta el

metro y cuento mis pasos, diciéndome que estoy bien. No estoy bien.

Solo estoy acostumbrada.

Para cuando llego a casa, mi apartamento huele ligeramente a alfombra vieja y a la comida del vecino, y la mancha del techo sobre el fregadero parece más grande que la semana pasada.

Me quito los tacones, dejo caer el bolso en el sofá y me quedo allí un segundo, contemplando mi propia vida.

Esto es lo que tengo.

Un minúsculo apartamento de un dormitorio con la pintura desconchada y un grifo que gotea, y una nevera que zumba como si guardara rencor, y un trabajo que me mantiene a un mal día del desastre.

Abro la despensa y estudio mis opciones.

Pasta. Otra vez.

Pongo agua a hervir, echo los fideos y me apoyo en la encimera mientras se cocinan, porque mi cuerpo está cansado de una forma que hace que quiera llorar y dar un puñetazo a algo al mismo tiempo.

Mi móvil vibra de nuevo.

Es mi chat de grupo.

EMERGENCIA NOCHE DE CHICAS

Priya: Dime que has sobrevivido al Rey del Hielo hoy.

Jo: Si ha respirado en tu dirección, quiero detalles.

Dani: Si te ha despedido, múdate conmigo, pero pagas con cotilleos.

Resoplo, porque me conocen demasiado bien, y escribo con una mano mientras remuevo la pasta con la otra.

Yo: He sobrevivido. Por poco. Además, le he dicho que me autorice las horas extra y lo ha hecho.

Aparecen tres puntos.

Priya: Perdona, ¿has hecho QUÉ?

Jo: Comportamiento de reina.

Dani: ¿Te ha mirado mal?

Priya: ¿Te ha castigado?

Jo: ¿Te ha dado unos azotes?

Dani: Te lo pregunto con todo el respeto, Lila.

Me río, y eso libera algo en mi pecho.

Yo: No me ha dado azotes, animales.

Yo: Solo se me ha quedado mirando, luego ha aceptado y se ha ido como si no acabara de reconocer que soy una persona.

Jo: Eso son preliminares para él.

Priya: Te va a arruinar.

Dani: Ya la está arruinando, solo estamos esperando al papeleo.

Escurro la pasta, echo salsa de un tarro y como de pie, porque estoy demasiado cansada para sentarme y el sofá parece que me tragaría entera.

Luego abro una botella de vino barato.

Una copa se convierte en dos, y dos en tres, porque el vino es más barato que la terapia y más fácil que fingir que no me siento sola.

Para la tercera copa, los bordes del día se suavizan y mi cerebro se vuelve valiente de la manera en que solo lo hace cuando no estoy trabajando y estoy un poco achispada.

Me quito la chaqueta y la tiro sobre la silla, y me desabotono la parte superior de la blusa, porque respirar es agradable.

Me veo reflejada en la puerta del microondas y me detengo.

Piel morena cálida. Pelo rizado recogido en un moño desordenado. Ojos color avellana con máscara de pestañas que aún no me he quitado. Boca carnosa. Cuerpo lleno.

Curvas que no desaparecen solo porque alguien en RR. HH. prefiera a las mujeres con forma de percha.

Dejo la copa y me miro como si viera el problema y el potencial al mismo tiempo.

Entonces mi móvil vuelve a vibrar.

Jo: Me aburro. Enviad algo escandaloso.

Priya: No te atreves.

Dani: Envía el modelito. Por la ciencia.

Pongo los ojos en blanco, pero se me dibuja una sonrisa.

Yo: Estoy literalmente en mi apartamento comiendo pasta.

Jo: Exacto. Ese es el escándalo. Free the nipple.

Suelto una risotada y el vino hace que me parezca una buena idea.

Nada de desnudos. Ni de lejos. Solo una foto que diga: *Sí, estoy buena, y sí, sigo arruinada.*

Me recoloco la blusa y pongo la cámara de forma que se vea el escote sin enseñar demasiado. No me avergüenzo de mi cuerpo y no voy a actuar como si mi pecho fuera un arma.

Es simplemente parte de mí.

Hago la foto y la miro. Se me ponen las mejillas rojas, porque salgo bien, y lo sé.

Entonces me asalta el pensamiento estúpido y temerario: *Si me aprovechara de esto, si usara lo que tengo, ¿podría arreglar mi vida?*

La fantasía es fácil cuando estás cansada y arruinada y pasas los días viendo a hombres con dinero tomar decisiones que cambian la vida de todos los demás.

Escribo una frase con el pulgar.

Yo: ¿Debería seducir a un hombre rico o debería comer pasta para siempre?

Priya: Seduce.

Jo: Seduce.

Dani: Seduce y luego róbale la cartera.

Me río, salgo del chat un momento y doy otro sorbo. El mareo en mi cabeza se vuelve cálido y temerario. Podría enviarles la foto. Ellas saben cómo subirme el ánimo. Así que vuelvo a abrir el chat y le doy a enviar.

La foto se envía.

Durante un segundo, todo es normal. Luego el móvil se me mueve en la mano, la pantalla se refresca y el encabezado del chat ya no es el del grupo de las chicas.

Es un único nombre en la parte superior de mi pantalla.

Ethan Cross

Se me cierra la garganta. —No —susurro, y mi voz suena débil en mi propia cocina.

Me quedo mirando la foto en el hilo, con mi escote y mi estúpida frase colgados ahí. Presa del pánico, aporreo la pantalla, porque estoy intentando anular el envío, pero es un mensaje de texto, no un milagro. Esto significa que tengo que pasar al control de daños.

Yo: Dios mío. Lo siento muchísimo. Eso no era para usted.

Me tiemblan las manos mientras observo la pantalla. Nada.

Luego cambia.

Leído.

Suelto un sonido que no llega a ser una palabra mientras miro fijamente, esperando que el universo se apiade de mí, pero el universo está ocupado. Un segundo después, llega un mensaje, y es de mi jefe.

Su respuesta aparece en mi pantalla y no puedo respirar mientras la leo.

—Si vas a suplicar, nena... hazlo como es debido.

2

LILA

Me quedo mirando el mensaje hasta que la pantalla del móvil se atenúa y vuelve a iluminarse cuando respiro sobre ella como una idiota.

Si vas a suplicar, nena... hazlo como es debido.

Me sudan las palmas de las manos y el corazón me late tan fuerte que lo oigo en los oídos. Estoy sentada en el sofá de mi minúsculo apartamento, con las rodillas juntas, la copa de vino empañando la mesa de centro, y mi jefe multimillonario acaba de llamarme «nena».

Este sería el momento adecuado para lanzar el móvil al otro lado de la habitación, o enviar un correo a Recursos Humanos y dimitir. Otras opciones incluyen fingir mi muerte y mudarme a otro continente. Pero el alcohol te da una segunda mente, y esa mente te hace valiente. ¿Estúpida? Claro, pero también valiente. Así que, en su lugar, escribo una respuesta.

Yo: No era mi intención enviarle eso, señor. Lo siento muchísimo.

Tres puntos aparecen al instante.

Desaparecen y vuelven a aparecer.

Sofoco un gemido y me pregunto qué estará respondiendo, deseando que simplemente borre la foto y no vuelva a hablarme nunca más.

Ethan: No te disculpes.

Se me da un vuelco el estómago.

Ethan: Dime qué quieres.

Me quedo mirando esas palabras como si fueran una trampa y un regalo al mismo tiempo.

¿Qué quiero?

Quiero que el alquiler esté pagado y que mi cuenta no esté en números rojos. Y ya que estamos, me encantaría dejar de fingir que no noto cómo llena el marco de una puerta o cómo le baja el tono de voz cuando está concentrado o, peor aún, irritado.

Quiero que me vea.

Pero eso no pasa en la vida real, ¿verdad? El atractivo maduro multimillonario que probablemente ha salido con las mujeres más guapas de cinco husos horarios distintos no se fija dos veces en la asistenta respondona y un poco rellenita, a menos que sea una película de sobremesa. Y yo no soy lo bastante rubia para eso.

El vino me zumba con más fuerza en las venas, aflojando el nudo apretado de mi pecho. El pulso se me acelera cuando me doy cuenta de otra cosa también.

No me ha dicho que esto sea inapropiado ni que deba detenerse.

Mis pulgares revolotean sobre la pantalla.

Yo: Quiero que olvide que esto ha pasado.

Los puntos aparecen de nuevo.

Ethan: Eso no es verdad.

Me muerdo el labio tan fuerte que me duele.

Yo: Usted no sabe eso.

Ethan: Sé que te has quedado mirando la pantalla un minuto entero antes de escribir eso.

Mi cuerpo responde antes de que mi cerebro pueda mentir al respecto. ¿Cómo lo sabe?

Yo: Está haciendo suposiciones.

Ethan: Me gano la vida haciendo eso.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza contra el respaldo del sofá mientras el pecho me sube y baja.

Esto es una mala idea.

Mi móvil vibra de nuevo antes de que pueda convencerme de lo contrario.

Ethan: Me has enviado una foto porque querías que te vieran.

Frunzo el ceño ante la pantalla durante medio segundo.

Yo: La envié por accidente.

Ethan: No tenías por qué haberla hecho.

Tiene razón, me doy cuenta mientras mi ceño se acentúa. *Sí* quería que me admiraran cuando me hice la foto, porque Dios sabe que estoy harta de que no me folle un hombre de verdad que sepa lo que hace.

He terminado con los rollos perezosos y los hombres que piensan que los preliminares no son necesarios, y con la idea de que se supone que debo estar agradecida de que aparezcan en las citas dado que soy una chica con curvas y el mercado de citas es naturalmente escaso para mí. Pero, por otra parte, quería que mis

amigas me hicieran sentir mejor con eso. Esto no iba sobre él... aunque todavía no me quejo.

Mis dedos se mueven antes de que mi cerebro los alcance.

Yo: No pensé que sería usted quien la viera.

Ethan: ¿Y ahora que la he visto?

Me quedo mirando el cursor parpadeante y tomo otro sorbo. «A la mierda», pienso. Él está jugando, así que yo también puedo jugar.

Yo: Ahora no puedo dejar de pensar en ello.

La respuesta llega al instante.

Ethan: Bien.

Esa única palabra suena, de algún modo, como una orden.

Me muevo en el sofá, de repente demasiado consciente de mi piel, de mis curvas, de la forma en que la ropa se me pega tras un largo día. Doy otro sorbo al vino, aunque sé que solo está haciendo que esto sea más difícil.

Yo: Esto es un error.

Ethan: Los errores no suelen sentirse así.

Cierro los ojos de nuevo.

Tiene razón otra vez.

El vino me da calor en el estómago. El móvil me pesa en la mano, como si me arrastrara hacia algo que no puedo deshacer.

Yo: Usted es mi jefe.

Ethan: Soy consciente.

Yo: No debería hablarme así.

Ethan: Y aun así sigues escribiendo.

Se me cierra la garganta.

Yo: Usted empezó.

Ethan: No.

Frunzo el ceño.

Ethan: Empezaste tú, Lila.

Ver mi nombre así hace que me salte el pulso.

Ethan: Has entrado en mi despacho cada día fingiendo que no sabías lo que hacías.

Me arden las mejillas.

Yo: ¿Lo que hacía?

Ethan: No tenías que hacer nada. Es quién eres y la energía que atraes.

Trago saliva con dificultad.

Ethan: Me distraes.

El móvil me tiembla en las manos mientras pienso en algunas respuestas ingeniosas y no se me ocurre ninguna. Probablemente me vendrán a la cabeza mañana en la ducha.

Yo: Yo no le distraigo.

La respuesta tarda más esta vez.

Ethan: Lo haces.

Exhalo temblorosamente.

Yo: Eso no es justo.

Ethan: Lo justo no tiene nada que ver con esto.

Miro al techo, con los pensamientos dando vueltas.

Está cruzando una línea, pero yo estoy dejando que lo haga.

Yo: Si alguien viera estos mensajes…

Ethan: No los verán.

Esa seguridad me provoca un escalofrío.

Yo: Usted no sabe eso.

Ethan: Sé exactamente quién tiene acceso a mi teléfono.

El matiz posesivo de esa afirmación hace que algo oscuro y temerario se despliegue en mi pecho.

Yo: ¿Y si le dijera que pare?

Aparecen los puntos.

Pausa.

Ethan: Pararía.

El corazón me late con más fuerza.

Ethan: Pero no lo harás.

No respondo. Tiene razón.

Mi silencio se prolonga.

Ethan: Dime en qué pensabas cuando te hiciste la foto.

Se me revuelve el estómago.

Yo: Estaba bromeando.

Ethan: Tú no bromeas así.

Aprieto los labios.

Yo: Había bebido vino.

Ethan: ¿Y?

Dudo.

Yo: Y estaba harta de sentirme ignorada.

La respuesta llega más despacio esta vez.

Ethan: ¿Ignorada por quién?

Yo: Por hombres que actúan como si no existiera a menos que quieran algo de mí.

Una pausa.

Ethan: Yo nunca te he ignorado.

Mi estómago hace una rutina completa de gimnasia mientras me lo imagino frente a mí, diciendo esas palabras exactas con esa voz ahumada que convierte mi coeficiente intelectual en puré.

Yo: Apenas me mira.

Ethan: Te miro mucho.

Mis mejillas estallan en llamas. Dios, ¿qué me *pasa*? Una frase y todo mi cuerpo vota que sí.

Yo: ¿Entonces por qué parece que no me ve?

Los puntos parpadean, desaparecen, vuelven.

Ethan: Porque si me permitiera mirarte como quiero, no pararía.

Se me corta la respiración de golpe.

Yo: Eso no es apropiado.

Ethan: Tampoco lo es fingir que no sabes lo que le haces a un hombre cuando entras en una habitación.

Mis muslos se separan ligeramente antes de que pueda evitarlo.

Yo: Usted no tiene derecho a hablar de mí así.

Ethan: Te gusta.

Miro fijamente la pantalla, con el pulso acelerado.

Yo: Está muy seguro de sí mismo.

Ethan: No hago conjeturas.

Mi móvil vibra de nuevo.

Ethan: Describe lo que llevas puesto.

Mi corazón tartamudea.

Yo: No.

Ethan: Entonces describe lo que desearías no llevar puesto.

Trago saliva.

Yo: Está forzando.

Ethan: Estoy probando.

Me tiemblan los dedos.

Yo: Llevo mi ropa de trabajo.

Ethan: Esa no era la pregunta.

El calor me sube por el cuello.

Yo: Desearía no llevar puesto el sujetador.

La respuesta es inmediata.

Ethan: ¿Por qué?

Yo: Porque me oprime.

Ethan: Todo en ti es lo opuesto a la opresión.

El aire me abandona en un suspiro tembloroso.

Yo: No debería decir cosas así.

Ethan: Tú no deberías enviar fotos así.

Un instante.

Ethan: Y sin embargo, aquí estamos.

Me aprieto el móvil contra el pecho un segundo y luego vuelvo a mirarlo.

Yo: ¿Qué pasará mañana?

Ethan: Mañana entrarás en mi despacho y fingirás que esto no ha pasado.

Se me encoge el pecho.

Yo: ¿Y usted?

Ethan: Yo recordaré cada palabra.

Me recorre un escalofrío.

Yo: Eso es injusto.

Ethan: La vida suele serlo.

Sigue otro mensaje.

Ethan: Ahora dime, ¿qué dirías si no tuvieras miedo?

Miro fijamente la pantalla mientras mi corazón va a mil por hora.

Yo: Diría que pienso en usted más de lo que debería.

Los puntos aparecen al instante.

Ethan: ¿Con qué frecuencia?

Se me corta el aliento.

Yo: Cada vez que pronuncia mi nombre.

Ethan: ¿Cada vez que te miro?

Dudo un momento antes de escribir.

Yo: Sí.

Una pausa.

Ethan: Bien.

Esa palabra de nuevo.

Ethan: Porque yo también pienso en ti cuando no debería.

Mi cuerpo reacciona como si me hubiera tocado físicamente, como si me sujetara la cara con las manos.

Yo: Está mintiendo.

Ethan: Yo no miento.

Yo: Entonces lo que está diciendo es peligroso.

Ethan: Tú también lo eres. Así que aquí tienes la verdad, nena: si estuvieras frente a mí con ese aspecto, no esperaría. Te inmovilizaría y me hundiría tan profundamente en ti que no recordarías ni tu propio nombre. Te tragarías cada centímetro mientras yo te sujeto ahí, embistiendo lento, follando duro, gruñéndote al oído que eres mía. La pregunta es: ¿es eso lo que querrías?

Un estremecimiento me recorre entera, sus palabras se hunden en mi centro como una hoja de calor. Puedo oír esa voz profunda y ronca, cargada de posesión, como si estuviera aquí mismo inmovilizándome contra la cama. Mis dedos tiemblan sobre la pantalla.

Y entonces, en ese momento, el último sorbo de vino me hace escribir lo impensable.

Yo: Sí.

La pantalla vuelve a iluminarse.

Ethan: Quítate el sujetador.

Se me corta la respiración. No es un «*¿quieres hacerlo?*», es un «*quítatelo*».

Y lo hago. Meto las manos bajo la camiseta y lo desabrocho, lenta y cuidadosamente, como si él pudiera verme a través de la pantalla. El peso de mis pechos cambia y el roce suave de la tela al deslizarse hace que sienta la piel hipersensible.

Ethan: Ahora tócate. Pero no te corras. No hasta que yo lo diga.

Mis muslos se tensan. Sé que debería decir «*no*» o «*esto es una locura*», pero lo único que hago es escribir: Yo: Sí, señor.

Los puntos parpadean de nuevo al instante.

Ethan: Buena chica.

Ethan: Ahora dime. ¿Estás mojada?

Mi aliento sale entrecortado. Deslizo una mano hacia abajo, más allá de la cinturilla de mis mallas. Estoy empapada. Vergonzosamente, *desesperadamente* empapada.

Yo: Sí.

Ethan: Quiero que arrastres los dedos por tu humedad. Despacio. Quédate arriba. No entres más hondo todavía.

Hago lo que dice, trazando círculos ligeros, con una presión casi inexistente. Es *agonizante*. Cada terminación nerviosa está ahora sintonizada con sus palabras.

Ethan: Eso es.

Quieres ser usada, ¿verdad?

Mis labios se parten, pero no sale ningún sonido. Lo escribo en su lugar.

Yo: Sí. Pero no por cualquiera.

Solo por usted.

Ethan: Aprendes rápido.

Hay una pausa, luego otro mensaje.

Ethan: Desliza un dedo dentro. Solo uno. ¿Sientes lo estrecha que estás?

Se me escapa el aire. Mi dedo se hunde con facilidad, pero el ansia de *más* es ya insoportable.

Ethan: No tienes idea de lo bien que te sentirías envuelta alrededor de mí, nena.

Te estiraría despacio, te sujetaría, te haría sentir cada centímetro hasta que suplicaras por más. ¿Suplicarías?

Gimo en voz alta, cerrando los ojos con fuerza.

Yo: Ya lo estoy haciendo.

Ethan: Dos dedos. Ahora.

Mi respiración flaquea mientras obedezco. La dilatación es real, pero no es nada comparado con lo vacía que me siento. Lo deseo como nunca he deseado nada.

Ethan: Buena chica.

Ahora presiona la palma plana sobre el clítoris mientras los dedos se quedan dentro. Frota lento. Te quiero desesperada.

Doy un gemido ahogado. Mis caderas se menean contra mi mano mientras hago lo que él dice. Es demasiado y no es suficiente a la vez.

Ethan: No tienes permiso para correrte hasta que yo lo diga.

Aguantarás. O pararé.

Esa amenaza desmorona algo en mi interior.

Yo: Por favor. Seré buena.

Ethan: Sé que lo serás.

Dime cómo se siente.

Yo: Lleno. Caliente. No puedo pensar.

Ethan: Perfecto.

Exactamente como te quiero. Abierta para mí y rendida.

Ahora haz círculos más fuertes. Piensa en mi mano reemplazando la tuya.

Lo hago. Y es *muy* fácil de imaginar: sus dedos más rudos, más seguros. Esa voz en mi oído, de seda y gravilla.

Ethan: ¿Quieres correrte?

Yo: Muchísimo. Por favor.

Ethan: Pídelo como es debido.

Me muerdo el labio. La mano que tengo libre tiembla mientras escribo.

Yo: Por favor, señor. ¿Puedo correrme para usted?

Contengo el aliento.

Ethan: Di a quién pertenece ese precioso coño.

Las palabras me golpean como una descarga de puro voltaje.

Yo: A usted.

Solo a usted.

La pausa es lo bastante larga como para destrozarme.

Ethan: Córrete. Ahora.

Me abandono con un sonido ahogado, mi mano sigue trabajando mientras mi cuerpo se arquea por el orgasmo. Me tiemblan las

piernas, los muslos se aprietan contra mi muñeca y todo se desdibuja en calor, alivio y él. Él. *Él.*

Se me nubla la vista por un segundo.

El siguiente mensaje me está esperando.

Ethan: Así me gusta, nena.

Y lo siento en todas partes: vergüenza, calor, deseo, pertenencia. Cada nervio de mi cuerpo vibra con ello.

Yo: ¿Y ahora qué?

Ethan: Ahora te limpias, te arreglas el pelo y duermes.

Yo: ¿Así de repente?

Ethan: Así de repente.

Porque la próxima vez, te correrás sobre mis dedos. Y quiero que estés pensando en eso hasta que mañana te retuerzas en tu silla.

Sigo jadeando, todavía recuperándome. Y él envía un último mensaje.

Ethan: Buenas noches, nena.

Dejo el móvil sobre la mesa, con el cuerpo dolorido por una necesidad insatisfecha incluso después de todo. El corazón me late con fuerza mientras me pregunto cómo le miraré a la cara mañana, cómo entraré en su despacho y fingiré que esto no ha pasado.

3

LILA

A la mañana siguiente, lucho contra una migraña y me pongo la ropa como si llegara tarde a mi propia ejecución, porque la mayor parte de mí sabe que estoy en problemas, pero una pequeña y traicionera parte está encantada de que mi antigua fantasía con mi jefe maduro e interesante por fin pueda ser correspondida.

En el tren, un hombre me mira fijamente las piernas. Le devuelvo la mirada hasta que aparta la vista; entonces respondo a un correo desde el móvil porque ya voy con retraso. Cross Enterprises está a tres paradas de mi apartamento, y aprovecho el trayecto para ensayar la calma, porque la calma es una armadura y hoy la necesito.

No enciendo el teléfono hasta que estoy fuera del edificio y, en cuanto se inicia, se me vuelve a encoger el estómago.

Hay una notificación.

Un mensaje.

De Ethan Cross.

Bloqueo la pantalla y entro como si no estuviera a un solo toque involuntario de sufrir un ataque al corazón o de tener el peor día de mi vida.

El vestíbulo es luminoso y frío, los suelos brillan y el guardia de seguridad me saluda con la cabeza. Le devuelvo el gesto y sigo caminando. El trayecto en ascensor es silencioso y siento los latidos del corazón en la garganta, lo cual no ayuda con la migraña, pero mantengo el rostro neutro.

Las puertas se abren en mi planta y la oficina ya está llena de actividad. Hay gente que levanta la vista mientras paso; algunos sonríen y otros se me quedan mirando. Sigo adelante. Tener curvas en el mundo corporativo es un trabajo de jornada completa que se suma al trabajo por el que te pagan, y resulta agotador incluso en un buen día.

En un día malo, es la guerra.

Paso por delante de la sala de reuniones de paredes de cristal. Alguien dentro está hablando sobre la «óptica de la presentación» y me dan ganas de reír, porque la óptica aquí siempre se reduce a una sola cosa.

A quién se le permite ocupar espacio sin ser castigado por ello.

Llego a mi mesa y ya he iniciado sesión antes de que el café termine de gotear, porque el calendario de Ethan no se va a gestionar solo y su paciencia nunca ha sido un recurso renovable.

Mi bandeja de entrada ya está a rebosar, y mi primera tarea es una reprogramación, porque el hombre se niega a reconocer el tiempo como una limitación e insiste en amontonar reuniones como si intentara ganar alguna competición privada.

Estoy ajustando una llamada con el departamento legal cuando oigo que se acercan unos tacones. No me hace falta levantar la vista para saber quién es.

Sloane Mercer trabaja en desarrollo de negocio; es guapa de esa forma que parece cara y ensayada, y lleva en Cross más tiempo que yo, algo que saca a colación siempre que puede. También le encanta ese tipo de crueldad sutil que es difícil de denunciar sin parecer una dramática.

Levanto la vista de todos modos, porque yo no me dejo amedrentar.

—Buenos días, Lila —dice, y su sonrisa es lo bastante brillante como para cegar a cualquiera—. Qué falda más mona.

—Es una falda. —Sigo tecleando porque no voy a darle la satisfacción de ver mi reacción.

Ella baja la mirada un instante y vuelve a subirla.

—Una elección valiente para un martes.

Dejo de escribir y le sostengo la mirada.

—¿Qué tiene de valiente una prenda de ropa? —pregunto, y mantengo un tono suave, porque la suavidad es lo que se usa cuando estás a punto de hundir a alguien.

Su sonrisa se tensa.

—Ya sabes. Es que... llama la atención.

Asiento despacio.

—Sí, soy consciente de que mi cuerpo existe, y también soy consciente de que estamos en el trabajo, así que si necesitas algo profesional de mi parte, pídelo, y si estás aquí para comentar sobre mi figura, puedes hacerlo en otra parte.

Los ojos de Sloane echan chispas y cambia el peso de su cuerpo como si intentara recuperar el control del momento.

—Solo digo —responde con voz dulce— que la gente habla.

—Lo sé —digo yo—. La gente habla cuando se aburre, y yo estoy ocupada, así que a menos que me pagues las facturas, no estás cualificada para auditar mi atuendo.

Abre la boca y luego la cierra.

Vuelvo a mirar mi pantalla y añado, porque no puedo evitarlo: —Además, si tanto te preocupa la óptica, deberías centrarte en tus números y no en mi falda.

El silencio que sigue es cortante, y casi puedo oír cómo se traga el orgullo.

Aun así, se inclina más hacia mí, como si necesitara ganar algo.

—A Ethan no le gustan las frescas.

Vuelvo a levantar la vista y le sostengo el desafío.

—Le gusta la competencia —digo—. Si alguna vez me pide consejo de moda, te aviso.

Se le encarnan las mejillas y se yergue rápidamente.

—Lo que sea —murmura, y se aleja haciendo que sus tacones retumben con rabia contra el suelo.

Exhalo aire, con la migraña punzándome, pero me siento mejor de todos modos porque hoy no voy a aguantar esto. No voy a permitir que una mujer con demasiado brillo de labios y poco trabajo intente hacerme sentir pequeña.

Doy un sorbo al café; me sabe a supervivencia.

La mañana pasa rápido y tiene que ser así, porque Cross Enterprises funciona a base de presión y de fingir que te encanta. Atiendo tres llamadas en diez minutos, desvío la queja de un proveedor, soluciono un conflicto en el calendario que habría puesto a Ethan en dos sitios a la vez y detecto un error en la reserva de un viaje que lo habría enviado al aeropuerto equivocado.

A las 9:12, suena el teléfono de mi mesa y la espalda se me tensa antes incluso de descolgar.

—Cross —dice la pantalla sobre la línea de su asistente, aunque yo sea su asistente, porque ese hombre necesita una etiqueta propia para todo.

Respondo:

—Buenos días, Sr. Cross.

Su voz es controlada, sin traicionar en nada lo que ocurrió anoche.

—En mi oficina. Diez minutos.

—Sí, señor. —Cuelgo y me quedo mirando la pantalla como si fuera a salvarme.

Pienso en el mensaje que ha enviado esta mañana y niego con la cabeza. Si lo abro y es frío, me sentiré humillada. Si lo abro y no lo es, perderé la concentración, y necesito concentración más que respuestas. Así que cojo la carpeta del informe trimestral, imprimo la hoja de resumen actualizada y compruebo mi reflejo en la pantalla apagada de mi monitor.

Solo entonces me levanto, me aliso la falda y camino hacia el despacho de Ethan, solo para encontrar su puerta cerrada.

Eso es nuevo. Llamo una vez y entonces oigo su voz.

—Adelante.

Empujo la puerta. Él está tras su escritorio, con las mangas remangadas hasta los antebrazos, la chaqueta colgada en la silla y la corbata lo bastante aflojada como para que parezca sofisticado, distante e inhumanamente sexy a la vez. Levanta la vista cuando entro y sus ojos me golpean con fuerza.

La migraña se intensifica, se me revuelve el estómago y odio a mi cuerpo por ser tan traidor.

—Cierra la puerta —dice.

Lo hago, y el clic del pestillo me parece definitivo.

Camino hacia el escritorio y deposito la carpeta con cuidado; luego me quedo de pie, rígida, con las manos a los lados.

Él no alarga la mano hacia la carpeta. Se limita a mirarme.

—Apagaste el teléfono anoche —dice.

Mi corazón da un vuelco, pero mantengo el rostro neutro.

—A veces lo hago.

Su mirada no se aparta.

—¿Lo haces siempre después de enviar mensajes a medianoche?

Se me aprieta la garganta y me niego a bajar la vista.

—No lo envié a medianoche —digo, porque soy testaruda y también porque no voy a dejar que él imponga el relato—. Lo envié a las once y algo, y fue un accidente.

La comisura de su boca se curva hacia arriba.

—¿También fue un accidente el resto?

Mi pulso late con fuerza en mi interior y mis dedos se curvan ligeramente a los lados.

—Estamos en el trabajo. —Mi voz se mantiene firme, aunque noto la piel caliente—. Me ha llamado para los informes trimestrales.

Sus ojos pasan de la carpeta a mi cara.

—Muy bien.

Finalmente abre la carpeta y yo exhalo en silencio, agradecida por el cambio de tema.

—Explícame el descenso de ingresos en el segundo trimestre. —Su tono vuelve a ser profesional, pero su mirada sigue siendo demasiado consciente.

Me acerco, señalo la sección resaltada y empiezo a explicarlo. Es más seguro hablar de números que hablar de lo que pasó anoche.

—El descenso está ligado al retraso en el despliegue de la región oeste —digo, manteniendo la voz nivelada—. Si el despliegue se ajusta al programa este trimestre, la recuperación está en marcha, pero el riesgo es el retraso de los proveedores, así que recomendaría presionar a compras para que lo solucionen para la semana que viene.

Asiente una vez y luego desliza una página por el escritorio hacia mí. Nuestros dedos se rozan cuando voy a cogerla. El contacto es breve, pero mi cuerpo reacciona como si no lo fuera.

Intento ignorarlo, cojo la hoja y sigo hablando.

—En cuanto a la tasa de deserción, parece peor de lo que es porque se concentra en un solo equipo. Si se aísla esa unidad, la tendencia general es estable.

Se echa un poco hacia atrás, pluma en mano, con esa sonrisa de suficiencia todavía asomando en su boca... como si verme intentar no meter la pata fuera lo más divertido que ha hecho en todo el día.

Sigo adelante de todos modos. Porque si me detengo, perderé el hilo, y si pierdo el hilo, empezaré a pensar en su mensaje, y luego en su voz, y entonces estaré perdida.

Paso una página y él alarga la mano al mismo tiempo. Nuestras manos se vuelven a tocar. Esta vez, sus dedos se demoran lo suficiente como para que sienta un dolor sordo entre los muslos. El pulso se me acelera mientras retiro la mano.

Él no finge.

Sus ojos bajan a mis labios y luego vuelven a subir.

—Continúa —dice.

Mi voz titubea.

—El, esto, el gasto en marketing...

Me detengo porque nunca digo «esto» ni dudo en su despacho, y el hecho de haberlo hecho me revuelve el estómago.

Su boca se curva más y sus ojos empiezan a brillar. Es evidente que se divierte. Aunque eso me irrita, también provoca otra cosa, algo peor. Me aclaro la garganta.

—El gasto en marketing es mayor debido al cambio de campaña, pero sigue dentro del presupuesto, y se adjuntan las proyecciones del retorno de inversión.

Se inclina hacia delante y ladea un poco la cabeza, con su sonrisa volviéndose lobuna.

—Hoy no estás en plena forma, Bennett.

Levanto la barbilla.

—No es que no esté en forma, es que estoy cansada.

—Cansada —repite él, sin apartar la vista—. O distraída.

No respondo y doy un toquecito en la carpeta. Él la aparta a un lado y apoya los antebrazos en el escritorio. Baja la voz.

—¿Has dormido?

Parpadeo.

—¿Eso no es una pregunta de trabajo?

—Lo es si te trabas con los números —responde, tan calmado como siempre.

Trago saliva.

—He dormido.

Él entrecierra los ojos.

—Mentirosa.

El corazón me da un vuelco.

Debería cortar esto y marcharme, o al menos recordarle que es mi jefe y que esto es inapropiado.

En cambio, mi boca se abre antes de que mi cerebro pueda reaccionar.

—Tenía dolor de cabeza —digo, y lamento de inmediato lo mucho que suena a estar contándole algo personal.

Él mantiene la mirada.

—¿Por el vino? —pregunta.

Me pongo rígida.

—Usted no sabe qué bebí.

—Puedo imaginarlo —responde. Su tono sigue siendo uniforme, pero sus ojos no.

Me obligo a coger la carpeta de nuevo porque necesito hacer algo con las manos.

—¿Quiere la previsión del tercer trimestre? —pregunto.

Él hace una pausa y luego asiente.

—Sí.

Paso a la siguiente sección y vuelvo a hablar. Él escucha, hace preguntas incisivas y yo las respondo sin dejar que la voz me vuelva a temblar. Para cuando llegamos al final, mi migraña ha vuelto con toda su fuerza y mi pulso sigue alterado, pero he conseguido terminar.

Cierro la carpeta.

—¿Alguna cosa más, señor?

Me observa un instante.

—Acércate.

Se me revuelve el estómago de tal forma que parece que me haya tragado una piedra, y no me muevo.

Su mirada se agudiza.

—Lila.

Doy un paso adelante, luego otro, y me detengo al borde de su escritorio. Él coge la hoja de papel que imprimí antes y me la tiende. Se inclina ligeramente y su voz baja de volumen.

—No vuelvas a apagar el teléfono.

Se me aprieta la garganta.

—Eso no es decisión suya.

Su boca vuelve a curvarse, y ahora es claramente una sonrisa burlona.

—Lo es cuando yo quiero que lo sea —dice en voz baja.

Me hierve la sangre y se me prende la rabia porque está presionando, y lo hace porque puede. Me yergo.

—Si quiere discutir mis hábitos telefónicos, envíe una solicitud por escrito.

Arquea ligeramente las cejas, como si estuviera impresionado, y odio que eso me guste.

—Vete —dice. La palabra es a la vez despido y control.

Me doy la vuelta y salgo del despacho; siento las piernas firmes a pesar de que estoy vibrando por dentro. Me siento en mi mesa, abro

el calendario y me hundo en el trabajo porque es lo único que me impide perder el control.

Sloane vuelve a pasar a mediodía, apoyándose en el borde de mi mesa como si el espacio fuera suyo.

—¿Mañana ajetreada? —pregunta.

—Ajá —respondo.

Sus ojos se dirigen a la puerta cerrada del despacho de Ethan.

—Te ha llamado temprano.

—Sí —digo.

Ella sonríe.

—Es muy selectivo con quién mantiene cerca.

Levanto la vista despacio.

—Yo soy muy selectiva con quién pierdo el tiempo. —Le sostengo la mirada—. Así que si necesitas algo, dilo. Si no, sigue tu camino.

Su sonrisa vuelve a tensarse.

—Vaya —dice—. Qué tiquismiquis.

—Eficiente —la corrijo.

Ella bufa y se aleja, y yo vuelvo a mi pantalla porque no voy a entrar en su juego.

El resto del día transcurre rápido y sin incidentes. Mantengo la cabeza gacha y hago mi trabajo como si fuera un arma.

A las cinco y media empiezo a recoger y se me hace un nudo en el estómago, porque el día termina, mañana está por llegar y todavía no he decidido qué hacer con Ethan. Decido abrir su mensaje.

Ethan: ¿Cenas conmigo?

El corazón me da un vuelco. Al otro lado de la sala, los ojos de Sloane se entrecierran como si supiera *algo*, y quizá por eso tecleo lo siguiente.

Yo: De acuerdo. Solo por esta noche.

Dejo el móvil boca abajo de todos modos.

A las seis, marco la salida y bajo en el ascensor con los hombros tensos y los pensamientos dispersos, diciéndome a mí misma que esta noche se ha acabado antes de empezar. Camino rápido, ignoro el latido en mis sienes y mantengo la cabeza baja todo el camino a casa, donde me quito los zapatos de una patada y suelto el bolso como si ya hubiera terminado por hoy.

Me sirvo agua, doy dos sorbos lentos y me siento en el borde del sofá con el móvil en la mano y el corazón negándose a calmarse. No estoy esperando nada, me digo, pero tampoco suelto el teléfono.

El mensaje llega a las 18:24.

Ethan: Las chicas buenas cumplen sus promesas.

Se me corta la respiración y se me revuelve el estómago, pero no me muevo; al menos no hasta que cae el siguiente mensaje con una precisión imposible.

Ethan: Tu coche está fuera.

Me levanto antes de haber tomado una decisión, cruzo hasta la ventana y descorro la cortina lo justo para confirmar que tiene razón. Un coche negro y elegante espera junto a la acera como si llevara allí todo el día, y me quedo mirándolo el tiempo suficiente para darme todas las razones posibles para quedarme en casa.

Ninguna de ellas vence.

Me cambio rápido, me retoco el pintalabios y salgo por la puerta con el corazón martilleando y las piernas moviéndose por su cuenta. La puerta del coche se abre mientras me acerco y el conductor asiente

una vez antes de que yo me deslice en el asiento trasero y deje que se cierre tras de mí.

El trayecto es silencioso, lo bastante suave para sentirse lujoso. Me quedo sentada con las manos fuertemente entrelazadas en el regazo mientras la ciudad pasa borrosa, intentando no pensar en lo que vendrá después y fracasando por completo.

Cuando nos detenemos, el edificio es todo cristal y líneas limpias, el tipo de lugar en el que no entras sin una tarjeta de acceso y un nivel de ingresos a juego, pero el conductor me acompaña directamente al ascensor privado y marca un código sin bajar la vista.

Se me taponan los oídos mientras subimos y noto el flujo de sangre en la garganta cuando las puertas se abren a un ático que huele a poder, dinero y contención.

No me pierdo por el lugar. Sigo el tenue parpadeo de la luz de las velas y salgo a la terraza, donde todo se detiene.

Una mesa puesta para dos espera junto a la barandilla de cristal. Detrás de ella, Ethan está de pie, sin la chaqueta y con las mangas remangadas, con los ojos ya puestos en mí como si nunca hubiera dudado de que vendría.

La vista tras él es tan amplia que hace que la ciudad parezca pequeña, pero es la forma en que me mira lo que me aprieta la garganta y me roba el poco aliento que me quedaba.

4

LILA

La ciudad brilla a sus espaldas, pero no es el perfil de los rascacielos lo que hace que contenga el aliento. Es la forma en que Ethan está ahí de pie, con las mangas remangadas, el cuello abierto y los ojos fijos en mí, como si supiera que vendría. Hay una mesa para dos bajo las luces de la terraza, con el mantel impecable y la cubertería reluciendo junto a copas de vino altas. Todo es cálido y tranquilo, como si esto fuera lo normal para él.

No es lo normal para mí.

—Llegas tarde —dice, pero no hay rastro de enfado en su voz.

—No me diste una hora. —Espero que mi tono suene más sereno de lo que me siento.

Él señala la silla y espera a que me siente antes de ocupar la que está frente a mí. Una botella de vino tinto reposa en un decantador, y él sirve con esa clase de soltura que indica que lo ha hecho a menudo, aunque probablemente no con asistentes que viven en apartamentos de una habitación con grifos que gotean.

Bajo la mirada hacia mi plato. Los tagliatelle, dorados y tiernos, reposan bajo un brillo sedoso de mantequilla, ajo y champiñones

salteados, con virutas de parmesano fundiéndose con el calor. Levanto el tenedor, pero me detengo—No tenías por qué hacer todo esto.

Él ladea un poco la cabeza—Dijiste una vez que la pasta es lo único de lo que te fías después de un mal día.

Frunzo el ceño, intentando recordar—¿Cuándo dije eso?

—En la fiesta de Navidad. Uno de los becarios se manchó la corbata con sidra. Dijiste que los carbohidratos no mienten, pero las personas sí.

Siento que me arde la cara, porque apenas recordaba el comentario y, desde luego, no pensaba que él me estuviera escuchando.

—Recuerdo lo que importa —añade.

El primer bocado es rico y ligero al mismo tiempo. La pasta es artesanal y el sabor perdura de una forma que no esperaba. Doy un segundo bocado y mastico despacio, para después levantar la vista y encontrarlo mirándome de nuevo.

—¿Cocinas?

—Cuando importa —responde, con la comisura de los labios curvándose ligeramente—. Normalmente después.

Un calor me sube por el cuello y me pone toda la cara roja. Tengo que romper el contacto visual solo para asegurarme de que mantengo la compostura.

Durante un rato, comemos sin hablar. El silencio no es incómodo, y de algún modo eso lo hace peor. Es íntimo, incluso familiar. Me centro en la comida, pero mi mente no deja de volver a los mensajes, a la voz en mi oído y a la forma en que sus palabras todavía resuenan en mi piel.

Vuelve a llenar mi copa y me observa por encima del borde de la suya—Te estremeces cada vez que te miro.

—No es verdad —digo automáticamente, pero lo hago.

—¿Sigues pensando que esto es un juego?

—Pienso que es peligroso.

—Solo si finges que no lo deseas.

Dejo el tenedor y le sostengo la mirada—. ¿Crees que porque haya respondido eso significa que no tengo dudas?

—No —dice él—, creo que puedes tener ambas cosas.

El viento cambia ligeramente y me cruzo de brazos para retener el calor que estoy perdiendo. Él se da cuenta y se levanta lentamente.

—Ven conmigo. —Me tiende la mano.

Deslizo la mía sobre la suya antes de que pueda pensarlo demasiado. Sus dedos envuelven los míos; son firmes, cálidos, absolutamente injustos. Mi palma entera desaparece dentro de la suya. No es solo el tamaño, es la forma en que me sujeta, como si significara algo.

Él guía y yo lo sigo, porque no puedo *no* hacerlo. Caminar a su lado hace que la diferencia resulte aún más obscena: sus zancadas largas, sus hombros anchos, la forma en que tengo que inclinar la cabeza solo para mirarlo a los ojos. Con un metro setenta y tres, no soy bajita. Es que él es un rascacielos de hombre, y eso encaja con cada fantasía que he tenido sobre él.

Juraría que lo siento en lo más bajo y profundo del vientre cuando su pulgar roza el mío. Lo sigo hasta el borde de la terraza, donde el cristal se curva y la vista se extiende más allá de lo que puedo procesar. Es remoto y hace frío, pero yo no siento ninguna de esas dos cosas.

—Odias los cumplidos —comenta.

Le miro de reojo—. No exactamente. Solo soy cuidadosa con la forma en que los acepto.

—¿Por qué?

—Porque la mayoría de las veces se ofrecen como favores. Como si tuviera que estar agradecida de que alguien haya notado algo que yo no pedí que miraran.

Él asiente despacio—Has estado cargando con ese peso mucho tiempo.

—No es peso. —Niego con la cabeza y luego hago una pausa—No, en realidad... sí lo es. Es cada comentario indirecto sobre mis muslos, y cada estante de rebajas que se acaba en la talla cuarenta, y cada persona que me dijo que estaría guapa si tan solo me esforzara un poco más.

Su voz es suave—No necesitas esforzarte. Ya lo estás.

Niego con la cabeza—No tienes derecho a decir eso. No cuando probablemente solo has salido con modelos que sobreviven a base de aire y almendras.

—He salido con mujeres que eran hermosas —dice él—, pero ninguna de ellas tenía fuego en su belleza. Hasta ahora, claro.

Mi rubor se intensifica y desvío la mirada, pero su mano se posa suavemente en mi cadera. Su otra mano se desliza por mi mandíbula. Sé que debería dar un paso atrás, pero no lo hago.

—Crees que tu cuerpo es demasiado —murmura—, pero los hombres no queremos algo pequeño. Los chicos quieren lo fácil. Los hombres queremos algo que podamos sentir.

Inspiro profundamente; ahora su boca está más cerca.

—Fuiste hecha para ser tocada —dice—. Y llevo pensando en ello desde el primer día que entraste en mi despacho.

Su boca roza la mía una vez, y otra después, más lento esta vez. Me fundo en el beso antes de poder fingir lo contrario. Su mano se

cierra alrededor de mi cintura, pegándome a él, y el calor entre nosotros surge como si hubiera estado esperando.

Él intensifica el beso con un sonido en la garganta y yo me abro para él sin pensarlo. Mis dedos se aferran a su camisa y su boca se mueve sobre la mía con un hambre que me parece nueva y que, al mismo tiempo, llega con mucho retraso.

Su mano baja más, apretando mi cadera con más fuerza ahora, y jadeo contra sus labios mientras me empuja hacia la pared de cristal. Su boca se ladea sobre la mía de nuevo, con más firmeza ahora, y pierdo cualquier asomo de control. Besa como si pretendiera arrebatarme algo, y puede que ya lo haya hecho, porque me estoy abriendo a él sin cuestionar, sin pausas, sin un solo pensamiento coherente en la cabeza.

Su lengua acaricia la mía despacio y su mano se cierra más fuerte alrededor de mi cintura, atrayéndome hasta que no queda espacio entre nosotros. Se me corta el aliento y cierro los puños en su camisa como si necesitara algo a lo que aferrarme antes de ahogarme.

Él se mueve, apoyándome contra la fría pared de cristal, y el contraste entre la superficie fría y su calor me hace jadear. Su muslo se desliza entre los míos, presionando arriba, y mis caderas se balancean contra él por instinto. Ni siquiera es a propósito, pero él gime contra mi boca como si lo hubiera sentido por todo el cuerpo.

No puedo pensar. Apenas puedo respirar. Lo único que conozco es la forma en que sus labios recorren mi mandíbula, bajando hasta mi cuello, donde sus dientes raspan ligeramente antes de succionar con la fuerza suficiente para dejar marca.

—Sabe tan dulce —murmura contra mi piel, y las palabras se enroscan en lo más profundo de mi vientre. Mis dedos se mueven por su cuenta, tirando de los botones de su camisa, aunque sé que no debería. Él atrapa mis manos antes de que llegue lejos, inmovilizándolas suavemente contra el cristal.

—Todavía no —dice, con voz ronca y cargada de mando—. Deja que te toque primero.

Me besa de nuevo, más lento esta vez, provocador y minucioso, y sus manos se desplazan a mis caderas, deslizándose sobre la tela de mi vestido como si estuviera memorizando cada curva. Me agarra el culo con firmeza y luego sube una mano para acariciar mi pecho a través de la tela; me arqueo contra él sin pudor.

—Llevas meses volviéndome loco —murmura—. Entrando en mi despacho con faldas que no ocultan un demonio, hablando con esa boquita afilada, fingiendo que no sabías exactamente lo que estabas haciendo.

—No estaba fingiendo —susurro, pero sale como un gemido cuando su pulgar roza mi pezón.

Su boca se curva en una sonrisa contra mi cuello—. Mejor aún.

Da un paso atrás, solo el tiempo justo para agarrarme de la mano y llevarme dentro. Lo sigo con las piernas temblorosas, todavía mareada por lo rápido que he perdido el control. Atravesamos el salón y entonces el dormitorio se abre a nuestro alrededor: suelos de madera oscura, iluminación tenue empotrada y una cama king-size con sábanas azul marino que probablemente cuestan más que mi alquiler.

Se detiene cerca del borde de la cama y se gira hacia mí. Sus ojos están todavía más oscuros, concentrados y hambrientos, pero espera—Dilo —dice—. Di que quieres esto.

Tengo la garganta seca, pero mi voz no tiembla—Quiero esto.

—Buena chica —dice, y mis rodillas casi ceden.

Se acerca de nuevo y, esta vez, sus manos van al primer botón de mi vestido. Lo desabrocha lentamente, rozándome la clavícula con los dedos mientras se inclina para besarme justo debajo de la oreja.

—Botón a botón —murmura—. Para que sientas cada segundo.

Mi respiración se acelera. Pasa al siguiente botón, luego al siguiente, presionando besos con la boca abierta por el camino que va dejando al descubierto. Para cuando llega al último, el vestido está suelto sobre mis hombros y sus manos se deslizan bajo la tela, empujándola lentamente hasta que se amontona a mis pies.

Me quedo frente a él en sujetador y bragas, sofocada y expuesta, y él retrocede para echarme un largo vistazo. Sus ojos recorren cada centímetro de mí, reverentes y sin prisas.

—No tienes idea de lo que esto me hace —dice.

Luego busca el cierre de mi sujetador y sus dedos lo abren con una soltura experta. Los tirantes caen y sus manos suben para rodear mis pechos desnudos, cálidas y firmes, mientras su boca reclama la mía de nuevo.

Ya estoy temblando cuando me levanta por las caderas y me tumba en su cama. Las sábanas están frías debajo de mí, pero su cuerpo está ardiendo mientras me sigue, instalándose entre mis muslos con un gruñido en la garganta.

—Tocarte a través de una pantalla no era suficiente —murmura con voz de seda contra mi pecho—. Necesito más.

Su boca se cierra alrededor de mi pezón, su lengua trazando círculos, y mi espalda se arquea mientras su mano baja más, por la curva de mi estómago, hasta el fino encaje entre mis piernas. Presiona sus dedos allí y me encuentra empapada.

—Joder —exhala—. Estás lista para mí.

Me besa de nuevo. La cama se mueve bajo su peso y una conciencia total de mi cuerpo se extiende por mí antes incluso de que me toque. Algo en la forma en que se mueve —como si ya hubiera decidido y yo ya no tuviera voz ni voto— hace que mi pulso se dispare.

Se arrodilla entre mis muslos, separándolos con las palmas de las manos.

—Manténlas abiertas. —Su voz es una orden que se desliza sobre mi piel como el humo—. Del todo. Quiero ver exactamente lo codicioso que es este coño.

Un calor sube por mi columna al oír esa palabra en su boca. Roza mis muslos con los nudillos, sin tocar donde lo necesito, solo rozando la parte interna de mi pierna, y me estremezco por lo sensible que estoy ya.

De pronto oigo el suave crujido de algo entre sus dientes.

Abro los ojos de golpe—¿Qué ha sido eso?

Él sonríe, y es jodidamente perverso—. Ya lo verás.

Entonces lo siento: *fríO*. Un frescor electrizante y sorprendente de su lengua mientras se desliza por mi muslo interno. Mentol. Hielo y fuego en un mismo suspiro. Mis caderas se agitan sobre la cama por la sorpresa y él se *ríe*.

—Sí —dice—. Esto va a sentar jodidamente bien.

Se inclina, arrastrando esa lengua fría más arriba, dejando un rastro de sensación que quema cuando el frío se desvanece. Su boca se acerca a donde lo necesito y mi cuerpo ya se arquea, buscándolo, temblando de deseo.

—Quédate quieta —murmura—. O te ataré y te dejaré al límite hasta que llores.

Suelto un sonido ahogado, crudo y necesitado—. Por favor...

—No supliques todavía —dice, y entonces su boca aterriza por fin en mí, y lo es todo.

El impacto del mentol golpea fuerte, gélido al principio, y luego el calor se extiende, floreciendo por cada nervio. Su lengua es lenta, firme, segura, lamiéndome como si no tuviera otro lugar donde

estar, como si su *única* tarea fuera devorar cada centímetro hasta que yo no pueda recordar ni mi nombre.

Y no puedo. Mi mente se queda en blanco mientras el contraste se despliega: *lengua fría, aliento caliente, labios húmedos, barba áspera*; una sinfonía de contradicciones que me tiene sollozando su nombre antes incluso de estar cerca.

—Sabe jodidamente perfecto —gruñe contra mí—. Dulce y jugoso. Este coño fue hecho para mi boca.

Mis muslos tiemblan violentamente. Me agarra de las caderas, me mantiene abierta y va más profundo, succionando con la fuerza suficiente para hacerme gritar.

—Eso es —gruñe—. Refrégate contra mí. Usa mi cara. Fóllatela si lo necesitas.

Lo hago. No puedo resistirme. Mis caderas se agitan contra su boca y él lo incita, trabajando con la lengua en círculos rápidos, arrancándome gemidos que nunca me había oído hacer. Sus halagos golpean con la misma fuerza que su lengua.

—Estás tan mojada para mí. Qué buena chica.

Arrastra la lengua más abajo, luego más arriba, y vuelve a empezar, extendiendo el escozor frío y el calor hasta que todo mi cuerpo se ilumina. Entonces —*Dios*— sopla sobre mí. El aire fresco golpea donde su boca acababa de estar caliente y grito.

—Sensible, ¿verdad? —murmura.

Intento responder, pero lo único que sale es un jadeo roto. Mis manos arañan las sábanas, luego sus hombros, y después vuelven a las sábanas porque *necesito* algo a lo que aferrarme.

Aplana la lengua y la arrastra hacia arriba lentamente, para luego dar un toque con la punta, brusco y rápido. Cada movimiento es como si me estuviera estudiando, usando mis sonidos y mis espasmos como un mapa hacia mi perdición.

Sus dedos se hincan en mis muslos para mantenerme abierta, para tenerme ahí para él, y entonces hace algo que cortocircuita todos mis nervios: desliza un dedo frío y lubricado por la menta en mi interior mientras su boca se queda justo donde está.

Grito.

—Sí. Eso es. Piérdete por completo para mí. —Su voz es ronca—. Naciste para ser deshecha así.

Me estoy desmoronando. Estoy empapada, jadeando, suplicando. No sé dónde termino yo y empieza él. Retira la boca lo justo para mirarme; tiene los labios húmedos, los ojos oscuros y brillantes. —¿Vas a decirlo como es debido?

—Por favor, señor —jadeo, y la voz se me quiebra—. Por favor, deja que me corra.

Su boca se curva en señal de aprobación.

—Ahí está ella.

Y entonces me devora.

Ya no hay juegos. Solo una presión sucia, húmeda e implacable. Su lengua se mueve como un arma —rápida, ruda, despiadada— y su dedo presiona más hondo, curvándose dentro de mí mientras el escozor del mentol mantiene todo nítido y excesivo. Vuelvo a gritar, más fuerte esta vez, y él *gime* contra mí como si mi desesperación fuera su recompensa.

—Córrete en mi puta lengua —gruñe—. Ponme perdido.

Lo hago.

Me golpea como una ola rompiendo sobre mí; el placer me recorre la columna, mi cuerpo se bloquea y tiembla con ello. Mi voz se quiebra al pronunciar su nombre mientras me corro, y él no cede. *Se lo bebe todo*, lamiendo y succionando y aguantando el tirón conmigo como si cada espasmo le perteneciera.

Para cuando reduce el ritmo, estoy destrozada: despatarrada, temblando, con la respiración entrecortada.

Se retira lentamente, lamiéndose los labios, y luego repta por mi cuerpo hasta que su boca queda suspendida junto a mi oreja.

—Ahora —susurra—, podemos empezar.

5

ETHAN

Sus muslos todavía tiemblan por lo fuerte que he hecho que se corra en mi boca, y ni siquiera la he follado aún.

Me incorporo sobre los talones, deleitándome con la vista. Mojada. Abierta. Deseosa. Tiene los labios hinchados. El pecho le sube y baja rápido, los pezones tiesos. Intenta recuperar el control, pero no puede. Ahora es mío.

Cojo una corbata de la mesilla de noche. —Has dicho por favor —murmuro—. Te has ganado esto.

Se le dilatan un poco los ojos al verla, pero asiente.

—Muñecas. Juntas.

Levanta los brazos. Se las ato con firmeza pero con cuidado; la tela está lo bastante tensa para recordarle qué es esto, pero no tanto como para dejar marca. Ahora sus manos descansan sobre su cabeza, con las muñecas cruzadas. Está aún más hermosa así, cuando está abierta, indefensa y a mi merced.

Le planto un beso en el hombro. —¿Palabra de seguridad?

Me mira fijamente un instante y me tomo un momento para explicarle a qué me refiero. —Si quieres que pare, solo tienes que decir esta palabra en voz alta.

—No creo que...

—Elige una de todos modos —la interrumpo con firmeza—. Nada de lo que pase aquí debe ir en contra de tu libre voluntad.

Ella asiente y se ruboriza con dulzura; me maravilla ver cómo se le ilumina toda la cara. —Carmesí.

—Buena chica.

Me acomodo de nuevo entre sus piernas, deslizando la palma de la mano por la parte interna de su muslo. Se estremece por lo sensible que sigue estando. Continúo. —Puedes aguantar más.

—Puedo —susurra.

Cojo el condón, lo abro con los dientes y lo desenrollo. Mi polla está tan dura que me duele, goteando por ella. He deseado a muchas mujeres. He *tenido* a muchas mujeres. Pero no como esta, no a alguien que me *desarma* solo con escuchar, obedecer y mirarme como si pudiera destruirla y ella quisiera que lo hiciese.

Me sitúo en su entrada. Está empapada. Se me escapa un siseo cuando deslizo el bálano por sus pliegues, solo una vez. Ella da un respingo y yo sonrío.

Entonces empujo hacia dentro. Su espalda se arquea separándose de la cama. El sonido que emite es puro instinto, y mis manos se aprietan en sus caderas, manteniéndola quieta mientras me hundo lentamente. Estrecha. Jodidamente estrecha.

Su coño me atrapa como si nunca la hubieran tomado así, como si su cuerpo quisiera memorizar el mío.

—Ethan...

—Shhh. Te tengo.

Llego al fondo con una estocada lenta. Ella jadea y sus paredes palpitan a mi alrededor. Empujo mis caderas profundamente. —Joder —susurro—. Pareces el cielo.

Hago una pausa para dejar que se acostumbre y la observo luchar por respirar.

—¿Estás bien?

—Sí —gime.

—¿Segura?

Asiente con fuerza. —Tan llena... Lo siento todo.

Me retiro y vuelvo a embestir, más profundo esta vez. Se le queda la boca abierta. Mi ritmo es lento al principio. Quiero que sienta cada centímetro y que recuerde esta dilatación durante horas. Quiero que mañana esté dolorida. Mis manos recorren su cuerpo: su cintura, su garganta, la redondez de su pecho. Se arquea ante cada caricia. Lo ofrece todo.

Y yo lo tomo.

—Mírate —gruño—. Atada. Abierta para mí. Obedeciendo de forma tan jodidamente dulce.

—Se siente tan bien... —jadea.

—Lo sé, pequeña.

Embisto con más fuerza y sus manos se retuercen en la corbata. Ahora jadea, con las pupilas dilatadas al máximo mientras arquea las caderas hacia arriba. Está al límite, pero sigue portándose tan bien para mí, recibiendo mi polla como una campeona. Me inclino y le doy un beso en la sien. —Nadie me ha escuchado nunca así de bien. Nadie ha hecho que quiera follármela tan despacio.

Le tiemblan los ojos. Le sujeto la mandíbula.

—Mírame.

Los abre. Mis embestidas se vuelven más bruscas. Sus gemidos se quiebran. —Lo estás haciendo muy bien —digo—. Tomando mi polla como si fuera tuya.

—Lo es —dice ella con voz quebrada—. Es tuya. Úsame.

Eso rompe algo en mí. Le engancho las piernas alrededor de mi cintura y la follo más hondo, hundiéndome en ella con estocadas largas y brutales. Se aprieta a mi alrededor. Puedo sentir que está cerca de nuevo.

—¿Te vas a correr en mi polla, nena?

—Sí —solloza.

—Más vale que esperes. Yo te diré cuándo.

Se muerde el labio y le tiemblan los muslos. Su coño se contrae con tanta fuerza a mi alrededor que casi pierdo el sentido. Mi control se está esfumando. Nunca me había importado tanto el placer de una mujer. Nunca había querido oír a alguien desmoronarse bajo mi cuerpo de esta manera. Nunca lo había *necesitado*. Ha cambiado algo que yo no sabía que podía cambiar.

Cambio el ángulo, frotando mis caderas contra su clítoris en cada embestida. Se retuerce debajo de mí, con los ojos muy abiertos y los labios entreabiertos.

—Pídelo.

—Por favor, señor —llora—. Por favor, déjeme correrme. Lo necesito. No puedo aguantar.

—Sí que puedes —gruño—. Aguanta por mí.

—Yo... por favor...

Me hundo en ella tan profundamente que se le corta la respiración. Se contrae de nuevo. —Ahora —susurro—. Ahora, nena. Suéltalo.

Se rompe. Todo su cuerpo convulsiona, su coño late alrededor de mi polla con tanta fuerza que tengo que apretar los dientes para no correrme. Grita mi nombre y solloza con él.

Y no paro. Sigo moviéndome, sigo follándola a través del orgasmo, viendo cómo se pierde por completo bajo mi cuerpo.

Y pienso: *joder, puede que no la deje ir nunca.*

A medida que su orgasmo remite, me retiro despacio; ella jadea ante el roce, el vacío, la negación de estar llena. Voy a desatarla, pero me sorprende.

—No —susurra—. Déjame a mí.

Arqueo una ceja, pero me recuesto en las almohadas, observando cómo libera sus muñecas con dedos temblorosos pero decididos. Baja, coge la corbata y la tira a un lado. Sus ojos todavía están pesados por el orgasmo, pero ahora hay una chispa en ellos. Algo vivo. Algo hambriento.

Se sube a mi regazo, montándome despacio, con las caderas asentadas justo sobre mi polla. Sigo duro como una piedra y goteando contra mi vientre.

—Lila.

—Quiero cabalgarte —murmura con voz ronca.

Cielo santo.

Le sujeto la cintura. —¿Crees que puedes manejar tanto poder?

Se inclina, recorriendo mi mandíbula con la boca, con el aliento caliente. —Acabo de hacerlo.

Presuntuosa. Valiente. Sucia. Sabe exactamente lo que está haciendo ahora.

—Tómalo, entonces.

Se levanta, mete la mano entre ambos y me alinea. Se me corta la respiración cuando el bálano empuja dentro de ella otra vez, todavía caliente, lubricado y estrecho de cojones. Se hunde despacio, gimiendo mientras acepta cada centímetro. Sus uñas se clavan en mi pecho.

Su ritmo empieza siendo perezoso. Se frota contra mí como si quisiera sentir cada relieve, cada roce. Sus tetas botan. Su cabeza cae hacia atrás. Tiene el pelo hecho un desastre.

Dejo que me folle como si yo le perteneciera. Porque en este momento, lo hago. —Mírate —murmuro—. Cabalgándome como si lo hubieras hecho mil veces.

Gime y empiezo a rodear su clítoris con el pulgar. —Estás tan mojada para mí. ¿Te gusta estar arriba?

Asiente, acelerando. Su culo golpea contra mis muslos y el sonido me hace gruñir.

—Estás montando un buen lío, nena.

—Quiero hacerlo —jadea—. Quiero correrme en tu polla otra vez. Una y otra vez.

—Chica codiciosa. —Le sujeto las caderas y dejo que se mueva. Me está trabajando en serio. Frotando, botando, haciendo círculos con las caderas. Sus uñas me arañan el pecho y siento que estoy cerca.

Entonces se detiene, se desliza fuera de mí y cae de rodillas entre mis piernas. —¿Qué demonios estás...?

Me agarra la base de la polla y me succiona el bálano, rápido y profundo.

Mi cabeza golpea contra las almohadas. —Joder.

Su boca está ardiendo. Desliza la lengua bajo el tronco, con una mano en la base mientras la otra me acaricia los huevos. Gime

conmigo dentro y pierdo el sentido por un segundo, con las caderas dando sacudidas. Ella no se inmuta. Lo acepta con gusto.

—Dios, Lila —gruño—. Vas a hacer que me corra.

Se aparta con un chasquido. —Todavía no. No vas a terminar sin follarme otra vez.

Luego vuelve a estar encima de mí, guiándome hacia su interior con dedos lubricados y una sonrisa pecaminosa.

Pero ya he tenido bastante. Le agarro las muñecas a mitad de una embestida, le doy la vuelta sobre su espalda antes de que pueda parpadear y entro en ella con fuerza.

Jadea. No la dejo hablar. La embisto como si estuviera demostrando algo. —¿Te crees que tú diriges el espectáculo? —siseo, hundiéndome en ella de nuevo—. ¿Crees que puedes provocarme, chupármela, cabalgarme y no pagar por ello?

Gime demasiado fuerte como para responder.

—Respóndeme.

—No, señor —lloriquea.

—¿De quién es este coño?

—Tuyo.

La follo más fuerte.

Sus dedos se clavan en mi espalda. Está tan estrecha que estoy perdiendo el control.

—Manos sobre la cabeza —le ordeno.

Obedece.

Le atrapo las muñecas con una mano y le agarro el muslo con la otra, subiéndole la pierna hasta mi hombro. Grita. Voy más profundo. —¿Vas a correrte otra vez?

—Sí, señor.

—Más vale que esperes.

—Yo... joder... por favor...

Se le ponen los ojos en blanco. Siento su cuerpo suplicando correrse de nuevo. Pero todavía no.

Ralentizo el ritmo. Lo prolongo. —La próxima vez que quieras tomar el control —gruño en su oído—, lo pides. Te lo ganas. ¿Me entiendes?

—Sí, señor.

Y ahora vuelve a ser perfecta.

Vuelve a temblar bajo mi cuerpo, con la respiración descompuesta, los ojos brillantes y desenfocados. Puedo sentir lo cerca que está. Puedo sentir lo cerca que estoy *yo*. Mi polla está gruesa y me duele, enterrada profundamente en ella; cada embestida le arranca un sonido que me golpea directo en el pecho.

Ralentizo el ritmo a propósito. Su cuerpo protesta de inmediato. Gime, levantando las caderas, tratando de alcanzarme. No la dejo.

—Quédate quieta —le digo, con voz baja y firme.

Se queda inmóvil. A duras penas. Temblando, pero escuchando.

Dios. Eso me puede siempre. La forma en que me hace caso. La forma en que confía en mí con esto. Me inclino, junto mi frente a la suya y sigo moviéndome con estocadas lentas que la hacen lloriquear. —Has sido tan buena para mí esta noche —murmuro—. Tan abierta. Tan jodidamente valiente.

Sus uñas se clavan en las sábanas. —No puedo...

—Sí que puedes. —Embisto profundamente y me mantengo ahí. —Puedes aguantarlo. Eres más fuerte de lo que crees.

Sus paredes me aprietan con fuerza y suelto un siseo entre los dientes. Todos estos años. Toda esta experiencia. Y después, ella.

Me cabrea lo mucho que la deseo.

Vuelvo a acelerar el ritmo, ahora con más fuerza. Ella grita, echando la cabeza hacia atrás, dejando la garganta expuesta. La tomo. La beso. La muerdo ligeramente. —Te gusta cuando te follo así —le digo.

—Sí —gime—. Sí, señor.

Esa palabra enciende una ola de posesividad en mí. Le agarro las muñecas de nuevo, fijándolas al colchón por encima de su cabeza. —Dilo otra vez.

—Sí, señor.

—Buena chica.

La follo con más saña. La cama cruje bajo nosotros y su respiración se vuelve frenética. Su cuerpo está cubierto de sudor. Puedo sentir lo cerca que está, cómo su coño se tensa con cada embestida. —Te vas a correr para mí —le digo—. Justo ahora. Y te vas a quedar conmigo mientras lo haces.

Asiente desesperadamente. —Por favor. Por favor, déjeme.

Cambio el ángulo lo justo. Su cuerpo reacciona al instante. Lanza un grito, fuerte y roto, y eso es todo.

Su orgasmo la golpea de lleno. Todo su cuerpo se convulsiona. Su coño me aprieta en oleadas que me roban el aliento. Grita mi nombre como si se estuviera ahogando en él.

Pierdo el control.

—Joder —gruño, enterrándome hasta el fondo—. Eso es. Tómalo.

Me quedo hundido mientras ella se desmorona, la mantengo justo ahí, sintiendo cada pulso, cada estremecimiento. Me arrastra al

abismo rápidamente. Me corro con un gemido que no me molesto en contener, con las caderas dando sacudidas mientras me vacío en el condón, sintiendo el calor inundarme, apretando más sus muñecas mientras aguanto el envite. Mi frente cae sobre su hombro. Aspiro su aroma.

Cielo santo.

Cuando finalmente remite, me quedo donde estoy, con la polla aún enterrada en ella, el pecho subiendo y bajando con fuerza. Ella está lacia bajo mi cuerpo, respirando en jadeos cortos y aturdidos.

Levanto la cabeza lentamente, mirándola. Tiene el pelo revuelto, los labios hinchados y los ojos oscuros y suaves. Una oleada me recorre el pecho. Libero una mano y le acaricio la mejilla, rozando con el pulgar su mandíbula.

—¿Sigues conmigo? —pregunto en voz baja.

Asiente. —Sí.

—Bien.

Me retiro despacio, viendo cómo su cuerpo reacciona a la pérdida. Me quito el condón, lo tiro a un lado y luego me acomodo entre sus muslos, sin tocarla todavía. Nunca me había detenido así antes. Nunca lo había necesitado.

Pero con ella, sí.

—Me has sorprendido esta noche —digo con voz ronca—. A mí no suelen sorprenderme.

Traga saliva. —¿Eso es malo?

—No. —Niego con la cabeza una vez—. Es peligroso.

Me observa, insegura, abierta, dándomelo todo incluso ahora.

Me inclino y la beso lentamente. —No hemos terminado —le digo contra la boca—. Pero ahora voy a cuidar de ti.

No habla; todavía está bajando de las nubes. Sus pestañas aletean, su pecho sube y baja rápido, sus extremidades están flojas por el agotamiento y el placer. Sus muslos tienen marcas rojas de donde la he sujetado. Tiene la boca abierta, los labios hinchados de todas las formas en que los ha usado.

Está preciosa así, desnuda y sin aliento. Cojo la toalla que hay a los pies de la cama. La limpio con suavidad, con cuidado de no presionar demasiado, mirándola a los ojos todo el tiempo. Ella me devuelve la mirada. Eso me llega más que cualquier otra cosa.

—Sigues conmigo —murmuro.

Asiente suavemente. —No quería estar en ningún otro sitio.

Dejo la toalla a un lado, vuelvo a subir y me acomodo a su lado. La atraigo hacia mi pecho. Su cabeza se encaja bajo mi mandíbula como si siempre hubiera debido ir ahí. La rodeo con mis brazos, con una mano acariciándole la espalda, despacio y con ritmo constante. Su piel está húmeda y tibia. Su corazón todavía late con fuerza.

Se ajusta aquí con demasiada facilidad. Le paso los dedos por el pelo. Exhala contra mi garganta. Aprieto más mi agarre.

—Lo has hecho bien esta noche.

Sonríe contra mi piel. —Ha sido intenso.

Le levanto la barbilla y la obligo a mirarme. —Me has dado todo lo que te he pedido.

—Quería hacerlo.

—No sabes lo que eso me provoca, Lila.

Sus ojos se suavizan. —Dímelo.

No lo hago. En su lugar, le acaricio la mejilla con el pulgar y la beso. Suspira en medio del beso. Me retiro, con mis labios rozando los suyos. —Yo cuido de lo que es mío.

Se estremece. —¿Lo soy?

Se me tensa la mandíbula, pero no respondo. Se acurruca de nuevo en mi pecho y la dejo. Sigo acariciándole la espalda, la cadera, la curva de su cintura. Memorizo su forma de respirar. Registro el sonido que hace cuando paso la palma de la mano por el contorno de su muslo. Observo cómo la tensión abandona su cuerpo por etapas.

La sostengo. No está acostumbrada a esto. Me doy cuenta. Está esperando a que me aparte, a que me dé la vuelta y desconecte. Aún no sabe que yo no me marcho una vez que he desarmado a alguien de esa manera. Pongo mi mano sobre su corazón y descubro que todavía late con fuerza.

Susurra: —¿Haces esto siempre?

—No.

—¿Qué hay de diferente?

Sin responder, dejo que me recorra el pecho con la yema de los dedos, dejo que sus piernas se enreden con las mías, dejo que se apropie del silencio sin llenarlo. Y cuando su respiración empieza a ralentizarse, cuando empieza a fundirse con el colchón, la estrecho más fuerte con mi brazo y lo digo: —Esto es solo el principio, Lila. No me satisfago fácilmente.

6

LILA

Me despierto en la enorme cama de Ethan, con las sábanas de seda pegadas a la piel, y la realidad de la noche pasada me golpea de frente. Su aroma está en todas partes y me duele el cuerpo de la mejor manera posible, pero me da vueltas la cabeza.

Me he acostado con mi jefe. Mi multimillonario e intocable jefe. Retiro las sábanas; tengo la piel todavía encendida, los muslos doloridos y el pecho marcado. Ni siquiera necesito un espejo para saber qué aspecto tengo. Sus manos han estado por todas partes. Su boca también. Recuerdo cada segundo. No quiero olvidar nada. Y ese es parte del problema.

Con un leve gemido, me deslizo fuera de la cama y encuentro mi vestido arrugado en el suelo. Ni rastro de las bragas. Me pongo el vestido de todos modos, haciendo una pequeña mueca mientras me enderezo. Mis piernas protestan. Mi cerebro protesta aún más.

¿Qué demonios va a pasar ahora?

Estoy a punto de entrar en pánico cuando se abre la puerta. Ethan entra, sin camiseta, sosteniendo dos cafés como si esta fuera la mañana más normal de su semana. Está tranquilo, relajado,

descalzo y bronceado en lugares que me dan ganas de volver a meterme en la cama ahora mismo.

—Buenos días, pequeña —dice con una sonrisa socarrona.

El corazón me da un vuelco. —Hola —respondo con la voz ronca—. Esto... ¿gracias?

Me tiende una taza, se sienta frente a mí en la cama y me observa dar un sorbo. Negro. Fuerte. Exactamente como me gusta.

Salimos al balcón. Es amplio y minimalista, todo piedra y cristal, con vistas a la ciudad como si estuviéramos por encima del caos. La luz del sol empieza a bañar las azoteas de los edificios. La gente se despierta y se va a trabajar. Yo estoy sentada con el vestido de anoche, sin sujetador, bebiendo café con un hombre que me puso del revés hace menos de seis horas.

Ethan se apoya en el respaldo de la silla frente a la mía, con las piernas abiertas y un brazo relajado sobre el reposacabezas. Parece tranquilo, pero no me quita los ojos de encima.

Cruzo las piernas, bebo mi café y finjo que no me importa. —Bueno —digo, y carraspeo.

—Bueno —repite él, como si esperara a ver qué voy a decir a continuación.

Gano tiempo. Él no me ayuda, maldito sea.

—Esto no... no cambia nada en el trabajo, ¿verdad? —pregunto, intentando que mi voz suene ligera—. ¿Sigo siendo solo tu asistente?

Le tiembla la comisura de los labios, sin llegar a sonreír. —Nunca has sido solo mi asistente.

—Eso suena al comienzo de un escándalo.

—Solo si huyes de mí.

Le lanzo una mirada. No está bromeando. Me observa como si fuera un riesgo de fuga, como si ya se hubiera dado cuenta de que no gestiono bien las situaciones complicadas y estoy a dos segundos de perder el control.

—No tenía planeado huir —digo.

Él asiente despacio, poco convencido.

—¿Me estás diciendo que estás bien? —pregunta.

—Estoy de maravilla —respondo, y ni siquiera yo me lo creo.

Dejo la taza con demasiado cuidado y me aliso el vestido como si necesitara supervisión. Mis manos no dejan de buscar cosas que hacer, y esa suele ser mi señal delatora.

Mi última relación no terminó bien. Empezó de forma dulce y atenta, esa clase de atención que resulta halagadora cuando no estás acostumbrada a que te elijan primero. Durante los primeros meses, recibí mi buena dosis de cumplidos, interés constante, la seguridad de que le gustaba exactamente como era. Pasaron meses antes de que el tono cambiara lo justo para hacerme dudar de mí misma.

Le gustaba disfrazar el control de preferencia. Prefería que me vistiera de cierta manera. Prefería que me quedara en casa. Prefería que no discutiera, porque ¿para qué iba a necesitar hacerlo? Hacía que sonara lógico. Razonable. Como si me estuviera haciendo un favor.

Luego estaba la parte que tampoco me dejaba olvidar nunca. Que yo tenía curvas, que los hombres no hacían cola precisamente por mí y que él era un santo por quererme de todos modos. La sumisión era un intercambio justo por haber sido la elegida.

Ignoré el primer empujón. Luego el segundo. Me dije que era el estrés. Una mala noche. Una discusión que había llegado demasiado lejos. Siempre ocurre así, hasta que siempre llega un poco más allá.

Me costó más fuerza de la que me gusta admitir el marcharme. Una fuerza que no sabía que tenía y en la que todavía no confío del todo. El cuerpo recuerda cosas que el cerebro preferiría editar. Voces elevadas. Puertas cerrándose. Manos apretando solo un segundo de más.

Así que ahora, cuando alguien es atento, cuando alguien es posesivo pero refinado al respecto, mis instintos se adelantan y empiezan a buscar las salidas de emergencia. Miro a Ethan, a la forma en que está ahí sin acorralarme, sin tocarme a menos que yo me mueva primero. Ninguna parte de mí cree que él cruzaría jamás esa línea.

Pero mi pulso aún no se ha enterado. Sigue decidiendo si quedarse o salir corriendo.

—Lila.

Le sostengo la mirada. Tiene los ojos oscuros. Tranquilos. Inescrutables. Tal como se veían anoche justo antes de follarme como no me han follado en la vida. —Estoy pensando —admito.

—¿En qué?

—En límites. Arrepentimiento. Logística. En si mi pelo tiene un aspecto demencial.

—Tu pelo está sexy —dice él—. Y si te arrepientes de lo de anoche, dilo ahora.

No me arrepiento. En absoluto.

Pero tampoco sé qué narices va a pasar después, y esa es la parte que está convirtiendo mi cerebro en una pantalla de carga. —No me arrepiento —digo.

Su expresión no varía. —No me gusta el limbo, Lila. Anoche te entregaste a mí. Por completo. Si para ti solo fue sexo, dilo.

—No lo fue.

—Bien.

Me remuevo en el asiento, de repente con demasiado calor a pesar de la brisa.

—Tú no eres de cosas informales, ¿verdad? —pregunto en voz baja.

—No —responde—. No lo soy.

Bebo un sorbo de café para evitar que me tiemblen las manos. —Yo sí.

Se le tensa la mandíbula, solo un instante. —Trabajaremos en eso.

Me dan ganas de reír, pero me da la sensación de que no encajaría en esta situación. Me conformo con mirar el horizonte, a la gente allá abajo. Tengo el estómago revuelto por todo lo que siento. Él me observa como si supiera exactamente lo que estoy pensando, como hace siempre.

—No quiero ser un error —digo.

—No lo serás.

—Y no quiero ser una más entre muchas.

—No lo eres.

Hay una pausa en la que se inclina hacia delante, deja su taza y me busca el tobillo. Sus dedos cálidos descansan sobre mi piel.

—Esto va en serio por mi parte.

Se me aprieta la garganta. —¿Por qué?

—Porque no juegas a juegos. Porque escuchas. Porque me respondes con esa boquita impertinente y luego sigues mis órdenes como si hubieras nacido para ello.

—Eso no es amor —suelto demasiado rápido.

—No he dicho que lo fuera.

Abro la boca para decir algo más. No sé el qué. Él se inclina antes de que pueda hacerlo.

—Te quedarás esta noche.

—Yo...

—Se acabaron las conjeturas. Se acabó el cruzar la puerta sin respuestas.

Trago saliva con dificultad. —Te gusta el control.

—Me gustas tú —dice—. El control simplemente lo hace más fácil.

Le miro.

Se inclina hacia mí antes de que pueda terminar de procesar el pensamiento, con la mano aún rodeando mi tobillo. No aprieta, pero el agarre es lo bastante firme para que no me mueva. Me quedo allí.

—No te estoy pidiendo amor, Lila —dice—. Te estoy pidiendo que veas lo sexy que puedes llegar a ser cuando no dudas de ti misma. Por eso, te propongo redactar un contrato. Si sientes que es demasiado, eres totalmente libre de irte. No voy a presionarte.

Mi pulso flaquea. —¿Un contrato?

Él enarca una ceja, como si le divirtiera o estuviera comprobando lo rápido que saldré huyendo. —¿Has practicado BDSM alguna vez?

—A ver, he visto Cincuenta sombras, si eso cuenta —digo, e inmediatamente quiero pegarme un puñetazo en la garganta. No es el momento para referencias de cultura pop baratas. Es el momento de la madurez calmada y racional. Por desgracia, ando escasa de las tres.

Él ni se inmuta. —No es eso lo que te pregunto. Te pregunto si sabes lo que conlleva en realidad. Los principios. Las expectativas. Las responsabilidades.

Aprieto los dedos alrededor de la taza de café. —No. No realmente.

Ethan se echa un poco hacia atrás. —El consentimiento es la pieza central. También la comunicación. Palabras de seguridad, límites estrictos, límites flexibles... todo claramente establecido. Yo no presiono. No coacciono. Lidero, pero nunca sin tu pleno acuerdo.

Resulta casi cómico lo diferente que es eso de lo que yo conocía. Mi ex pensaba que el consentimiento era un formalismo que caducaba una vez que decía que sí la primera vez. Si cambiaba de opinión, era un drama. Si dudaba, era un rechazo. Trago saliva, con fuerza. —¿Entonces no estás buscando una relación?

Considera mi pregunta con un pliegue pensativo entre las cejas, y de inmediato le da el aspecto de un hombre acostumbrado a bibliotecas oscuras, mansiones heredadas y complicaciones emocionales que es mejor revelar durante una tormenta. La luz del sol captura su mandíbula, y de repente es menos un «ejecutivo de empresa con traje a medida» y más un Mr. Rochester caminando a zancadas por los páramos, con el abrigo ondeando tras él, preparado para declarar algo temerario y trascendental antes de la hora del té.

Es profundamente inoportuno.

Hay algo en la forma en que se queda quieto antes de responder, como si mis palabras merecieran un examen en lugar de ser descartadas. La pausa parece casi gótica. Casi espero que empiece a sonar un piano lejano por sí solo. Ladea la cabeza, estudiándome como si fuera un rompecabezas o una mujer a punto de desmayarse con elegancia sobre un diván. El pliegue se acentúa. Mi pulso se descontrola.

Así es como empiezan los escándalos, me digo. Debería ser ilegal que un hombre parezca tan atormentado y competente al mismo tiempo. Para mi alivio, responde en ese momento. —No en el sentido tradicional. Busco confianza. Disciplina. Obediencia, sí, pero es algo que se gana y viene con la confianza. Y el placer es el resultado que se intensifica gracias a todo eso.

Se me entrecorta la respiración. —¿Y esto le funciona a la gente? —logro soltar.

Él sonríe burlonamente al instante. —Cuando se hace bien.

Antes de que pueda idear una respuesta, se marcha, solo para regresar con un documento recién impreso y una carpeta negra muy elegante. —Este es el contrato. Léelo antes de firmar nada. Haz preguntas. Subraya cualquier cosa que no te guste. No me importa si tardas una semana o más. Si no te sientes completamente segura de esto, no pasará nada.

Lo abro con cuidado, escaneando la primera página y fingiendo que no me sorprende que esto ya esté preparado para mí. Hay una cláusula de confidencialidad. Era de esperar. Sección de límites. Términos de juego. Una parte de declaración de salud... vaya. No está bromeando. El contrato detalla qué está permitido y qué no, cómo funcionan las palabras de seguridad, incluso una nota sobre recursos de salud mental y revisiones de estado de ánimo.

No es lo que esperaba. Es... responsable. Casi de forma aterradora.

Y no puedo mentir: el estómago me da vueltas como si estuviera en el instituto y el chico guapo de último curso acabara de pedirme ir al baile de graduación. Él me observa como si estuviera catalogando mis reacciones. —Sin presiones. Puedes salir de aquí ahora mismo y no te escribiré, ni te llamaré, ni te perseguiré.

Mis dedos revolotean sobre el borde del papel. Pienso en todas las veces que me he entregado por las migajas. En cada vez que me convencí a mí misma de que el amor tenía que doler solo un poquito para ser real.

Esto no parece amor. Pero parece honesto. Parece algo con reglas que realmente puedo entender.

Le miro a los ojos. —Vale. Probemos.

Él asiente una vez. —Iré a por un bolígrafo.

Mi estómago vuelve a dar ese vuelco, pero me las arreglo para asentir. No estoy segura de qué acabo de aceptar, pero por primera vez en mucho tiempo, no he sentido que me estuviera rindiendo. He sentido que estaba dando el paso.

7

ETHAN

Lila se marcha antes de que termine mi ducha, y la dejo ir porque quiero ver qué hace con el espacio. Es cuidadosa, pero miró hacia atrás dos veces antes de salir, lo que me dice bastante. No está huyendo. Está abrumada y se está resistiendo, y eso está bien. Puedo con eso.

Me visto rápido y me muevo por el ático con el teléfono en la mano. Ya hay un montón de actualizaciones de la noche de la oficina de Hong Kong, pero las reviso por encima en lugar de responder. Mi atención sigue volviendo a su contrato firmado en el tocador.

El ascensor desciende directamente al garaje, y el conductor abre la puerta trasera sin necesidad de que se lo diga. Me acomodo, me suelto los puños y vuelvo a revisar mis mensajes. Nada de ella aún. Probablemente esté caminando de un lado a otro por su apartamento con el pelo mojado y la ropa pegada a la piel. Reproducirá cada segundo de la noche anterior, y pretenderá que puede olvidarlo una vez que llega al trabajo. No podrá.

El tráfico se mueve rápido, y pronto la torre viene a la vista. Me ajusto la corbata y salgo antes de que el coche se detenga por

completo. La seguridad asiente, la gente se aparta, y las puertas del ascensor se cierran antes de que nadie más pueda entrar.

Compruebo la hora y noto que estoy ligeramente adelantado.

Las puertas del ascensor se abren en mi piso, y la primera voz que escucho es la de Sloane Mercer. Está hablando demasiado alto, riendo de algo sin gracia, y su tono es empalagoso de una forma que inmediatamente me pone de mal humor.

—Señor Cross —dice cuando me ve, y se coloca a mi lado antes de que pueda detenerla—. Buenos días. Hoy tiene buen aspecto.

—Gracias —digo, y sigo caminando.

Ella ríe como si le hubiera dado algo cálido para sostener. —Solo le estaba diciendo a Victoria lo dedicado que es. Se levanta temprano, llega antes que todos, nunca se ralentiza…

Dejo de caminar.

Victoria Lane está de pie en la puerta de mi oficina.

Está apoyada en el marco como si fuera suyo, una mano en la cadera, la sonrisa tensa y demasiado roja para la mañana. Su pelo es liso, su traje es nuevo, y sus ojos son lo suficientemente estrechos para diseccionar todo el piso en un único vistazo.

—Ethan —dice con ese irritante timbre alto en el tono mientras se aparta de la puerta—. Eres difícil de atrapar estos días.

Sloane se ilumina a su lado. —La subí personalmente —añade—. Estábamos hablando de asociaciones y expansión de marca. Victoria tiene un alcance increíble, así que pensé…

—Es suficiente —corto—. Vuelve a tu división.

Sloane se congela. —Por supuesto. Si necesitas algo…

—No necesito nada.

Se va con una sonrisa rígida y la espalda recta, y sus talones hacen clic con una fuerza innecesaria.

Miro a Victoria. —Ya no tienes autorización para este piso.

Ella está impasible mientras observa el pasillo como si fuera nostálgico. —Viejos hábitos. Y viejas conexiones. Tu recepción aún reconoce mi nombre.

—Lo arreglaré —digo.

Ella se acerca más. —¿No podemos al menos fingir que terminamos las cosas como adultos?

—No lo hicimos.

Su sonrisa se tensa. —Estoy aquí por negocios, no por historia personal.

La historia es la parte que siempre finge que sucedió de manera diferente. Usó nuestra relación como si fuera una credencial de seguridad, y usó a mi mejor amigo porque tenía el acceso que necesitaba. Dan era el arquitecto de sistemas que construyó nuestras herramientas de informes internos, lo que significaba que podía manipular números en lugares donde la mayoría de la gente ni siquiera sabía que existían.

Victoria le pasaba memorandos de acuerdos tempranos, pronósticos internos, rotaciones de proveedores, cualquier cosa que pudiera sacar de mi calendario o de mi escritorio cuando no estaba mirando. Él usaba esa información para cambiar fechas, ocultar pérdidas y falsificar entradas de valoración en dos filiales extranjeras.

Crearon la ilusión de estabilidad el tiempo suficiente para que ella comprara mucho, aprovechara el alza falsa y vendiera antes de que los números reales salieran a la luz.

Tampoco fue un golpe pequeño. Si ese fraude hubiera llegado en el momento equivocado, la junta habría forzado una reestructuración, y la empresa se habría desangrado durante un año. Detuve eso

porque noté inconsistencias en el paquete trimestral de Moscú y seguí el hilo yo mismo.

Los bloqueé a ambos del sistema, rehice los libros desde cero durante un fin de semana, y le comuniqué el problema a los auditores antes de que pudiera convertirse en un escándalo. Ella se fue limpia afirmando ignorancia. Él no.

Ella aún camina como si nada de eso hubiera sucedido.

Mantengo la cara neutral. —No tienes negocio conmigo.

—Es verdad —admite con un asentimiento—. Pero podrías tener uno una vez que escuches lo que vine a ofrecerte.

Abro la puerta de mi oficina y entro. —Tienes cinco minutos.

Ella me sigue. No la invito a sentarse, pero se sienta de todas formas. La misma arrogancia de siempre.

—Te estás expandiendo hacia los mercados Lane —dice—. Y chocarás con muros regulatorios a menos que alguien allane el camino. Conozco esas agencias mejor que nadie, y puedo hacer desaparecer esos retrasos.

La audacia de esta mujer casi me hace reír. —No necesito favores de ti.

—Necesitas resultados —responde, cruzando las manos—. Y sabes que soy efectiva cuando quiero serlo.

La miro fijamente hasta que se mueve en su asiento. Tarda más de lo que debería, pero se mueve.

—Quemaste tu credibilidad hace años —digo—. No voy a vincular mi empresa a tu nombre.

Ella presiona los labios. —Un error…

—No fue solo uno.

Pasa un momento. Se coloca el pelo detrás de la oreja y se recuesta en su silla, estudiándome.

—Eres diferente —dice—. Algo está atrayendo tu atención.

No respondo. Ella me observa con demasiado interés. —Espero que no estés cometiendo el mismo error dos veces.

—Vete —digo.

Sus ojos se cierran nuevamente. —Al menos deberías considerar…

—Vete.

Se levanta lentamente, se alisa la chaqueta y camina hacia la puerta. Antes de abrirla, mira hacia atrás.

—Sabes que no me gusta ser reemplazada —dice.

—No fuiste reemplazada —respondo—. Fuiste eliminada.

Sus labios se contraen. —Hablaremos de nuevo.

—No lo haremos.

Se va y la puerta se cierra detrás de ella. Exhalo una vez, comprobando el reloj y notando el margen antes de mi primera llamada, luego ruedo una vez los hombros como si pudiera reiniciar físicamente la dirección de mis pensamientos.

Camino hacia la pared de cristal con las manos relajadas a los lados, y la ciudad se extiende bajo mí en movimiento obediente. Mi mente gira donde debería. Los márgenes de Larkstone necesitan ajustarse, París requerirá apalancamiento y sincronización, y el equipo de auditoría es lento o estratégico, lo que significa que necesitaré decidir si empujar o reemplazar. La aparición de Victoria fue ruidosa e inútil, y me ocuparé de la brecha de seguridad antes de comer. Todo es manejable. Todo se dobla.

Pero la imagen más real es la del pelo de Lila pegado a su cuello mientras estaba doblada sobre mis sábanas, la respiración fuerte y el

cuerpo abierto, susurrando *Señor* como si lo dijera en serio.

Saco mi teléfono y escribo.

¿Dónde estás?

Espero.

Sin respuesta.

Casi vuelvo a escribir un mensaje, pero me detengo cuando escucho su nombre fuera de la puerta de la oficina. Su voz es suave y dulce, ya respondiendo la pregunta de alguien.

Ella está aquí.

Bien.

Me pongo la chaqueta, me ajusto el puño y salgo para llamarla, porque quiero que esté frente a mí antes de que comience el trabajo real. Necesita aprender que la noche anterior no fue algún colapso temporal en el juicio.

—¿Lila?

Ella mira hacia arriba, me ve, y entra con una pequeña sonrisa antes de cerrar la puerta detrás de ella. No parece nerviosa, lo que significa que o está tranquila o lo está fingiendo bien. Su vestido está limpio, el pelo recogido, los ojos brillantes. Sostiene la carpeta con seguridad.

—Buenos días, señor —dice.

La veo cruzar la habitación. Sus talones son silenciosos en la alfombra y su falda es estrecha dentro de un margen de decencia, y ella lo sabe.

Coloca la carpeta en mi escritorio. —Ajustes del Q3 y una nota de proveedor marcada de ayer. Hice ediciones de márgenes.

Tomo la carpeta, la abro y la reviso. Sus notas están limpias, y también su postura. No se mueve bajo mi atención, aunque sé que puede sentirla.

—¿Desayunaste?

Ella se mueve ligeramente bajo mi mirada. —El café cuenta.

Levanto la vista. —Vuelve a intentarlo.

Ella cruza los brazos, la boca plegándose. —Sí, señor. Comí.

—Bien.

Ella se queda, esperando.

Cierro la carpeta, me recuesto y hago un gesto hacia el asiento enfrente de mí. —Siéntate.

Ella cumple con la espalda recta y cruza los tobillos frente a ella. Observo sus piernas.

—¿Hay algo que necesite saber sobre el retraso del proveedor? —pregunto.

—Están buscando tiempo. Probablemente esperando renegociación. Registré una solución alternativa. Revisa tu bandeja de entrada.

—¿Y la llamada de París?

—Movida al viernes. Tenías demasiadas citas.

Asiento una vez, satisfecho. Su mirada se desliza hacia mi portátil, luego vuelve a mí.

—No revisaste —dice.

—No. Confío en ti.

Sus mejillas se vuelven rosas, y tengo que esforzarme mucho por reprimir mi sonrisa. Extiendo la mano hacia mi teléfono, escribo una

respuesta rápida al departamento legal, luego levanto la vista de nuevo. Ella aún me está observando.

—¿Tienes algo más? —pregunto.

Ella se pone de pie, suave y sin prisa. —No. Estaré en mi escritorio.

—Cierra la puerta con llave.

Ella se congela. —Yo…

—Ahora, señorita Bennett.

Ella asiente y se apresura hacia la puerta, cerrándola con llave sin decir una palabra antes de darse la vuelta para enfrentarme. Su pecho sube un poco más rápido ahora, pero está intentando ocultarlo.

—Ven aquí.

Ella camina hacia el lado del escritorio, teniendo cuidado de no rozar nada. Hago rodar mi silla hacia atrás, observando el cambio sutil en su postura cuando se da cuenta de que estoy siendo serio. Sus manos flotan a los lados como si no estuviera segura de qué hacer con ellas.

Engancho un dedo en la cintura de su falda y la tiro hacia adelante, colocándola entre mis rodillas hasta que puedo sentir el calor irradiando de su piel.

—Sigues mirándome como si quisieras algo.

—Estaba haciendo mi trabajo —dice, levantando la barbilla.

Deslizo mis palmas por sus muslos, lento y constante, hasta que su respiración se corta. Su piel es cálida y tensa bajo mi toque, y ya está comenzando a ceder.

—Firmaste el contrato —le recuerdo, mis pulgares presionando en la curva de su cintura—. Esto no es casual.

—Estamos en el trabajo —susurra, aunque sus manos ya están descansando en mis hombros.

—Entonces quizás deberías ser más cuidadosa sobre cómo me miras.

Me inclino justo lo suficiente para que pueda sentir mi respiración en su mejilla, y ella aún no se mueve. Sus pupilas están dilatadas, y su agarre en mi camisa se endurece ligeramente.

—¿Crees que no noto la forma en que respiras cuando hablo? ¿La forma en que tus piernas se presionan la una contra la otra bajo ese escritorio como si temieras que lo descubra?

Ella abre la boca como si fuera a argumentar, pero la cierro antes de que la mentira pueda aterrizar.

—Suéltate el pelo.

Ella pausa durante medio segundo, luego levanta las manos y suelta la goma. Sus rizos caen sobre sus hombros, gruesos y salvajes, y no me pierdo la forma en que se sonroja bajo la atención. Se ve como si supiera exactamente qué hizo ese pequeño acto en mí.

—Bien. Ahora desabróchate la blusa.

Hay un destello de vacilación, pero ella lo hace. Lentamente. Con cuidado. Un botón a la vez hasta que puedo ver la hinchazón de sus pechos y la forma en que su sujetador se tensa contra su pecho.

—Sigue.

Ella traga saliva, pero sus dedos siguen moviéndose. No la ayudo. Solo la observo desvestirse para mí, de pie en mi oficina como si ya fuera mía.

—Manos detrás de la espalda.

Sus ojos se cierran en los míos, buscando algo, pero no hace preguntas. Obedece. Sus brazos caen hacia atrás, y su pecho se

levanta justo lo suficiente para que pueda decir que está intentando mantenerlo junto.

—Te ves hermosa así —digo en voz baja, poniéndome en pie para estar casi a la altura de los ojos. Ella inclina la cara hacia arriba, labios separados, y lo veo en la forma en que su respiración se tambalea—está a punto de llegar al límite.

—¿Color?

—Verde.

Asiento. Mi mano se levanta a su garganta, los dedos descansando ligeramente a lo largo de su pulso, sin apretar, solo enraizándola allí. Ella no se retuerce. Ni siquiera parpadea.

—Quieres mi atención en el trabajo —murmuro—, entonces la vas a ganar. En mis términos.

—Sí, Señor —dice, y es tan suave que es casi un suspiro, pero las palabras aún van directas a mi sangre.

—Buena chica.

Ella exhala de manera temblorosa, y siento sus rodillas cambiar, pero la mantengo firme. Su cuerpo está reaccionando antes de que su cerebro lo entienda, y me encanta así—aturdida, necesitada, sin saber si rogar o comportarse.

—Tenemos veinte minutos —digo, cepillando mi mano por su esternón, lo suficientemente lentamente como para hacerla temblar —. Veamos cuánto de eso puedes pasar recordando a quién perteneces.

La guío hacia mi regazo y la acomodo allí como si siempre hubiera sido su lugar, un brazo firme alrededor de su cintura mientras mi otra mano sostiene su cara y la inclina hacia la mía. Cuando la beso, me tomo mi tiempo, dejando que sienta la presión, la forma en que decido el ritmo y ella lo sigue sin ni siquiera darse cuenta de que lo está haciendo.

Su boca se abre para mí, suave y cálida, y cuando nuestras lenguas se encuentran ella gime sin guardarse ni siquiera aunque no pretenda hacerlo. Sus caderas se mueven por instinto, girando hacia adelante como si su cuerpo ya hubiera aprendido las reglas aunque su mente aún estuviera poniéndose al día.

Gruño en su boca y aprieto mi agarre en su trasero, tirándola hacia abajo con más fuerza para que pueda sentir exactamente lo que me está haciendo. Mi miembro se tensa contra la cremallera, caliente e impaciente, y ella jadea en el beso pero no se aparta. Si acaso, se presiona más cerca, como si estuviera probando cuán lejos se le permite llegar.

—Estás jugando con fuego —murmuro contra sus labios, mi voz firme aunque mi cuerpo sea cualquier cosa menos.

Ella apenas duda. —Me dijiste que no corriera.

—Y estás obedeciendo —digo, y ella asiente, la respiración entrecortada ahora, el pecho subiendo lo suficientemente rápido para que pueda sentirlo bajo mi palma.

La beso de nuevo, más profundo esta vez, más lentamente y más sucio, mi mano deslizándose bajo su falda y hacia su muslo de una forma que hace que todo su cuerpo se sobresalte. No está usando medias. Solo piel suave y encaje que ya está lo suficientemente húmedo para delatarla. Arrastro un dedo a través de él, intencionalmente ligero, y ella gime como si hubiera tocado algo expuesto.

Me retiro justo lo suficiente para morder su labio inferior, tirar de él suavemente entre mis dientes, luego soltarlo y observarla intentar estabilizarse.

—Ya estás empapada para mí —digo en voz baja mientras me maravillo de lo sensible que es.

Ella gime, su cabeza cayendo hacia atrás mientras presiono mi pulgar contra su clítoris a través de la tela, manteniendo la presión

burlona y controlada. No estoy intentando hacerla venirse. La estoy recordando que podría.

—Ethan…

—Di Señor.

Ella jadea, la palabra atorada en su garganta antes de que salga. —Señor.

Retiro mi mano inmediatamente, agarrando sus caderas en su lugar y sosteniéndola quieta cuando intenta perseguir la sensación. Ella emite un pequeño sonido frustrado, y hace que mi boca se curve.

—Esta noche —digo, inclinándome lo suficientemente cerca como para que pueda sentir cada palabra contra su piel—, vendrás a mi lugar. Discutiremos un proyecto personal.

Sus ojos revolotean, sus pestañas oscuras contra las mejillas sonrojadas, y asiente como si tuviera miedo de que su voz la traicione de nuevo.

—Palabras, cariño.

—Sí, Señor.

Eso hace algo profundo y posesivo en mi pecho. La levanto de mi regazo lentamente, colocándola en sus pies y manteniendo mis manos en sus caderas hasta que encuentra el equilibrio. Sus piernas son inestables, su vestido arrugado, su barra de labios se ha ido, y se ve como si hubiera sido manejada a conciencia aunque no le haya dado ni la mitad de lo que quiero.

—Arréglate —le digo, no sin amabilidad.

Ella se alisa el vestido, se pasa una mano por el pelo, e intenta respirar profundamente, algo que no funciona del todo. Me pongo de pie y me ajusto los pantalones, luego me coloco detrás de ella, lo suficientemente cerca como para que pueda sentir mi presencia sin que la toque.

—Te veré a las siete —murmuro cerca de su oído.

—Sí, Señor.

Desbloqueo la puerta y me hago a un lado, observándola salir con la cabeza en alto y las rodillas aún débiles, y no me detengo a mí mismo de pensarlo.

Es una chica tan buena.

8

LILA

No vuelvo a casa flotando, pero casi.

Me duelen las mejillas de tanto sonreír. Siento los muslos cargados, pero de la mejor manera posible. Mi móvil vuelve a vibrar y me siento encima de él solo para evitar abrir su último mensaje por décima vez.

—Ponte algo que tenga ganas de quitarte. Esa es tu única instrucción.

Suelto un chillido contra la almohada. Luego otro, y posiblemente demasiado fuerte porque el perro de la vecina se pone a ladrar. Qué pena.

Intento recomponerme. Primer objetivo: alimentarme. Abro la nevera, miro un táper sospechoso, cierro la nevera y pido sushi. Éxito inmediato.

Siguiente paso: la colada. Vacío una montaña de ropa sobre la cama. Hay un calcetín que no me suena de nada, un sujetador con un aro asesino y una blusa de cuya existencia ya ni me acordaba. Doblo dos toallas y me dejo caer de espaldas como si a mi cuerpo lo hubiera atropellado un camión con el rótulo «Polla de CEO».

No son ni las cinco de la tarde y ya siento que el día ha sido demasiado. En el buen sentido. Más o menos.

Cojo el móvil otra vez y abro el grupo de chat de la noche de chicas. Mejor se lo cuento a alguien. En cierto modo.

Lila: Pues tengo una cita.

Priya: ¿UNA QUÉ?

Jo: LILA. CON QUIÉN.

Dani: Queremos fotos o quemamos algo.

Lila: Hablo en serio.

Priya: ¿Es el chico del bar?

Dani: Espera. ¿¿El de la oficina??

Jo: ¿¿¿Es el Sr. Madurito Interesante de la empresa???

Me quedo mirando ese último mensaje y me muerdo el labio. Mis dedos sobrevuelan el teclado.

Lila: No puedo decirlo. Es contractualmente complicado.

Jo: ¿¡Has firmado un acuerdo de confidencialidad para una cita!?

Dani: Parpadea dos veces si estás retenida en un ático de lujo.

Priya: Más vale que nos cuentes si hay postre incluido.

Suelto una carcajada y dejo caer el móvil sobre mi pecho. Vuelve a vibrar.

Priya: Por cierto, si esto acaba en esposas, nos atribuimos todo el mérito.

Y ahí está.

Porque la verdad es que no sé qué es esto.

Por instinto, abro el navegador y escribo: *«¿Qué es una relación BDSM?»*.

Error número uno. El primer artículo está escrito por alguien que claramente opina que todo el mundo debería llevar látex por la calle. El segundo es más útil... hasta que llego a la parte que dice: *«El BDSM no incluye necesariamente amor o romance. A veces se trata de control, confianza y exploración, no de apego emocional»*.

Me quedo meditando sobre eso.

La voz de Ethan aún resuena en mis oídos, oscura y autoritaria. Sus manos sobre mi cuerpo. La mirada de sus ojos cuando me hizo correrme una y otra vez. ¿Y si me he montado una película y él solo ve esto como otro proyecto, un capricho? ¿Y si me enamoro de él y él ya ha pasado a otra cosa para cuando yo aclare mis ideas?

Lo irónico es que nunca he dicho que quisiera una relación. Después de todo por lo que he pasado, no tengo exactamente ganas de apuntarme a que me rompan el corazón. Pero Ethan es diferente. No pregunta dos veces y, sin embargo, de algún modo sigo sintiendo que soy yo quien elige. Es astuto, reservado y tan malditamente bueno en la cama que casi olvido mi nombre. Ahora no sé si me he metido en un terreno demasiado profundo o si simplemente me da miedo lo mucho que deseo que él también me desee.

Suelto un quejido, bloqueo el móvil y me tapo la cabeza con la manta.

Esto es una estupidez. Debería estar emocionada. *Estoy* emocionada. Tengo todo el cuerpo como un cable de alta tensión, incluso siendo él tan cuidadoso, tan controlador y tan exacto. Y me quiere otra vez. Esta noche.

Debería estar en las nubes.

En cambio, me siento como si me acabaran de entregar el reglamento de un juego sin conocer el final ni lo que hay en juego.

Así que susurro contra la almohada: —Por favor, que esto no sea solo un juego.

Suena el timbre y vuelvo a quejarme mientras me levanto de la cama para ir a abrir. La buena noticia es que es mi cena, y el sushi tiene un aspecto espectacular: cortado con esmero, presentado con arte, cada pieza prácticamente suplicando ser fotografiada y consumida a partes iguales. Hay atún fresco que se deshace nada más tocar la lengua, salmón envolviendo una fina lámina de aguacate, una decadente vieira sellada con un toque de glaseado umami. Suelto un gemido por lo bajo tras el primer bocado.

Como despacio, saboreándolo, intentando no pensar en contratos ni en maduritos interesantes. El wasabi es fuerte, el jengibre encurtido limpia el paladar. Por unos minutos, recuerdo lo que se siente al disfrutar de algo sin analizar cada caloría o cada consecuencia.

Una vez saciada, me limpio las manos, cierro el portátil y me pongo a trabajar de verdad. Reviso los gastos de proveedores del tercer trimestre, despacho unos cuantos correos atrasados e incluso consigo terminar la presentación que Harrison necesita para mañana. Me siento productiva de una forma que me distrae, lo cual es bueno, porque necesito al menos una hora en la que no esté vibrando de confusión y de una lujuria muy concreta.

El tiempo vuela. Juro que lo hace. Porque levanto la vista y de repente son las 18:14 y se supone que tengo que salir dentro de quince minutos. Me entra el pánico. Corro al baño, pero arreglarme me lleva el doble de lo normal. Me peino, me despeino, me pongo un vestido, me lo cambio y luego vuelvo al primero. Cuando finalmente echo la llave a la puerta de casa, siento como si hubiera corrido un maratón sin moverme del sitio.

Conduzco hasta su casa en mi coche viejísimo que suelo reservar para ir a la compra y para emergencias nocturnas. El motor emite un jadeo extraño cada vez que me detengo en un semáforo. Un Tesla se para a mi lado y evito el contacto visual por completo.

El edificio de Ethan se alza ante mí y de repente me siento diez niveles por debajo de la etiqueta adecuada. Aparco, compruebo mi pintalabios en el retrovisor por última vez y entro.

Abre la puerta como si me estuviera esperando. Lleva una camisa oscura de botones con las mangas remangadas. Hay algo diferente en su sonrisa esta noche.

—Date la vuelta —me dice.

Parpadeo. —¿Ya?

Da un paso adelante, cierra la puerta tras de mí y me aparta el pelo del hombro.

—No he dicho que nos vayamos a quedar aquí —me dice al oído—. Vas a subir a mi coche. Pero primero, voy a darte algo para que te lo pongas.

Saca una pequeña bolsa de terciopelo. La cojo y la abro despacio, con el corazón dándome un vuelco.

Bolas. Plateadas. Con peso. Del tipo que solo he visto por internet. Se me corta la respiración.

—Te las pondrás ahora —dice él—. Y yo me quedaré con el mando.

Tengo la garganta seca, pero mis piernas están peor. En ningún momento se me pasa por la cabeza rechazarlo, porque, que Dios me ayude, quiero ver qué se siente. —¿Al baño? —consigo decir.

Él señala el pasillo con un gesto, como si todo esto fuera perfectamente civilizado.

Camino como una mujer a punto de presentarse a un examen para el que no ha estudiado. Una vez dentro, cierro la puerta con pestillo y apoyo ambas manos en el borde del lavabo. Mi reflejo tiene los ojos como platos y la cara encendida; susurro un «madre mía» muy bajito antes de sacudirme los nervios y tomar aire.

Las bolas son suaves y pesadas. Me tiemblan los dedos, e introducirlas resulta torpe, desconocido y extrañamente intenso. La segunda me hace soltar un jadeo, no por dolor, sino porque mi cuerpo no sabe qué pensar de esto. Aprieto, luego relajo, y se asientan en su sitio.

Dios mío.

Me subo las bragas e intento caminar. Al principio es un tambaleo. Cada paso hace que se desplacen ligeramente, y el peso le hace algo a mi cerebro que ni siquiera puedo explicar. Me retoco el vestido, me paso la mano por el pelo y espero no tener cara de haber cometido un delito grave.

Cuando vuelvo al salón, él está de pie, con el mando en la mano y la mirada afilada.

Sus ojos bajan a mis muslos apenas un segundo y luego me mira directamente.

—Buena chica.

No sé cómo esas dos palabras pueden sonar a recompensa y a amenaza al mismo tiempo, pero así es, y ya me estoy preguntando cómo se supone que voy a sobrevivir al resto de la velada.

Me coge el abrigo como un caballero... si es que los caballeros guardaran juguetes sexuales en el bolsillo interior y te miraran como si ya supieran cómo va a terminar la noche.

El mando desaparece en su chaqueta y lo sigo hasta el coche, intentando no apretar con cada paso porque ya he aprendido que apretar lo hace peor. O mejor. Según a quién se le pregunte.

Aparcamos frente a un restaurante que solo he visto por internet, de esos que tienen aparcacoches de verdad y menús que no muestran los precios. La entrada es de piedra y cristal con apliques luminosos, y el interior es todo luz de velas tenue y sombras cálidas, el tipo de

lujo que no parece esforzarse demasiado. La gente levanta la vista cuando entramos, y más de uno conoce su nombre, sin duda.

Un camarero nos conduce a una mesa de esquina vestida con lino blanco y flanqueada por sillas de terciopelo que parecen más bien tronos. Intento actuar como si perteneciera a este lugar. Como si mis muslos no estuvieran intentando presionarse el uno contra el otro bajo el vestido. Como si pudiera sentarme con normalidad.

Ethan aún no toca el mando. Se limita a observarme con esa calma suya tan aguda mientras el camarero recita los platos del día con un acento que no me atrevería a imitar. Él pide sin mirar la carta. Cómo no.

Cuando llega el vino, viene en un decantador de cristal tan hermoso que me entran ganas de pedir perdón por no ser francesa. El camarero lo sirve con una inclinación experta y yo cojo la copa con dedos cuidadosos. El color es un oro intenso y huele a flores, a azúcar y a algo demasiado caro para que yo sepa pronunciarlo.

Me la llevo a los labios y doy un pequeño sorbo.

Él pulsa el botón.

El vino toca mi lengua justo cuando la vibración me recorre, aguda, profunda y perfectamente situada. Mi respiración se entrecorta. El dulzor florece en mi paladar mientras mis músculos internos se contraen alrededor de las bolas pesadas, de forma repentina y ansiosa. Reprimo un sonido y parpadeo rápido, apretando el tallo de la copa como si fuera lo único que me mantiene erguida.

Ethan levanta su propia copa y me observa por encima del borde. Su expresión no cambia, pero sus ojos están más oscuros ahora. Paciente. Posesivo. Satisfecho.

Mis uñas se clavan en el lino blanco cuando llega otra racha. La mesa no se mueve, pero juraría que el suelo sí lo hace. Se me acorta la respiración e intento concentrarme en la copa de vino que

tengo delante, pero Ethan vuelve a pulsar el botón y todo estalla tras mis ojos.

Muerdo un sonido que nunca debería hacerse en público.

El camarero trae la comida.

Ethan parece no verse afectado en absoluto, cortando su filete como si yo no estuviera agarrada al borde de la mesa intentando no desplomarme. —¿Estás bien, pequeña?

—Estoy bien —consigo decir. Mi voz sale tres octavas demasiado aguda. Me aclaro la garganta—. Este cordero está delicioso.

—Tú estás deliciosa.

—Ethan.

Él sonríe con suficiencia y baja la intensidad. —Luego me darás las gracias. En privado.

Apenas alcanzo a dar un sorbo de agua cuando una voz interrumpe el flujo comedido de las conversaciones del restaurante.

—¡Dios mío! ¿Ethan?

Una rubia alta aparece junto a nuestra mesa; es toda piernas y pelo con volumen, con los ojos muy abiertos como si no supiera que estaríamos aquí, a pesar de que está claro que sí lo sabía.

Él no se levanta. —Sabrina.

—No me devolviste el mensaje —dice ella, parpadeando demasiado rápido—. Y ahora veo por qué.

Finalmente me mira a mí.

Y se queda de piedra.

—¿Lila?

Parpadeo, y el reconocimiento llega más despacio de lo que debería. —¿Sabrina Hayes?

Suelta una carcajada breve. —Vaya. No me esperaba volverte a ver a *ti*. Nunca. Esto es... diferente.

—¿A que sí? —digo con frialdad.

Su mirada baja hacia mi pecho, luego hacia mi vientre, y entonces inclina la cabeza con una simpatía falsa. —Te has ensanchado.

—Sí —respondo, cogiendo mi copa otra vez—. Resulta que cuando dejas de matarte de hambre por un equipo de baile que no paga y por un novio que te engaña con tu compañera de piso, de verdad te crecen las caderas. Deberías probarlo.

Ethan ha soltado el tenedor. Su voz es seca como la piedra. —Tienes treinta segundos para marcharte.

Ella lo ignora. —Solo me sorprende, nada más. Siempre parecías tan... pequeña. Y ahora estás, bueno, cómoda. En todas partes.

Sonrío. —Y aun así, de algún modo, sigo teniendo mejor aspecto que tú.

Abre la boca para responder, pero Ethan ya está haciendo una señal. El personal de seguridad se materializa a su lado como si estuvieran esperando la orden.

—Acompañen a la señorita Hayes a la salida —dice Ethan con calma —. No será bienvenida aquí de nuevo.

Sabrina se queda boquiabierta. —¿Hablas en serio?

—Has interrumpido mi cita, has insultado a mi invitada y te has puesto en evidencia tú sola. Yo diría que tú te has encargado de todo el trabajo sucio.

Ella balbucea algo sobre conocer al dueño, pero los guardias ya se la están llevando. Desaparece antes de que yo pueda terminar otro sorbo.

Ethan me mira.

—¿Estás bien?

—Estoy de maravilla —digo, encogiéndome de hombros—. ¿Vas a volver a encender ese chisme o tengo que volver a suplicar?

Sus ojos se oscurecen. —Eres increíble.

—Tú has empezado.

Se inclina hacia delante, con voz baja. —Y yo voy a terminarlo. Pero no hasta el postre.

Una vez que terminamos los platos principales, llega el postre: tarta de chocolate con guarnición de compota de bayas y helado de leche de Hokkaido. La tarta se funde en mi lengua, densa y rica, y apenas soy consciente del tenedor hasta que el zumbido empieza de nuevo.

Mi jadeo es inmediato. Ethan me observa como si estuviera memorizando cada espasmo, cada respiración.

—Respira a través de ello —murmura seductoramente entre cucharadas de helado.

Me agarro a la mesa con una mano, con el tenedor de postre en la otra, e intento mantener la espalda recta mientras me tiemblan los muslos. La vibración sigue pulsando. Me llevo otro bocado a la boca, pero la mano me falla justo cuando la presión se intensifica. Suelto un gemido contra la tarta, con las mejillas encendidas y los ojos desorbitados. Él no aparta la mirada y casi temo que los comensales de la mesa de al lado me oigan, pero no puedo contenerme.

Me corro con fuerza, temblando en silencio, con el sabor del chocolate aún cubriendo mi lengua mientras el placer me atraviesa como una ola que no vi venir.

Finalmente, Ethan baja el dial. —Buena chica.

Parpadeo dos veces, intentando recordar dónde estamos. Mi cuerpo se siente sin huesos. Mi cerebro revuelto. Él pide la cuenta como si

no acabáramos de cruzar una línea muy específica en público.

En el coche, me quedo callada. Sigo sofocada. Sigo sintiéndolo.

Apoya una mano cálida en mi muslo mientras arranca el coche y empieza a conducir. —Lo has hecho bien ahí dentro.

Asiento, sin confiar todavía en mi voz.

Cuando entramos en el garaje de su edificio, lo miro de reojo y su mano me aprieta suavemente.

—Quédate a dormir —murmura, sin mirarme—. No he terminado contigo.

9

ETHAN

Dice que sí con ese leve asentimiento, y eso es todo lo que necesito.

Las puertas del ascensor se cierran tras nosotros y pulso el botón del ático. En cuanto el panel se ilumina, la acorralo contra la pared de espejos.

Tropieza, le falta el aliento y sus tacones repiquetean al chocar contra el cristal.

—¿Pensabas seguir haciéndote la difícil? —pregunto en voz baja.

Abre la boca, pero no emite ningún sonido. Solo un suspiro y el rubor de la anticipación en sus mejillas. Deslizo una mano por su muslo, bajo la abertura de ese vestido pecaminosamente ajustado que lleva puesto.

—Súbelo —le ordeno.

Lo hace rápido, dejando la piel al desnudo, y descubro que ya está mojada. Engancho un dedo en la fina tira del plug y tiro suavemente. Ella gime. Mis labios se curvan en una sonrisa.

—Esto —murmuro— es el aspecto que tiene la obediencia.

Le planto un beso justo bajo la mandíbula, suave por un segundo, y luego la muerdo. Ella jadea y la presiono con más fuerza contra el espejo, con una mano aferrada a su muslo para mantenerla abierta para mí.

—Podrías haber dicho que no —me froto contra ella, despacio, lo suficiente para que sienta mi forma a través de mis pantalones—. —Podrías haberme hecho esperar.

—No quería —susurra ella.

—Lo sé.

El ascensor sube demasiado despacio para lo que deseo. Le engancho la pierna sobre mi cadera y embisto contra ella con una presión constante, viendo cómo se le abre la boca. Ya no es tímida. Gime cuando quiero que lo haga. Respira con más fuerza cuando profundizo el ritmo.

—¿Sabes en qué pienso, Lila?

Sacude la cabeza, aturdida.

—Pienso en ese ruidito que haces cuando te corres —muevo las caderas de nuevo—. —Pienso en cuánto tiempo puedo hacerte bordear el abismo antes de que te desmorones.

Rodeo su garganta con la mano; no con fuerza, solo lo justo para mantenerla quieta mientras hablo contra sus labios.

—Pienso en lo mucho que te mojas cuando te digo que eres mía.

Se estremece.

Bajo la cabeza, la beso, le muerdo el labio inferior hasta que jadea de nuevo y luego deslizo mi lengua para tomar lo que quiero. Se aferra a mi camisa, clavando las uñas a través de la tela, intentando seguirme el ritmo.

—Estás temblando.

—Son los tacones —miente ella.

Pulso el mando otra vez. Sus rodillas flaquean.

—Mentirosa.

Se le nubla la vista. Ha vuelto a sucumbir. Podría tomarla aquí mismo. Una parte de mí quiere hacerlo. Otra prefiere esperar hasta tenerla desnuda, inmovilizada y abierta exactamente como a mí me gusta.

Pero ahora mismo, solo quiero sentirla.

Le subo el vestido hasta la cintura y hundo la mano entre sus muslos. Está empapada. Sus caderas se restriegan contra mi palma antes de que siquiera se dé cuenta de que se está moviendo.

—Podría arruinarte en este ascensor.

—Ya lo estás haciendo.

—Dime gracias.

No duda ni un segundo. —Gracias, señor.

Gruño, bajo y ronco, porque esa palabra en su voz me provoca algo que no esperaba.

No es solo deseo. Es hambre.

Necesidad.

Posesión.

Golpeo el botón de parada de emergencia.

Se sobresalta. —Espera...

La silencio con mi boca, sin que mi mano abandone su coño en ningún momento, con los dedos deslizándose por su húmedo calor mientras la provoco para llevarla de nuevo al límite.

Cuando empieza a contraerse, me detengo y ella suelta un quejido.

Sonrío, porque está intentando ser valiente y fracasa de una forma que hace que se me apriete el pecho.

—Límite número uno —digo, tranquilo y divertido, y observo cómo se le dilatan los ojos al asimilar las palabras—. Lleva la cuenta.

Vuelvo a pulsar el botón justo cuando el ascensor se pone en marcha de nuevo, y el ritmo importa más que la presión, porque se le corta el aliento y su cuerpo responde antes de que su mente pueda reaccionar. Para cuando llegamos al último piso, está acalorada e inestable, con los labios rojos por mis besos y los muslos temblando por haber sido retenida justo donde más necesita el alivio.

Le arreglo el vestido despacio, alisando la tela como si no hubiera pasado nada; luego le retiro el pelo de la cara y bajo la voz.

—No digas ni una palabra —le digo, firme y seguro—. No hasta que yo te lo autorice.

Las puertas se abren. La tomo de la mano y me sigue sin hablar, con las mejillas calientes y el cuerpo tan tenso que puedo sentirlo en la forma en que sus dedos se entrelazan con los míos. No se resiste a esto, y tampoco finge que quiere hacerlo. Lo está eligiendo, paso a paso.

La puerta se cierra tras nosotros una vez que estamos dentro, y no me molesto en echar la llave, porque no me hace falta. No ha intentado soltarse ni una vez.

La apoyo contra la isla de la cocina y el frío mármol se encuentra con sus palmas mientras la subo con facilidad, con el vestido deslizándose hacia arriba sin oponer resistencia. Jadea cuando le separo las rodillas, un sonido agudo y honesto, y me detengo lo justo para mirarla a los ojos.

—¿Sigues conmigo? —vigilo si hay alguna duda en lugar de exigir que no la haya.

—Sí —responde de inmediato, demasiado rápido y con demasiadas ganas como para que sea otra cosa que real.

Bien.

Dejo la bolsa del restaurante en la encimera y saco un recipiente con las sobras. Lo abro y saco un trozo de pastel de chocolate.

Sus ojos se desvían hacia él. —Ethan...

—Silencio.

Cojo un tenedor, corto un bocado despacio y se lo acerco a la boca.

—Abre.

Lo hace. Deslizo el pastel entre sus labios, viendo cómo se cierran alrededor. El chocolate mancha la comisura de su boca.

—Mastica.

Obedece.

Paso el pulgar por la mancha y vuelvo a presionarlo contra sus labios. —Límpialo.

Me chupa el dedo sin que se lo diga. Mi respiración se acelera. No aparto la mirada.

—Buena chica.

Bajo mi boca a su cuello, la beso hasta la clavícula y luego sigo bajando. Le desabrocho el vestido con parsimonia, botón a botón, haciéndola esperar entre cada uno. Su pecho sube y baja deprisa. Tiene los pezones rígidos, tensos contra la tela.

—Te vuelves tan receptiva cuando esperas —murmuro—. ¿Te has dado cuenta?

Asiente. —Sí, señor.

Libero sus pechos y tomo uno en mi boca, succionando con la fuerza suficiente para que suelte un grito. Mi mano vuelve a situarse entre sus muslos. Sigue empapada.

—No se te pasó la excitación de la cena —digo—. Te la trajiste contigo.

—No he podido evitarlo.

—Lo sé.

Pulso el mando una vez. Jadea, con los dedos clavados en el borde de la encimera. Sus caderas dan un respingo.

—Mírame a los ojos.

Me obliga a sostenerle la mirada. Tiene las pupilas dilatadas y la boca brillante. Tomo otro bocado de postre, luego me acerco y presiono mi boca contra la suya, alimentándola lentamente. El chocolate se extiende entre nosotros. Gime contra mis labios y la vibración encuentra respuesta en su cuerpo.

—Eso es —digo—. Pruébalo. Siéntelo.

Me aparto, me limpio la boca con el pulgar y luego deslizo ese mismo dedo por su esternón, sobre su estómago y entre sus piernas. Retiro las bolas y ella gime.

—¿Te gusta que te den de comer mientras estás abierta así?

—Sí.

—¿Te gusta saber que estoy observando cada una de tus reacciones?

—Sí, señor.

Hundo dos dedos en ella y se arquea, con el aliento entrecortado.

—Tan caliente —murmuro—. Tan lista.

Sus manos se deslizan hacia mis hombros. Le atrapo las muñecas en el aire y las inmovilizo contra la encimera.

—Pídelo.

—Por favor —exhala—. Por favor, tócame.

Añado un tercer dedo. Suelta un sollozo.

—Eso es pedirlo —digo—. Y suenas preciosa cuando lo haces.

La follo con la mano, con ritmo constante y profundo, viendo cómo se desmorona centímetro a centímetro. Sus piernas tiemblan. Su respiración flaquea.

—Todavía no —le advierto cuando empieza a contraerse.

Gime. —Señor...

—He dicho que todavía no.

Saco la mano lentamente y ella emite un sonido de pérdida que me atraviesa.

Me coloco entre sus piernas y me presiono contra ella. Siente lo duro que estoy. Lo controlado que estoy.

—No obtienes el alivio solo porque lo quieras —digo—. Lo obtienes cuando yo decida que te lo has ganado.

Le tomo la barbilla con la mano. El chocolate aún mancha sus labios.

—¿Confías en mí?

—Sí.

—Dilo en serio.

—Confío en ti.

Eso provoca algo peligroso en mi pecho.

La giro con suavidad, la inclino hacia delante sobre la isla y vuelvo a abrirla de piernas. El vestido está amontonado en su cintura. Aún lleva puestos los tacones. Se ve obscena y perfecta. Cojo el tenedor, recojo otro bocado de pastel y lo deslizo lentamente por la parte baja de su espalda. Se estremece con fuerza.

—Qué sensible —murmuro—. Lo sientes todo, ¿verdad?

—Sí.

Presiono primero el tenedor, tan despacio que ella lo observa con los labios entreabiertos, y luego la sigo con mi boca, lamiendo el chocolate de su piel en una línea pausada que la hace gemir en voz alta; el sonido escapa de cualquier restricción que creyera que aún conservaba. Su reacción me aprieta algo en el bajo vientre, porque ya no está actuando, está reaccionando.

Alargo la mano hacia el mando otra vez y dejo que lo vea esta vez.

—Quédate quieta —le digo, con voz calmada y sin alzarla, porque no necesito volumen para que quede claro—. Si te mueves, me detengo.

Se queda paralizada al instante, con los músculos tensos y temblorosos, y la respiración superficial y rápida mientras espera a ver si hablo en serio. Siempre hablo en serio.

Aumento la intensidad lo justo para arrancarle un jadeo agudo del pecho y observo cómo su cuerpo se tensa ante la sensación, cómo se aferra al borde de la encimera como si fuera lo único que la mantiene en pie.

—Esa es mi chica —digo en voz baja, con la aprobación impregnando cada palabra—. Aguantándolo, sosteniéndolo, haciendo exactamente lo que te he pedido.

Está temblando ahora, justo al borde, susurrando mi nombre contra la piedra como si eso pudiera salvarla, y me inclino lo suficiente para que mi boca roce su oreja mientras hablo.

—No te vas a correr todavía —susurro, pausado y seguro—. Pero vas a recordar esto, cada segundo de lo que se siente al tener que esperarme.

Su cuerpo se contrae con fuerza en señal de protesta, y bajo la intensidad antes de que pierda el control, porque el control solo es útil si yo lo mantengo. Me enderezo y doy un paso atrás, dejando que la distancia la golpee.

—Levántate.

Lo hace, con cautela e inestabilidad, y me tomo mi tiempo para arreglarle el vestido, alisando la tela, ajustándole el pelo y limpiando con una servilleta el último rastro de chocolate de su boca como si no acabara de desarmarla sobre la encimera de mi cocina.

Le cojo la cara con las manos y la obligo a mirarme.

—Lo estás haciendo de maravilla —le digo, firme y sincero—. Y no he terminado ni de lejos.

Tiene los ojos brillantes y hambrientos, y también hay un destello de nerviosismo, lo que me indica que comprende exactamente hasta dónde podría llegar esto.

Perfecto.

La tomo de la mano y la guío hacia el interior del ático, planeando ya lo que vendrá después.

10

LILA

La habitación a la que me guía está al final del ático, pasada la habitación que ya conozco. Esta puerta es diferente: maciza, más oscura, como si hubiera sido construida para mantener las cosas dentro, no fuera. La abre con un toque y entro antes de que me dé tiempo a dudar.

No es una mazmorra, al menos no exactamente, porque en mi cabeza está demasiado bien organizada y es demasiado intencionada para ser una cueva donde los chicos juegan a videojuegos e ignoran a sus parejas. Pero hay cosas aquí que me cortan la respiración de todos modos: ataduras de cuero colgadas con pulcritud en la pared, un banco acolchado que no parece de gimnasio, un armario que no puedo dejar de mirar.

Me observa asimilarlo todo sin hablar. Luego cierra la puerta y el silencio se vuelve absoluto.

—Ven aquí.

Lo hago.

Me levanta la barbilla con un dedo y me estudia como si buscara grietas. Al no encontrar ninguna, su boca se ablanda lo justo para

que yo lo note.

—Necesito tus palabras —dice—. ¿Sigues conmigo?

—Sí, señor.

—¿Color?

—Verde.

Su mano se desliza por mi pelo. —Buena chica.

Esas dos palabras me impactan más de lo que esperaba, y mis muslos se aprietan porque sé que él lo nota.

—Te dije que no había terminado —dice, y entonces se sitúa detrás de mí. Sus dedos bajan la cremallera de mi vestido, deslizándola con la lentitud suficiente para que me duela la piel de anticipación.

Cuando la tela se amontona a mis pies, aparta mi pelo y presiona sus labios entre mis escápulas, un beso demasiado suave para lo expuesta que me siento de repente.

—Vas a arrodillarte para mí.

Asiento.

—Usa tu voz.

—Sí, señor.

Se aleja y le oigo moverse: abriendo un cajón, ajustando algo, los sonidos silenciosos de una toma de decisiones de la que aún no formo parte. Me pongo de rodillas cuando me lo indica; el suelo está lo bastante acolchado como para que no me estremezca.

Rodea por detrás y me levanta las muñecas, ajustando unas esposas de cuero que se abrochan por detrás y fuerzan mis brazos a su espalda. No duele, pero es limitante de una forma que hace que el pulso se me acelere.

—¿Demasiado apretadas?

—No, señor.

—Bien. Respira.

Lo hago, inspiro y expiro, y cuando me baja la venda, dejo que lo haga. La oscuridad hace que todo sea más nítido: su respiración, sus pasos, el sonido de su cinturón al soltarse.

Todavía no me toca. En su lugar, habla en voz baja y segura a mi espalda.

—Vas a sentir las cosas de una en una. Sin prisas. Sin adivinar. Solo reacciones.

Asiento, pero él espera.

—Sí, señor —susurro.

El primer roce es seda; seda literal, una cinta tal vez, arrastrada por mis pechos y bajando por mi abdomen. Me arqueo hacia el contacto sin pensar. El segundo es más firme, cuero quizá, golpeando cada muslo por turnos. No me inmuto. Me preparo.

—Eso es —dice—. Mantente ahí. Deja que te conozca.

Me pone a prueba: una presión ligera aquí, una más firme allá, una caricia lenta entre mis muslos que no se detiene pero deja calor a su paso. Lo elogia todo.

—Bien.

—Así.

—Una reacción hermosa.

Cuando desliza algo frío contra mi pezón, doy un respingo. Se cierra con fuerza y se sujeta. Jadeo y él me estabiliza con una mano en el hombro.

—Me lo agradecerás más tarde.

Hay una segunda, y luego calor cuando su boca se cierra sobre la piel sensible justo encima. Gimo, con la garganta apretada.

—¿Sientes eso? —pregunta.

—Sí, señor.

—Lo estás haciendo perfectamente.

Ni siquiera sé qué viene después. Me mantiene adivinando, me mantiene esperando, me mantiene suspendida en algún lugar entre lo desesperado y lo adorado.

Entonces algo vibra entre mis piernas: bajo, constante, y ni de lejos suficiente.

Gruño.

—Di gracias.

—Gracias, señor.

Sube un nivel la potencia. Mis caderas se menean. No puedo evitarlo.

—No tienes permiso para correrte —me recuerda con suavidad—. Pero puedes suplicar.

Quiero hacerlo. Dios, cómo quiero hacerlo.

—Por favor —consigo decir—. Por favor, déjame...

—No.

El juguete desaparece. Suelto un grito antes de poder contenerme, y entonces él está allí de nuevo, arrodillado detrás de mí, acariciando la cara interna de mis muslos como si calmara a una fiera.

—¿Quieres ganártelo?

—Sí, señor.

—Entonces seguimos.

Y seguimos.

Pierdo la noción del tiempo.

Me mantiene en ese espacio: entre la instrucción y la sensación, entre la recompensa y la negación, hasta que estoy temblando y sudando, con el cuerpo tan tenso que no sé cómo sigo erguida. Me duelen las rodillas. Mi respiración es superficial. Y sigo queriendo más.

Cuando finalmente me quita la venda, parpadeo con fuerza ante la luz y me encuentro con su mirada. Parece tranquilo. Demasiado tranquilo, como si esto no hubiera sido un ejercicio de desmoronarme centímetro a centímetro.

—¿Estás lista para levantarte? —pregunta.

Asiento, pero mis piernas dicen lo contrario.

Sonríe, de forma suave y engreída, y me pone en pie sin esfuerzo alguno. Me tambaleo un poco y él me estabiliza con una mano en la cintura y la otra bajo mi brazo.

—Apóyate en mí —dice.

Lo hago. Porque a estas alturas, probablemente me lanzaría al tráfico si me lo pidiera con la amabilidad suficiente.

Desabrocha mis esposas lentamente, masajeando cada muñeca después, y me derrito bajo la presión de sus pulgares. Se siente injusto lo bien que sienta. Qué tierno.

—¿Control de color? —pregunta.

—Sigue en verde —susurro.

—¿Incluso con lo que viene ahora?

Frunzo el ceño, pero no me da explicaciones. En su lugar, señala hacia el centro de la habitación, donde hay una estructura de acero anclada al techo y al suelo. No es afilada ni brutal, sino elegante;

como una cruz escultural, con brazos anchos y anillos sólidos en cada esquina.

—Arriba —dice, guiándome hacia ella—. Las manos sobre la barra superior.

Dudo solo un segundo y luego hago lo que me pide.

No tiene prisa. Pasa sus manos por mis brazos, besa la parte interna de mi codo y luego abrocha una suave atadura de cuero alrededor de cada muñeca.

Retrocede y deja que sienta el peso de la situación. El tirón de mi propio cuerpo, estirado lo justo para sentirme expuesta y abierta. Sigo en pie, pero por poco.

—Abre las piernas.

Mis tobillos se separan. Ni siquiera tiene que tocarme. Mi cuerpo ya se está anticipando a él.

Me observa con una especie de reverencia que hace que se me cierre la garganta. No es solo deseo; es algo más pesado. Como si me estuviera catalogando. Memorizando cada estremecimiento.

—Eres mía en este momento —dice—. No porque yo te haya tomado. Sino porque tú te has entregado. ¿Lo entiendes?

Asiento. —Sí, señor.

Se quita la camisa mientras camina detrás de mí. Oigo caer su cinturón, luego el sonido del papel de plata y el rasgado del envoltorio de un preservativo.

El pulso me retumba en los oídos.

Cuando se aprieta contra mí, con su pecho contra mi espalda, me quedo inmóvil. Sus manos envuelven mis pechos, los pulgares rozan las pinzas que aún bloquean mis pezones. La presión envía una sacudida directa a través de mí.

—Lo estás haciendo muy bien —murmura.

Luego baja más. Su miembro roza contra mí a través de la tela empapada de mis bragas.

—¿Sientes eso?

—Sí, señor.

—¿Sabes lo que voy a hacer ahora?

No respondo, porque no encuentro las palabras y él no las necesita.

Aparta el encaje con un solo tirón experto y gruñe al descubrir lo preparada que estoy para él.

—Oh, nena. Estás empapada.

Jadeo mientras me acaricia, lento y posesivo. Todavía no entra. Solo me mantiene ahí, jadeante, indefensa, completamente atada y vibrando de tensión.

Y entonces...

Desliza la punta de su glande justo entre mis pliegues. Solo una provocación. Solo lo justo.

Suelto un grito.

Se detiene de inmediato. —¿Demasiado?

—No... Dios... por favor.

Se ríe, de forma oscura y baja, y estira suavemente de las pinzas de los pezones, haciéndome retorcer.

—Di gracias.

—Gracias, señor.

Empuja hacia dentro. Solo la punta. Mi cuerpo se aferra a él como si hubiera estado esperando esto toda mi vida.

Oigo cómo se le corta la respiración. Su control se quiebra por un segundo y se hunde otra pulgada.

Ahí nos quedamos. Al borde. Yo atada, temblorosa, poseída. Él a medio camino, gruñendo contra mi piel.

—Te vas a correr tan fuerte para mí —dice—. Pero todavía no.

Y le creo.

La primera embestida me roba cada aliento que tenía, arranca el sonido de mi garganta y lo encierra dentro de un cuerpo que de repente no sabe cómo moverse. Me lanzo hacia delante contra las ataduras, con el pecho agitado, cada nervio encendido con algo agudo e innegable. Es el impacto de ser llenada, por completo, de forma dura y profunda, el tipo de presión que convierte el mundo en un único y cegador punto de enfoque.

—Joder —jadeo, pero sale roto, solo aire y necesidad.

Detrás de mí, él no se mueve. Se queda enterrado, dejando que el peso de la situación se asiente, dejando que mi cuerpo sienta cada centímetro de la realidad que acaba de forzar dentro de mí. El cuero muerde mis muñecas. El acero besa mi piel. Mis muslos tiemblan. Mi boca permanece abierta, sin atrapar nada.

—¿Sientes eso? —pregunta, con voz baja, cercana, paciente.

Intento asentir, pero mi cabeza apenas se mueve.

—Eso soy todo yo —murmura—. Y tú sigues aguantando.

Se retira con una lentitud agónica, saliendo de mí hasta que siento que el vacío me araña las entrañas, y luego vuelve a empujar con un control suave y castigador. El estiramiento vuelve a quemar, pero esta vez es más limpio. Mi cuerpo ya lo conoce. Reconoce la forma, la presión, la manera en que me llena como si ese fuera su lugar.

—Dios... —me ahogo.

—No —dice, inclinándose hasta que su pecho roza mi espalda, su aliento cálido contra el pabellón de mi oreja—. Todavía no.

Otra embestida, más fuerte. Otro empellón hacia ese lugar que no puedo nombrar, el que hace que mi estómago se apriete y mis dedos se claven en las suelas de mis tacones.

—No huyas de esto —dice, con voz firme, como una promesa—. Tómalo. Fuiste hecha para tomarlo.

—Por favor —susurro, y ni siquiera sé qué estoy pidiendo. ¿Liberación? ¿Más? ¿Menos?

Se ríe bajito, cruel y cariñoso a la vez.

—Ni siquiera sabes por qué estás suplicando todavía. Es tierno.

Vuelve a balancear las caderas, lo justo para hacerme sollozar en el espacio entre mis brazos, y mi cuerpo se sacude de adentro hacia afuera, intentando tomar más de lo que las ataduras permiten. Me estoy apretando con fuerza ahora, no por resistencia sino por desesperación, y él lo nota.

—Sí —jadea—. Eso es. ¿Quieres más? Dilo.

Abro la boca. No sale nada. Solo un ruido, gutural y suplicante.

—Usa tus palabras —exige, embistiendo de nuevo, más profundamente esta vez—. Dime qué es lo que quieres.

—A ti —digo con la voz quebrada—. Te quiero a ti.

Gruñe detrás de mí, como si las palabras le costaran algo, como si hubieran quebrado cualquier control que estuviera sujetando por el cuello. Sus manos agarran mis caderas con más fuerza, tirando de mí hacia él mientras empieza a moverse con más intención, más poder, ya no de forma frenética pero tampoco con cuidado.

—Jodidamente perfecta —gruñe—. Tan estrecha. Tan mojada. Mírate. Puedo sentir cómo palpita tu coño cada vez que digo tu nombre.

—No lo has hecho —jadeo.

—¿Qué?

—No has dicho mi nombre.

Vuelve a reírse, esta vez de forma más oscura, más maliciosa. —¿También quieres eso?

—Sí —admito, porque ya he pasado la vergüenza, he pasado la razón.

—Te lo ganarás.

Angula sus caderas, embiste de nuevo, y esta vez golpea algo brutal y cegador. Mi boca se abre en un grito silencioso antes de que el sonido escape de todos modos. Lo hace una y otra vez, manteniéndome firme mientras me desmorono bajo él.

—Oh, a ella le gusta eso —masculla—. ¿Te oyes?

—Sí, señor —gimo, el título saliendo antes de que pueda evitarlo.

—Buena chica —dice, y esta vez es con fervor. Aprobación. Posesión.

Lleva una mano entre mis piernas, los dedos deslizándose sobre el desastre empapado que hay allí, encontrando el punto que ya está latiendo y demasiado sensible, y presiona. Doy un fuerte respingo. Todo mi cuerpo se eleva.

—Ni se te ocurra —dice, con voz firme—. No sin mi permiso.

—No puedo —lloro—. No puedo aguantarlo...

—Lo harás.

Su ritmo cambia. Más lento. Más cruel. El tipo de embestidas que llegan lo bastante profundo para dejarme sin aliento, seguidas de toques suaves y provocadores que me hacen retorcerme y suplicar. La piel me queda pequeña. Me escuecen los ojos. Mis muslos

tiemblan con tanta violencia que no sé si intento apartarme o atraerlo más hacia el fondo.

—Me voy a correr —suplico—. Por favor... por favor, necesito...

—Todavía no —vuelve a decir, y esta vez suena más cerca del límite que yo.

Su agarre sube por mi espalda, sus dedos fuertes se extienden por mi columna, presionando hasta que me arqueo hacia él involuntariamente.

—No he terminado de usarte.

Eso rompe algo dentro de mí. No mi voluntad, sino mi control.

Me entrego al ritmo sin remedio, recibiendo cada embestida con el poco margen que permiten las ataduras. Él respira más fuerte ahora. Gruñe por lo bajo. Su cuerpo choca contra el mío con sonidos húmedos que resuenan en las paredes. Cada embestida es más nítida. Cada sonido que sale de él es más desesperado.

—Me estás haciendo esto —sisea—. Tú y este perfecto y codicioso coño.

Mis ojos se ponen en blanco. Juro. Grito. Araño las ataduras.

Entonces su mano libera una de mis muñecas. Luego la otra. Me desplomo hacia delante, pero su brazo rodea mi cintura, atrapándome, alzándome de nuevo mientras me folla aún más fuerte.

—Ahora —gruñe—. Ahora puedes correrte, Lila.

Lo hago. Violentamente. Sin previo aviso. Sin aire.

Mi cuerpo se convulsiona, se aprieta y se retuerce alrededor de él, cada nervio detonando, cada centímetro de piel cantando. Mi orgasmo me atraviesa como un grito que recorre todo mi cuerpo, y grito con él, salvaje, ronca y sincera.

Él le sigue con un gemido que se convierte en un gruñido, con sus caderas dándome un último empujón desesperado. Siento cómo se derrama dentro de mí, siento el calor palpitante, siento sus dedos clavarse en mi cintura mientras aguanta el final con un sonido crudo y roto que nunca podré olvidar.

Se queda ahí mucho tiempo. Enterrado. Inmóvil. Respirando como si hubiera pasado por una guerra.

Luego exhala con fuerza y me besa la nuca.

Permanece enterrado un momento más, con su respiración abanicando mi nuca, una mano aún cerrada alrededor de mi cintura, la otra flexionándose donde sus dedos se clavaron.

Entonces, lentamente, se retira. Suelto un gemido ante el vacío repentino. Él me silencia con dulzura, rozando mi hombro con los labios.

—Te tengo —murmura—. Quédate ahí mismo.

Sus manos se mueven con propósito ahora, sin prisas pero con firmeza; primero afloja las esposas, desabrocha las correas, liberándome de la estructura. Mis brazos caen con un dolor sordo, las muñecas hormiguean mientras la sangre vuelve a fluir por ellas, y me desplomo contra él, agotada y sin fuerzas.

—Tranquila —dice, atrapándome—. Los brazos alrededor de mi cuello.

Hago lo que me pide. Me levanta del suelo como si no pesara nada, con un brazo bajo mis muslos y el otro cruzando mi espalda. Mi cabeza cae sobre su hombro sin pensar. Su aroma es cálido ahora: a sal, a calor y a algo que todavía hace que se me revuelva el estómago de la mejor manera.

Me saca de la sala de juegos sin decir palabra, por el pasillo, hacia la luz suave de su dormitorio. Las sábanas ya están apartadas. El aire huele ligeramente a eucalipto.

Me deposita con cuidado en el borde de la cama, me retira el pelo de la cara y se arrodilla para quitarme los tacones uno a uno, con cuidado de no sacudirme las piernas.

—¿Color? —pregunta suavemente, mirándome.

Asiento. —Verde. Solo dolorida.

Eso me granjea una sonrisa silenciosa. —Bien.

Desaparece un momento. Oigo agua correr, algo tintinear en la cocina. Cuando regresa, es con un paño tibio en una mano y un cuenco en la otra.

—Vas a comer esto antes de desmayarte —dice, con un tono que no deja lugar a discusiones—. Y luego vas a dormir en mi cama, donde pueda vigilarte.

Se sienta a mi lado, moviéndose para que yo quede acurrucada entre sus piernas, con la espalda contra su pecho. Me ofrece el primer bocado con la cuchara ya medio levantada.

Es un guiso; pollo y arroz, suavemente especiado, aún echando humo. Me alimenta despacio, cucharada a cucharada, dejando que mastique, mirándome tragar, limpiando la comisura de mi boca cuando algo se derrama.

—Buena chica —dice cuando termino, y el elogio cala más hondo de lo que debería.

Deja el cuenco a un lado y coge el paño de nuevo, tibio, húmedo y limpio. Siseo cuando toca entre mis muslos, y su agarre se aprieta suavemente en mi rodilla.

—Lo sé —murmura—. Lo has hecho muy bien. Déjame encargarme del resto.

Me limpia con manos firmes, con más reverencia de la que esperaba, comprobando si hay marcas con los dedos a medida que avanza. De vez en cuando, se detiene para presionar un beso en la parte interna

de mi rodilla, en la parte superior del muslo, en la base de mi columna. No es sexual. No es posesivo. Es simplemente... tranquilizador.

Cuando acaba, me ayuda a ponerme una de sus camisas —suave, usada, increíblemente grande— y luego me mete bajo la manta, envolviéndome con el edredón antes de deslizarse a mi lado.

Su brazo rodea mi cintura al instante, atrayéndome contra su pecho. Su corazón late con fuerza y regularidad. Su cuerpo está caliente. Me derrito en él sin resistencia.

—Estás a salvo —dice, con su voz como un retumbo bajo en mi oído —. Aquí mismo. Conmigo.

Asiento, con los ojos ya pesados. Mi cuerpo está cálido, relajado y resguardado bajo el peso de su brazo, pero mi mente no deja de dar vueltas, ni siquiera cuando el cansancio me arrastra. Quiero esto de nuevo, no solo esta noche sino mañana, y al día siguiente, y quizá incluso después, que es la parte que más me asusta.

No son los moratones ni las ataduras ni el hecho de que probablemente podría destruirme sin despeinarse; es que me ha gustado todo, y ya estoy ansiando más.

No es tierno en el sentido en que la mayoría de la gente lo entiende, pero es cuidadoso, y eso podría ser peor, porque significa que sabe exactamente lo que está haciendo.

No creo ser lo bastante fuerte para fingir que no siento lo que me está haciendo. Es posesivo y peligroso en formas que no intenta ocultar, y si soy sincera, una parte de mí no quiere que lo haga.

Pero el resto de mí ya se está haciendo la única pregunta que importa...

Si profundizo más, me arriesgo a perderme por completo en él. Así que, ¿me quedo... o huyo?

11

LILA

Me despierto poco a poco, enredada en unas sábanas que parecen lo bastante caras como para cobrar alquiler, y durante unos benditos segundos olvido dónde estoy. Entonces me estiro, mis músculos me recuerdan con total claridad lo de anoche y el recuerdo encaja en su sitio con una sacudida que me hace gemir por lo bajo contra la almohada.

La cama de Ethan. El ático de Ethan. Ethan.

El sitio a mi lado está vacío, pero aún conserva el calor, lo cual se siente como una mofa. Me pongo boca arriba y me quedo mirando el techo, dejándome respirar un momento, porque si me pongo a pensar ahora mismo voy a entrar en barrena. Quedarme a dormir me pareció una temeridad cuando cruzamos esa línea anoche, pero en aquel momento también me pareció más fácil que arrastrarme a casa medio dormida y todavía eufórica por todo lo ocurrido.

Me incorporo y veo la bandeja sobre la mesilla de noche.

Café. Desayuno. Una nota.

Cojo primero el café, porque he aprendido por experiencia propia que leer mensajes con carga emocional sin cafeína es una idea

pésima. Es un café bueno, del tipo que te hace cerrar los ojos un segundo y replantearte toda tu relación con tu triste cafetera de goteo de casa. Miro a mi alrededor y veo mi bolsito sobre la mesilla. Debe de haberlo traído él. Lo abro, saco un sobrecito con la pastilla del día después y me la tomo con el café. Anoche los dos fuimos impulsivos, así que prefiero ir sobre seguro esta mañana.

Entonces cojo la nota.

Lila,

Me han llamado temprano. Trabajo, no es una huida.

Come algo. Cierra al salir.

Eres mía. Nadie más puede tenerte.

—E

Me quedo mirándola con el café a medio camino de la boca.

Es excitante. Irritantemente excitante. Mi cuerpo reacciona antes de que mi cerebro pueda presentar una objeción, y siento una oleada de calor en el bajo vientre que no tiene nada que ver con la cafeína. Por lo visto, el lenguaje posesivo me afecta de alguna manera; una información que me habría gustado conocer en un contexto más seguro y menos complicado.

Entonces llega el otro sentimiento y, aunque no puedo llamarlo miedo, es una opresión, una pequeña pausa interna en la que mis instintos se aclaran la voz y me preguntan si no preferiría ir más despacio y observar lo que me rodea.

Eres mía. Nadie más puede tenerte.

Me digo a mí misma que solo son palabras. Él es intenso, no un descuidado. Me pidió consentimiento en cada paso que dimos anoche. Consultaba conmigo. Escuchaba. Eso importa. Doblo la nota y la dejo a un lado, decidiendo deliberadamente no analizarla en exceso mientras llevo puesta su camisa y bebo su café en su ático.

Desayuno, porque me ha dejado un bol de yogur que está excelente y porque necesito poner los pies en la tierra. Deambulo por el espacio descalza, absorbiendo el lujo ridículo de todo esto: los ventanales de suelo a techo, el arte que probablemente cuesta más que mi coche, el silencio que parece diseñado por ingenieros. Me permito disfrutarlo, porque fingir que no lo hago sería deshonesto.

La ducha es de esas que te dan ganas de quedarte hasta que se acabe el agua caliente, y eso hago. Me lavo el pelo despacio, reproduciendo fragmentos de la noche sin querer, y me sorprendo sonriendo a la nada. Es entonces cuando sé que tengo que vestirme e irme a casa antes de que a mi cerebro se le ocurran ideas peores.

Las siguientes noches y fines de semana son nada menos que mágicos. Con Ethan el tiempo pasa demasiado rápido. Un día se funde con el siguiente y me enamoro más fuerte y más deprisa. En el trabajo, me envía mensajes sexuales para recordarme que soy suya, como si no sintiera su mirada siguiéndome mientras mantenemos la profesionalidad durante las horas laborales.

Aún no se lo he dicho a mis amigas, pero saben que pasa algo. Todo es todavía tan reciente que sigo poniendo mis sentimientos en orden. Se lo diré cuando esté lista.

Tras otra noche en casa de Ethan, cuando él ya se ha ido a la oficina, me pongo mi ropa, práctica y familiar, y siento que vuelvo a recomponerme con cada capa. Asistente. Adulta. Persona que paga un alquiler. Cuando estoy lista, cojo mi bolso, echo un último vistazo a mi alrededor y me dirijo a la puerta.

Entonces lo veo.

El sobre está en el suelo, justo fuera de la puerta principal, aplastado contra la piedra oscura como si quisiera que se fijaran en él, y lo consigue porque es de un rosa agresivo. No un rosa sutil. No un rosa elegante. El tipo de rosa que podría usarse como etiqueta de advertencia.

Me quedo helada.

Durante una fracción de segundo, me digo que no es nada. Un folleto. Un error de entrega. Alguna tontería de edificio de ricos que no entiendo.

Me agacho y lo recojo.

Sin nombre. Sin remitente. Solo mi nombre escrito en el frente con rotulador negro.

Lila.

El pulso se me acelera mientras lo abro.

Mantente alejada, Lila.

Eso es todo. Sin adornos. Sin explicaciones. Tres palabras que caen con más peso del que deberían.

Me quedo allí más tiempo del que pretendía, mirando el papel, de repente muy consciente de lo silencioso que está el pasillo y de lo sola que me encuentro en un espacio que ha dejado de parecer divertido hace unos dos segundos. Quienquiera que haya dejado esto sabía dónde encontrarme y quería que lo viera al salir.

Doblo la nota con cuidado y me la guardo en el bolso, porque no sé qué más hacer con ella y porque entrar en pánico en el pasillo de un multimillonario me parece una falta de estilo. Cierro la puerta con llave, comprobándola dos veces como me pide Ethan, y me dirijo al ascensor.

Para cuando llego al vestíbulo, el subidón de mi nueva relación se ha transformado en algo más cortante y complicado. Sigo deseándolo. Eso no ha cambiado. Pero ahora hay una pregunta instalada entre nosotros que yo no he puesto ahí y a la que no he invitado.

Al salir y dirigirme hacia mi coche destartalado, con el ruido de la ciudad envolviéndome de nuevo, miro el edificio por última vez.

Sea lo que sea esto, ya no es solo cosa de dos.

Llego a casa en piloto automático, aparco torcido como si no me importara quién se dé cuenta y me quedo sentada en el coche un minuto entero con las manos aún en el volante, porque mi cuerpo no ha asimilado que estoy a salvo, a solas, y que nadie me vigila desde un pasillo de mármol. Cuando finalmente me muevo, es con lentitud y cuidado, como si un movimiento repentino pudiera romper algo para lo que aún no estoy preparada.

Dentro de mi apartamento, todo parece agresivamente normal. El sofá se hunde por el mismo sitio. La luz de la cocina parpadea cuando la enciendo. Hay una taza en el fregadero que no fregué ayer. El contraste es chocante y dejo que lo sea, porque al menos este espacio no espera nada de mí.

Suelto el bolso, me quito los zapatos y preparo té, del de jengibre y miel que finge solucionar problemas emocionales calentándote las manos. Me lo llevo al sofá, encojo las piernas bajo el cuerpo y me quedo mirando el móvil como si fuera a confesar algo si espero lo suficiente.

Llamar para decir que estoy enferma me parece lo correcto. Escribo el mensaje dos veces antes de enviarlo, manteniéndolo simple, educado, sin alarmar. Dolor de cabeza. No me encuentro bien. Mañana vuelvo. No menciono que mi cerebro está haciendo una gimnasia para la que no ha entrenado.

El chat de grupo con mis amigas ya está activo, lo que me parece una falta de respeto pero también un consuelo. Reviso los mensajes anteriores sobre la cita terrible de una, la lavadora rota de otra y un largo debate sobre si la leche de avena es una estafa. Problemas normales. Escribo, borro, vuelvo a escribir.

Yo: He hecho algo impulsivo y ahora me estoy cuestionando toda mi personalidad.

Aparecen tres puntos de inmediato.

Priya: Eso no ayuda nada. Empieza de nuevo.

Dani: ¿Tu cita ha terminado mal? Es el mismo chico, ¿verdad?

Jo: ¿Estás bien?

Pausa. Les había dicho que iba a tener otra cita. Ya es hora de que la verdad salga a la luz.

Yo: La cita fue perfecta. Sí, el mismo chico. Sí, me he acostado con él.

Eso provoca reacciones. Demasiadas reacciones.

Dani: ¿Quién?

Jo: Cálmate, Dani. Ya nos lo dirá cuando esté lista. Lila, ¿estás en problemas?

Doy un sorbo al té, me quemo un poco la lengua y decido que no voy a contar esto por entregas.

Yo: Es complicado. Luego os cuento.

Priya: Define «luego».

Antes de que pueda responder, llaman a mi puerta. Miro la hora y luego el teléfono, porque el universo tiene un sentido de la oportunidad que roza la crueldad.

Jo escribe de nuevo.

Jo: Abre la puerta.

Lo hago, porque resistirse a Jo es inútil.

Entra, me mira a la cara una vez y suelta el bolso en el suelo sin decir nada. Ya se está quitando los zapatos, dirigiéndose ya hacia la cocina como si este hubiera sido el plan desde el principio.

—Té —dice ella—. Bien. Siéntate.

Obedezco, lo cual debería decirme algo sobre las últimas semanas, y ella se sienta a mi lado con su propia taza, con las rodillas encogidas

y una postura tensa, de esa forma en que se pone cuando intenta no entrar en pánico por mí.

—Vale —dice ella—. Empieza a hablar.

Así que lo hago. No todo. No los detalles. Pero lo suficiente. Le hablo de la intensidad, del contrato, de cómo se siente a la vez elegido y controlado, de la nota, del sobre rosa. No lo dramatizo, porque no tengo fuerzas, y tampoco lo minimizo, porque me parecería deshonesto.

Ella escucha sin interrumpir, algo nuevo e inquietante.

Cuando termino, hay un momento de silencio que se alarga demasiado y se me encoge el estómago porque sé lo que viene ahora.

—Lila —dice con cuidado—, tengo que preguntarte algo y necesito que no te enfades.

Me encojo de hombros, porque ya estoy preparada para el impacto.

—¿Y si no va en serio contigo?

La pregunta duele más de lo que esperaba, no porque no lo haya pensado yo, sino porque oírlo en voz alta le da peso.

—¿Y si —continúa ella, todavía tranquila— es así de intenso porque es así como engancha a la gente, y si esto es solo otra versión del mismo patrón por el que ya has pasado, solo que mejor vestida?

Abro la boca para discutir. Vuelvo a cerrarla.

Ella insiste con suavidad, lo que de algún modo lo hace peor. —No estoy diciendo que sea como tu ex. Digo que los hombres poderosos no suelen cambiar las reglas por una sola mujer, y no quiero que te convenzas de que atención es igual a compromiso.

Se me oprime el pecho. No he probado el té.

—Me pidió consentimiento —digo, demasiado rápido—. No me presionó a nada. Consultaba conmigo. Escuchaba. Lo hace siempre.

—Lo sé —dice ella—. Y eso es importante. Pero también fue así el principio con tu ex, ¿te acuerdas? No empezó siendo horrible. Empezó siendo atento.

Esa es la parte que rompe algo.

Porque tiene razón, y odio que tenga razón, y odio que una parte de mí ya lo supiera.

—¿Y si eres solo... una fase? —pregunta en voz baja—. ¿Y si esto es divertido, intenso y te hace sentir valorada, y luego él se aburre o se distrae, y te quedas tú intentando explicarte por qué te pareció real cuando no lo era?

Me miro las manos, noto un leve temblor del que no me había percatado hasta ahora.

—No creo que esté mintiendo —digo.

—No digo que lo haga —responde ella—. Digo que quizá no esté contando toda la historia, y tú tampoco.

La habitación parece más pequeña. Mi té se ha enfriado. Mis pensamientos empiezan a amontonarse unos sobre otros. De repente no sé cuáles son míos y cuáles son el miedo con una cara familiar.

—¿Y si hago esto porque me hace sentir poderosa ser la elegida? —pregunto, más para mí que para ella—. ¿Y si estoy ignorando las señales de alarma porque no quiero volver a ser invisible?

Jo no responde enseguida. Estira la mano y me aprieta la rodilla. —Solo no quiero que vuelvan a hacerte daño. Y no me fío de los hombres que marcan territorio.

Con eso basta.

Para cuando se marcha, tras abrazos, palabras de aliento y promesas de llamarnos, estoy más destrozada que antes de que llegara. Las dudas ahora tienen dientes. Merodean. Hacen mejores preguntas.

Me vuelvo a ovillar en el sofá, con el móvil en la mano, mirando el nombre de Ethan sin abrir la conversación, porque no sabría qué decirle si lo hiciera.

Intento distraerme de forma responsable. Enjuago mi taza. Limpio la encimera, que ya estaba limpia. Abro el portátil y lo cierro sin leer una palabra. Hoy cualquier intento de normalidad resbala sobre mí como si fuera de teflón.

Mi teléfono vibra.

Miro hacia abajo, esperando el chat de grupo o quizá a Ethan, y se me cae el alma a los pies al ver un número que no reconozco. Sin nombre. Sin foto. Solo dígitos.

Desconocido: Estás más guapa cuando tienes miedo.

Me quedo paralizada.

Miro fijamente la pantalla, esperando que mi cerebro aporte contexto, lógica o algo útil, pero no lo hace. Solo se tensa. Me digo que es un número equivocado. Una broma de mal gusto. Spam que ha tomado un giro extraño.

Entonces llega otro mensaje.

Desconocido: ¿De verdad pensabas que huir una vez significaba que no tendrías que volver a hacerlo nunca más?

El pulso me da un vuelco tan fuerte que tengo que soltar el teléfono un segundo, como si la distancia física pudiera ayudar. No ayuda. Lo vuelvo a coger, con los dedos ya fríos.

Yo: ¿Quién es?

La respuesta llega casi de inmediato.

Desconocido: Sabes exactamente de quién se trata.

Siento el pecho apretado ahora, no es pánico todavía pero está lo bastante cerca como para hacerme respirar de forma superficial. Me pongo de pie sin darme cuenta y recorro el salón de punta a punta, mis calcetines resbalando por el suelo.

Desconocido: No hiciste muy buen trabajo huyendo la primera vez, Lila.

Se me nubla la vista y tardo un segundo en darme cuenta de que se me están saltando las lágrimas. Alguien que sabe dónde presionar.

Yo: Si esto es una broma, para.

Aparecen los tres puntos. Desaparecen. Entonces el teléfono vibra de nuevo.

Desconocido: Él también dijo que eras especial, ¿te acuerdas?

Dijo que te eligió a ti, que le pertenecías.

Se me revuelve el estómago.

Me siento de golpe en el sofá, con las rodillas flojas de repente, y siento el viejo instinto aflorar, punzante y no bienvenido. El escaneo en busca de salidas. El impulso de minimizar. De quedarme callada y esperar a que pase.

Desconocido: Lo gracioso es que en realidad no huiste de él.

Solo esperaste a que alguien más te recogiera.

La habitación parece más pequeña, como si las paredes se hubieran inclinado hacia adentro cuando no miraba. Mis pensamientos se enredan, pasado y presente se desdibujan de una forma que odio. Pienso en la nota de Ethan. *Eres mía. Nadie más puede tenerte.* Pienso en la voz de Jo, cautelosa y preocupada. Pienso en lo fácil que se relaja mi cuerpo cuando su mano se posa en mi cintura.

Yo: No vuelvas a contactar conmigo.

Las manos me empiezan a temblar de verdad ahora, y clavo los dedos en la tela del sofá para estabilizarlas. Esto no es algo vago. No es alguien tanteando. Es alguien que conoce mi historia y quiere que yo sepa que la conoce.

Desconocido: Deberías haberte quedado lejos.

Deberías haber aprendido la lección.

Se me corta la respiración con esa última frase, porque de repente esto no va solo de miedo, va de culpa. De castigo. De alguien reescribiendo mi supervivencia como un fracaso.

Yo: ¿Qué quieres?

La pausa esta vez es más larga, y por eso mismo es peor. Me imagino a alguien al otro lado sonriendo, sopesando cuánto revelar.

Desconocido: Quiero que recuerdes quién eres de verdad.

Y quiero que entiendas que los hombres como él no salvan a chicas como tú.

Un frío que nada tiene que ver con la temperatura se extiende por mi pecho. Miro hacia la puerta, luego hacia las ventanas, luego de nuevo al teléfono, con todos los sentidos alerta de repente. Mi pantalla se apaga.

Sin puntos de escritura. Sin mensajes de seguimiento. Me quedo sentada allí un buen rato, con el móvil apretado en la mano, el corazón latiendo tan fuerte que parece que fuera a magullarme las costillas desde dentro. Todos los instintos gritan a la vez ahora. Corre. Escóndete. Cuéntaselo a alguien. Cuéntaselo a él. No se lo cuentes a él.

El nombre de Ethan flota hacia la superficie de mis pensamientos, pesado y complicado, y por primera vez desde que lo conocí, no sé si acudir a él me haría estar más segura o me hundiría más en algo que no puedo controlar.

Vuelvo a mirar mi teléfono, la pantalla vacía, y me doy cuenta con una claridad enfermiza de que quienquiera que sea no ha enviado esos mensajes por error.

Querían inquietarme.

Querían que dudara.

Y saben exactamente dónde encontrarme.

Me llevo las rodillas al pecho, con el ruido de la ciudad amortiguado tras las paredes, y una pregunta da vueltas en mi mente con una insistencia brutal.

¿Se lo cuento o desaparezco antes de que alguien decida por mí?

12

ETHAN

Para cuando llego a la oficina tras una serie de reuniones externas, ya sé que algo no va bien. No sé el qué todavía, pero la certeza está ahí, sólida e irritantemente precisa. Diviso a Lila a través de la pared de cristal antes de que ella note mi presencia, y la lectura es inmediata. Está trabajando rápido, con limpieza, y ha eliminado toda calidez de sus movimientos como si fuera un exceso de peso que no quiere cargar.

Eso es nuevo.

Lila es eficiente en sus peores días y prolífica en los mejores, pero también es expresiva de una forma lo bastante sutil como para pasar desapercibida si no prestas atención. Hoy no hay nada de eso. No hay brillo bajo la superficie, ni chispa de comentario en su forma de revisar el documento. No tararea entre dientes, tiene los ojos apagados y, como mucho, se muestra contenida, pero no en el buen sentido.

No me detengo ante su mesa. Dejo que esa sea mi primera prueba. Desde mi despacho, la observo a través del cristal y hago inventario como siempre. No se inquieta. No mira hacia donde estoy. No se ablanda cuando habla con nadie más. Funciona a base de control, lo

que me indica que algo se le ha metido bajo la piel con la fuerza suficiente para obligarla a replegarse hacia dentro.

Le doy unos minutos y luego la llamo.

Llega preparada, con la tableta bajo el brazo, la postura erguida y una expresión lo bastante neutra como para resultar casi impersonal. Es un aspecto que le sienta bien. Solo que no es ella.

Se sienta frente a mí sin esperar a que se lo pida y nos ponemos a trabajar sin ceremonias. Está rindiendo con el tipo de eficiencia propio de un profesional al que no le interesa nada que no sirva directamente a la tarea que tiene entre manos. Si fuera cualquier otro empleado, lo llamaría profesionalidad y no le daría más vueltas.

Con ella, se siente como un muro.

Cuando termina la última actualización, espera. Con las manos entrelazadas. La mirada fija. Sin delatarse.

—No has contestado a mis mensajes —digo, manteniendo la voz serena.

Ella no se inmuta. —Los he visto, simplemente no he tenido tiempo de responder.

Auch. Así que está de mal humor, pero la pregunta es por qué. Lila no muerde por deporte, y la tensión de sus respuestas, sumada a su cuidadosa negativa a mirarme, me dice que algo va mal.

—Entendido —respondo, y dejo pasar un momento—. Estás tensa hoy.

Su boca hace un amago de mueca, el primer indicio sutil que he visto en toda la mañana. —Estoy concentrada.

—No ha sido eso lo que he dicho.

Me estudia durante un instante y luego exhala despacio. —Me estoy tomando mi espacio.

Ahí está. Claro. Elegido.

Me echo hacia atrás en la silla, no para desentenderme, sino para demostrarle que no voy a asfixiar esta conversación. El control funciona mejor cuando no es teatral.

—Eso entra dentro de nuestro acuerdo —digo—. No me debes disponibilidad.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué parece que estás esperando un contraargumento?

Me sostiene la mirada. Hay un destello ahora, algo vivo y receloso, mucho más honesto que la calma que ha estado fingiendo.

—No quiero que esto se convierta en algo por lo que tenga que justificarme —dice—. Tengo derecho a mis momentos de desconexión. No ocurre nada sin mi consentimiento, y ahora mismo elijo despejar mi mente.

Asiento una vez. —Correcto.

Parpadea. Solo una vez. —¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Me observa con atención, como si intentara decidir si estoy tendiendo una trampa o cerrando una.

—No estás enfadado —observa.

—No.

—¿Decepcionado?

Lo considero y luego niego con la cabeza. —No. Prefiero la claridad.

Eso me granjea la primera reacción real del día, un pequeño resoplido que podría haber sido una risa si ella lo hubiera permitido. Sus hombros se relajan una fracción.

—Terminaré la mañana —dice—. Luego me tomaré la tarde libre.

—Tómate el día —le digo—. O no. Tú decides.

Se levanta y luego vacila cerca de la puerta, que es la única señal de que se ha estado guardando algo.

—Esto no es que me esté alejando —dice en voz baja—. Es que estoy pensando.

—No he asumido lo contrario.

Estudia mi rostro, buscando algo en lo que aún no termina de confiar. —Eres bueno en esto —dice—. En no presionar.

Dejo que una comisura de mi boca se eleve. —Soy bueno escuchando cuando alguien sabe lo que necesita.

Puedo notar por la forma en que cambia su postura, menos guardada, más ella misma, que he dicho lo correcto. Se marcha y el despacho se siente más pequeño de inmediato. Me quedo ahí sentado más tiempo del necesario, mirando la puerta cerrada, y no me molesto en mentirme sobre la preocupación que siento en el pecho.

Lila es sensible de la forma en que suelen serlo las personas agudas: lo bastante brillante para ver patrones que otros pasan por alto y lo bastante vulnerable para sentir el peso de estos. Esa combinación hace que las personas resulten interesantes, y también las convierte en blancos fáciles cuando el tipo de atención equivocado llama a la puerta.

Aún no sé qué ha pasado, pero sé que no me estoy imaginando nada de esto.

El borde de mi atención permanece tenso en la puerta, en el espacio que ella ocupaba, y en la certeza de que lo que sea que la ha inquietado no ha dejado de hacer ruido, incluso cuando vuelvo a mi escritorio y fuerzo mi concentración en el trabajo que tengo delante.

El día siguiente es más de lo mismo. Ha vuelto a la oficina, pero está distante. Lo que sea que la está carcomiendo no se ha resuelto.

Para cuando salgo del edificio, el día se ha asentado en mis hombros de esa forma familiar; no pesado exactamente, solo presente, como una mano que no ha decidido si es amistosa o no. Tomo la salida lateral en lugar de las puertas principales, sobre todo por costumbre y en parte porque quiero aire que no haya sido filtrado por un vestíbulo lleno de las urgencias de los demás.

La calle es ruidosa pero ordinaria, el tráfico avanza a paso de tortuga, los cláxones estallan y mueren, la ciudad hace lo que siempre hace cuando cree que no está pasando nada importante. Estoy a mitad de camino del bordillo hacia mi coche cuando algo cambia en el paisaje sonoro, un cambio de tono tan agudo que mi atención se dispara antes de que mi mente tenga tiempo de etiquetarlo.

Un motor ruge con fuerza, demasiada para la distancia que está recorriendo, y el coche aparece por la esquina de la manzana avanzando lo bastante rápido como para que el resto de la calle parezca paralizada. Se abre paso entre el tráfico con intención, sin desviarse, sin corregir, simplemente arremetiendo como si el conductor hubiera elegido una línea y decidido mantenerla.

Registro primero la velocidad, luego el ángulo, y después el hecho de que estoy directamente en su trayectoria.

Retrocedo por instinto, pero el bordillo me traba el talón y me hace perder el equilibrio lo justo para que importe. Por un breve e inútil momento, mi cerebro hace las cuentas y llega a la respuesta equivocada. Esto va a doler.

No tengo oportunidad de terminar el pensamiento.

Alguien me golpea con fuerza en el pecho y el hombro, empujándome de lado con potencia suficiente para sacarme todo el aire de los pulmones. Me tambaleo, tropiezo y caigo con torpeza

contra el capó de un coche aparcado mientras el vehículo que debería haberme atropellado pasa rugiendo tan cerca que siento su calor en la pierna.

El mundo se inclina y luego se estabiliza.

Hay unas manos sobre mí de inmediato, agarrando mi abrigo, mi brazo, mi hombro, revisándome con una eficiencia frenética. Oigo mi nombre, agudo y quebrado, como si se lo estuvieran arrancando a alguien.

—Ethan. Ethan. Dios mío.

Levanto la vista y me encuentro a Lila arrodillada frente a mí, con el rostro pálido de una forma que nunca había visto, los ojos muy abiertos y vidriosos, la respiración rápida e irregular. Una mano sigue aferrada a mi abrigo como si temiera que soltarme pudiera deshacer cualquier milagro que acabara de ocurrir, y la otra ya se está moviendo, comprobando mis brazos, mi pecho, mis piernas, tocándome por todas partes a la vez.

—Oye —digo, con la voz más firme de lo que me siento—. Estoy aquí.

Ella aspira una bocanada de aire que se convierte en algo entre un sollozo y una risa, luego apoya la frente en mi pecho sin preguntar, con todo el cuerpo temblando mientras la adrenalina la recorre. La rodeo con un brazo automáticamente, sin pensar en quién puede estar mirando o qué aspecto tiene esto, solo en que ella se aferra como si necesitara el contacto para mantenerse erguida.

—Ese coche —dice, apartándose lo suficiente para mirarme, con las manos aún extendidas sobre mi pecho como si buscara pruebas—. Salió de la nada. No lo viste. Estabas ahí mismo.

—Ahora lo veo —digo, seco a propósito, intentando anclarla—. Me has placado.

—No te he placado —espeta ella, e inmediatamente aprieta los labios como si temiera lo que pudiera salir después—. Tiré de ti hacia atrás.

—Me has lanzado hacia un lado —la corrijo con suavidad—. Eso es más que tirar.

Su boca tiembla y vuelve a reír, sin aliento y destrozada. —No me importa cómo lo llames. Te iba a atropellar.

El sonido de las sirenas comienza en algún punto de la manzana, y la gente se queda mirando ahora, murmurando, con los teléfonos fuera; el momento ya se está convirtiendo en una historia que no nos pertenece. La ayudo a ponerse en pie y mantengo mi brazo alrededor de ella, no porque yo necesite apoyo, sino porque ella lo necesita. Se apoya en mí sin dudarlo, con los dedos clavados en mi manga como si todavía se estuviera preparando para el impacto.

—Estás temblando —digo en voz baja.

—Tú también —me espeta ella, y no le falta razón. La réplica del choque se abre paso a través de mí ahora, retrasada pero insistente.

Nos movemos hacia la acera, alejándonos de la calzada. Una vez que estamos a salvo, se gira para mirarme de frente, con las manos aún en mis brazos, buscándome en el rostro como si comprobara si hay grietas que se le hayan pasado por alto.

—¿Estás herido? —pregunta—. Cualquier cosa.

—No —digo—. Llegaste a tiempo.

Su garganta se mueve y baja la vista medio segundo antes de volver a mirarme a los ojos. —Lo vi —dice, ahora más bajo—. Vi el coche y no lo pensé. Simplemente me moví.

La estudio, la miro de verdad, y la imagen se aclara de una forma que golpea más fuerte que el casi accidente. No dudó. No sopesó opciones ni consideró consecuencias. Actuó, pura e instintivamente, y el miedo de su rostro no es abstracto. Es personal.

—Me has salvado —digo, sin suavizarlo.

A ella se le corta la respiración al oírlo y parpadea rápido. —No lo digas así.

—¿Cómo qué?

—Como si significara algo.

No respondo de inmediato, en parte porque todavía estoy asimilando el momento y en parte porque mentir me parece la decisión equivocada. Alargo la mano y paso el pulgar por debajo de su ojo, secando una lágrima que no se había dado cuenta de que se le había escapado.

—Significa algo —digo en su lugar.

Se queda muy quieta, con el pulso saltando bajo mis dedos donde mi mano descansa en su muñeca. Por un segundo, el ruido de la calle se desvanece de nuevo, no por el peligro esta vez, sino por la proximidad.

—He tenido miedo —admite, con la voz apenas por encima del murmullo de la ciudad—. He pensado que iba a ver cómo te hacían daño.

—Lo sé.

Me busca en la cara como si pidiera permiso para sentir lo que está sintiendo, y algo en su expresión cambia; el pánico deja paso a algo más crudo y vulnerable.

—¿Puedo... —comienza, y luego se detiene. Traga saliva—. ¿Puedo besarte?

La pregunta aterriza con limpieza, sin bravuconería, sin suposiciones, solo un deseo honesto entrelazado con el miedo. Me golpea más fuerte que cualquier otra cosa hoy.

—Sí —digo.

Se acerca a mí y me besa como si necesitara el contacto para respirar, con las manos subiendo por mi pecho, su boca cálida y un poco insegura contra la mía. Lo mantengo lento, dándole estabilidad, con una mano en su espalda y la otra firme en su cadera, dejando que ella marque el ritmo hasta que su cuerpo se relaja y el temblor desaparece.

Cuando nos separamos, apoya la frente en mi hombro, exhalando como si por fin dejara que el momento terminara.

—No pretendía romper tu espacio —dice en voz baja.

—No lo has hecho —respondo—. Tú has elegido.

Ella asiente y su respiración empieza a calmarse. —Debería...

—No te vayas —digo antes de que decida que dejarme es la mejor opción para ella. La verdad es que la necesito aquí, cerca de mí—. Quiero enseñarte algo, si te apetece.

Se hace una pausa entre nosotros, y es tan ruidosa que casi puedo *oírla*. Entonces, ella inclina ligeramente la cabeza. —Sí, me gustaría.

Me doy cuenta de que estoy sonriendo demasiado mientras la llevo a mi coche. Le abro la puerta, la ayudo a subir al asiento del pasajero y mantengo su mano entre las mías durante los primeros segundos antes de soltarla y arrancar el motor. No pregunta a dónde vamos. Simplemente me observa con esa mirada que pone cuando intenta no sentir demasiado.

Conduzco.

Salimos de la ciudad: carreteras serpenteantes, luces que escasean, el perfil urbano encogiéndose detrás de nosotros. Tomo el desvío que la mayoría de la gente pasa por alto, el que lleva al mirador al que solo he venido solo.

El coche frena hasta detenerse en el arcén de grava y la vista se abre ante nosotros: amplia, limpia, resplandeciente. La ciudad, abajo, parece pequeña desde aquí, como si no pudiera tocarnos.

Apago el motor. El silencio posterior es denso.

Al principio no se mueve. Luego se recoloca en su asiento y me mira.

—¿Estás bien? —pregunta suavemente.

No respondo. Acerco mi mano por encima de la consola, le sostengo la nuca y la atraigo hacia mí.

El beso es un tirón agudo, una liberación, su boca abriéndose bajo la mía como si hubiéramos estado rondando este momento desde el segundo en que nos conocimos. Su mano se aferra a mi camisa, con las uñas clavándose a través de la tela. La acerco más, hasta que está a mitad de camino sobre la consola y puedo sentirla presionada contra mí, suave en todos los lugares que ya he imaginado reclamar.

Jadea en mi boca cuando deslizo mi mano bajo su muslo, con un agarre lo bastante fuerte como para anclarla. Sus caderas se mueven por instinto y siento la sacudida recorrerla.

—Esto —susurro contra su mandíbula— va a pasar.

Respira agitada, con las manos apoyadas en mi pecho. —¿Ahora mismo?

Sonrío. —Aquí mismo.

Ella todavía está a caballo entre las ganas de pensar y la necesidad de sentir, pero yo ya he pasado el punto de negociación. La empujo suavemente hacia atrás en el asiento del pasajero, me inclino sobre ella y la beso como si estuviera hambriento... y lo estoy.

Me tomo mi tiempo. Aprendo cómo se le corta la respiración cuando le muerdo el labio inferior, cómo se le tensan los muslos cuando deslizo la palma de la mano por debajo de su falda. Emite un sonido, agudo y necesitado, y me lo trago con mi boca sobre la suya.

Se aparta lo suficiente para mirarme a los ojos. —No vas a ser delicado, ¿verdad?

—No —digo, con la voz ronca por lo mucho que la deseo—. Esta noche, no.

Las luces de la ciudad brillan en la ventana detrás de ella. Está preciosa en la oscuridad. Y mientras deslizo la mano por la parte interna de su muslo, ya sé que voy a hacer que pierda el control en este coche.

13

LILA

En cuanto me siento en su regazo, sus manos ya están bajo mis muslos, atrayéndome hacia él, y su boca vuelve a estar sobre la mía como si pretendiera borrar cada centímetro de espacio entre nosotros. Le beso con fuerza, con avidez, con la boca abierta, todo lengua y dientes, y él se deja.

—Vas a acabar conmigo —murmuro contra su boca.

Lanza un gruñido grave desde el pecho. —Esa es la idea.

Me froto contra él y ya está duro, se nota el grosor a través de los pantalones. La presión se siente perfecta entre mis piernas. Suelto el aire de golpe y él se echa hacia atrás lo justo para observar mi reacción, como si estuviera guardándola para más tarde.

—Dios, qué bien se siente —susurro, balanceándome contra él de nuevo.

Enreda una mano en mi pelo, con fuerza, controlando, inclinándome la cabeza para poder besarme más profundamente, con más rudeza. Su otra mano se desliza bajo mi camiseta, con la palma plana sobre mi estómago, subiendo hasta que su pulgar roza el borde de mi sujetador.

—¿Quieres esto? —pregunta con voz sombría y firme.

—Sí —suelto con brusquedad—. No estaría en tu regazo si no quisiera.

Baja la copa del sujetador, exponiéndome sin miramientos, y baja la boca hacia mi pecho como si tuviera derecho sobre él. Su lengua roza mi pezón y luego succiona con fuerza; doy un respingo hacia delante con un jadeo ahogado.

—Joder, Ethan...

Me sujeta ahí, con la boca caliente y posesiva, y la mano apoyada en la parte baja de mi espalda para evitar que me retuerza y me escape. Mis muslos se aprietan a su alrededor; ya estoy jadeando, el calor me sube por la columna y todo mi interior se tensa.

Cambia al otro lado sin previo aviso, lamiendo despacio y luego mordiendo, y suelto un gemido tan agudo que empaña las ventanillas. El cristal ya está húmedo y el poco espacio que hay en el coche está denso por nuestro aliento y el sonido de mis caderas frotándose contra las suyas.

—¿Te gusta estar arriba? —murmura contra mi piel—. ¿Frotarte contra mí como si estuvieras desesperada?

—*Estoy* desesperada —jadeo—. Así que haz algo al respecto.

Desliza su mano hacia abajo entre nosotros, por encima de la cinturilla de mi falda, y mete los dedos debajo sin dudarlo. Sus nudillos rozan el fino encaje de mi braguita y luego me cubre por completo, presionando con los dedos justo donde lo necesito.

—Estás empapada —gruñe.

—He estado empapada desde que me has besado.

Suelta un taco entre dientes, mueve las caderas y la fricción hace que todo mi cuerpo se estremezca. Me contraigo sobre la nada, desesperada por más, pero él simplemente sigue tocándome con

ligereza, deliberadamente, como si me estuviera castigando por haberle hecho esperar tanto tiempo.

—Dime qué quieres —dice.

—Quiero tus dedos dentro de mí —digo, directa y rápida—. Quiero tu boca en mi cuello y tu mano en mi culo. Quiero correrme en tu regazo y dejarte hecho un puto desastre.

Eso es lo que finalmente le hace perder el control.

Estampa su boca contra la mía otra vez, de forma sucia y desenfrenada, mientras sus dedos atraviesan el encaje y se deslizan dentro de mí: calientes, gruesos y tan malditamente profundos que pierdo el hilo de mi respiración. Me froto con fuerza, follándome a mí misma contra su mano, y él deja que lo haga, deja que lo use, gimiendo en mi boca como si fuera lo mejor que ha probado jamás.

—Vas a correrte en este coche —murmura, mordiéndome el labio inferior—. Vas a gritar por mí.

—Lo haré —prometo—. Pero no pares.

No lo hace. Curva los dedos de la forma adecuada, golpea ese punto perfecto una y otra vez, mientras su otra mano me sujeta la nuca y me mantiene donde él quiere. Siento cómo aumenta, profundo y caliente, extendiéndose por mi interior como el fuego, y no puedo evitar los ruidos que salen de mí: necesitados, rotos, completamente ida.

Mi cabeza cae sobre su hombro cuando el orgasmo me golpea, fuerte y desordenado, y grito, clavándole las uñas en el pecho, con las caderas sacudiéndose mientras él me trabaja durante cada segundo del proceso.

Cuando finalmente remite, me desplomo contra él, todavía temblando, con los labios hinchados y los muslos húmedos y trémulos. Su mano me abandona lentamente, con los dedos

resbaladizos, y me sujeta la cara como si pudiera romperme si no lo hiciera.

Recupero el aliento y le miro directamente a los ojos.

—Tenías razón —murmuro.

Él sonríe con suficiencia. —¿Sobre qué?

—Voy a dejar que me destroces en este coche.

Se inclina, con voz rota y queda—. No dejar —dice—. Rogar.

No tengo tiempo para recuperarme. Me agarra los muslos, me levanta de su regazo como si no pesara nada y me deja sobre el asiento antes de que pueda asimilarlo. —Pásate atrás.

No queda espacio para las dudas en mi interior, dado lo mucho que deseo su polla dentro de mí. Salgo a gatas y entro de nuevo por la puerta trasera, y él me sigue. Me asalta un momento de preocupación y pregunto suavemente: —¿Seguro que no nos verán...?

—Nadie nos verá —responde—. Al asiento, Lila.

Me deslizo en el asiento trasero, sintiendo el cuero frío contra mi piel sobrecalentada, y me acomodo en el borde, con las piernas lo bastante abiertas como para que mi intención quede clara. Ethan sube tras de mí, con su amplia complexión llenando el espacio reducido y los ojos oscuros mientras cierra la puerta tras de él con un golpe seco. Las ventanillas ya están surcadas por la condensación, encerrándonos en esta sucia y pequeña burbuja.

—Échate hacia atrás —ordena con voz ronca, como si apenas pudiera contenerse.

Me deslizo hacia atrás hasta que mi columna golpea la puerta del otro lado, con las rodillas dobladas y la falda arrugada alrededor de mis caderas. Él se arrodilla entre mis piernas, con una mano apoyada en el asiento junto a mí y la otra ya buscando mi muslo.

Sus dedos se clavan en mi piel con la fuerza suficiente como para dejar marca, y siseo ante el escozor, con el cuerpo todavía vibrando por el orgasmo que acaba de arrancarme.

—Mírate —murmura, recorriendo mi cuerpo con la mirada, deteniéndose en el encaje húmedo que asoma bajo mi falda—. Hecha un puto desastre ya, y no he hecho más que empezar.

—Entonces empieza —suelto, agarrando la parte delantera de su camisa y tirando de él hacia mí—. No he venido a esperar.

Suelta una carcajada breve y oscura, y luego se lanza sobre mí, tirando de mis caderas hacia delante hasta que estoy medio recostada, medio apoyada contra la puerta. Me sube la falda por completo, exponiéndome, y engancha los dedos bajo la cinturilla de mi braguita, desgarrándola hacia mis piernas con un tirón brusco. La tela se engancha en mi tobillo y ni siquiera se molesta en quitármela del todo; simplemente la deja colgando ahí como si fuera un maldito trofeo.

—Ábrete más —dice, y lo hago sin dudarlo, dejando que mis muslos caigan hacia los lados mientras él se acomoda entre ellos. Me agarra las caderas, me levanta lo justo para colocarme como quiere y entonces se presiona contra mí, todavía con sus vaqueros puestos; el tejido resulta rugoso y exasperante contra mi piel desnuda.

—Joder, Ethan, quítatelos —gruño, buscando su cinturón, con los dedos torpes con la hebilla en aquel espacio tan estrecho.

—Todavía no —dice, atrapando mi muñeca y fijándola sobre mi cabeza contra la ventanilla empañada—. Has rogado por esto. Vas a sentir cada segundo antes de que te dé lo que quieres.

Gimo, frustrada y dolorida, pero el modo en que me mira —como si fuera algo que devorar— hace que mi interior se contraiga de nuevo. Se mueve, restregándose contra mí con más fuerza; la fricción de sus vaqueros contra mi carne húmeda e hipersensible me hace

jadear. Mi mano libre se clava en su hombro, con las uñas hundidas en su camisa, y él gruñe, sintiendo claramente el pinchazo.

—Eres un puto provocador —jadeo, intentando impulsarme hacia él, pero su agarre en mi cadera es de hierro, manteniéndome abajo.

—Y tú eres una impaciente de mil demonios —replica, inclinándose para dar un mordisco al lado de mi cuello, con los dientes rozando el pulso que martillea allí—. Me gusta verte retorcerte.

—Pues mira esto —digo, logrando liberar la mano que tenía inmovilizada lo justo para agarrarle la nuca y atraerle hacia un beso demoledor. Es un beso sucio, todo dientes y desesperación, con las lenguas chocando mientras intento recuperar algo de control. Me deja hacerlo por un segundo, gimiendo en mi boca, antes de apartarse con el pecho agitado.

—Quédate quieta —ordena. Antes de que pueda discutir, se desliza por mi cuerpo, con las manos abriendo mis muslos aún más. Su aliento está caliente contra la parte interna de mi muslo, y entonces su boca está sobre mí, sin previo aviso, sin preámbulos: directo al grano, con la lengua plana pasando sobre mí en una larga y obscena caricia.

—¡Mierda! —exclamo, sacudiendo las caderas involuntariamente, pero él aprieta sus manos sobre mis muslos, inmovilizándome contra el asiento mientras me trabaja como un hombre famélico. Es asqueroso, los sonidos húmedos llenan el coche, con su forma de gemir contra mí como si se estuviera excitando solo con mi sabor. Su lengua traza círculos y luego se adentra, y ya estoy subiendo de nuevo, tan condenadamente rápido que me marea.

—Ethan, joder, eso es... —No puedo terminar, las palabras se rompen en un gemido mientras succiona con fuerza, implacable, con una mano subiendo para presionar contra mi bajo vientre, evitando que me arquee demasiado. Mis manos se hunden en su pelo, tirando, y él gruñe contra mí; la vibración me hace encoger los dedos de los pies.

—Sabe a puto pecado —murmura, apartando apenas la boca para hablar antes de volver a sumergirse, lamiendo y succionando con una concentración que va a terminar por desmoronarme del todo—. Voy a hacer que te corras otra vez antes de entrar en ti.

—Hazlo —jadeo, con los muslos temblando bajo sus manos y el calor acumulándose tan rápido que apenas puedo respirar—. Hazme gritar, joder.

Él redobla el esfuerzo, con la lengua trabajándome de formas que deberían ser ilegales, y estoy justo en el límite, tan cerca que puedo saborearlo, con todo el cuerpo tenso y temblando. Pero él no ha terminado de jugar conmigo todavía, y sé que lo está alargando, manteniéndome ahí en equilibrio, sin dejarme caer al abismo.

—Ruégamelo —dice con voz amortiguada contra mí, con los labios todavía rozando mi piel mientras aminora el ritmo lo justo para hacerme lloriquear.

—Por favor —suelto con un hilo de voz, ya sin vergüenza, intentando frotar mis caderas contra su cara—. Por favor, Ethan, deja que me corra. Lo necesito, joder, te necesito.

Él se ríe, satisfecho, y recupera el ritmo de nuevo, empujándome justo hasta el borde; mis gritos se vuelven más fuertes, más desesperados, resonando en el estrecho espacio del coche. Mis manos tantean el asiento, la puerta, cualquier cosa a la que anclarme mientras siento que empieza a llegar, pero él se retira en el último segundo, dejándome jadeando, dolorida, justo en el filo de la navaja.

—Todavía no —dice, incorporándose y limpiándose la boca con el dorso de la mano, con los ojos brillando con algo peligroso—. Quiero sentir cómo te corres alrededor de mí.

Estoy demasiado ida para discutir; me limito a asentir, sin aliento, mientras él empieza a desabrocharse el cinturón con movimientos lentos y deliberados, obligándome a mirar cada segundo del

proceso. Mi cuerpo clama por la liberación, los muslos me tiemblan, y la anticipación de tenerlo finalmente dentro de mí es casi superior a mis fuerzas.

Mi pecho sube y baja mientras Ethan se desabrocha el cinturón con una lentitud exasperante; el metal resuena en el calor sofocante del asiento trasero. Suelta el botón de sus vaqueros, baja la cremallera y se baja el pantalón y los calzoncillos lo justo para liberarse. Es grueso, está duro y ya gotea en la punta. La visión hace que se me haga la boca agua mientras mi interior se contrae con un deseo puro.

—Joder, date prisa —raspeo, buscándole con las manos, pero él me agarra las muñecas de nuevo, fijándolas contra la puerta a mi espalda.

—Tú no das las órdenes ahora mismo —gruñe, con voz tan áspera como la grava—. Voy a tomarme mi maldito tiempo contigo.

—Pues tómatelo —suelto, arqueando las caderas hacia él, desesperada por cualquier contacto—. Pero hazlo de una puta vez.

Él sonríe de lado y se acerca más, arrodillándose entre mis muslos en el espacio reducido. El asiento del coche cruje bajo su peso mientras me agarra las caderas, tirando de mí hacia abajo un poco más hasta que estoy casi plana contra el cuero, apoyada lo justo contra la puerta para no resbalar. Doblo más las rodillas, apoyando los pies contra el borde del asiento para hacer palanca, y él se sitúa justo en mi entrada, sin empujar todavía, simplemente rozando la punta contra mí, resbaladiza y caliente.

—¿Sientes eso? —murmura, con los ojos fijos en los míos, observando cada espasmo de mi cara—. Estás goteando por esto.

—He estado goteando —siseo, intentando impulsarme hacia delante, pero su agarre en mis caderas es inquebrantable—. Deja de jugar y fóllame de una vez.

No responde, solo se inclina sobre mí, con una mano apoyada en la ventanilla sobre mi cabeza para equilibrarse en el espacio estrecho, y la otra guiándose mientras finalmente empuja hacia dentro; despacio al principio, dilatándome con un ardor que me hace jadear. Mis uñas se clavan en el cuero debajo de mí y mi cabeza cae hacia atrás contra la puerta mientras él entra centímetro a centímetro, deliberadamente, dejando que sienta cada maldita parte de él.

—Joder, Lila —gime, con voz tensa, deteniéndose a mitad de camino para dejar que me adapte—. Estás tan condenadamente estrecha.

—Sigue —jadeo, con las piernas temblando, rodeando su cintura tanto como permite el estrecho asiento trasero—. Puedo con ello. Dámelo todo.

Él gruñe, con la mandíbula apretada, y empuja el resto del camino, con fuerza y profundidad, llegando al fondo con una potencia que me saca el aire de los pulmones. Lanzo un grito agudo y roto, con el cuerpo arqueándose bajo él mientras me llena por completo. El ángulo, conmigo medio recostada contra la puerta, hace que cada movimiento golpee en el lugar exacto, y ya estoy perdiendo el control; la presión aumenta de nuevo tan rápido que me marea.

—¿Así? —raspea, saliendo despacio y volviendo a entrar de golpe, estableciendo un ritmo brutal que hace que el coche se balancee ligeramente sobre los amortiguadores—. Dime cómo se siente.

—Puto perfecto —gimo, con las manos aferradas a sus hombros, arañándole la camisa mientras él se hunde en mí una y otra vez, cada embestida más fuerte, más profunda, sacudiendo el estrecho espacio que nos rodea. Las ventanillas están completamente empañadas ahora; el aire es denso por el sonido de la piel al chocar, mis jadeos y sus gruñidos—. No pares, Ethan... joder, no pares nunca.

—No voy a parar hasta que grites —gruñe, moviéndose ligeramente para enganchar una de mis piernas más arriba sobre su cadera, abriéndome más. El cambio de ángulo me hace ver las estrellas; su

polla golpea ese punto dentro de mí con cada embestida punitiva, y estoy perdiendo el sentido, con todo el cuerpo temblando bajo él.

—Más fuerte —ruego, con la voz quebrada, la cabeza apretada contra la puerta y las manos resbalando para agarrar el borde del asiento buscando cualquier tipo de anclaje—. Que duela, haz que lo sienta, joder.

Suelta un gruñido, bajo y animal, y me da exactamente lo que quiero, embistiéndome con una ferocidad casi excesiva; el cuero cruje bajo nosotros y el coche se llena con el sonido crudo y sucio del acto. Su mano se desliza entre nosotros, su pulgar encuentra mi clítoris y presiona con fuerza, trazando círculos rápidos que siguen su ritmo brutal, y estoy acabada.

—Ethan... joder, voy a... —No puedo terminar, las palabras se disuelven en un grito cuando el orgasmo me atraviesa, incandescente e implacable, con mi cuerpo cerrándose con fuerza a su alrededor. Mis muslos se aprietan en su cintura, las caderas se sacuden sin control mientras oleada tras oleada me deshace; mis gritos rebotan en los cristales empañados.

—Mierda, Lila —gime, sintiendo cómo me contraigo a su alrededor; su ritmo flaquea por una fracción de segundo mientras lucha por aguantar—. Me estás matando, joder.

Sigo temblando, los espasmos posteriores me hacen estremecer bajo él, pero apenas decelera, embistiendo a través de mi bruma hipersensible con los dientes apretados, buscando su propio clímax. Su mano agarra mi cadera con la fuerza suficiente para dejar moratón, la otra apoyada en la ventana con los nudillos blancos; noto que está cerca, su respiración es entrecortada y los movimientos se vuelven torpes.

—Córrete para mí —jadeo con voz destrozada, clavándole las uñas en la espalda a través de la camisa—. Quiero sentirlo, Ethan. Llename.

Eso le hace quebrar. Suelta una maldición gutural y deja caer la cabeza sobre mi hombro mientras sus caderas se impulsan hacia delante una última vez, enterrándose profundamente. Siento cómo late dentro de mí, caliente y desordenado; su gemido queda amortiguado contra mi cuello mientras descarga, con el cuerpo sacudiéndose por la fuerza del momento. Sigue moviéndose, más despacio ahora, apurando hasta la última gota, hasta que finalmente se queda quieto, ambos jadeando con fuerza y empapados de sudor bajo el calor sofocante del coche.

Durante un momento, ninguno de los dos se mueve, solo respiramos, apretados en el estrecho espacio. Mis piernas siguen rodeándole, temblando ligeramente, y su peso me inmoviliza contra el asiento, pesado pero reconfortante. El aire huele a sexo y desesperación; las ventanillas están completamente opacas por la condensación, aislándonos del mundo exterior.

—Joder —murmura finalmente, levantando la cabeza lo justo para mirarme, con los ojos todavía oscuros pero más suaves ahora, saciados—. ¿Estás bien?

—Mejor que bien —raspeo, con una sonrisa cansada asomando a mis labios—. Pero somos un puto desastre.

Se ríe, con una carcajada breve y áspera, mirando hacia donde todavía estamos unidos y luego al estado del asiento trasero—. Ha valido la pena.

No puedo discutir eso, incluso cuando siento que el dolor empieza a instalarse en mis músculos y el cuero se me pega a la piel. Mi falda es un revoltijo arrugado alrededor de mi cintura, las bragas siguen colgando de un tobillo y sé que mañana me resentiré de esto. Pero ahora mismo, con él todavía dentro de mí y el resplandor posterior vibrando en mis venas, no me importa una mierda nada más. Y ese es el problema.

En toda mi vida, no he deseado a nadie tanto como deseo a Ethan. Dado mi historial con los problemas, no voy a poder conservarlo. Le

quiero, pero la única forma de mantenerle a salvo será perderlo. Incluso mientras pienso esto, tengo que clavar las uñas en las palmas para no echarme a llorar.

Echo la cabeza hacia atrás y le miro, le miro de verdad; la intensidad sigue ahí, suavizada ahora pero presente. Hace que se me revuelva el estómago de una forma que no tiene nada que ver con el sexo.

No quiero que esto sea algo puntual. No quiero ser otra indulgencia nocturna que olvidará en cuanto la adrenalina se disipe. Pero tampoco quiero que mi pasado nos alcance y le destruya.

A juzgar por los mensajes que acabo de recibir, me temo que eso ya ha empezado.

14

ETHAN

El silencio en el coche es denso, cargado con todo lo que acabamos de hacer y todo lo que no hemos dicho.

Lila tiene el pelo revuelto, los labios hinchados y un tenue rubor rosado le sube por el pecho y aún no se ha desvanecido. Parece satisfecha, pero también parece estar esperando a que caiga el próximo golpe. Me molesta más de lo que debería.

Aprieto el volante con más fuerza y la miro de reojo. Está encogida en el asiento del copiloto, como si intentara mimetizarse con la tapicería. No está asustada. Simplemente vuelve a estar ensimismada. Es el mismo retraimiento que he notado antes.

Esa comprensión me escuece de una forma que no me gusta. No me importa la resistencia cuando es honesta, ni me importa la distancia cuando se ha ganado, pero esto me da la sensación de que está cerrando una puerta sin dar un portazo, con cuidado y en silencio, como si no quisiera provocar nada. No necesito que me traten con cuidado. No me gusta que nadie me maneje.

Me aclaro la garganta y saco el coche del punto muerto. —¿Tienes hambre?

—No —dice rápidamente, demasiado rápido, y mantiene los ojos fijos en la cinta oscura de la carretera frente a nosotros.

Asiento con la cabeza. —De acuerdo.

El motor ronronea suave mientras nos alejamos del mirador, con los neumáticos agarrándose a la curva de la carretera que desciende hacia la ciudad. Las luces de abajo están dispersas y brillantes, todo lo suficientemente lejano como para parecer irreal, y el contraste me irrita. Hace veinte minutos, gemía mi nombre con las manos apretadas en mi chaqueta, y ahora está ahí sentada como si ya se hubiera marchado a medias.

No me gusta la velocidad del cambio. No me gusta lo fácil que vuelve a recuperar el control, como si nada se acabara de romper entre nosotros. Me hace sentir que me he imaginado parte de ello, y yo no me imagino cosas.

El silencio se instala en el coche, lo bastante denso para que se note, y dejo que perdure más de lo que resulta cómodo. Quiero ver si ella lo rompe. No lo hace. Mantiene los hombros rectos, la postura impecable, esa clase de compostura que parece una armadura si sabes lo que estás mirando.

Golpeo el volante con el pulgar. —¿Adónde quieres que te lleve?

Exhala, lenta y cuidadosamente, como si se hubiera estado preparando para eso. —A casa. He quedado con unos amigos.

Mantengo la vista en la carretera, pero vuelvo a apretar el agarre. —¿Ahora?

—Sí.

No es la respuesta lo que me molesta. Es el momento, y la forma en que lo dice, como una frase ensayada. Miro el reloj del salpicadero. Es tarde, pero no una locura, y sé que es inútil fingir que el problema es la logística.

—¿Con quién? —pregunto.

Gira la cabeza lo justo para que pueda ver su perfil. —Con amigos.

—Eso no es una respuesta.

Se cruza de brazos, defensiva sin llegar a ser dramática. —No es una pregunta que deba responder.

Ahí está. La línea en la arena. Lo noto de inmediato, una irritación aguda que me sube por la columna y se instala detrás de los ojos. No alzo la voz. No me hace falta.

—No me gusta la idea de que te vayas por ahí sola después de lo que ha pasado antes —digo—. Alguien ha intentado hacerme daño. Eso también te pone a ti en el punto de mira.

—Sé cuidarme sola.

—Esa no es la cuestión.

Se gira ahora plenamente hacia mí, y los muros han vuelto a subir, sólidos y familiares. —¿Entonces cuál es?

Mantengo la mirada al frente. —Me acabas de decir que necesitabas espacio —digo—. Bien. Te he oído. Pero no vamos a entrar en ese juego en el que desapareces otra vez y me dejas adivinando con quién estás o si estás a salvo.

Aprieta los labios. —No estoy desapareciendo. Me voy a casa.

—Con gente que no conozco. De noche. Después de que me apartaras de la trayectoria de un coche a toda velocidad.

No parpadea. Ni una sola vez. —Ethan. No tienes derecho a vigilar adónde voy o con quién me veo solo porque nos estemos acostando.

Es como si supiera dónde apuntar sus palabras y lo hiciera porque quiere que me retire. Me tomo un momento. —No es solo sexo.

Su boca tiene un tic, como si fuera a rebatirlo, y luego se queda seria. —Es intenso, y es bueno. Pero sigo siendo yo. Y sigo teniendo mi vida.

Suelto el aire por la nariz y corrijo mi agarre al volante, obligando a mis manos a relajarse antes de que hagan alguna estupidez. No quiero asustarla, y no quiero darle otra razón para alejarse, pero también me niego a fingir que esto no es nada.

—No estoy intentando poseerte —digo—. Intento entender por qué te estás alejando tan rápido.

Sus hombros suben y bajan. —Porque la intensidad no significa seguridad. Porque ya he pasado por esto. Porque no quiero despertarme un día y darme cuenta de que he dejado que otra persona vuelva a imponer las condiciones de mi vida.

Eso me duele, y dejo que lo haga, porque no le falta razón al decirlo. Pero sí se equivoca al decírmelo a mí.

—No soy tu ex —digo.

—Lo sé —responde ella, y de alguna manera eso es peor—. Por eso esto es más difícil.

Conducimos el resto del camino con la tensión instalada entre nosotros, no explosiva, solo densa y sin resolver. Observo cómo pasan las señales de las calles y grabo la ruta en mi memoria por hábito, aunque ya la conozco. Ahora está callada, con la mirada fija al frente otra vez, y el espacio entre nosotros parece más amplio de lo que sugeriría el asiento.

Cuando me detengo frente a su casa, no salgo del coche. Ella tampoco. El motor sigue encendido al ralentí mientras espero a que me mire, pero no lo hace.

Aprieto el volante con más fuerza y la miro de reojo. Está encogida en el asiento del copiloto como si intentara hacerse pequeña contra la tapicería. Sin embargo, no parece asustada; en todo caso, es como si estuviera intentando minimizar daños. Es el mismo retraimiento que percibí en la oficina, solo que esta vez yo soy parte del motivo por el que se retira.

Respiro hondo para reprimir el impulso de apretar el volante hasta que me crujan los nudillos. —Sé que no estás en el mejor momento ahora mismo, Lila.

—¿Ah, sí? —pregunta ella con cansancio.

Hablo a pesar del nudo en mi garganta, porque las palabras tienen que salir. —No estoy intentando controlarte —digo—. Pero me importas. Eso ya no es opcional. Así que si parezco un capullo, es porque no me gusta no saber quién hay en tu vida o con qué facilidad alguien podría arremeter contra ti sin que yo sepa siquiera dónde mirar.

Exhala, dejando caer los hombros ligeramente. —No pretendía que esto fuera difícil.

—Lo sé.

Nos quedamos ahí sentados un segundo. Las farolas proyectan largas sombras sobre el capó, y ella finalmente me mira.

—No estoy huyendo —dice suavemente—. Solo necesito un segundo para volver a sentirme normal.

Eso es justo.

Recoge su bolso pero no echa mano a la puerta de inmediato.

—Te escribiré —dice.

—Hazlo.

Duda, como si fuera a decir algo más, luego abre la puerta y sale. No mira atrás.

La veo irse, observo el bamboleo de sus caderas y cómo levanta la barbilla, y el segundo exacto en que su lenguaje corporal cambia a algo más frío, algo privado.

Se ha marchado como si toda esta conexión entre nosotros fuera un interruptor que ha apagado sin previo aviso.

Me quedo allí un rato después de que se haya ido, con las manos aún en el volante, los ojos fijos en el asiento vacío del pasajero, y siento cómo la forma de la distancia que acaba de poner entre nosotros se clava agudamente bajo mis costillas. La comprensión de que ya ha empezado a alejarse ha empezado a calar, y de alguna manera no puedo evitar pensar que lo hace porque cree que será bueno para nosotros. Así que... ¿qué estoy haciendo para que piense así?

Conduzco a casa por pura memoria muscular y aparco en el garaje sin registrar el trayecto; luego entro en un ático que todavía huele a su champú y a algo más cálido debajo. Dejo las llaves en la encimera, me aflojo la corbata y abro el portátil porque es lo que hago cuando las cosas hacen ruido en mi cabeza. El trabajo siempre ha sido la forma más limpia de acallar el ruido.

Esta noche no funciona.

Leo el mismo párrafo tres veces y no retengo nada; luego cambio de archivo y pierdo diez minutos mirando fijamente una hoja de cálculo que debería ser sencilla. Mi teléfono permanece boca abajo en el escritorio, y no lo miro porque mirarlo significaría admitir que estoy esperando. Me sirvo una copa, tomo un sorbo y la dejo a un lado sin tocarla.

Dijo que no estaba huyendo. La creo.

También dijo que necesitaba espacio; yo acepté y lo dije en serio. El consentimiento no deja de importar porque yo quiera algo más de lo que ella está dispuesta a dar. Aun así, la ausencia se siente mal, como un hilo suelto del que no puedo evitar tirar.

Me rindo pasado el mediodía y me voy a la cama solo, algo raro e irritante, y me despierto demasiado temprano con la sensación de que algo se ha salido ya de su horario.

En la oficina, a la mañana siguiente, Lila es exactamente lo que prometió ser.

Perfectamente profesional.

Es eficiente, está concentrada y es agradable de esa forma que significa que no se filtra nada. Su tono es constante, sus informes son impecables y no se queda en los umbrales ni hace comentarios innecesarios. No me evita, lo cual sería más fácil de interpretar. Simplemente no ofrece nada extra.

Es como ver a alguien cerrar una puerta sin dar un portazo.

Intento pillarla a la hora de comer, no para acorralarla sino para rebajar la tensión, y cuando salgo de mi despacho ya está a mitad de camino de los ascensores. Pronuncio su nombre una vez. No me oye... o finge no hacerlo. Las puertas se cierran.

Eso es nuevo.

Bajo por las escaleras en lugar de esperar, de dos en dos, y para cuando llego al vestíbulo la veo cruzando hacia la charcutería de al lado. Me digo que solo tengo curiosidad, que pasaré de largo y seguiré caminando, pero mis pies se desvían tras ella antes de que termine de formular la mentira.

Me detengo justo al entrar y escaneo la sala; entonces la veo en el mostrador con un hombre al que no reconozco. Está demasiado cerca. No es una cercanía amistosa. Es una cercanía de familiaridad. Él sonríe de una forma que no le llega a los ojos, y ella está rígida, con los hombros encogidos y el bolso apretado contra el costado.

Me muevo antes de pensarlo mejor.

Estoy a tres pasos cuando él hace amago de cogerle la mano. Eso es todo.

—Eh —digo, con un tono lo bastante agudo para que medio local se gire—. Quita tu mano de encima.

El tipo mira por encima del hombro, sobresaltado y luego molesto. —¿Quién demonios eres tú?

No quito los ojos de sus dedos envueltos alrededor de la muñeca de ella. —El último aviso que vas a recibir.

Lila se gira del todo ahora, con los ojos muy abiertos y el rostro pálido. —Ethan...

El hombre aprieta el agarre. —Está ocupada.

Lo hago como si fuera un trabajo de precisión, como si desarmarlo fuera algo para lo que me he entrenado. Sus nudillos crujen mientras tiro. Primero el índice. Luego el corazón. El anular tarda más en soltarse porque se resiste. Giro lo justo para que haga una mueca, y luego libero el último dedo.

La tienda se queda en silencio.

Nadie se atreve a interrumpir. La caja registradora suena en algún lugar detrás de nosotros, un sonido metálico que solo hace que la quietud sea más punzante. Siento que la tensión abandona a Lila en cuanto lo aparto de ella, y ese pequeño cambio es suficiente para inundarme de rabia.

Él retira la mano de un tirón como si le hubiera quemado y da un paso completo adelante, sacando pecho, con la barbilla alta. Es más bajo que yo pero más corpulento; uno de esos tipos exatletas cuyo apogeo fue hace una década pero cuyo ego no ha pasado página. Tiene un brillo de sudor en la frente y un corte de pelo rapado que hace que le sobresalgan las orejas. Sus mangas están remangadas sobre antebrazos mal tatuados, y me fijo en el reloj barato, la confianza fingida, los ojos que bailan entre los míos y los de Lila como si todavía creyera que tiene algún derecho sobre ella.

—Atrás —espeta, con voz más alta ahora, esperando que alguien intervenga para calmar las cosas—. Esto es entre ella y yo.

No retrocedo. En lugar de eso, dejo que el silencio se prolongue, dejo que el peso de mi inmovilidad deje claro el mensaje.

Lila está detrás de mí ahora, y no ha dicho ni una palabra. Puedo sentir que está tensa, lista para apartarme o para zanjar esto, pero aún no la miro. Toda mi atención está centrada en el hombre frente a mí: el que pensó que podía tocarla sin consecuencias.

Bajo la voz. —Vuelve a tocarla y perderás la mano.

Suelta una carcajada. —Mucho hablas. ¿Quién coño te crees que eres?

Cada parte de mí se queda inmóvil. —Mejor que no lo averigües.

Sus ojos se entrecierran. —Atrás —insiste—. Esto es entre ella y yo.

—No —digo—. No lo es.

Él hace un gesto de desprecio. —¿Qué pasa, eres su novio?

Miro a Lila. Parece conmocionada, enfadada y atrapada entre querer que esté aquí y querer que esto desaparezca. Tomo la decisión por ambos.

—Soy la persona que te dice que te largues —digo—. Ahora mismo.

Se ríe una vez y se las arregla para sonar como un cuervo mojado. —Tú no puedes...

Se abalanza y yo esquivo el golpe, pongo una mano en su hombro y lo empujo contra el mostrador con la fuerza suficiente para hacer temblar el estante de los condimentos. Alguien grita. Alguien suelta un taco. El dueño grita diciendo que va a llamar a la policía.

Lila me agarra del brazo. —Ethan, para.

Paro. Inmediatamente.

Esa es la parte que la sorprende.

Doy un paso atrás, con las manos en alto, sin quitarle el ojo al tipo mientras este se endereza y decide no volver a intentarlo. Me señala a mí y luego a ella.

—Esto no ha terminado —le dice a ella, con voz baja.

Me interpongo entre ambos sin tocarlo. —Sí ha terminado.

Él duda, analiza el ambiente y retrocede hacia la puerta, refunfuñando. Cuando se va, el ruido ambiental regresa de golpe.

Lila se encara conmigo. —¿Qué estás haciendo?

—Protegerte —digo.

—No te he pedido que lo hicieras.

—No deberías tener que pedirlo.

Su mandíbula se tensa. —Me has seguido.

—Sí.

—Eso no está bien.

Tiene razón, y admitirlo no me gusta. —Quería hablar. Tú te has ido.

—Eso no te da derecho a rastrearme y montar una escena.

Bajo la voz. —Él te ha agarrado.

—Sabe dónde trabajo —dice ella—. Me ha estado molestando. Yo lo estaba manejando.

—Él no tiene derecho a ponerte las manos encima.

Su aliento tiembla. —Tú no tienes derecho a decidir eso por mí.

El dueño se aclara la garganta y señala hacia la puerta. —Seguid fuera.

Lo hacemos.

En la acera, la ciudad vuelve a apretar, ruidosa e indiferente. Lila se frota la muñeca como si le doliera, y odio no haber llegado antes y odio haber venido siquiera.

—¿Quién era él? —pregunto.

Duda. —Un viejo amigo. O alguien que cree que lo es.

—Eso no parecía amistoso.

—No lo era —dice, y luego levanta la barbilla—. Y no necesitaba que me rescataras.

—Lo sé —digo—. Pero no lo siento.

Estudia mi rostro, buscando algo, y no sé si lo encuentra. Su teléfono vibra. Lo mira y vuelve a ponerse tensa.

—Tengo que irme —dice.

—Lila...

—Ahora no.

Retrocede, creando espacio con su cuerpo antes de que yo pueda rebatirle nada, y la distancia me golpea más fuerte de lo que lo hizo el empujón dentro del local. Se da la vuelta y se aleja sin mirar atrás, desapareciendo entre la multitud como si estuviera acostumbrada a hacerlo.

Me quedo allí parado más tiempo del necesario, con las manos apretadas a los costados, el pulso todavía acelerado, y comprendo algo nuevo y profundamente inconveniente.

Sea lo que sea lo que la persigue, no empezó conmigo. Y sea lo que sea, aún no ha terminado.

15

LILA

ESA MISMA MAÑANA, UN POCO ANTES

Estoy a mitad de la conciliación de un informe de gastos cuando mi teléfono se ilumina sobre el escritorio.

Número desconocido.

Casi lo ignoro, porque he aprendido a ser cautelosa con cualquier cosa que llegue sin contexto, pero la vista previa del texto muestra tres palabras que me cortan la respiración.

Desconocido: Estoy aquí de nuevo, muñeca.

Se me quedan los dedos fríos, porque nadie me llama así excepto una persona. Y cuando solía hacerlo, no era algo afectuoso. Era una forma de recordarme a quién creía él que yo pertenecía y lo pequeña que le gustaba que fuera cuando lo decía.

No me muevo durante un segundo. No miro a mi alrededor. No dejo que mi cara cambie. Me quedo muy quieta y mantengo los ojos fijos en la pantalla como si esta pudiera parpadear primero.

Le respondo con el móvil escondido debajo del escritorio.

Yo: ¿Dónde?

La respuesta llega rápido.

Desconocido: En el deli de al lado. El mismo sitio donde siempre coges sopa cuando finges que no te saltas el almuerzo.

Se me cae el alma a los pies.

No recuerdo haberle contado eso. No recuerdo haberle contado nada reciente en absoluto, y ese es el problema. Él rellena los huecos como si le pertenecieran.

Sin pensarlo demasiado, bloqueo el ordenador y me levanto. Si pienso demasiado me quedaré paralizada, y paralizarme nunca me ha servido de nada. Me digo a mí misma que lo controlaré, que ya he hecho esto antes, que no necesito ayuda. No le digo a nadie a dónde voy. Una vez que llego al deli y entro, mis sentidos registran el aceite de oliva, el pan tostándose y el olor fresco de algo cítrico. El ruido también me golpea. Pedidos gritados. Una caja registradora sonando. Sillas arrastrándose. Todo parece demasiado normal para lo que sé que está a punto de suceder.

Mi ex está apoyado en el mostrador.

El mismo corte de pelo. La misma chaqueta que intenta parecer cara y no lo consigue del todo. Los mismos ojos que nunca se suavizan cuando sonríe. Parece más viejo, más duro alrededor de la boca, pero no ha cambiado en nada que importe.

Sonríe cuando me ve.

—Ahí estás —dice—. Pensé que podrías fingir que no habías recibido mi mensaje.

Me detengo a un par de metros de él y mantengo el bolso apretado contra mi costado—. Qué quieres.

Él se ríe, bajo y complacido, como si el sonido mismo estuviera destinado a ponerme de los nervios—. Directa al grano. Siempre

eras así cuando tenías miedo.

—No tengo miedo —digo, y es una verdad a medias, lo cual es mejor que mentir.

—Huiste —responde—. Eso me dice suficiente.

—Me fui —corrijo—. No es la misma cosa.

—Para mí sí lo fue. —Sus ojos me recorren, lentos y posesivos, y lucho contra el impulso de dar un paso atrás—. Te has arreglado bien ahora. Ese trabajo de oficina te sienta bien. Te hace parecer respetable.

—Eso no es un cumplido —digo.

Él se encoge de hombros—. No he dicho que lo fuera.

Miro de reojo hacia la puerta, calculando la distancia, las salidas, el tiempo. Ya estoy planeando cómo marcharme sin que la situación escale, lo cual me irrita porque no debería tener que hacer estos cálculos.

—No deberías estar aquí —digo—. Lo sabes.

Se inclina más cerca—. Sabía dónde estarías.

—Eso no es impresionante —digo—. Es inquietante.

Su sonrisa se estrecha—. Siempre tenías una palabra para las cosas que te hacían sentir incómoda.

—Las aprendí después de dejarte —sentencio.

Eso provoca una reacción. Su mandíbula se tensa. Sus ojos se afilan —. No te fuiste. Desapareciste. Sin nota. Sin explicación. Simplemente te habías ido.

—Te dije que se había acabado —digo—. Simplemente no lo aceptaste.

Vuelve a reírse, pero ahora el sonido es tenso—. Nunca terminaste las cosas como es debido. Te gustaba dejar a la gente con la duda.

—Me fui porque me hacías daño. —Mantengo la voz nivelada porque elevarla le daría algo que él desea.

Se acerca más, lo suficiente como para que huela su colonia, y eso me revuelve el estómago—. Exageras.

No respondo. He aprendido que es mejor no debatir sobre mi propia memoria.

—Me debes una conversación —dice—. Un cierre.

—No te debo nada.

Él intenta cogerme de la muñeca.

Sucede lo suficientemente rápido como para que mi cerebro se quede rezagado. De repente sus dedos me envuelven, apretados, familiares y erróneos de una manera que hace que mi respiración flaquee.

—No me toques —digo.

—Baja la voz —espeta—. No querrás montar una escena.

Tiro hacia atrás, pero él aprieta el agarre. El pánico se dispara, agudo e inmediato, y odio lo rápido que mi cuerpo recuerda.

Entonces la voz de Ethan corta el aire.

—Quita tu mano de encima de ella.

El ambiente en la sala cambia.

Me giro y veo a Ethan a pocos pasos, con una postura relajada pero con los ojos clavados en el hombre que me sujeta. El alivio me golpea tan fuerte que me asusta, porque no le pedí que estuviera aquí, y ahora no sé cuánto va a costar esto.

El hombre se burla—. Esto no te incumbe.

Ethan ni siquiera lo mira—. Sí que me incumbe.

El agarre en mi muñeca se aprieta—. Está ocupada.

Ethan se acerca y le despega los dedos de encima uno a uno, de forma lenta y controlada, como si estuviera desmantelando algo que comprende demasiado bien. Siento que la presión abandona mi piel y me doy cuenta de que me tiembla la mano.

El deli se queda en silencio.

El hombre se encara, envalentonado y enfadado, como si esta fuera una actuación que conoce bien—. Aléjate. Esto es entre ella y yo.

Ethan se interpone entre nosotros sin tocarme, y esa pequeña elección importa más de lo que él cree.

—No —dice—. No lo es.

El hombre se lanza.

Es un caos durante medio segundo. Un empujón. Un golpe contra el mostrador. Alguien grita. Agarro el brazo de Ethan.

—Para —digo—. Por favor.

Él se detiene de inmediato.

Eso casi me desmorona.

El hombre retrocede, maldiciendo, señalando, prometiendo cosas a las que no escucho, y luego se va, engullido por el ruido y el movimiento como si nunca hubiera estado aquí.

Me duele la muñeca. Siento el pecho apretado. Todo parece demasiado expuesto.

Ethan se vuelve hacia mí. —¿Estás bien?

—No te pedí que hicieras eso —digo, y la voz me tiembla a pesar de mis esfuerzos.

—Te ha agarrado.

—Yo lo estaba controlando.

—Él no tiene derecho a tocarte.

—Tú no tienes derecho a decidir eso por mí —le espeto, porque el miedo no tiene otro lugar a donde ir.

El dueño nos empuja hacia fuera, y la ciudad vuelve a ponerse en marcha como si nada hubiera pasado. La gente pasa caminando a nuestro lado. El tráfico se mueve. Mis manos no dejan de temblar.

—¿Quién era? —pregunta Ethan.

—Alguien de quien pensé que había escapado —respondo.

—No me lo dijiste.

—No quería hacerlo —replico—. Porque esto es lo que pasa.

Me mira, y sé que cree que ha ayudado. Sé que me ha ayudado. Eso no significa que me sienta a salvo.

—Me has seguido —digo.

—Sí.

—Eso no está bien.

—Estaba preocupado.

Doy un paso atrás—. No puedes arreglar esto. No puedes enfrentarte a él. No puedes ahuyentarlo. Él no se asusta de la forma que tú crees.

Ethan abre la boca y luego la cierra.

—Tengo que irme —digo.

Me alejo antes de que mis piernas puedan protestar, antes de que asomen las lágrimas, antes de que vea lo mucho que esto me ha

alterado. No miro atrás, porque si lo hago podría derrumbarme sobre él, y no me fío de lo que eso significaría.

Mi móvil vibra de nuevo cuando doblo la esquina.

Desconocido: Siempre has necesitado que alguien más te salvara.

Sigo caminando.

Me voy del trabajo temprano sin anunciarlo, lo cual es impropio de mí y por lo tanto parece necesario. Envío un mensaje corto a RR. HH., pongo en copia a mi responsable, marco la tarde como baja por enfermedad y cierro el portátil antes de que nadie pueda responder con preguntas que no quiero contestar.

Mi teléfono empieza a vibrar en el momento en que salgo a la calle.

Ethan.

Dejo que suene.

No lo bloqueo. No silencio el teléfono. Simplemente no respondo, y hay una diferencia que me importa en este momento. Bloquearlo significaría pánico. Silenciarlo significaría evitación. Dejar que suene significa que estoy eligiendo no participar.

Camino en lugar de pedir un coche, lo cual es estúpido teniendo en cuenta cómo noto las piernas, pero el movimiento ayuda a evitar que el ruido en mi cabeza crezca demasiado. La ciudad es ruidosa y ordinaria e injustamente normal, y odio que el mundo no registre el hecho de que algo en mi interior ha cambiado.

Para cuando llego a mi edificio, siento el estómago tenso y revuelto, y mis manos no dejan de temblar. Torpemente busco las llaves y suelto un juramento entre dientes, luego consigo entrar y subir las escaleras sin ver a nadie que conozca.

En el segundo en que la puerta se cierra tras de mí, llegan las lágrimas.

Se me oprime el pecho, se me cierra la garganta y tengo que apoyar una mano en la encimera de la cocina mientras intento respirar. Cuento mis respiraciones como me enseñaron hace años, de forma lenta y deliberada, pero a mi cuerpo no le importa la técnica.

Llego al fregadero justo a tiempo.

Es violento y rápido y me deja temblando después, con la frente apoyada en la porcelana fría y el pelo cayéndome sobre la cara. Escupo, me enjuago la boca y miro mi reflejo como si pudiera ofrecerme una explicación.

Mis ojos parecen demasiado brillantes. Mi piel se ve pálida. Parezco alguien que ha estado huyendo sin darse cuenta.

Me enderezo lentamente y me dirijo al sofá, sentándome con los pies apoyados en el suelo y las manos presionadas contra las rodillas, como si el equilibrio pudiera volver si espero lo suficiente. Mi teléfono se ilumina de nuevo.

Ethan.

Dejo que suene.

Entonces llega un mensaje de texto.

Ethan: Por favor, responde. Solo quiero saber que estás bien.

Eso casi me convence.

Escribo —*Estoy en casa. Estoy bien.* — y lo borro. «Bien» no es cierto, y no voy a empezar a mentir ahora solo para que otra persona se sienta mejor. Dejo el teléfono boca abajo sobre la mesa del café y me concentro en mantener la respiración acompasada.

El pánico no se va.

Cambia, se agudiza, se convierte en algo más físico y menos abstracto, y es entonces cuando un pensamiento diferente se abre paso entre el ruido.

Todavía me duele el estómago.

No son náuseas exactamente, sino presión, un dolor profundo e inquietante que no tiene nada que ver con el miedo y todo tiene que ver con mi cuerpo haciendo algo que yo no he autorizado.

Me levanto y camino hacia el baño, luego me detengo a mitad de camino.

Mi calendario.

Lo abro en el teléfono, pasando por delante de reuniones y fechas límite y recordatorios con los que he aprendido a vivir, y entonces encuentro lo que busco. O lo que no busco.

Tengo un retraso.

No de un día. No por el vago margen por el que suelo convencerme para no preocuparme. El retraso es suficiente para que el pecho se me vuelva a oprimir, y esta vez no es pánico. Es reconocimiento.

He tenido faltas antes. Estrés. Viajes. Hormonas siendo molestas. Siempre he tenido una razón preparada, y siempre he tenido razón.

Esto se siente diferente.

Me siento en el borde de la cama y presiono las palmas de las manos contra el colchón, intentando pensar con claridad. El momento de aquello cruza mi mente, lo invite o no. Ethan. La intensidad. La forma en que mi cuerpo respondió sin vacilar. Todas las veces que usamos medidas preventivas antes y después, pero siempre hay un riesgo.

Trago saliva con dificultad.

—Vale —digo en voz alta, y mi voz suena más firme de lo que me siento—. Vale.

No entro en barrena. No me quedo ahí sentada imaginando resultados o consecuencias. Hago lo que siempre he hecho cuando las cosas se tuercen.

Actúo.

Cojo mi bolso, meto la cartera y las llaves dentro, y vuelvo a salir del apartamento sin molestarme en cambiarme de ropa. La farmacia de la esquina es luminosa y agresivamente tranquila, el tipo de lugar que finge que todo es manejable si compras el producto adecuado.

Camino directa al pasillo sin vacilar, lo que me indica que ya sé lo que estoy haciendo.

Las cajas se vuelven borrosas durante un segundo. Diferentes marcas. Diferentes promesas. Detección temprana. Digital. No digital. Rayas rosas. Palabras. Cojo una al azar, luego me detengo y la devuelvo, y después cojo otra diferente que parece más sencilla, más directa.

No necesito florituras. Necesito una respuesta.

En la caja, evito los ojos de la cajera por costumbre, aunque ella no podría saber lo que esto significa para mí. La bolsa me parece demasiado ligera en la mano al salir.

El camino a casa es peor.

Cada sensación parece más fuerte. El ruido de la calle me chirría. El olor a comida de un restaurante cercano hace que se me vuelva a revolver el estómago. Mantengo el paso firme y la cabeza baja, recordándome que aún no sé nada, y saber es lo único que importa ahora mismo.

Mi teléfono vuelve a vibrar.

Ethan.

Luego un mensaje.

Ethan: No pretendo agobiarte. Solo necesito saber que estás a salvo.

No respondo, aunque se me rompe el corazón por él y por nosotros. Si lo que sospecho es cierto, tengo que irme antes de que mi ex pueda alcanzarnos.

Abro la puerta, entro y la cierro con llave con cuidado. El apartamento está en silencio. Dejo la bolsa de la farmacia en la encimera y me quedo mirándola como si pudiera cambiar de forma si espero lo suficiente.

Me tiemblan las manos al sacar la caja.

Aún no la abro.

Me apoyo en la encimera, cierro los ojos y dejo que el peso del momento se me asiente en los huesos. Pase lo que pase a continuación, las cosas van a cambiar. Lo sé con una certeza que no tiene nada que ver con el miedo.

Finalmente, abro los ojos, cojo la caja y camino hacia el baño. Me siento en la tapa del inodoro y leo las instrucciones dos veces, luego una tercera más despacio, no por confusión sino por la necesidad de mantenerme anclada a algo procedimental. Paso uno. Paso dos. El tiempo importa. El tiempo de espera para el resultado importa. Todo lo demás puede esperar.

La luz del baño me parece demasiado brillante, así que la bajo y dejo la puerta entornada. No quiero sentirme encerrada. No quiero sentir que me estoy escondiendo, aunque eso sea exactamente lo que estoy haciendo.

Saco la prueba del envoltorio y la pongo en la encimera, alineándola paralela al borde como si el orden pudiera calmarme. Mi teléfono vibra de nuevo en la otra habitación. Lo ignoro sin mirar la pantalla.

Sigo los pasos. Me lavo las manos primero, lo cual no es obligatorio pero me parece lo correcto. Respiro por la nariz y me concentro en la mecánica de la acción, como hago siempre cuando las emociones empiezan a subir más rápido de lo que mi cerebro puede procesar.

Cuando termino, tapo la prueba y la pongo boca abajo en la encimera, tal como dicen las instrucciones. Pongo un temporizador en mi teléfono para tres minutos, luego me arrepiento de inmediato

y vuelvo a poner el teléfono boca abajo para no ver cómo pasan los segundos.

Tres minutos no son nada.

Tres minutos lo son todo.

Me acomodo en el borde de la bañera y presiono las palmas de las manos contra la porcelana, buscando apoyo en el frío. Mi pie da un toque al suelo y luego se detiene cuando me doy cuenta de que lo está haciendo. No camino de un lado a otro. No lloro. No entro en una espiral de posibles resultados.

Pienso en cosas prácticas en su lugar.

Tiempos. Cálculos en el calendario. El ticket de la farmacia todavía en mi bolsillo. El hecho de que he vomitado antes y lo he achacado al estrés. La forma en que mi cuerpo se ha sentido ligeramente extraño durante días, no enferma, simplemente poco familiar.

El estómago se me vuelve a revolver y trago saliva con dificultad.

Me digo que estoy siendo dramática. Me digo que ya me he equivocado antes. Me digo que esto es solo un dato, no un veredicto.

El temporizador suena.

El sonido es demasiado fuerte en el espacio pequeño. Cojo el teléfono y lo apago de inmediato, luego me quedo allí sentada un instante más de lo necesario, mirando la encimera como si pudiera reordenarse si le doy tiempo.

Me levanto lentamente.

Cojo la prueba.

Le doy la vuelta.

Durante una fracción de segundo, mi cerebro se niega a procesar lo que estoy viendo. Solo son formas. Color. Líneas que no significan

nada hasta que lo significan.

Entonces hace clic.

Positivo.

Se me escapa el aire de golpe, y tengo que agarrarme a la encimera para mantenerme en pie. La habitación no da vueltas, pero algo dentro de mí sí, un cambio silencioso e interno que lo reordena todo sin preguntar.

Miro el resultado más tiempo del necesario, como si pudiera cambiar si lo miro con suficiente intensidad. No lo hace. Se queda exactamente igual.

Positivo.

Me vuelvo a sentar en la tapa del inodoro y me quedo allí con la prueba en la mano, con el pulgar apretado contra la carcasa de plástico como si fuera lo único sólido que queda en la habitación. Mis pensamientos se dispersan, se reagrupan y vuelven a dispersarse.

Ethan cruza mi mente sin previo aviso. Sus manos. Su voz. La intensidad que desprende como si fuera su naturaleza. La forma en que me mira cuando cree que lo estoy eligiendo a él.

Cierro los ojos con fuerza.

Esto lo cambia todo.

No en un sentido vago de futuro. No de forma teórica. Cambia el día de hoy. Cambia el de mañana. Cambia las reglas bajo las que creía estar operando.

Mi teléfono vibra de nuevo, más cerca esta vez. Sé sin mirar que es él.

No me muevo.

Me quedo sentada allí, en el silencio del baño, con la prueba todavía en la mano, el corazón latiendo demasiado rápido y demasiado lento

a la vez, y comprendo con repentina claridad que pase lo que pase a continuación, me va a obligar a tomar decisiones para las que no estoy preparada.

Abro los ojos y vuelvo a mirar la prueba.

Sigue siendo positiva.

16

LILA

La prueba sigue siendo positiva por mucho que me la quede mirando.

Dos líneas. Sin confusión. Sin margen de error. Es simplemente mi vida decidiendo añadir una carpeta nueva con la etiqueta «urgente».

Usamos protección. Preservativos, de los buenos, de la misma forma en que Ethan mantiene todo lo demás: organizado y bajo control. No hay un momento de torpeza al que culpar, ni una historia bonita que contar, ningún «fuimos imprudentes», a menos que consideres que acostarte con tu jefe es una imprudencia, algo que yo sí hago, sobre el papel y escrito con rotulador permanente.

Así que esto es un accidente. De los que ocurren de todos modos. No lo estoy celebrando, pero tampoco voy a fingir que no es real. Es el tipo de accidente al que no le importa que yo no esté lista, o que todavía esté intentando averiguar si Ethan me quiere como persona o como una experiencia.

Me siento sobre la tapa cerrada del váter con el palito en la mano y siento que mi cerebro intenta hacer cálculos para los que no tiene números. Cronología. Probabilidades. Consecuencias. La parte de mí

a la que le gusta el control empieza a hacer listas; después, la parte de mí que tiene más juicio manda la lista a paseo.

Mi primer impulso es Ethan.

Díselo, pienso, porque es la única persona en mi órbita capaz de lidiar con un problema sin entrar en pánico, y necesito eso ahora mismo. Se quedará quieto, con los ojos fijos en ese modo de concentración tan suyo, y luego me hará preguntas seguidas, con calma y exactitud. ¿Estás bien? ¿Te has hecho una segunda prueba? ¿Quién lo sabe? ¿Qué quieres hacer? Me dejará espacio para responder y no fingirá que el mundo es un lugar sencillo.

Pero también tiene la costumbre de decidir que puede solucionar las cosas, y mi vida está actualmente llena de hombres que me tratan como si fuera un proyecto.

Cojo el móvil, luego lo vuelvo a dejar, y lo vuelvo a coger otra vez, porque mis manos no saben por qué opción decidirse. Abro el hilo de mensajes de Ethan y me quedo con el dedo sobre el teclado.

Estoy embarazada.

No lo escribo. Mi pulgar revolotea, mi otra mano se presiona contra el muslo y suelto el aire con fuerza por la nariz.

Sigo estando sola en esto, me recuerdo. Aún tengo derecho a reflexionar antes de invitar a alguien más a participar.

El teléfono vibra en mi mano y la pantalla se ilumina con un número que no reconozco.

Suena otra vez antes de que pueda decidir si ignorarlo. Persistente. Atrevido. Exactamente el tipo de atención que estoy intentando evitar.

Respondo de todos modos, porque estoy cansada de vivir como si mi móvil fuera una trampa.

—Diga.

Un instante de silencio, y luego la risa de una mujer, ligera y molesta.

—Lila —dice ella, como si fuéramos íntimas.

Mis hombros se tensan y suben hasta casi tocarme las orejas—. Sabrina.

—Vaya —dice ella, complacida—. Así que te acuerdas de mí.

—Me acuerdo de ti —respondo, y mantengo mi voz plana mientras los dedos de mis pies se encogen contra la alfombrilla del baño. ¿Cómo has conseguido mi número?

—¿Acaso importa? —dice ella.

Entorno los ojos mirando a la pared—. Sí.

Ella ignora mi respuesta, porque el mayor talento de Sabrina es oír solo lo que le beneficia—. He estado pensando en ti —dice, y puedo notar la sonrisa en su voz—. En la forma en que lo mirabas.

—Estoy ocupada con algo —le digo.

—Claro que lo estás —responde ella, sin desanimarse—. Eso es lo que las chicas como tú siempre decís, justo antes de cometer un error.

Mis dedos se aprietan alrededor del teléfono—. Di lo que tengas que decir.

Ella lo alarga de todos modos. La oigo moverse, quizá cruzando las piernas, quizá inclinando la cabeza de esa forma en que lo hacen las mujeres cuando quieren parecer inofensivas mientras afilan una cuchilla.

—¿Conoces a Ethan? —pregunta.

—Sí —respondo—. Sé que odia que lo interrumpan durante la cena y que no le gustan las mujeres que insultan a la gente en su mesa.

Ella suelta un pequeño bufido—. Conoces lo que él te deja ver.

—Vale —digo, y mi rodilla da un respingo—. Si se trata de que lo quieres para ti, llegas tarde.

—No es eso —dice rápidamente. Por medio segundo, su voz baja a un tono más serio, y luego vuelve a su actuación—. Te estoy haciendo un favor.

Pongo los ojos en blanco con tanta fuerza que casi cuenta como ejercicio cardiovascular—. Genial. Me encantan los favores. Nunca son manipuladores.

Ella inspira—. Ethan y Victoria no se limitaron a romper —dice—. Él era maltratador.

Mi rostro permanece impasible. No le doy la satisfacción de un jadeo, pero mi estómago da un vuelco lento y desagradable. Sé de la ex de Ethan vagamente por los cotilleos de la empresa, pero nunca se me ocurrió indagar en la anatomía de su relación con ella.

—Eso no es verdad —digo, porque no lo es, porque él me ha tocado con una delicadeza que requería autocontrol y ni una sola vez ha actuado como si mi cuerpo fuera de su propiedad.

—¿No lo es? —pregunta ella con voz aguda—. ¿Estás segura?

—Sí.

—Eres adorable —murmura ella—. Ella también pensaba que estaba segura.

Me presiono las yemas de los dedos contra la frente, justo encima de las cejas, y luego suelto—. Estás mintiendo.

—¿Ah, sí? —dice ella—. ¿O es que simplemente eres nueva?

Mantengo mi tono ligero a propósito—. Si tienes pruebas, envíamelas. Si no las tienes, deja de llamarme.

—Las pruebas no funcionan como tú crees —dice, y noto que recupera su satisfacción—. Estás buscando un titular. No lo conseguirás. A la firma no le gustan los líos.

Trago saliva y luego hago la pregunta que importa—. ¿Por qué me cuentas esto?

—Porque no eres especial —espeta ella, y ahora la agresividad de su voz es real—. Porque él hace esto: se obsesiona, se vuelve posesivo y, cuando la cosa estalla, eres tú la que paga el pato.

Se me seca la boca. Vuelvo a imaginar su nota, esa afirmación casual, esa confianza.

Eres mía. Nadie más puede tenerte.

Obligo a mis hombros a relajarse, como si pudieran calmarse por puro mandato—. Estás resentida —le digo—. Te echaron de un restaurante. Quieres venganza.

Ella se ríe, corto y seco—. Quiero que vivas.

—Entonces deja de hablar con acertijos —le digo, y mis dedos tamborilean contra el teléfono antes de que los detenga—. Suéltalo todo.

Hay una pausa. Luego, más despacio—. Investígalo —dice—. No el relleno corporativo. Los informes antiguos. El escándalo. Encontrarás suficiente para hacértelo pensar dos veces.

Cuelga.

El silencio posterior me parece ruidoso, como si mi apartamento estuviera conteniendo el aliento.

Dejo el móvil junto al lavabo y vuelvo a mirar la prueba de embarazo, porque mi cerebro necesita mirar algo sencillo. Dos líneas. Datos. Realidad.

Luego cojo el teléfono y abro el navegador.

Odio que haya conseguido lo que quería. Odio que la curiosidad siempre lleve una bata de laboratorio en mi mente, como si fuera investigación y no miedo.

Ethan Cross escándalo.

La barra de búsqueda se completa automáticamente antes de que termine de escribir. Se me eriza la piel.

Hago clic.

Hay artículos, antiguos, de antes de que yo trabajara en Cross Enterprises. Recuerdo susurros cuando entré, de esos que la gente dice en las cocinas y los ascensores, de esos que nunca aparecen en el proceso de acogida. Algo sobre una brecha. Algo sobre fraude. Algo sobre el mejor amigo de Ethan y Victoria Lane.

Abro una noticia, luego otra. Los nombres se repiten. Las fechas se repiten. Las frases se repiten. «Investigación interna». «Conflictos de intereses». «Acuerdo no revelado». «Sin admisión de culpabilidad». Se lee como el lenguaje de los ricos para decir «hemos pagado un montón de dinero para que te calles».

La aventura de Victoria aparece por todas partes, vestida de tragedia o de cotilleo según el medio. Fotos. Pies de foto. Especulaciones sobre la cronología. La cara de Ethan en traje, con la expresión vacía, como si ya hubiera decidido sobrevivir al circo.

Entonces encuentro las partes que Sabrina quería que viera.

Una entrada de blog con los comentarios desactivados, pero con capturas de pantalla flotando en algún foro. Cuentas anónimas llamándolo narcisista maltratador. Gente diciendo que Victoria merecía algo mejor, como si engañar fuera una medalla que ganas tras sufrir lo suficiente. Un hilo con desconocidos insistiendo en que «oyeron cosas» y otros desconocidos asintiendo como si eso fuera una prueba.

Sigo bajando de todos modos.

Mi pulso empieza a subir, no rápido, sino constante, como si mi cuerpo estuviera girando un dial.

Abro otra pestaña. Busco una frase diferente. Añado «Victoria Lane» y «maltrato». Añado «Cross Enterprises» e «incidente». Mis manos se mueven en piloto automático.

Un artículo menciona un rumor de «disputa doméstica» que «no pudo ser corroborado». Sin informe policial vinculado. Sin cargos listados. Solo un párrafo que existe porque generó clics.

Me queda un sabor metálico en la boca.

Este es el problema de internet. Coge un susurro, le añade una multitud y luego lo llama verdad.

También es el problema de mi cerebro, porque ahora no puedo borrar esas palabras de mi mente.

Maltratador. Narcisista. Controlador. Posesivo.

Vuelvo a pensar en el delicatessen. La mano de Ethan sobre los dedos de aquel hombre, apartándolos de los míos uno a uno, cuidadoso y brutal al mismo tiempo. Pienso en la forma en que me siguió, y en la forma en que lo admitió sin disculparse. Pienso en cómo me mira cuando está decidiendo algo.

Pienso en cuánto me gusta que lo haga. Luego pienso en mi ex golpeándome en el estómago. Empujándome por las escaleras. Un nuevo moratón por cada nuevo estado de ánimo y una pequeña joya después, como si los diamantes pudieran compensar el dolor.

Me da un calambre en el estómago y me presiono la palma de la mano contra él; luego la retiro y vuelvo a presionar, porque no sé qué aspecto tiene el consuelo cuando está ocurriendo dentro de mí.

Intento serenarme de la forma aburrida.

Ethan pidió consentimiento. Me preguntaba cómo estaba. Paraba cuando se lo pedía. Me daba de comer. Me abrazaba. Me escuchaba

cuando pedía espacio. No me castigaba por ello.

Eso es real.

Internet es ruido.

Sabrina es despecho con vestido.

Aun así, mis pensamientos siguen volando, ahora van rápido y no dejan de dar vueltas alrededor de una pregunta que odio.

¿Y si me equivoco?

El móvil vibra.

Número desconocido.

No lo abro. Dejo el teléfono boca abajo, luego le doy la vuelta, luego lo vuelvo a dejar boca abajo, porque mis manos siguen sin saber qué hacer.

Suena el timbre.

Mis pulmones se congelan a mitad de una inspiración.

Nadie toca a mi timbre. La gente envía mensajes. La gente llama. Los repartidores dejan las cosas abajo. Camino hacia la puerta con el móvil apretado en el puño y la otra mano deslizándose bajo mi camiseta para presionar dos dedos contra mi propia piel, justo por encima de la cintura, como un recordatorio de que estoy aquí.

Miro por la mirilla.

Un repartidor con una caja de pizza y la paciencia de mirada muerta de un hombre que ha visto todas las versiones del absurdo humano.

Abro la puerta un poco—. ¿Desea algo?

—Entrega —dice él, echando un vistazo a su pantalla—. Lila Bennett.

—Yo no he pedido ninguna pizza.

Él se encoge de hombros con una indiferencia practicada—. Ya está pagada. Sin contacto. Solo la dejo.

Se me cierra la garganta—. Quién la ha enviado.

Él mira por encima de mí hacia el interior de mi apartamento, ya aburrido—. Ni idea. Que pase buena noche.

Me tiende la caja.

La cojo porque dejarla en el pasillo me parece peor, y mis dedos notan el calor a través del cartón. Cierro la puerta, echo la llave y apoyo la frente contra ella un segundo, con los ojos cerrados.

Cuando me doy la vuelta, veo el sobre encima de la caja.

Papel blanco. Rotulador negro. Mi nombre, y luego un mensaje.

Te veo.

La habitación se inclina al unísono con mi sensación de seguridad, y esta se hunde a través del suelo como si nunca me hubiera pertenecido.

El móvil vibra de nuevo y mi piel se eriza ante la idea de mirar, así que no lo hago. Me quedo mirando la nota hasta que me escuecen los ojos.

Esto no es una broma.

Esto no es una coincidencia extraña.

Es él.

Mi ex.

Mi demonio, mi problema, el hombre al que le gustaba el miedo porque me mantenía callada.

Y ahora estoy embarazada.

Empiezan a temblarme las manos. No es un temblor ligero. Es un temblor real, que sube por mis muñecas hasta los codos, y no para.

Me agarro a la encimera y luego me obligo a moverme.

Hago captura de pantalla de todo. Los mensajes. El número. La caja de pizza. La nota. Hago fotos como si estuviera preparando un expediente judicial porque no sé qué más preparar.

Luego me quedo de pie en mi cocina y vuelvo a mirar la prueba de embarazo, que sigue ahí, a la vista.

Pienso en Ethan, y pienso en la máquina de rumores, y pienso en un hombre que envía una pizza para recordarme que puede localizarme cuando quiera.

No puedo quedarme aquí en medio.

No puedo ser la cuerda en un juego de tirar de ella entre hombres poderosos y monstruos mezquinos.

Y no puedo dejar que mi bebé nazca en una vida en la que siempre estoy esperando a ver quién llama al timbre.

Así que hago lo único que me ha mantenido con vida hasta ahora.

Huyo.

Abro mi portátil y escribo *Vuelos* con unas manos que no dejan de temblar hasta que las presiono con fuerza contra el teclado y las obligo a comportarse.

Solo ida. La salida más temprana. Cualquier aerolínea. Cualquier puerta.

Elijo un aeropuerto con demasiadas terminales y demasiada gente. Elijo una ciudad a la que no tengo motivos para ir, porque la previsibilidad es un regalo que no le voy a conceder.

El precio es doloroso. Lo compro de todos modos.

Número de confirmación. Hora de embarque.

Mi respiración se vuelve superficial, así que me siento en el borde del sofá e inspiro lentamente hasta que mis pulmones recuerdan cómo funcionar.

Luego hago la maleta rápido.

Vaqueros. Sudaderas. Zapatillas. Cargador. Pasaporte. Efectivo. Mi portátil del trabajo porque dejarlo parece como dejar un rastro, pero llevármelo significa que aún puedo trabajar, y trabajar significa que aún puedo pagar el alquiler en otro sitio.

Cojo la prueba positiva y la meto en un neceser porque no soporto separarme de ella. Mientras me lavo, el móvil se ilumina con el nombre de Ethan y mi pecho siente ese apretón cálido y estúpido que me dan ganas de llorar, lo cual también es injusto.

No respondo. Si le digo que estoy embarazada, vendrá a buscarme, y lo hará con buena intención, y convertirá esto en una pelea que pueda ganar, y el tipo de hombre que envía un «Te veo» no pierde las peleas discretamente.

Escribo un mensaje de todos modos, con el pulgar suspendido sobre el botón de envío.

Estoy bien. Necesito espacio. Por favor, no vengas a mi apartamento.

Añado la verdad, luego la borro, luego la vuelvo a añadir, y la borro otra vez, porque no puedo decidir si decírselo es protección o gasolina.

El timbre no vuelve a sonar, pero no me relajo. Me muevo por mi apartamento como si me estuvieran vigilando, con las luces encendidas, las cortinas aún echadas y las llaves apretadas en mi puño como si fueran un arma, mientras gestiono que vengan unos transportistas a empaquetar y llevar todo lo que se queda atrás a un guardamuebles.

Cuando llega mi coche de transporte compartido, me cuelgo la bolsa al hombro, cierro la puerta con llave, luego vuelvo a cerrar y bajo por las escaleras porque me niego a quedarme atrapada en un ascensor ahora mismo.

Fuera, paso desapercibida. La gente pasea a sus perros. Nadie me mira como si mi mundo acabara de cambiar.

Me deslizo en el asiento trasero y bloqueo la puerta con el pulgar.

—Al aeropuerto —le digo al conductor, y mi voz suena normal, lo que me da ganas de reír.

Mi móvil vuelve a vibrar. Número desconocido.

No miro.

En su lugar, saco mi tarjeta de embarque y dejo que el brillo de la pantalla serene mis ojos.

Me voy sin decírselo a Ethan.

Me voy sin saber si Sabrina miente.

Me voy porque de lo único que puedo estar segura es de esto:

Alguien me está cazando, y he terminado de ofrecer mi vida como mapa.

El coche se incorpora al tráfico y mi edificio desaparece por la ventanilla trasera.

Me presiono la palma de la mano contra el estómago y esta vez la mantengo ahí, porque necesito un momento de honestidad en medio de todo este movimiento. —Está bien —susurro, no para el pequeño rumor que hay en mi vientre, ni para el universo, sino solo para mí—. Nos vamos.

17

ETHAN

Esta noche la oficina está en silencio y soy el único idiota que sigue aquí, mirando el móvil como si me debiera una disculpa. El hilo de Lila está lleno de borradores sin enviar.

Siento haberte seguido. Quería que estuvieras a salvo. No volverá a ocurrir.

Lo borro.

No voy a presionarte. Una palabra, Lila, solo para saber que estás bien.

Borro eso también porque suena a una exigencia disfrazada de preocupación, y ella ya ha tenido bastante con hombres que usan la ternura como una palanca.

Dejo el móvil boca abajo y froto el pulgar por el borde de mi escritorio hasta que la madera se calienta bajo mi piel.

El control no es solo para los demás. Es para mí, especialmente cuando quiero hacer aquello que me hace sentir bien pero que lo empeora todo.

Hago una cosa más antes de irme de la oficina, y no es noble, pero es comedido.

Abro el viejo archivo con mi nombre y el de Victoria, ese que Internet todavía trata como un pasatiempo. Hace años, la ciudad recibió una historia: el CEO es un maltratador, la novia huye, la empresa lo entierra. La verdad fue más fea y más pequeña. Victoria me engañó, me enteré, saltamos por los aires y los abogados convirtieron nuestro desastre en un producto. Nunca le puse la mano encima, pero perdí los estribos de formas de las que no me siento orgulloso, y pagué para que cesara el ruido.

Si Lila me buscó, encontró titulares, comentarios y desconocidos llamándolo «la prueba». No puedo despublicar eso, y no puedo convencerla de que deje de protegerse.

Cuelgo y me voy a casa, pero el ático no ayuda. Está limpio, controlado y vacío, y todavía puedo oír su voz cuando me espetó algo fuera de la charcutería.

Eso no está bien.

Así que hago lo único que permite que mi cerebro se asiente. Busco información que Lila ya ha dejado en el mundo.

Sus perfiles sociales son cautelosos. Sin etiquetas de ubicación. Sin selfis en la oficina. Sin lista de amigos abierta. El tipo de moderación que aprendes después de que alguien demuestre que usará tu vida como un mapa.

Bajo por su muro de todos modos, lentamente, y encuentro un viejo hilo de comentarios bajo una foto de hace años. Un nombre aparece más de una vez: Gavin Hale, y es el tipo de la charcutería. Su perfil aparece rápido, público y ruidoso. Fotos en el gimnasio, fotos de coches, pies de foto sobre el esfuerzo y la lealtad, la actuación habitual. Sigo bajando hasta que encuentro su etiqueta de trabajo.

Lane Strategies. Así que el hombre no es solo un canalla. También trabaja en la firma de Victoria.

Me desplomo en el asiento y me paso la mano por el cuero cabelludo, separando los dedos como si pudiera mantener mis pensamientos en su sitio.

Hago clic en la página de Lane y saco las fotos del equipo, y allí está él, inclinándose con el brazo apoyado en el respaldo de una silla. Victoria está en la primera fila, sonriendo a la cámara. Sabrina Hayes está a un lado, ladeada hacia Victoria de la forma en que la gente se ladea hacia el dinero.

Siento que se me revuelve el estómago, con una sensación constante y desagradable.

Esto no es coincidencia. Es presión, concentrada y cercana.

Sabrina interrumpió mi cita y fue expulsada. Gavin aparece cerca de la oficina de Lila. Victoria tiene una historia conmigo sobre la que la ciudad nunca se cansa de cotillear. Estuvo el lío del fraude hace años, la investigación interna, el trabajo de sistemas de Dan, el nombre de Victoria y el mío. Yo no fui el villano de aquella historia, pero no hace falta ser culpable para que te pinten como tal.

Hago una captura de pantalla, luego me detengo y bloqueo el móvil, porque recopilar pruebas sin su consentimiento me sitúa en la misma categoría que los hombres de los que ella sigue huyendo.

Llamo a mi detective privado, Adam, en su lugar.

—Comprueba algo por mí —le digo.

Responde al instante, listo para cualquier encargo que tenga para él. —Tú dirás.

—¿Puedes averiguar si Victoria tiene a un tal Gavin Hale trabajando para ella?

Una pausa. Luego se oye el teclado de Adam de fondo, rápido. —Dame un minuto.

Espero, mirando las luces, y odio que el nombre de Lane esté de vuelta cerca de mi vida.

Adam vuelve a la línea. —Es real. Contratado hace seis meses. Atención al cliente. No es un temporal.

—¿Qué tan cerca está Sabrina? —pregunto.

—Ajá —responde—. Alianzas estratégicas. Está muy cerca de Victoria.

Exhalo por la nariz y mi mano se desliza hacia mi cuello, el pulgar presionando el nudo que ni siquiera está ahí.

—¿Te preocupa ella? —pregunta—. ¿Necesitas que haga algo?

Chasqueo la lengua contra los dientes—. Aún no estoy muy seguro.

—Dime que no vas a ir de caza —dice.

—No lo haré —respondo, y luego añado—: a menos que Lila lo pida.

La voz de Adam se suaviza un poco—. ¿Lila Bennett?

Suspiro—. Sí, la misma.

Suelta un silbido bajo—. Vaya. No sabía...

—¿Vas a montar un número por esto?

Puedo oírlo negar con la cabeza. —Qué va, amigo. Pero ten cuidado.

Al día siguiente, intento respetarla.

No le escribo, ni la llamo, ni paso por delante de su mesa fingiendo indiferencia. Hago mis reuniones, firmo lo que hay que firmar y mantengo mis manos ocupadas para que mi cabeza no empiece a inventar los peores escenarios.

A las diez, ya sé que no va a venir.

Su mesa está vacía. No hay mensaje. No hay nota de baja por enfermedad. Nada.

Voy a RR. HH.

Marta levanta la vista y sus dedos presionan el brazo de su silla, solo un pequeño ajuste que me indica que ya sabe que esto no va a ser agradable.

—¿Señor? —dice.

—¿Dónde está Lila Bennett? —pregunto.

—Ha dimitido —responde Marta con vivacidad.

La palabra no termina de encajar—. No.

—Sí. —Sus ojos se agrandan mientras desliza una carpeta por su escritorio.

La abro y encuentro una carta concisa y educada. Emergencia personal grave. Crisis médica familiar inmediata. Traslado necesario. Solicitud de exención de preaviso. Compromiso de devolver la propiedad de la empresa por mensajería. Firmado.

Se lee con su voz, que es formal sin ser dramática.

Marta dice: —Hemos recibido la copia física por mensajero esta mañana, y un correo electrónico desde su cuenta corporativa anoche.

—Confirma el remitente —suelto, aunque me cuesta hilvanar las palabras.

Marta aprieta los labios, pero teclea—. Los registros de la puerta de enlace muestran que se envió a través del ISP de su apartamento, el mismo que su acceso normal.

Ese detalle debería calmarme. No lo hace.

—No habló con su responsable —digo.

—No —responde Marta.

—¿Alguna entrevista de salida? —pregunto.

—La rechazó alegando una emergencia.

Se me aprieta la garganta—. Y lo habéis aprobado.

Marta me lanza una mirada—. No retenemos a los empleados como rehenes, Ethan. No por periodos de preaviso.

Tiene razón, y ese hecho me enfurece más.

Le devuelvo la carpeta. —Envíame la carta.

Marta arquea las cejas.

—No es por cotilleo —digo—. Manejaba información sensible. Si se ha ido bajo coacción, necesito saberlo.

Marta me sostiene la mirada, luego asiente una vez—. Te la enviaré.

Hago una convocatoria inmediata, y el hombre que necesito aparece en mi oficina en treinta minutos. Harrison, con su postura tan recta como siempre y su rostro piadosamente inexpresivo. No pregunta qué ha pasado. Lo ve en mis manos.

—Harrison —digo—. ¿Sabes que Lila Bennett ha dimitido?

Él asiente una vez. —¿Quieres que inicie una comprobación de bienestar?

—No —respondo demasiado rápido. Luego me obligo a ir más despacio—. No a menos que tengamos pruebas directas de que está en peligro.

Harrison me observa un instante—. Crees que lo está.

—Creo que está huyendo —digo—. No sé de qué.

Ladea la cabeza. —Podemos mantenerlo acotado. Sin seguimientos. Sin persecuciones. Solo una alerta sobre intentos de contacto externos.

—En los canales de la empresa —digo.

—Sí —responde Harrison—. Si alguien intenta acceder a sus cuentas, si hay un intento de credenciales, si hay una suplantación.

Exhalo. Ese es el tipo de ayuda con la que puedo vivir—. Hazlo —digo—. Con discreción.

Los dedos de Harrison se mueven por la pantalla. —Y Lane Strategies —añade.

Mi mirada se dispara hacia él. Ya conoce el nombre porque Harrison tampoco pasa por alto los patrones.

—Ponlos en una lista de vigilancia por intentos de phishing e ingeniería social —digo—. Nada más allá de eso.

—Sí, señor —responde, y se marcha sin decir otra palabra.

Salgo de RR. HH. y llamo a Lila de todos modos.

No hay respuesta.

Llamo de nuevo. Buzón de voz.

No dejo ninguno.

Le escribo un mensaje.

Yo: En RR. HH. dicen que has dimitido. Una palabra para saber que estás bien.

Miro la pantalla esperando los tres puntos. Nada.

Así que hago lo que ella odiará y lo que yo no puedo evitar, y voy a su edificio.

El vestíbulo es pequeño y deslucido, y huele a producto de limpieza. Mantengo una postura neutral y las manos a la vista, y no hago alarde de dinero ni de autoridad porque no se trata de eso. Subo en el ascensor y llamo una vez.

No hay respuesta, así que vuelvo a llamar. Sigue sin haber nada. Doy un paso atrás, dejo espacio a la puerta y me quedo mirando la

mirilla porque es más fácil que pensar en lo que viene ahora.

Se abre una puerta al otro lado del pasillo. Una mujer mayor sale, envuelta en una bufanda, con ojos penetrantes. Me mira como los neoyorquinos miran todo, como si pudiera ser una estafa.

—Buscas a Lila —dice.

—Sí.

—Se ha mudado —responde la mujer.

Mis dedos se cierran alrededor de mi móvil—. ¿La vio irse?

La mujer asiente. —Ayer. Salió con una maleta y se subió a un coche. Aunque a primera hora de esta mañana vinieron unos hombres, empaquetaron y se llevaron cajas.

—¿Sola? —pregunto.

—Sola —confirma—. No parecía borracha. Tampoco parecía feliz.

—¿Dijo algo? —pregunto.

La mujer aprieta los labios—. No le debe ninguna explicación al pasillo.

Tiene razón otra vez.

Asiento—. Gracias.

Me alejo antes de que mi cara haga algo que no pueda controlar.

En el coche, se me oprime el pecho hasta que respirar se convierte en un esfuerzo. Mantengo las manos en el volante y miro fijamente a la calle como si pudiera obligarla a darme una respuesta.

Adam, mi detective, llama. —¿Qué ha pasado?

—Se ha ido —digo.

Silencio. Luego: —Vale —responde, con voz baja—. Podemos encontrarla.

Podemos.

Sé exactamente cómo. Cámaras, registros, cuentas, aerolíneas, suscripciones. Mil anzuelos silenciosos que la gente nunca nota hasta que alguien los usa.

Y vuelvo a oír a Lila, tajante y furiosa, diciéndome que no me corresponde decidir por ella.

Así que hago lo que debería haber hecho en la charcutería. Me detengo.

—Consígueme una pista —le digo a Adam—. Una. Luego lo dejamos.

Adam duda, luego dice: —De acuerdo.

Una hora después vuelve a llamar.

—Aeropuerto —dice—. Ayer. Billete de ida. A su nombre.

—¿Adónde? —pregunto.

—A la zona de la Bahía —responde.

Aprieto el agarre—. ¿Algo más?

—Recibo de transporte compartido al aeropuerto —añade Adam—. De su correo electrónico.

Cierro los ojos y aprieto la lengua contra los dientes, manteniéndome en mi sitio. Quiero subirme a un avión ahora mismo, pero también sé que perseguir a una mujer que huyó porque se sentía atrapada es la forma de demostrar que tenía razón.

—¿Algo más? —pregunto.

La voz de Adam baja de tono—. Te puso como contacto de emergencia en un portal médico hace dos semanas.

Se me vuelve a revolver el estómago—. ¿Por qué?

—No lo sé —dice—. Quizá por el papeleo. Quizá no tenía a nadie más.

Me quedo ahí con eso, porque es un tipo de intimidad. No es sexo. No es una cama. Una casilla en un formulario que dice: si me pasa algo, llamadlo a él. Le envío un mensaje a Lila y lo hago de forma clara.

Yo: Sé que te has ido. No te seguiré. Si quieres ayuda, aquí estoy.

Entonces me detengo.

No vuelvo a llamar y no voy al aeropuerto. Dejo que el silencio permanezca porque el consentimiento tiene que importar incluso cuando duele.

Intento evitar que mis manos busquen alcanzarla agotando mi cuerpo en su lugar.

Voy al gimnasio a medianoche y golpeo el saco de boxeo hasta que me duelen las muñecas, luego me siento en el banco y me pongo vendas nuevas con tirones lentos y cuidadosos. No intento castigarme. Intento evitar que el impulso de perseguirla se convierta en acción. Adam se reúne conmigo una vez, me mira los nudillos y dice: —Te vas a romper las manos.

—Puedo permitirme manos nuevas —le digo.

—No puedes permitirte un nuevo juicio crítico —responde, y tiene razón.

Le pregunto, una vez: —Si fueras ella, ¿confiarías en mí?

Adam se limpia el sudor del cuello con la toalla. —Confiaría en tu intención —dice—. No confiaría en tus métodos.

Esa respuesta se queda en mi pecho durante días.

El tiempo pasa lento. El trabajo sigue. La empresa sigue respirando. Mantengo el rostro imperturbable en las reuniones y duermo en tramos de cuatro horas.

Pasan tres meses.

Una tarde de martes, un número que no reconozco parpadea en mi pantalla, y respondo porque siempre respondo.

—Habla el Dr. Patel, del hospital Saint Mercy —dice un hombre—. ¿Hablo con Ethan Cross?

—Sí.

—Aparece usted como contacto de emergencia de una tal Lila Bennett —continúa—. Se ha desmayado en nuestro vestíbulo. Está despierta, estable y se niega a llamar a su familia. Necesitamos apoyo para la planificación del alta.

Mi columna se pone rígida. —¿Está herida?

—Estable —dice—. Deshidratación y estrés. Está embarazada.

Me siento tan rápido que mi rodilla golpea el escritorio.

—Edad gestacional —digo.

—Aproximadamente diecisiete semanas —responde el Dr. Patel—. Necesita cuidados constantes y seguimiento.

Diecisiete semanas.

Se me cierra la garganta—. ¿Dónde estáis?

Me da la dirección.

San Francisco.

Cuando termina la llamada, me quedo mirando el móvil hasta que la pantalla se oscurece.

Está embarazada. Lo ha llevado sola. Se ha desmayado en el vestíbulo de un hospital. Reservo un vuelo sin llamar a Adam primero, y no negocio conmigo mismo.

En el avión, me siento en un asiento de ventanilla y mantengo los hombros erguidos mientras se llena la cabina. Mis manos están firmes, pero mi cabeza hace mucho ruido.

No estoy enfadado con ella. Estoy enfadado con el hombre que la encontró de nuevo, y estoy enfadado con el círculo alrededor de Victoria que sigue rozando su vida.

Estoy enfadado conmigo mismo por pensar que la moderación era suficiente. Le escribo una línea a Adam antes de activar el modo avión.

Me voy a San Francisco. No contactes con ella. No saques registros. Yo me encargaré.

Luego miro al frente mientras el avión carretea, y mi decisión se asienta hasta volverse algo inamovible.

No la agobiaré y haré todo lo posible para asegurar que no me vea como una amenaza. Ahora veo que esto está arraigado en su biología, porque ha estado huyendo de la gente equivocada durante mucho tiempo. Yo no soy esa gente, y ella lo sabe. Solo está demasiado aterrorizada para verlo.

Lo que *sí* haré es vigilarla y asegurar que ella y mi hijo estén a salvo, y si alguien intenta tocarla de nuevo, no pediré consentimiento a la amenaza.

18

LILA

No tengo una gran historia dramática de reinvención, lo cual es molesto, porque si vas a huir, lo mínimo que esperas es una secuencia de montaje y un armario nuevo.

Lo que tengo es una ciudad más pequeña, un apartamento más pequeño y un nombre que no corrijo cuando la gente lo pronuncia mal, porque corregirlos me parece una invitación a que hagan preguntas. Tengo un trabajo que paga a tiempo, un casero que me deja en paz y un supermercado donde nadie me reconoce y a nadie le importa lo que compro. Tengo rutinas que no son emocionantes, pero son mías, y ahora mismo de eso se trata.

Mi teléfono tiene un número nuevo y vive en silencio a menos que yo llame primero a alguien. Ya no sigo el antiguo chat de grupo y no abro el correo electrónico a menos que esté preparada para ver algo que no he pedido. Me digo a mí misma que estoy siendo inteligente, no paranoica, e intento ser justa con esa distinción porque estoy cansada de vivir como si mis instintos fueran algo vergonzoso.

Trabajo como analista en una pequeña empresa de compras; es el tipo de sitio donde la impresora siempre está de mal humor, el café sabe a arrepentimiento quemado y nadie tiene tiempo para juegos

de poder. Mi jefe lleva zapatillas con traje y olvida la mitad de sus reuniones, y es la primera vez en años que he podido existir en el trabajo sin la intensidad de otra persona en mi visión periférica.

No es glamuroso, pero es estable, y la estabilidad es mi personalidad actual.

Estoy de casi diecisiete semanas. Sé el número exacto porque, en cuanto has visto aparecer esa rayita, tu cerebro se convierte en una hoja de cálculo, quieras o no. Algunas mañanas me despierto y me lo tomo con calma, y otras me despierto, me quedo mirando el techo y vuelvo a hacer las cuentas como si el resultado pudiera cambiar si las repaso dos veces.

Hoy en la oficina, para el mediodía, ya me he convencido de que estoy bien, y para la una, mi cuerpo demuestra que soy una mentirosa.

Estoy a mitad de una conciliación de proveedores cuando la sala se estrecha, el oído se me embota y se me enfrían las manos, así que me agarro al borde de la mesa y finjo que es normal, porque fingir te da tiempo.

Malik —el analista sénior, jefe de oficina y mi amigo— se da cuenta de todas formas.

Aparece en la esquina de mi mesa con el ceño fruncido y sin rastro de bromas en la voz. — ¿Estás bien?

—Estoy bien —digo, porque siempre digo eso primero.

—No lo estás. —Sus ojos bajan a mis nudillos, blancos contra el laminado—. Siéntate.

—Solo necesito agua —insisto, e intento incorporarme, pero el mareo empeora.

—Lila —dice él, más cortante, y señala mi silla—. Ahora.

Me siento y odio el alivio que siento.

Él se agacha un poco, sin invadir mi espacio, pero lo bastante cerca para evitar que intente levantarme de nuevo. —¿Estás embarazada?

—Sí —admito.

Se le tensa la mandíbula y luego se relaja. —Vale. No vamos a hacer esa pantomima de chica dura que estás a punto de intentar, y no vas a irte a casa andando. Te llevo a Saint Mercy.

—No necesito ir al hospital —digo, pero me sale una voz débil.

—Casi te desmayas en la mesa —responde—. No voy a dejar que te caigas en mitad de la calle.

—Llamaré a un taxi.

—Llamarás a un taxi, luego le dirás al taxista que estás bien y después te desmayarás en el vestíbulo de tu edificio y te abrirás la cabeza —dice Malik, y luego exhala como si estuviera molesto consigo mismo por preocuparse tanto—. Coge tu bolso.

Abro la boca para replicar, pero se me revuelve el estómago y la visión se me vuelve a nublar, así que la cierro y hago lo que me dice porque mi orgullo no tiene voto cuando las rodillas me fallan.

Me acompaña fuera con una mano suspendida cerca de mi codo sin llegar a agarrarme, y es ese tipo de respeto lo que hace que confíe más en él, lo cual resulta irritante.

En el coche, Malik conduce rápido sin cometer imprudencias, y no deja de mirarme de reojo como comprobando que sigo erguida.

—Estoy bien —le digo.

—No tienes permiso para decir eso en lo que queda de día —responde—. Ahorra energías.

Apoyo la frente contra el cristal frío y respiro hasta que nos detenemos en Saint Mercy; entonces Malik apaga el motor y rodea el coche hasta mi lado antes de que yo pueda fingir que no necesito ayuda.

—Puedo caminar —le digo.

—Bien —contesta él—. Hazlo despacio.

Cruzamos las puertas. El vestíbulo huele a desinfectante y café, las luces brillan demasiado y mi cuerpo ya está agotado.

Malik se inclina hacia el mostrador de recepción. —Está mareada, está embarazada y casi se desmaya en el trabajo.

La recepcionista empieza a hacer preguntas e intento concentrarme en las palabras, en el proceso, en cualquier cosa que no sea la creciente presión en mi pecho.

Los oídos se me llenan de un suave zumbido, se me entumecen las manos y la visión se me reduce a una franja estrecha.

La voz de Malik surge entre la bruma. —Lila, mírame.

Lo intento.

Mis rodillas ceden sin permiso.

Él me sujeta antes de que llegue al suelo, con el brazo firme rodeándome la espalda y la otra mano apoyada en mi hombro; le oigo jurar mientras pide ayuda a gritos.

Entonces todo se funde a negro.

Cuando vuelvo en mí, estoy mirando las placas del techo; tengo un manguito en el brazo, una vía en la mano y la boca me sabe a seco.

Una enfermera está al pie de la cama con una tableta; levanta la vista cuando me muevo y sonríe como si esto pasara a cada hora.

—Hola —dice—. Bienvenida de nuevo. No te incorpores de golpe.

—No pensaba hacerlo —murmuro, y luego trago saliva, porque siento la garganta cerrada.

—Te has desmayado en el vestíbulo —continúa, todavía tranquila—. Estás estable. Estamos analizando las pruebas. Te estamos poniendo

líquidos.

—Genial —digo, porque el sarcasmo es mi escudo protector.

Comprueba el monitor y anota algo. —¿De cuánto estás?

—Diecisiete semanas —respondo, y decirlo en voz alta hace que se me encoja el estómago de nuevo, porque significa que el tiempo ha pasado y yo he estado fingiendo que no ha sido así.

Ella asiente una vez. —¿Algún sangrado, dolor, falta de aire, dolor en el pecho?

—No —digo—. Solo mareos.

—Vale —responde—. Tu amigo sigue aquí. ¿Quieres que pase?

—Sí —digo de inmediato.

La enfermera sale y Malik aparece un segundo después con la mandíbula tensa y la mirada afilada.

—Me has pegado un susto de muerte —dice, y arrastra la silla de visitas más cerca, como si estuviera reclamando su sitio.

—No lo tenía planeado —respondo.

—Lo sé —responde él, y baja la voz—. Te has desplomado, se te han puesto los ojos en blanco y me ha entrado el pánico.

Logro esbozar una pequeña sonrisa. —Lo has hecho bien.

Exhala por la nariz y echa un vistazo a la vía intravenosa. —¿Te han dicho que estás bien?

—Dicen que estoy deshidratada y que tengo la tensión baja —respondo—. Mi cuerpo se ha puesto dramático.

Sacude la cabeza. —Bebe agua.

—Lo hago.

—No —dice—. Bebe agua en serio.

Poco después entra una doctora, mayor, cansada y directa; en su placa pone *PATEL*.

Se presenta, comprueba mi historial y hace las mismas preguntas; luego toca la tableta un par de veces.

—Tus constantes han mejorado con los líquidos —dice la doctora Patel—, pero los análisis muestran que estás lo bastante deshidratada como para no sentirme cómoda mandándote a casa hoy, y tienes el potasio bajo.

Me la quedo mirando. —¿Cómo de bajo?

—No es peligroso —responde—, pero lo suficiente como para corregirlo y mantenerte en observación. Estás embarazada, te has desmayado en el vestíbulo y prefiero ser cauta.

Malik se remueve a mi lado, moviendo la rodilla con nerviosismo.

La doctora Patel me mira de nuevo. —¿Tienes a alguien que pueda quedarse contigo esta noche si te damos el alta más tarde?

—Estoy bien —le digo, porque mi boca sigue siendo fiel a la mentira.

—Te has desmayado en un vestíbulo público —responde ella, sin perder la calma—. Eso no es estar bien.

—Tengo a un amigo —digo, y miro a Malik.

Malik levanta las cejas. —Puedo dejarla en casa —dice—. No puedo quedarme a pasar la noche.

La doctora Patel asiente como si se lo esperara. —Entendido. Otra pregunta. Nuestro sistema muestra un contacto de emergencia. ¿Quieres que le llamemos para planificar el alta, o prefieres rechazarlo y firmar que te marchas contra consejo médico si insistes en irte a casa sola?

Se me aprieta el estómago. —No le llaméis.

La expresión de la doctora Patel no cambia, pero su voz se vuelve más firme. —Entonces te quedas ingresada esta noche en observación.

Abro la boca para discutir, pero entonces siento el pulso en la garganta y me doy cuenta de que estoy demasiado cansada para ganar esta pelea.

—Está bien —digo—. Me quedaré.

—Bien —responde la doctora Patel, y hace una anotación—. Te subiremos a planta en breve. Recibirás una reposición de potasio, más líquidos y seguimiento. Si algo cambia, actuaremos.

Sale de la habitación.

Malik se inclina hacia mí, hablando bajo. —¿Estás bien?

—No —admito, y me sale con voz ronca.

Él asiente y me mira de esa forma en que mira la gente cuando quiere ayudar pero no sabe cómo hacerlo sin cruzar una línea. —¿Quieres que llame a alguien por ti?

Niego con la cabeza demasiado rápido. —No.

—Lila —dice, con cautela—. Te has desmayado. Estás embarazada. No tienes por qué pasar por esto sola solo porque seas buena desapareciendo.

Mis manos se cierran bajo la manta. —No estoy desapareciendo.

—Lo hiciste —responde, y luego suaviza el tono—. No te estoy juzgando. Digo que pareces asustada.

Me quedo mirando la sábana porque mirarle a él me hace sentir demasiado expuesta.

Él exhala. —Vale. Me quedaré hasta que te suban a planta y luego me iré, pero necesito que me digas una cosa.

—¿Qué?

—¿Estás segura? —No hay cotilleo en su pregunta, solo preocupación.

Se me cierra la garganta. Debería decir que sí porque es lo fácil, y debería decir que no porque es la verdad, pero la verdad es complicada y estoy agotada.

—Lo estoy —digo finalmente. No es la verdad completa, pero es la verdad que puedo manejar—. Lo estaré.

Malik me estudia y luego asiente. —Envíame un mensaje cuando estés instalada arriba —dice—. Y bebe agua.

—Te odio —le digo.

Él resopla. —Claro.

Viene un celador y me trasladan a una habitación más tranquila arriba. Malik me acompaña hasta allí y luego se queda en el umbral, como si intentara decidir si marcharse es lo correcto.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta de nuevo.

Asiento. —Vete a casa.

Me sostiene la mirada un segundo más. —Vale —dice—. Estaré pendiente del móvil.

—No lo hagas —le advierto.

Él sonríe una vez. —Demasiado tarde.

Se marcha y la habitación se queda en silencio.

Estoy sola diez minutos, intentando respirar a pesar de las náuseas, la rabia y la humillación; entonces mi enfermera vuelve con otra bolsa de suero y cara de fastidio.

—Tu contacto de emergencia está de camino —dice.

Levanto la cabeza de golpe. —Dije que no.

—Tú lo rechazaste —responde ella—, pero la doctora documentó que, debido al episodio de desmayo, el embarazo, los análisis anómalos y el hecho de que te quedas ingresada, se recomienda la planificación del alta y los contactos de apoyo, y tú no estabas en condiciones de marcharte. Él figuraba en la lista. Se hizo la llamada.

Siento un vuelco violento en el estómago.

—¿Quién? —pregunto, aunque ya lo sé.

La enfermera me observa la cara. —Ethan Cross.

Cierro los ojos y me presiono la frente con los dedos. Por un segundo tengo ganas de vomitar por puro despecho.

—Esto no está pasando —digo.

—Está pasando —responde ella, y luego se suaviza ligeramente—. ¿Quieres una nota de privacidad? ¿Quieres que le prohíba la entrada en la unidad?

Siento los pulmones demasiado apretados. Debería decir que sí y proteger mi límite. Debería hacer todas las cosas por las que vine aquí.

En cambio, oigo la voz de Malik en mi cabeza preguntándome si estoy segura, y recuerdo el desmayo en el vestíbulo, y recuerdo que ya no solo me estoy protegiendo a mí misma.

—No —digo en voz baja—. Solo... no le dejes entrar hasta que yo lo diga.

Ella asiente. —Vale.

Veinte minutos más tarde, alguien llama a la puerta y la enfermera asoma la cabeza.

—Ya está aquí —dice—. ¿Quieres verle?

Me incorporo despacio, porque me han avisado dos veces, y respiro por la nariz hasta que me dejan de temblar las manos.

—Sí —digo. La palabra me sabe a una decisión de la cual no me fío.

Ella sale y entonces entra Ethan.

Parece el mismo y a la vez no. Tiene el pelo más corto, el rostro más curtido y los ojos fijos en esa concentración contenida que antes me hacía sentir segura y agobiada al mismo tiempo.

Se detiene justo al entrar en la habitación, con las manos a los lados y una postura neutral; no se acerca a la cama como si el lugar fuera suyo.

—Hola —dice.

Me le quedo mirando. —¿Has venido en avión?

—Sí.

—¿Porque te llamó un hospital?

—Sí —repite, y me sostiene la mirada—. ¿Estás bien?

—No —respondo, y la sinceridad sale antes de que el orgullo pueda detenerla—. Me he desmayado en el vestíbulo. Tengo el potasio bajo. Quieren dejarme aquí esta noche.

Él suspira. —Hay tantas cosas que no me has contado, Lila.

Suelto una risa breve, y odio que me mire con tanta decepción. —Parece que ese es el tema recurrente.

Se acerca un paso, luego se detiene al pie de la cama, y sus ojos se dirigen a la vía, luego al monitor y después vuelven a mi cara.

—Han dicho que estás embarazada.

—Sí.

Le tiembla la garganta al tragar y luego pregunta: —¿Cómo has estado?

—Todo lo bien que puede estar una mujer embarazada, a riesgo de sonar a cliché —respondo, y luego añado, porque la rabia es más fácil que la vergüenza—: Lo sabrías si yo no fuera una cobarde.

Sus ojos parpadean y exhala lentamente. —No lo hagas.

—¿No haga qué?

—No te llames así —dice—. Llámalo por su nombre.

—Bien —le espeto—. Me fui sin decirte que estaba embarazada, y dejé que pensaras que me había marchado porque no confiaba en mí misma para no volver corriendo, y no confiaba en que tú no me agobiaras hasta romperme.

Él se queda inmóvil, luego asiente una vez. —De acuerdo.

Esa calma debería reconfortarme. No lo hace. Me dan ganas de tirar algo porque yo he estado cargando con esto sola y él puede entrar aquí y mostrarse tan controlado.

—No estás enfadado —le acuso.

—Estoy furioso —responde, todavía en voz baja—. Solo que no voy a pagarlo contigo mientras estás en la cama de un hospital.

Se me aprieta la garganta.

—No quería que te involucraras —digo.

Me mira durante un instante. —¿Por qué?

Me quedo mirando la manta y luego me obligo a sostenerle la mirada porque se merece la verdad y estoy harta de tragármela.

—Por Gavin —digo.

Su expresión cambia al instante; es un cambio sutil, pero real.

—Conoces su nombre —digo, y me sale con un tono plano.

—Lo conozco —confirma—. Está relacionado con Victoria.

Se me revuelve el estómago. —Es mi ex —digo—. Fue lo peor que me ha pasado. Me agarraba de la muñeca cuando no me movía lo suficientemente rápido, revisaba mi teléfono y me hacía sentir culpable por necesitar cualquier cosa, y luego se portaba de forma encantadora delante de la gente para que yo pareciera la loca.

Las manos de Ethan se tensan un momento y vuelven a quedar inmóviles.

—Logré salir —continúo, y las palabras salen más rápido ahora—, y rehice mi vida, entonces él volvió a encontrarme y empezó a presionar, y no te lo dije porque sabía lo que harías.

—¿El qué? —pregunta Ethan con voz tensa.

—Irías a por él —digo—. Harías que todo fuera a más. Te pondrías en su punto de mira, y entonces él me usaría para hacerte daño a ti o te usaría a ti para atraparme a mí, y yo no podía soportar eso.

Se le tensa la mandíbula. —Así que huiste.

—Sí.

—Y no confiaste en mí. —No es una acusación, es un hecho.

—No confiaba en tus métodos —respondo, y me tiembla la voz—. Confiaba en que te importo, y ese es el problema, porque te importo tanto que olvidas dónde está mi límite.

Cierra los ojos un segundo y los vuelve a abrir. —Es justo.

Parpadeo al mirarlo. —¿Qué?

—Es justo —repite. Se acerca un poco más y se detiene de nuevo; mantiene la voz baja—. Te agobio. Decido rápido. Presiono cuando creo que te estoy protegiendo. No siempre sé dónde parar.

Se me vuelve a cerrar la garganta, pero esta vez no es por rabia, es por algo peor.

—¿Por qué? —le pregunto.

Su mirada se clava en la mía. —Porque te quiero —dice, y lo dice como una verdad que ha estado cargando, no como una frase hecha —. Porque tengo miedo de perderte, y cuando tengo miedo quiero control, y uso el control como una forma de gestionar mi propio pánico.

Le miro fijamente y siento como si la habitación se volviera demasiado pequeña aunque no me esté tocando.

—Te lo has tomado tan bien —digo, y se me quiebra la voz—. Me fui, desaparecí sin dejar rastro, y no me perseguiste, ni me castigaste, ni apareciste hasta que te llamó un hospital. No dejo de pensar que deberías haberme odiado, pero no lo has hecho.

Aprieta los labios. —No me lo he tomado bien —me corrige—. Solo que no lo he convertido en un arma.

Trago saliva. —Fui una estúpida.

—No —dice él de inmediato—. Estabas asustada e intentabas sobrevivir. Puedo estar dolido y, aun así, entender eso.

Miro hacia otro lado y luego vuelvo a mirarlo, porque el impulso de huir surge incluso ahora, y lo odio.

Él me observa. —¿Qué quieres de mí?

—No quiero ser de tu propiedad —digo—. No quiero una jaula. No quiero vigilancia disfrazada de cuidados.

Él asiente. —De acuerdo.

—Y compañerismo —añado—. Si estás en mi vida, lo estás con consentimiento, y yo tengo voz y voto, y tú no decides que mi miedo es un inconveniente.

—Puedo hacer eso —dice él.

Niego con la cabeza una vez. —Dilo mejor.

Él no vacila. —Escucharé —dice—. Preguntaré. Pararé cuando me digas que pare, incluso cuando lo odie.

Le miro fijamente. —¿Y Gavin?

Los ojos de Ethan se endurecen, luego se refrena. —Lo gestionaremos con cabeza. No seremos impulsivos. Documentaremos, planearemos, usaremos canales legales y de seguridad, y tú dirigirás las partes que afecten a tu vida.

Trago saliva. —¿Lo dices en serio?

—Sí —responde.

El silencio se asienta entre nosotros, un silencio cargado de todo lo que no dije durante meses.

Mi enfermera llama a la puerta y entra con un pequeño vaso de papel. —Potasio —dice, luego mira a Ethan y vuelve a mirarme a mí —. El horario de visitas es flexible para los contactos de emergencia, pero él no puede dormir en la cama.

—No quiero que esté en la cama —digo automáticamente, y me sale más cortante de lo que pretendía.

La boca de Ethan hace un amago de mueca, casi una sonrisa, que desaparece al instante.

La enfermera señala una silla más pegada a la pared. —Puede quedarse en esa silla —dice, y se marcha.

Cojo el vaso y me trago las pastillas, luego lo dejo y vuelvo a mirar a Ethan.

—No quiero que te quedes porque te sientas obligado —digo.

—Me quedo porque quiero —responde—. Si me dices que me vaya, me iré.

Le sostengo la mirada, luego asiento una vez. —Quédate —digo en voz baja—. Pero no decidas por mí. No esta noche.

—No lo haré —responde.

Se sienta en la silla y mantiene una postura controlada, pero sus ojos no dejan de vigilar mi rostro. Odio lo mucho que eso me tranquiliza.

Más tarde, cuando las luces se atenúan y la enfermera dice que mis análisis están mejorando, me tumbo de lado e intento dormir, y siento la presencia de Ethan en la habitación como un guardarraíl.

En algún momento me despierto y me lo encuentro mirando al suelo en lugar de a mí, con las manos entrelazadas y la mandíbula apretada, como si se estuviera conteniendo a propósito.

—¿Estás bien? —susurro.

Él levanta la vista. —No —admite—. Pero estoy aquí.

Esa respuesta desatasca algo en mi pecho.

La mañana llega con otro análisis de sangre y otra revisión médica. La doctora Patel me dice que los niveles han mejorado y que mi presión arterial es estable; firma mi alta con instrucciones estrictas que acepto en voz alta, como si intentara conseguir un sello de aprobación.

Malik me escribe a las nueve.

Malik: ¿Sigues viva?

Yo: Viva. Me han dado el alta. No me eches la bronca.

Malik: Bebe agua. Come. Deja de ser tan cabezota.

Esbozo una sonrisa y dejo el teléfono.

Ethan me lleva a casa en un coche de alquiler; el trayecto es silencioso, no es incómodo, simplemente está lleno de esta nueva forma que hemos tomado.

Cuando llegamos a mi edificio, aparca y sale él primero, luego da la vuelta hasta mi lado y espera mientras me muevo despacio, porque mi cuerpo ha dejado claro que quiere delicadeza.

Ya en mi puerta, abro y entro, luego me doy la vuelta hacia él. Por un segundo surge el viejo pánico porque dejarle entrar se siente como deshacer tres meses de distancia.

Él no da un paso adelante.

Espera.

—Di eso que estás pensando —le digo, porque puedo leerlo en su cara.

—Quiero entrar —dice—. También quiero que no te sientas acorralada.

Trago saliva. —Soy yo la que se ha acorralado a sí misma —admito, y la honestidad me sabe amarga—. Huí, mentí, no te hablé del bebé y te convertí en el enemigo porque era más fácil que admitir que te quería conmigo.

Sus ojos se oscurecen y baja la voz. —Lila.

Tomo aire, luego doy un paso atrás y abro más la puerta.

—Entra —digo, y mi voz es firme a pesar de que el corazón me da un vuelco—. Pero sigues mis reglas.

—Sí —responde de inmediato.

Le sostengo la mirada. —Zapatos fuera, nada de exigencias, y si digo para, paras.

Asiente una vez. —Entendido.

Entra, se quita los zapatos sin rechistar y se queda cerca sin tocarme, esperando tal como prometió.

Cierro la puerta, echo la llave y me giro para enfrentarme a él. El silencio entre nosotros ya no está vacío, está cargado de electricidad.

—Dijiste que escucharías —digo.

—Lo estoy haciendo —responde.

—Pues escucha esto —susurro, y me acerco a él primero, agarrando su abrigo con los dedos, atrayéndolo hacia mí para un beso que dice que todavía estoy enfadada, que todavía tengo miedo, pero que no voy a huir ahora mismo.

Se le corta la respiración, levanta las manos pero se detiene en seco, preguntando sin palabras.

Asiento una vez.

Me sujeta con cuidado, como si respetara mi cuerpo y mi espacio al mismo tiempo, y yo profundizo el beso, porque este paso me corresponde a mí darlo y necesito que él lo entienda.

Cuando me separo, mantengo mi boca cerca de la suya y hablo en el espacio que nos separa.

—Dormitorio. —La palabra sale de mi boca con seguridad, pero dentro de mi cabeza algo encaja por fin.

Estoy cansada de tratar mi vida como si fuera algo frágil que solo yo debo gestionar.

Durante tres meses me dije a mí misma que era fuerte porque lo hacía sola. Encontré el apartamento. Firmé el contrato. Conseguí el trabajo. Fui a las citas médicas por mi cuenta. Aprendí a hacer la compra con náuseas. Aprendí a mentir sin inmutarme cuando los médicos preguntaban por el padre. Construí rutinas como si fueran barreras y lo llamé independencia.

Y funcionó.

Funcionó de la manera en que funciona el aislamiento. Mantuvo las cosas en calma. Mantuvo a Gavin fuera de mi alcance directo. Y también mantuvo fuera a Ethan.

Me dije que aquello era madurez. Me dije que aquello era seguridad. Me dije que le estaba protegiendo a él, protegiendo al bebé, protegiendo mi propio sistema nervioso de la forma en que él llena una habitación y toma decisiones antes de que yo pueda reaccionar.

Lo que no admitía era que cada noche de silencio en este apartamento se sentía más vacía sin él.

Me sentaba en este sofá a ver algo olvidable y sentía la ausencia como un peso que faltaba a mi lado. Cocinaba y servía comida para uno mientras pensaba en cómo él se queda demasiado cerca en la cocina y finge que es accidental. Me despertaba a las tres de la mañana, con náuseas e inquieta, y buscaba mi teléfono antes de recordar que no había nadie a quien llamar.

Sobreviví.

Pero no era más feliz.

Esa es la parte que seguía esquivando.

Porque si admito que soy más feliz con él, entonces tengo que admitir que no me fui solo por Gavin. Me fui porque amar a Ethan me asusta de una forma que el control nunca hizo.

Él presiona y actúa rápido. Pero también está ahí.

No me persiguió cuando hui. No me delató. No envió a alguien para que me localizara. Esperó hasta que le llamó un hospital, entonces vino, entró en esa habitación y se quedó a distancia como si fuera yo quien estableciera el límite.

Eso importa.

Pensé que estar sin él me daría claridad. Me haría más fuerte. Me haría sentir más segura.

En cambio, me endureció en los lugares equivocados.

He construido una vida aquí que funciona, pero no se siente completa. Me río con Malik. Hago un buen trabajo. Pago el alquiler. Bebo agua como si siguiera instrucciones. Mantengo la cabeza agachada.

Pero la felicidad no es solo la ausencia de caos.

Es la presencia de la persona adecuada.

La verdad sobre la que he estado dando vueltas durante semanas es sencilla y firme: estoy mejor con él que sin él.

No porque él me arregle. No porque necesite que me salven.

Sino porque me gusta quién soy cuando no estoy constantemente a la defensiva.

Cuando estoy con él, discuto. Le planto cara. Exijo mis condiciones. Le llamo la atención por sus actos. No me achico. No me ablando hasta la sumisión. Me vuelvo más aguda. Soy más honesta.

Él no me hace más pequeña.

Me hace visible.

Me fui porque pensaba que le estaba protegiendo de Gavin. Pensé que la distancia rompería el contacto visual. Pensé que si lo borraba de mi mapa, Gavin perdería su ventaja.

Pero el peligro no desaparece porque te mudes.

Gavin se crece cuando se siente ignorado. Presiona cuando cree que estás aislada. Espera a que aparezcan grietas.

Si hay peligro, ya no quiero resolverlo sola.

No quiero calcular rutas, vigilar mis espejos y fingir que estoy tranquila mientras el corazón me late a mil. No quiero construir una vida basada en evitar que me vean.

Quiero construir una en la que tenga respaldo.

Y tener respaldo no significa ser propiedad de alguien.

Significa estar al lado de alguien que pregunta antes de actuar. Significa elegir juntos. Significa mirar a la amenaza y decir que lo gestionaremos con inteligencia, no que huiremos. He pasado tres meses demostrando que puedo hacer esto sola.

Puedo.

Esa ya no es la cuestión. La cuestión es si quiero hacerlo.

Ethan está de pie en mi pasillo, sin tocarme, sin agobiar, esperando.

Voló hasta aquí cuando le llamó un hospital. Admitió que agobia. Admitió que utiliza el control cuando tiene miedo. No usó mi ausencia como arma. No me echó en cara el embarazo. No exigió compensación alguna.

Se quedó.

Y he terminado de dejar que el miedo decida quién tiene acceso a mi vida. He terminado de castigarle por amarme con intensidad. He terminado de castigarme a mí misma por amarlo yo también. Si Gavin es un problema, entonces es nuestro problema.

Si hay peligro, prefiero enfrentarme a él con Ethan a mi lado que quedarme sola en este apartamento fingiendo que el silencio equivale a la seguridad.

19

ETHAN

No recuerdo haberme movido, pero ahora estoy frente a ella.

No retrocede.

Su pecho sube y baja como si estuviera huyendo de algo, pero sus ojos nunca se apartan de los míos y conozco esa mirada. La he visto antes, justo antes de que se desmoronara bajo mis manos, justo antes de que rompiera sus propias reglas por mí.

—Dilo —le pido, y soy incapaz de evitar que me tiemble la voz—. Si quieres que haga algo, dilo.

No lo hace. Se le entrecorta la respiración mientras sus dedos se agitan a los costados. Se muerde el labio inferior y niega con la cabeza. —He sido un gilipollas contigo, así que el hecho de que sigas aquí es un milagro. No voy a cometer el mismo error dos veces, Ethan. Así que deja de fingir y vuelve a casa.

—¿Lo dices en serio? —le pregunto, aunque me escuecen los ojos.

Entonces me agarra de la parte delantera de la camisa y me atrae hacia ella, y no pierdo el tiempo fingiendo que me queda algo de contención.

Mi boca choca con la suya con la clase de hambre que he estado reprimiendo durante tres putos meses. Sabe a adrenalina, a pena y a necesidad, y juro que voy a perder la cabeza si se aparta.

Pero no lo hace. Se presiona contra mí, jadeando contra mi boca, con los dedos enredados en mi cuello como si intentara hacerme daño.

Se lo permito.

Dejo que coja lo que quiera. Dejo que me clave las uñas en el pecho, que abra la boca y arrastre mi labio inferior entre sus dientes hasta que gimo contra ella y la agarro por las caderas. —Te he echado de menos.

Ella asiente suavemente. —Yo también te he echado de menos.

La hago retroceder hasta que queda pegada contra la pared, con el camisón resbalando por su hombro. Mi mano se desliza por su muslo, lenta, firme, comprobando si me detendrá... y no lo hace.

—¿Pensaste que no vendría en cuanto recibiera la llamada? —murmuro contra su cuello.

—No pensé que aparecerías —susurra—. No pensé que yo valiera el esfuerzo.

Pero lo vale. Siempre lo ha valido.

Apoyo mi frente contra la suya. —Huiste porque tenías miedo. Te mantuviste alejada porque pensaste que era más seguro. Ya estoy aquí, y no vamos a hacer esto a medias.

Coge aire como si fuera a llorar, pero entonces vuelve a besarme. Me tomo mi tiempo para quitarle la ropa antes de deslizar la mano entre sus piernas y encontrarla tan húmeda y caliente como siempre. Empieza a temblar cuando muevo los dedos en círculos contra ella. —Vas a correrte para mí —digo, con los dientes en su mandíbula—. Justo aquí. Lo quiero todo de vuelta. Cada segundo que me quitaste.

Sus uñas se clavan en mi hombro.

—Ethan...

Vuelvo a curvar los dedos y ella se ahoga en un sonido que me derrite la columna vertebral.

—¿Quieres que pare? —pregunto.

—No. —Se estremece—. Dios, no. Por favor, no pares.

Le tiemblan los muslos. Su cabeza cae hacia atrás contra la pared. La observo desmoronarse con nada más que mi mano entre nosotros, y la beso cuando llega al orgasmo, tragándome sus gemidos, dejando que se aferre a mí como si fuera lo único que la mantiene en pie.

Cuando su cuerpo se relaja, retiro la mano y succiono su rastro de mis dedos.

—Siempre has sido mía —digo—. Y siempre lo serás.

En lugar de discutir, me empuja hacia el dormitorio y yo la sigo.

El dormitorio está en penumbra, las sábanas revueltas como si no hubiera estado durmiendo, y huele ligeramente a su piel. Algo en mi pecho se abre en el segundo en que vuelve a buscarme. Sus manos tiemblan. Las mías no.

La guío hacia la cama, no con brusquedad pero tampoco con delicadeza. Respira rápido de nuevo, con los ojos inquietos, y me sitúo entre sus piernas sin darle tiempo a pensar demasiado.

—He echado de menos esto —murmuro, separándole los muslos—. No has olvidado cómo te toco, ¿verdad?

Ella niega con la cabeza, con los labios entreabiertos.

—Dilo con palabras, cariñito.

—No —susurra—. Lo recuerdo todo.

Bien.

Deslizo mis manos por la parte posterior de sus muslos y la acerco más, anclándola justo al borde de la cama. Lamo una lenta franja por su centro y siento que todo su cuerpo se sacude.

—Dios...

Sus manos vuelan a mi pelo. Vuelvo a pasar la lengua contra ella, más despacio esta vez, saboreando cada estremecimiento, cada espasmo, cada jadeo suave y roto que me entrega como si fuera una penitencia.

No me detengo. No aflojo. Succiono su clítoris con la boca y juego con la punta de la lengua contra él hasta que sus caderas se elevan del colchón y jadea mi nombre como si fuera la única palabra que conoce.

—Ethan... joder... Ethan...

No levanto la cabeza. Me limito a sujetarle los muslos con los antebrazos y la devoro como si fuera lo único por lo que he estado famélico.

Sus talones se presionan contra la cama. Su cuerpo se arquea. Sus muslos tiemblan alrededor de mis hombros y su respiración vuelve a entrecortarse, y sé lo que viene.

—Eso es —mascullo contra ella—. Suéltalo.

Lo hace.

El sonido que emite es destrozado, frenético y perfecto, y cuando vuelve a correrse para mí —esta vez más fuerte— no me aparto. Me quedo ahí y saboreo cada pulso de su cuerpo, cada temblor, cada maldito segundo, hasta que por fin se desploma contra la cama y se hunde en las sábanas, con los ojos vidriosos y el pecho agitado.

Me incorporo y me limpio la boca con el dorso de la mano.

Ella todavía intenta recuperar el aliento.

—Mírame —le digo.

Lo hace, con la mirada lenta y aturdida, y toda sonrojada.

—Tu turno —dice con voz ronca.

Levanto una ceja y ella se incorpora sobre los codos como si le costara un mundo, pero lo hace de todos modos, gateando hacia mí hasta quedar arrodillada frente a mí en el colchón.

Sus dedos van a mi cinturón.

No la detengo.

Lo desabrocha despacio, sacando el cuero de las trabillas con una sonrisita que no puede controlar del todo, luego suelta el botón y baja la cremallera. Sus dedos están seguros ahora. Ella quiere esto.

Me quiere a mí.

Y cuando me coge con la mano y me acaricia una, dos veces, casi olvido cómo quedarme quieto.

—Lila —gruño.

—¿Sí?

—No tienes por qué...

—Lo sé. —Me besa la parte interna de la cadera—. Pero quiero hacerlo.

Cierro los ojos mientras su boca me envuelve. Cálida. Húmeda. Jodidamente perfecta.

No bromea ni duda. Me toma profundamente y gime cuando me agito contra su lengua.

Mis manos van a su pelo. Lo recojo en mi puño para que no le moleste en la cara, para evitar que pierda el control por completo.

Lame la parte inferior de mi miembro, con los ojos fijos en los míos todo el tiempo, y cuando se vuelve a hundir, lenta y profundamente, juro que los bordes de mi visión se nublan.

—Jesús...

Succiona con más fuerza. Su mano trabaja lo que no puede abarcar con la boca, y su otra palma se desliza por mi muslo como si intentara memorizarme de nuevo.

Apoyo una mano en la pared. La otra sigue enredada en su pelo. No puedo pensar. No puedo respirar.

No duraré mucho.

No con ella así. No con los sonidos sucios de su boca y la mirada en sus ojos y este puto calor.

—Para —suelto entre dientes, apartándola con suavidad—. Es suficiente.

Ella sonríe, limpiándose la boca con el dorso de la mano. —¿Seguro?

Le agarro la cara y la beso con fuerza. —Vuelve a la cama.

Ella se estremece. La hago retroceder con las manos en sus caderas, subo al colchón con ella, la presiono contra las almohadas y me arrodillo entre sus piernas. Cuando vuelvo a pasar la mano entre sus muslos, se abre para mí sin dudarlo.

—No he terminado —digo con voz ronca.

Ella asiente. —Bien.

Arrastro el glande de mi polla por su humedad, frotando lentamente contra su clítoris hasta que se retuerce, hasta que sus caderas se elevan como si buscara más.

—¿Sigues sensible?

—Sí.

—¿Demasiado sensible?

Su respiración se entrecorta. —No.

Eso es todo lo que necesito.

Entro lentamente, y no del todo; solo lo suficiente para sentir cómo me atrapa su calor. Observo su cara mientras muevo las caderas una vez, de forma superficial y lenta, tanteando lo que puede aguantar.

Ella gime.

Empujo con más fuerza, con ritmo constante, con una mano apoyada junto a su cabeza y la otra sujetando su muslo para colocarla en el ángulo justo.

—Te tengo —murmuro, besándole la sien—. Dime si algo te duele.

—No me duele. —Me clava las uñas en la espalda—. Es perfecto. Sigue.

Lo hago.

Entro hasta el fondo, con mis caderas rozando las suyas, y ella jadea con la fuerza suficiente para que el sonido resuene en las paredes del dormitorio. Sus manos me agarran los hombros como si se aferrara a la vida. Sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura, atrayéndome más fuerte con cada embestida.

Encuentro un ritmo que hace que se le corte la respiración, que la obliga a arquearse contra mí y a enterrar la cara en mi cuello. No me muevo con brusquedad, todavía no; me muevo profundo, lento, inclinado.

Cuando su respiración empieza a quebrarse, sé que está cerca de nuevo.

—Lo siento —susurra—. Oh, Dios mío... Ethan...

—No luches contra ello.

Su cuerpo se bloquea. Lanza un grito, se aprieta a mi alrededor y vuelve a correrse con fuerza, con las uñas clavándoseme en la espalda y los muslos temblando.

No me detengo. Sigo moviéndome a través de ello, besándole la mandíbula, el cuello, la boca, hasta que empieza a jadear, hasta que sus brazos caen de mi alrededor y su cuerpo se queda flácido por un segundo.

—¿Estás bien? —pregunto, retirándole el pelo.

—Sí. —Se ríe, sin aliento—. Solo... no pares. Por favor.

Salgo con suavidad y la pongo de lado. —Quédate así —murmuro, besando la curva de su columna—. Déjame verte.

Me deslizo de nuevo dentro de ella por detrás, lenta y cuidadosamente. Su jadeo golpea la almohada.

—¿Bien? —vuelvo a preguntar, con calma.

—Sí —gime—. Dios, sí... Ethan, no pares...

La follo así, con el cuerpo pegado al suyo, los labios en su hombro, y mi mano deslizándose de nuevo entre sus piernas para frotar círculos apretados sobre su clítoris mientras me muevo dentro de ella.

Empieza a temblar rápido esta vez.

—No puedo —jadea—. No puedo...

—Puedes —gruño—. Lo harás. Dámelo otra vez.

Lo hace.

Se corre con un grito roto, con todo su cuerpo tensándose a mi alrededor. Sus piernas dan una sacudida, fuerte, y la mantengo en su sitio hasta que las réplicas la recorren y vuelve a quedarse callada.

Su mejilla descansa en la almohada. Abre los ojos entrecerrados, aturdida, húmeda, suave de una forma que no había visto en meses.

Salgo y vuelvo a ponerla boca arriba.

—¿Demasiado?

—No. —Me busca con las manos—. Quiero más.

Deslizo mi cuerpo por el suyo, bajo besando hasta sus pechos, y luego más abajo... mi boca caliente y lenta sobre su clítoris, mi lengua provocándola hasta que jadea y se arquea. No dejo que recupere el aliento. La mantengo abierta, la devoro como si necesitara que se desmoronara de nuevo solo para mí.

—Joder —se ahoga—. Ethan... espera... yo solo...

—Tienes otro dentro de ti —digo contra ella—. Déjame tenerlo.

Suelta un gemido que es casi un sollozo, con una mano en mi pelo y la otra apretando las sábanas, y cuando vuelve a correrse —fuerte, temblando, casi demasiado— no me detengo de inmediato. Bajo el ritmo, la lamo a través de las réplicas hasta que me suplica, sin aliento y riendo, que le dé un respiro.

Vuelvo a subir y la beso.

Sabe a sudor, a calor y a rendición, y su cuerpo se funde con el mío como si nunca se hubiera ido.

—Ahora tú —susurra—. Por favor, déjame...

No la detengo cuando me empuja hacia atrás, cuando se sube a mi regazo y envuelve mi polla con su mano, guiándome de nuevo hacia su entrada lubricada.

Se deja caer, ambos jadeando, y balancea sus caderas con un ritmo que me hace ver las estrellas.

—Joder... Lila...

Ella me besa, con el aliento caliente contra mi boca.

—Quiero que termines —dice, con la voz temblorosa—. Quiero sentir que te corres dentro de mí.

Le doy la vuelta para que se ponga a gatas, la penetro de nuevo por detrás, esta vez manteniéndola firme con una mano entre sus omóplatos. —Voy a follarte así, solo para mantenernos a salvo.

Gime, arqueando la espalda, con el culo pegado a mis caderas. Entro de nuevo y suelto un gruñido ante su calor apretado.

Su respiración se entrecorta.

Intenta empujar hacia atrás con más fuerza. La mantengo en su sitio.

—He dicho despacio.

Y cumplo mi palabra... hasta que empieza a temblar de nuevo.

Está jadeando otra vez, con un brazo temblando bajo su peso y el otro apoyado contra el cabecero. La sujeto por las caderas y la follo con embestidas medidas, profundas y lentas, controlando cada movimiento como si mi contención fuera lo único que la mantiene erguida.

Su cuerpo está encendido, empapado, destrozado por mí. Y todavía no ha terminado.

—Ethan... —Su voz se quiebra—. Por favor.

—¿Necesitas uno más?

Asiente, frenética. —Sí... no pares... por favor, no pares...

Deslizo mi mano y vuelvo a acariciarle el clítoris, esta vez sin delicadeza. Ya está temblando cuando presiono con más fuerza, girando en el punto justo, y sé el segundo exacto en el que empieza a caer.

—Eso es —digo con voz ronca, embistiéndola con fuerza—. Dámelo. Déjame sentirlo.

Se ahoga en un grito y se deshace a mi alrededor, con su cuerpo sufriendo espasmos tan apretados que casi me arrastran al abismo con ella. Gimo, le agarro las caderas con más fuerza y empujo a fondo, quedándome quieto mientras ella pulsa, tiembla y jadea debajo de mí.

Cuando finalmente se desploma hacia adelante, jadeando, mi polla late, pesada y dolorida, tan malditamente cerca del límite que apenas puedo pensar con claridad. Solo sé que debería terminar fuera, así que me retiro. Gira la cabeza lo justo para mirarme, con los ojos vidriosos pero todavía hambrientos.

—Ethan —murmura, con voz ronca—, no termines así. Te quiero en mi boca.

Me quedo helado un segundo, con la mano todavía en su cadera y la otra apoyada en la cama. Mi pulso martillea, cada músculo está tenso por la necesidad de soltarme, y sus palabras me golpean como una puta bola de demolición. —Lila, estoy demasiado cerca. No sé si podré contenerme lo suficiente.

Se incorpora sobre los codos, lenta y temblorosa, y se gira para mirarme, con su mirada clavada en la mía. —Puedes. Sé que puedes. Quiero saborearte, Ethan. Quiero sentir cómo pierdes el control. Por favor, solo concédeme esto.

Su voz, cruda y desesperada, corta el último trozo de mi control. Aprieto los dientes, asintiendo una vez, de forma brusca y rápida. —Joder, está bien. Pero será mejor que te muevas rápido.

Una pequeña y triunfante sonrisita tira de sus labios, y se mueve, gateando hacia mí sobre sus rodillas. Me quedo donde estoy, de rodillas cerca del borde del colchón, con una mano agarrando las sábanas para mantenerme estable mientras ella acorta la distancia. Es un desastre: la piel brillante de sudor, los labios hinchados de

besar y morder, pero la forma en que me mira, como si fuera lo único que ansía, me jode más que cualquier otra cosa.

—Ven aquí —dice, en voz baja y urgente, buscándome. Sus dedos envuelven la base de mi polla, resbaladizos de haber estado dentro de ella, y siseo ante el contacto, con las caderas dando una sacudida hacia adelante por reflejo. —Joder, Lila...

—Shh —masculla, inclinándose, con su aliento caliente contra mí antes de que su boca se cierre alrededor de la punta. Suelto un gemido, fuerte y ronco, con la cabeza echada hacia atrás mientras succiona, fuerte e inmediato, sin juegos ni tonterías. Su lengua gira sobre el glande, saboreando cada maldita pulgada, y su mano acaricia lo que no abarca, de forma apretada y rápida.

—Jesucristo bendito —raspo, con una mano volando a su pelo, con los dedos enredándose en los mechones húmedos solo para aguantar, no para empujar. Gime a mi alrededor, y la vibración me recorre directamente la columna, y lo siento: el límite acercándose más rápido de lo que puedo frenar. Su otra mano me agarra el muslo, clavándome las uñas en la piel, y me toma más profundamente, con los labios estirándose a mi alrededor y los ojos fijos en los míos como si me estuviera desafiando a romperme.

—Lila, estoy... joder, estoy a punto —le advierto, con la voz destrozada y cada músculo de mi cuerpo tensándose mientras intento aguantar solo un segundo más. No se retira, no afloja. Si acaso, succiona con más fuerza, su mano bombea más rápido, y el sonido húmedo y sucio llena la habitación, mezclándose con mis quejidos y sus gemidos ahogados.

No puedo detenerlo. El orgasmo me golpea como una maldita explosión, atravesándome con una fuerza que me deja la mente en blanco. Suelto una maldición entre dientes, con las caderas agitándose mientras me derramo en su boca, un pulso tras otro, y ella lo acepta todo, tragando a mi alrededor, sin que su agarre afloje ni un segundo. Mis rodillas casi ceden, pero me sostengo con una mano en el cabecero, respirando con dificultad mientras ella lo

prolonga, succionando despacio ahora, extrayendo hasta el último temblor de mí hasta que estoy completamente agotado.

—Joder —mascullo, con el pecho agitado mientras finalmente me retiro, desplomándome en la cama a su lado. Mis piernas parecen de gelatina, me da vueltas la cabeza y me paso una mano por la cara, intentando recobrar la compostura. Ella se limpia la boca con el dorso de la mano, con esa misma sonrisa satisfecha en los labios mientras se tumba junto a mí, con su cuerpo acurrucándose a mi lado.

—Te dije que lo quería —dice, con voz ronca y engreída, apoyando la cabeza en mi hombro—. No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Suelto una carcajada sin aliento, negando con la cabeza. —Vas a ser mi puta muerte, ¿lo sabes?

—Es una buena forma de irse, de todos modos —bromea ella, mientras sus dedos trazan círculos perezosos en mi pecho. La miro, contemplando el desastre que hemos hecho el uno del otro: las sábanas hechas un asco, su piel marcada con leves líneas rojas de mis manos, mi camisa a medio desabrochar y subida de donde ella me ha arañado.

—¿Estás bien? —le pregunto, con voz más suave ahora, ronca por el esfuerzo pero sincera. Le retiro un mechón de pelo de la cara, comprobando cómo está aunque sé que me diría si algo fuera mal.

—Más que bien —murmura, ladeando la cabeza para encontrarse con mis ojos—. Jodidamente perfecta, de hecho. ¿Tú?

—Estoy a punto de estarlo —le digo.

20

LILA

Ethan está cálido y firme a mi lado en la cama, y no quiero moverme. Pero, al final, lo hago.

—Ethan.

Él emite un gruñido contra mi piel. —¿Hm?

—Tenemos que ducharnos —digo con voz ronca—. No voy a dormir así.

Él suelta una risa pesarosa. —Tú has sido la que no podía esperar.

—Tú has sido el que me ha seguido a la cama como si fuera el dueño.

—Lo soy.

Le lanzo una mirada y la expresión de sus ojos me dice que lo dice en serio.

Aun así, me desenredo de él, con lentitud y sintiéndome dolorida, notando cada lugar que ha tocado. Me tiemblan las piernas al ponerme de pie y él me sujeta con una mano en la cadera.

—¿Estás bien?

—Sí. —Sonrío, mareada por todo lo que acabamos de hacer—. Ven conmigo.

Camino hacia el baño y abro el grifo antes de permitirme pensar. El sonido del agua resonando en el espacio alicatado ayuda a despejar un poco la niebla. Él me sigue sin decir palabra, situándose detrás de mí mientras el vapor empieza a subir.

Me coloco bajo el chorro primero, cerrando los ojos, dejando que el calor me envuelva. Recorre mi pecho, baja por mis muslos, arrastrando la humedad, el sudor, la evidencia de todo lo que le he entregado.

Él entra un momento después, rozando mis brazos con los suyos. Tiene los ojos puestos en mí; aún hambrientos, pero más suaves ahora. Cojo el jabón y hago espuma lentamente, frotándolo en mis palmas hasta que está espeso y resbaladizo.

Él observa mientras lo extiendo por mis pechos, con dedos lentos, masajeando la espuma en mi piel. Su mirada baja a medida que desciendo, arrastrando el jabón por mi vientre, entre mis muslos, lavando el rastro que ha dejado en mí con una presión lenta y cuidadosa.

—Estás intentando acabar conmigo —murmura.

Sonrío, lanzándole una mirada fugaz a través de las pestañas mojadas. —Solo me estoy limpiando.

Él no parece tener intenciones de limpiarse. Parece que está a dos segundos de volver a estamparme contra la pared.

Le paso el jabón a continuación. —Tu turno.

Levanta una ceja, pero deja que yo tome el control.

Le enjabono primero el pecho; ancho y duro, resbaladizo bajo mis dedos. Deslizo las manos por sus abdominales, luego por sus costados, observando cómo se tensan sus músculos ante el contacto.

Todavía está relajado, con la respiración compasada.

Me acerco más.

Mis dedos bajan más, rodeándolo, enjabonándolo con pereza.

Se pone duro al instante.

Se le tensa la mandíbula. Se le corta la respiración. Sus ojos se clavan en los míos como si me estuviera retando a continuar.

Así que lo hago.

Lo acaricio bajo el chorro de agua caliente, viendo cómo entreabre la boca y echa la cabeza ligeramente hacia atrás mientras lo trabajo con ambas manos. El jabón hace que todo sea resbaladizo, suave, fácil. Lo masturbo despacio, luego rápido, luego despacio otra vez, provocándolo tal como él ha hecho conmigo.

Él gime. —Lila.

Me lamo una gota del labio inferior. —¿Sí?

—Si sigues así, no voy a conseguir salir de esta ducha.

—No estoy intentando salir.

Se abalanza hacia delante de repente, acorralándome contra la pared, con los labios en mi oreja y su erección dura entre nosotros, resbaladiza y caliente contra mi vientre.

—Debería hacerte suplicar —murmura—. Después de lo que me acabas de hacer.

Sonrío, arqueándome contra él. —Quizá quiero hacerlo.

Sus manos bajan para sujetar mis nalgas, elevándome lo justo para que sienta la presión de su miembro contra mi entrada.

Pero no entra.

Se limita a sostenerme ahí, con el agua golpeándonos a ambos, su sexo latiendo contra mí y su voz ronca en mi oído.

—¿Quieres otra vez?

Mis dedos se enredan en su nuca. —Sí.

Se frota contra mí una vez, con la fuerza suficiente para cortarme el aliento.

—Entonces date la vuelta.

Me doy la vuelta.

El azulejo está resbaladizo bajo mis palmas mientras me apoyo en la pared. El agua golpea mis hombros, caliente y constante. Siento que se mueve detrás de mí: una mano recorre mi espalda, la otra me agarra la cadera mientras se alinea.

—¿Lista? —dice en voz baja.

—Dios, sí.

Se desliza dentro con lentitud, y la dilatación me arranca un gemido.

Empujo hacia él por instinto, mis caderas encontrándose con las suyas, y él suelta un taco entre dientes. Su mano se desliza por mi cintura, manteniéndome ahí mientras empuja de nuevo; más profundo esta vez, más fluido ahora que el agua lo hace todo más resbaladizo entre nosotros.

El ángulo es perfecto.

Cada estocada golpea ese punto en mi interior que hace que mi respiración se quiebre. Aplasto las palmas contra el azulejo, con los muslos ya temblando y la boca abierta.

—Joder... Ethan...

—¿Sientes eso? —gruñe—. ¿Lo estrecha que estás?

Asiento, apenas capaz de hablar.

Sus caderas empiezan a moverse más rápido, con fuerza y control, su pecho apretado contra mi espalda, su aliento caliente en mi cuello. El sonido de la piel contra la piel resuena en el baño, y no puedo pensar, no puedo respirar, solo puedo sentir el calor abrumador creciendo de nuevo.

Él estira el brazo y coge el cabezal de la ducha.

—¿Qué estás...?—

—Relájate —dice.

Lo cambia al modo de pulsación y lo coloca entre mis piernas, manteniéndolo justo sobre mi clítoris. En el momento en que el agua me golpea, me sacudo hacia delante y casi pierdo el equilibrio.

—¡Oh, Dios mío!—

—No te muevas —dice con voz firme—. Quédate exactamente así.

Me penetra lento y profundo, con un ritmo implacable ahora, y el agua pulsa contra mi clítoris al compás de cada embestida. Es demasiado. Es perfecto. Me aferro al azulejo como si fuera lo único que me mantiene en pie.

—Ethan... mierda... voy a...—

—Lo sé.

Me desmorono con un grito, apretándome con fuerza a su alrededor mientras todo mi cuerpo convulsiona. Mis rodillas casi ceden, pero él me sostiene con un brazo fuerte rodeando mi cintura, manteniéndome justo donde quiere.

No se detiene.

—Otra vez —dice, ajustando el ángulo del cabezal, dirigiendo el agua sobre mí mientras sigue moviéndose dentro. —Aún te queda más.

No creo que sea así, pero mi cuerpo me traiciona.

Su miembro se desliza profundo, y esa dichosa agua sigue provocando mi clítoris, y antes de que pueda bajar del todo, la presión vuelve a aumentar.

Jadeo, con los ojos apretados y la frente contra la pared. —No puedo...— —Sí, puedes.

Vuelve a mover el chorro. Cambia la pulsación a un ajuste más potente.

—¡Joder, Ethan, por favor!—

—Córrete para mí, Lila. Ahora mismo.

Grito cuando me alcanza. Me tiemblan las piernas. Se me nubla la vista. Me corro otra vez, con más fuerza que la anterior, de forma tan intensa que lo siento hasta en los dientes.

Él sigue sin detenerse.

Deja que me apoye lánguidamente contra el azulejo, con el agua ahora enfriándose ligeramente, todavía enterrado en mi interior.

Luego, lentamente, se retira.

Doy un respingo, sin fuerzas, agotada, pero no hemos terminado.

Él me da la vuelta.

Caigo contra la pared, jadeando, y él se pone de rodillas ante mí.

—Ethan...

—Shh —murmura, besando la parte interior de mi muslo—. Una más.

Quiero decirle que no puedo. Quiero suplicarle que espere.

Pero cuando levanta una de mis piernas sobre su hombro y vuelve a presionar el cabezal de la ducha entre mis muslos, suelto un grito y me agarro a su pelo.

Me lame lenta y suavemente, provocándome con la punta de la lengua mientras el agua late en mi clítoris. Mis caderas se agitan contra él sin permiso. No puedo evitarlo. No puedo evitar nada.

Siento que el calor se enrosca de nuevo, agudo, tenso e imposible.

Me succiona el clítoris solo una vez y me deshago por completo de nuevo; ruidosa y sin vergüenza, restregándome contra su cara mientras el agua cae sobre los dos.

Creo que sollozo su nombre. Creo que pierdo la noción del tiempo.

Se levanta de nuevo, con los ojos oscurecidos, los labios húmedos y el miembro aún duro como una roca entre nosotros. Me acorrala otra vez contra los azulejos, con sus manos firmes y seguras como si mi cuerpo perteneciera exactamente al lugar donde él lo pone. El agua sigue corriendo, el vapor se aferra al aire y las gotas resbalan por su pecho y gotean de su mandíbula. Parece irreal así. Sólido. Decidido. Conteniéndose todavía incluso ahora.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja, buscándome la mirada.

Asiento. —Te necesito.

Eso es todo lo que hace falta.

Me levanta y me coloca con la espalda contra la pared y una pierna enganchada a su cadera. Se desliza dentro de mí, con cuidado, lo suficientemente profundo como para que mi respiración se entrecorte, y luego se queda quieto, apoyando su frente contra la mía como si estuviera dándonos estabilidad a los dos.

—Dime si necesitas que pare —murmura.

—No lo haré.

Empieza a moverse. Con control. Profundo. Cada embestida medida, como si se hubiera memorizado mi cuerpo y se negara a apresurarse. El agua golpea mis hombros y baja entre nosotros,

suavizándolo todo; calor sobre calor, la presión aumentando rápido otra vez aunque juraría que estoy vacía.

No lo estoy.

Vuelve a alcanzar el cabezal de la ducha y lo orienta con precisión; el chorro late sobre mi clítoris mientras sigue poseyéndome con ese ritmo lento y devastador. Lanzo un grito y me aferro a sus hombros, clavándole las uñas mientras mi cuerpo reacciona sin consultarme.

—Eso es —dice, con los dientes en mi mandíbula—. Eres tan sensible... Siempre lo fuiste.

Me corro con fuerza, mi cuerpo cerrándose en torno a él, una liberación aguda que me roba el aliento y me deja temblando. Él sigue moviéndose a través de ello, sosteniéndome con firmeza hasta que los temblores remiten y recupero el aliento con jadeos entrecortados.

—¿Sigues conmigo? —pregunta.

—Apenas —río, destrozada.

Nos mueve de nuevo, girándome para que quede inclinada ligeramente hacia delante, con las manos apoyadas en la pared y su cuerpo pegado detrás de mí. Vuelve a entrar, más profundo desde este ángulo, y mis rodillas casi flaquean.

—Oh... joder...—

Suelta un gemido como si a él también le doliera.

Mantiene una mano en mi cadera, anclándome. La otra se desliza bajo mi vientre, protectora sin necesidad de palabras, recordándome que está pensando en todo incluso mientras pierde el control.

Arremete con profundidad. El agua rocía mi espalda ahora, empapando mi piel, y el vapor sube a nuestro alrededor como si el mundo se hubiera reducido a este espacio y no existiera nada más.

Mi cuerpo se tensa de nuevo, otro orgasmo formándose rápido e implacable.

—Ethan... voy a...—

—Lo sé —dice con la respiración pesada—. Dámelo.

Me quiebro a su alrededor, una liberación de cuerpo completo que me deja jadeando, con la frente apoyada en el azulejo y la voz quebrándose al pronunciar su nombre. Siento que él se tensa, oigo cómo se agudiza su respiración y sé que él también está al límite ahora.

Se retira lo justo para girarme hacia él, me levanta de nuevo y se desliza en mi interior una vez más, esta vez sin frenarse.

Su contención finalmente se rompe.

Me posee con fuerza, profundo, buscando ahora su propio clímax; sus caderas chocan contra las mías y el agua golpea nuestra piel. Me aferro a él, con las piernas bien apretadas y la boca en su hombro mientras su control finalmente claudica.

—Lila...—

—Córrete para mí.

Se retira y eyacula sobre mi piel encendida con un gemido roto, llenándome, sujetándome fuerte mientras su cuerpo tiembla. Siento cada pulso, cada segundo, un calor que se extiende bajo y pesado e íntimo de una forma que hace que me duela el pecho.

Se queda así, respirando con dificultad, con la frente apoyada contra la mía.

Durante un largo momento, ninguno de los dos se mueve.

Luego, nos separa con suavidad y pone el agua más tibia, volviéndola reconfortante en lugar de castigadora. Se enjabona las manos y me lava despacio, con cuidado, como si importara. Como si yo importara.

Me aclara el pelo hacia atrás, me limpia entre los muslos con dedos pacientes y me da un beso en la sien cuando me entra un escalofrío.

—Descansaremos —dice en voz baja—. Comeremos. Y después, dejaremos de huir.

Lo miro. —¿Qué quieres decir?

Sus ojos están serenos ahora. Decididos.

—Gavin —dice—. Y el resto de ellos. Acabaremos con todos a la vez. Sin medias tintas. Sin advertencias.

Se me acelera el pulso.

—¿Estás seguro?

Él asiente. —No voy a dejar que vuelvan a acecharte. Nunca.

Me atrae hacia su pecho, con el agua aún cayendo sobre nosotros y su mano cálida y sólida en mi espalda.

—Terminaremos con esto —dice—. Juntos.

21

ETHAN

Lo primero que hago es pedir una pizza.

La caja ya está medio vacía cuando ella deja de fingir que no se muere de hambre.

La observo dar un mordisco a una porción y gemir ante el queso como si hubiera olvidado que hace treinta minutos estábamos teniendo sexo en la ducha contra la pared.

—¿Estás bien? —pregunto.

Ella asiente y se limpia la boca. —No del todo, pero creo que estoy en camino.

—Es justo.

Saco otra porción y me recuesto contra el cabecero de la cama, con un brazo tras la cabeza y la pantalla de mi teléfono aún encendida donde la había dejado. Ella la mira, luego me mira a mí y vuelve a su pizza. Su muslo roza el mío. No se aparta.

—Tengo algo que decirte —digo.

Se queda helada, masticando más despacio, entornando los ojos como si se preparase para el momento en el que yo lo fastidie todo.

—No es malo —añado—. Bueno, es malo para ellos. No para ti.

Ella espera.

Desbloqueo la pantalla, abro una carpeta compartida y se la entrego. —He estado guardando esto.

Es una carpeta llamada *Cross-Internal: Victoria Lane.*

Ella la recorre. Arquea las cejas. —Dios mío.

—Sí.

Hay fotos. Nada de índole sexual —esto no es porno de venganza—, sino de cuentas, reuniones clandestinas y registros de transferencias que nunca llegaron a las auditorías de la empresa. Algunos de los nombres en los recibos son empresas pantalla que mandé rastrear hace tres años. Otras son fundaciones benéficas falsas. Una es la boutique de su prima, que recibió mágicamente una «subvención de retención» justo antes de una ronda de salida a bolsa.

—Ha estado desviando fondos desde antes de que yo sacara la empresa a bolsa —digo—. Pero fue cuidadosa. La única razón por la que la pillé es porque Dan, mi antiguo amigo, solía encubrirla.

Lila levanta la vista bruscamente. —¿En serio?

—Sí. Y Victoria tenía a Sabrina Hayes cuadrando los libros durante la revisión trimestral.

Tuerce el gesto. —Joder. Es una pequeña chivata engreída.

—Es una trepa. Siempre lo ha sido. —Dejo el plato y recupero el teléfono—. No fui a por ellas antes porque no quería quemar toda la firma. ¿Pero ahora?

Su voz baja de tono. —¿Ahora?

—Te han arrastrado a esto —digo, manteniendo la voz serena—, y Gavin Hale es parte del plan.

Su mano se detiene en mitad del aire, olvidada la pizza. —No está trabajando por libre —continúo—. Está en la nómina de Victoria.

Sus ojos se clavan en los míos. —¿Qué?

—Aparece como contratista externo de cumplimiento bajo una entidad pantalla vinculada a Lane —digo—. Un alias distinto. La misma estructura de transferencias que sus cuentas en el extranjero.

Me mira como si acabara de inclinar el suelo bajo sus pies.

—No —dice—. La última vez que lo comprobé, hacía consultoría privada. Así pagaba los hoteles. Así explicaba el dinero en efectivo.

—No era así —respondo con un suspiro—. Ella le pagaba.

Silencio.

Ella entorna ligeramente los ojos. —Lo has investigado, ¿verdad?

No voy a mentirle sobre esto. —Investigué todo el entorno que te rodeaba —digo—. Después de lo de la charcutería, no iba a asumir que solo era un ex celoso.

—No es celoso —dice ella tajante—. Es territorial.

—Y también está financiado —añado—. Y no es coincidencia.

Sus hombros se tensan mientras termina de hacer cuentas mentalmente. —Eso significa que no se presentó en mi oficina por las buenas —dice despacio—. No se tropezó conmigo por casualidad.

—No.

Sus dedos se aferran al borde de la caja, con los nudillos pálidos.

—Lo pusieron ahí ellos —dice ella.

—Sí, y nunca vas a tener que volver a tenerle miedo.

Su mirada escudriña mi rostro. —¿A qué te refieres?

—Me refiero a que nosotros controlamos los tiempos —respondo—. Nosotros decidimos dónde, cuándo y cómo termina esto.

Se queda estudiándome un largo segundo, y algo cambia en su mirada. —Crees que esto es solo estrategia —dice en voz baja—. Crees que se trata de posicionamiento, ventajas y salidas limpias.

—Es posicionamiento y ventaja —replico—. Pero también es protección.

Suelta un suspiro que no es nada firme. —No entiendes lo que él hace —dice.

Frunzo el ceño. —Entiendo lo suficiente.

—No —dice ella, y ahora su voz está tensa—. Entiendes la versión pública. Lo viste en una charcutería. Lo viste gritando y perdiendo los papeles.

Sus manos se cierran sobre la manta. —No lo viste cuando estaba tranquilo.

No la interrumpo, aunque tengo ganas de levantarme, de caminar de un lado a otro, de romper algo; pero me quedo exactamente donde estoy. Si ella confía en mí para contarme esto, no puedo reaccionar. Me toca escuchar.

—Nunca empezaba a gritar —continúa—. Me corregía la forma de hablar, me cortaba a mitad de una frase para decirme que estaba siendo emocional, y me explicaba que me estaba enseñando a pensar.

Siento que se me tensa la columna vertebral.

—Decía que necesitaba estructura —dice ella—. Decía que yo confundía el instinto con la inteligencia, y me decía que me estaba enseñando la diferencia entre el bien y el mal.

—Poniéndote las manos encima —digo, porque ya sé por dónde va esto.

Ella no aparta la mirada.

—Me agarraba la muñeca cuando le interrumpía —cuenta—. Al principio no era lo bastante fuerte como para dejar marca, solo la firmeza necesaria para recordarme quién tenía el control, y luego me preguntaba qué había hecho mal.

Tengo que forzar la mandíbula para desencajarla. —Lo llamaba disciplina —añade—. Decía que me estaba moldeando. Decía que nadie se había molestado nunca en enseñarme dónde estaban los límites.

—¿Y cuando no obedecías? —pregunto, con la voz más baja ahora.

—Subía de nivel —dice ella llanamente—. Pero nunca lo presentaba como una escalada de violencia. Lo presentaba como una consecuencia.

Esa palabra hace que algo oscuro y violento se revuelva en mi pecho.

—Me pegó una vez porque me reí de él delante de alguien. —Su tono se mantiene firme aunque le tiemblan los dedos—. Dijo que lo había avergonzado. Dijo que tenía que entender que mis reacciones tenían repercusiones.

Cierro los puños sobre las rodillas.

—Se disculpó después —continúa—. Lloró. Dijo que yo lo había empujado a hacerlo. Dijo que se odiaba a sí mismo y me preguntó por qué le hacía sentirse pequeño.

Cierro los ojos medio segundo, porque si la miro mientras dice eso, me voy a levantar y voy a romper algo.

—Daba puñetazos a las paredes cerca de mi cabeza y lo llamaba autocontrol —dice ella—. Tiraba cosas que fallaban por centímetros

y me decía que debería estar agradecida de que supiera contenerse.

Trago saliva con dificultad.

—Me decía que tenía suerte —añade—. Decía que era una dramática y que, si alguna vez se lo contaba a alguien, todos se darían cuenta de cómo era yo en realidad. Y aun así, me quedé.

—Sobreviviste de la única forma que sabías en aquel entonces —la corrijo.

A ella se le entrecorta la respiración.

—Me asfixió cuando dije que me marchaba —dice, y la habitación se queda en un silencio que me hace zumbar los oídos—. Y estaba tranquilo. Dijo que yo no entendía lo que estaba arriesgando. Dijo que necesitaba aprender la lección por completo antes de irme.

Algo en mi interior pasa de la rabia a algo mucho más frío.

—Y a eso lo llama orientación —digo.

—Sí.

—Y ahora Victoria lo está financiando —continúo—. Lo cual significa que no era solo ego, era una estrategia de posicionamiento.

Ella levanta los ojos hacia los míos.

—No solo quiere control —digo—. Quiere influencia. Y ella quiere trapos sucios.

Ella asiente una vez.

—Me fui porque pensaba que si desaparecía, él perdería el hilo de la historia. Pensé que si me quitaba de en medio, él pararía. —Se le tensa la garganta—. No te lo conté porque no quería que me vieras como alguien que permitió que eso ocurriera.

—Tú no permitiste que ocurriera. —Mi voz es firme aunque mi pulso no lo sea—. Él te condicionó, te aisló y disfrazó la violencia de

corrección.

Me observa con atención, como si esperase encontrar asco.

Lo único que encuentra es determinación.

—No va a volver a darte ninguna lección en su vida —sentencio.

Sus labios tiemblan un momento y baja la mirada.

—Y ya no tienes que cargar con esto tú sola —añado—. No porque seas débil, ni porque no puedas manejarlo, sino porque ser compañeros significa que yo me pongo donde tú eres el blanco.

Vuelve a mirarme.

—Tengo miedo de dar un paso en falso —dice en voz baja—. Tengo miedo de que reaccione.

—No lo hará —repito, y esta vez no hay dureza en mis palabras—. Porque lo estamos desmantelando.

—Sigues queriendo abarcarlo todo —dice ella suavemente.

—Lo sé —respondo.

—Y sigues moviendo ficha tú primero.

—Sí.

Me sostiene la mirada.

—Pero me has escuchado.

Asiento una vez.

—Y no voy a esperar a que él ataque primero —insisto—. No esta vez.

Abro la siguiente carpeta. —Atraeremos a Gavin de la forma que a él le gusta. Te pones en contacto con él, dejas que crea que estás desesperada o que has vuelto a la ciudad; morderá el anzuelo. Querrá verte.

Ella niega con la cabeza lentamente. —Es peligroso, Ethan. Si cree que trato de tenderle una trampa…

—No estarás sola —digo—. Tendré vigilancia apostada en tres puntos distintos. Mi contacto ya está rastreando el coche que usa cuando no está registrado en el sistema de la firma. Os veréis en público. Y la policía estará escuchando.

Ella sigue en silencio.

Dejo el teléfono y le tomo la cara entre las manos. —Lila. Dijiste que te hizo daño. Que tuviste que huir. Te creo. Pero esto acaba ahora.

Cierra los ojos.

No la presiono. Solo dejo que mi pulgar se deslice por su piel mientras grabo en mi memoria cada línea de su rostro.

—Odio que se te dé tan bien esto —murmura.

—¿La venganza corporativa?

—La guerra estratégica.

—Es lo mismo.

Sus labios se curvan un instante, pero luego abre los ojos y la sonrisa desaparece. —¿De verdad vas a hacer esto? ¿Vas a arrastrar tu nombre por el barro solo para vengarte de ella?

—Ella ya lo ha arrastrado. Yo solo voy a encender la cerilla.

Me mira como si quisiera decir algo, pero cambia de opinión. Termina su porción en silencio.

Mi teléfono suena.

Deslizo para responder. —Dime.

La voz de Adam suena al otro lado, seca y nítida. —Ya tengo el enlace. Gavin Hale está cobrando su anticipo de un fondo reservado

vinculado a Langford Consulting. Es la empresa pantalla de Lane. La misma que usó para los desvíos de cumplimiento en el extranjero.

—¿Pruebas?

—Transcripciones, resguardos bancarios y un acuerdo de confidencialidad firmado por un antiguo empleado que está dispuesto a hablar. Te lo envío todo.

Cuelgo y miro a Lila.

—Ahora —digo—, tenemos con qué morder.

Ella exhala.

—Yo me ocuparé de la junta —continúo—. Tú solo harás lo que te resulte cómodo. No voy a ponerte en peligro.

Ella se estira, coge otra porción de la caja y apoya la cabeza en mi hombro.

—Eres un bastardo —murmura.

—Lo sé.

—Pero eres mi bastardo.

Eso hace que algo en mi pecho se apriete, de forma aguda y plena. Le paso un brazo por los hombros y le beso la sien.

Nos quedamos así, respirando al unísono, con la caja de pizza enfriándose a nuestro lado y el peso de lo que está por venir ya cerniéndose en el aire.

Mañana haremos la llamada y prepararemos la trampa.

22

LILA

Llevo treinta y seis horas de vuelta en la ciudad y mi cuerpo se comporta como si llevara semanas huyendo.

Ethan nos ha buscado un alquiler de corta duración en un edificio privado sin inquilinos registrados y con poco trasiego en el vestíbulo. No hay conserje, y las cámaras de seguridad no están conectadas a un sistema público. Nunca habría pensado que eso me haría sentir más segura, pero es así, porque significa que hay menos desconocidos vigilando mis movimientos.

Me siento en el borde del sofá, que es demasiado blando, y clavo la vista en el cursor que parpadea en la pantalla. He redactado y reescrito el correo electrónico; ahora descansa en la carpeta de borradores. Sé que tendré que enviarlo, porque la espera no detiene a los depredadores, solo les da tiempo.

Él me ha dicho que estaría a salvo y que se encargaría de todo.

Aun así, me parece arriesgado.

El mensaje que le envío a Gavin es corto y va dirigido al punto exacto donde él siempre presionaba.

Yo: He vuelto a la ciudad. No se lo digas a nadie.

Necesito ayuda. Y sé que todavía me deseas.

Mis manos no tiemblan al escribirlo, pero sí al soltar el teléfono.

Ethan entra unos minutos después con dos cafés y una carpeta bajo el brazo; lleva la camisa a medio abotonar y el cuello todavía húmedo. Parece que ya ni siquiera intenta disimular el aspecto tan increíble que tiene.

Al ver mi expresión, se detiene.

—Enviado —digo.

Deja el café frente a mí y acerca la taza a mi mano. —Bien.

—Aún no hay respuesta.

—Esperará —dice Ethan—. Siempre le ha gustado el control.

Asiento, odiando que tenga razón.

Él abre la carpeta y despliega registros telefónicos impresos, y después otra hoja con marcas de ubicación. —Anoche usó el coche de la empresa —comenta—. Lo aparcó en Queens; treinta minutos después, otro teléfono dio señal en la misma manzana. Es el que usa cuando se reúne con alguien que considera importante.

—¿Victoria? —pregunto.

Él asiente.

Se me revuelve el estómago. —Así que siguen trabajando juntos.

—No solo están trabajando —dice Ethan—. Él está limpiando para ella.

Parpadeo. —¿Limpiando qué?

—Ella no recurre a contratistas externos a menos que planee algo turbio —responde Ethan—. Y Gavin no sabe cuándo callarse ni

cuándo retirarse. —Desliza una memoria USB hacia mí—. Esto lo vincula a la financiación de ella, y si él cae del todo, se la llevará por delante.

Toco la unidad y luego levanto la vista. —¿Por qué yo?

—Eres la única variable con la que él nunca contó —dice Ethan—. Eres a la que intentó borrar en lugar de controlar, y te subestimará porque eso es lo que hace.

—Estoy embarazada —digo.

Él no aparta la mirada. —Lo sé.

—Puede que no sea capaz de hacer esto.

—No dejaré que se te acerque —dice, y lo dice de una manera que hace que se me encoja el pecho.

Mi teléfono vibra.

Es él.

Ethan se queda inmóvil mientras leo.

Desconocido: ¿Dónde estás?

Me debes una conversación.

No me obligues a ir a buscarte.

Tres mensajes, con menos de un minuto de diferencia.

—Está enfadado —digo.

—Está entusiasmado —responde Ethan, manteniendo la voz tranquila—. Significa que todavía le importas, y eso es lo que necesitamos.

Dudo.

—Lila —dice, más suave—. Si esto es demasiado...

—No —le interrumpo, y se me aprieta la garganta—. Quiero ser yo quien le ponga fin.

Él asiente una vez, luego se acerca y me aparta un mechón de pelo de la mejilla. —El lugar de la reunión ya está asegurado. Habrá un equipo dentro y la policía estará escuchando. No estarás sola.

Presiono mis dedos contra los muslos y miro fijamente hacia delante. —Quiero ojos en la calle y quiero una señal si tengo que abortar.

—La tendrás —dice.

Le respondo a Gavin.

Yo: Viernes. A las siete. Wyck & Dove. Ven solo.

Responde en menos de diez segundos.

Desconocido: Ni hablar. Tú ya no llevas la voz cantante.

Exhalo. —Eso suena propio de él.

Ethan se encoge de hombros. —Vendrá de todos modos.

Los tres días siguientes son tensos y controlados. Ethan trabaja con los abogados a través de canales seguros, Harrison rastrea la actividad del móvil de prepago de Sabrina hasta un vertedero en Nueva Jersey, y la oficina de Victoria recibe una citación que ella finge ignorar.

Ensayo la reunión en mi cabeza hasta que mis pensamientos se nublan. Me pongo el micrófono con las manos temblorosas, vomito dos veces la mañana de la cita y, cuando Ethan intenta ayudar, le respondo con brusquedad y le obligo a salir de la habitación.

Él lo hace y no discute. Antes de irse, me da un abrazo tan fuerte que apenas puedo respirar.

—No hace falta que me perdones todavía —dice—. Pero estaré aquí cuando lo hagas.

El viernes por la noche, entro en Wyck & Dove con una blusa de seda y unos vaqueros que ya no me quedan igual. Mi vientre sigue casi plano, pero siento mi cuerpo distinto y mis nervios están a flor de piel.

El recepcionista me reconoce y me conduce a la sala trasera. Está reservada, es tranquila y hay una salida lo bastante cerca como para que no tenga que fingir que no la veo. Uno de los hombres de Ethan está sentado en la esquina más alejada con aspecto de empresario aburrido; no le dedico ni una mirada.

Gavin entra a las 19:03.

Mismo paso arrogante, misma camisa negra con las mangas remangadas, vello facial descuidado y una sonrisa perezosa de esas que antes me hacían dudar de mí misma.

—Estás cambiada —dice.

—Tú también.

—Pareces cansada —añade, y se sienta frente a mí—. Y asustada.

—Han sido unos meses largos.

Él se inclina hacia delante, demasiado cerca. —No deberías haber huido.

—Tú no deberías haberme obligado a hacerlo.

Coge la bebida que le espera. —¿Ya no me tienes miedo? —pregunta, cerrando los dedos alrededor del vaso como si tomara posesión de él.

—Nunca te tuve miedo.

Lo digo con claridad y mantengo las manos sobre la mesa, con las palmas hacia abajo, apretando las uñas contra la madera hasta que vuelvo a notar mis propios límites.

Sonríe como si supiera que miento. —Entonces, ¿a qué viene ese mensajito secreto?

—Tenía que estar segura de que no era una trampa.

Su sonrisa desaparece.

Añado: —No tuya. De ella.

Eso capta su atención de una forma que mi dolor nunca logró. Cambia de postura y su mirada se afila.

—¿Qué te ofrece ella últimamente? —pregunto—. ¿Las mismas condiciones que me diste a mí o ha mejorado la oferta?

Ladea la cabeza, un viejo gesto destinado a hacerme sentir irracional. —¿Crees que trabajo para ella?

—Creo que no sabes quién eres a menos que alguien te diga qué debes desear.

Su rostro se ensombrece. —No tienes ni puta idea.

Observo cómo aprieta los dedos contra el cristal y mantengo los hombros relajados.

—Sé que me estrangulaste la última vez que te dije que me iba —digo.

Se estremece apenas un instante, luego se recupera.

—Estabas histérica —dice—. Siempre te pones histérica cuando no te sales con la tuya.

Me inclino hacia delante. —Sé que vaciaste mis ahorros. Sé que usaste mi nombre para abrir una segunda línea de crédito para un viaje que nunca hice. Sé que no fui la primera.

Sus ojos miran fugazmente detrás de mí y luego vuelven, evaluando la sala. Baja la voz. —Tienes que callarte ya.

—No —digo, y aparto su vaso un centímetro—. Ya no tengo miedo.

Suelta una carcajada. —Deberías tenerlo.

Respiro por la nariz y mantengo la vista fija en él.

—Te crees muy lista —dice.

—Creo que he despertado.

Su mirada recorre mi cuerpo; no es deseo, es evaluación. Se queda mirando mi vientre y sonríe como si hubiera encontrado un viejo resorte.

—Has engordado —dice.

Siento el calor en la cara y me niego a que se note como debilidad.

—No estoy aquí para que me examines —digo.

—Siempre has sido muy sensible —dice—. Te comías una galleta y te castigabas a ti misma, y encima me echabas la culpa por darme cuenta.

—No te dabas cuenta —respondo—. Coleccionabas debilidades y las usabas.

Su sonrisa se ensancha. —Escúchate. Palabrería de terapia.

—Son palabras —digo—. Tú eres el que hizo que significaran algo.

Se reclina y su voz se vuelve melosa. —¿Crees que alguien va a salvarte? ¿Tu jefe rico va a ahuyentarme?

No le doy el nombre de Ethan.

Él interpreta el silencio de todos modos y sonríe de oreja a oreja. —Ahí está. Te has buscado a un hombre con dinero y te crees intocable.

Ladea la cabeza. —¿Sabe él lo que eres?

—¿Qué soy? —pregunto.

Él se encoge de hombros. —Una necesitada. Fácil de comprar. Fácil de asustar.

Se me revuelve el estómago y me contengo.

—Me gustaba sobrevivir —digo—. Lo confundí con el amor.

—No puedes reescribir lo que pasó —espeta.

—Acabo de hacerlo —respondo.

Su mano se acerca a la mía como si tocarme fuera un derecho. Mi cuerpo retrocede internamente, pero no muevo la mano porque quiero que vea que mi quietud es una elección.

Se detiene justo antes de tocarme.

—Me echas de menos —dice—. Echas de menos a alguien que te conozca.

—Tú no me conocías —le digo—. Sabías cómo manejarme.

Su rostro se tensa. —No te hagas la valiente. Siempre haces esto antes de rendirte.

—Pero no me estoy rindiendo —digo—. Estoy documentando.

La palabra surte efecto y veo que capta la amenaza.

Vuelve a examinar la sala en busca de cámaras, salidas y miradas.

Mantengo la voz firme. —Me enviaste mensajes desde un número desconocido. Te presentaste en mi trabajo. Me pusiste las manos encima en público. Enviaste recordatorios para demostrar que puedes llegar hasta mí.

—Estás montando un numerito por nada —espeta él.

—Esa es tu frase favorita —digo—. Así es como hacías que pareciera normal.

Tamborilea una vez con los dedos sobre la mesa. Mi cuerpo recuerda ese sonido, pero me niego a que me afecte.

—Quieres dinero —digo—. O quieres el control. Elige una de las dos.

—Me debes una —dice él.

—No te debo nada.

—Desapareciste —escupe—. Me dejaste en evidencia.

—Escapé.

Empuja su silla hacia atrás. —Hemos terminado.

—Siéntate —le digo.

No lo hace.

Así que me levanto yo.

Me tiemblan las rodillas, no porque vaya a claudicar, sino porque estoy en la misma habitación que él y no le estoy dando el final que desea. El hombre de la esquina se levanta al mismo tiempo y los ojos de Gavin se clavan en el auricular.

La rabia cruza su rostro cuando se da cuenta de que no tiene el control de la situación.

—Esto nunca fue por la conversación —digo—. Fue por las pruebas.

Sus hombros se tensan como si sopesara la violencia frente a los testigos, y observo cómo se decide.

Sale disparado.

El equipo de Ethan bloquea la línea de salida y dos agentes de paisano intervienen rápido, controlados y experimentados. Gavin da un empujón, pero enseguida lo inmovilizan, y el sonido que sale de su boca es pura furia sin lugar adonde dirigirla.

Me quedo donde estoy, con las palmas apretadas contra la mesa y el corazón demasiado acelerado. Un agente me toca el hombro y me dice que puedo marcharme; me sacan por la entrada del personal mientras Gavin grita en el callejón y lo meten en un vehículo.

No miro atrás.

Cuando llego al apartamento, Ethan ya me está esperando y, en cuanto entro, cierra la puerta, me atrae hacia él y me toma la cara entre las manos.

Se lo permito.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Mejor que bien. —Aun así me tiembla la voz porque mi cuerpo se está desahogando.

Él asiente una vez.

—Se ha dado cuenta —le digo.

Él frunce el ceño. —¿Del bebé?

—De la trampa —digo—. Ha sentido que algo fallaba y ha intentado huir.

—Bien —responde Ethan—. Eso significa que ha caído de lleno de todos modos.

—No ha escapado —digo.

—No —contesta Ethan—. No lo ha hecho.

Nos quedamos en silencio un instante.

Entonces sonrío, y es una sonrisa real. —Uno menos.

Él me devuelve la sonrisa. —Quedan dos.

23

LILA

Pensaba que lo de Gavin sería la parte difícil, y que después sentiría algo de alivio, pero no es así.

Han pasado dos días y Nueva York sigue moviéndose como si nada hubiera ocurrido, lo que significa que mi teléfono debería estar gritando y mi bandeja de entrada ardiendo, pero, en cambio, reina el silencio, y el silencio es lo que me pone la piel de gallina. Ni números desconocidos, ni nuevas amenazas, ni mensajitos feos disfrazados de preocupación, y nada de titulares sobre un hombre al que han sacado de un local para entregárselo a los inspectores con una pulcra pila de pruebas. Ethan dice que ese es el aspecto que tiene el proceso cuando el primer paso es sólido, porque los encargados de la recepción no filtran detalles y Victoria no pone su nombre en nada que no pueda limpiar.

Sé que tiene razón, y aun así no me gusta.

—No se han movido —le digo esa mañana mientras estoy en la cocina del piso de alquiler y observo una taza de la que no bebo.

Ethan levanta la vista del portátil. —Eso es bueno.

—Está controlado —corrijo, porque decir «bueno» me parece tentar a la suerte.

Aprieta los labios, luego se relaja y no discute la diferencia. Ha aprendido que yo oigo el tono antes que la intención, y que cuando digo que algo me asusta, no le pido que me quite la idea de la cabeza, sino que me dé un plan.

—Están esperando a que surja la próxima oportunidad —añado.

—Sí —dice él—. Y nosotros los vigilamos a ellos.

El alquiler está en Manhattan y no está a nombre de ninguno de los dos. Es el tipo de edificio en el que no te fijas dos veces porque es limpio, silencioso y olvidable, y tiene menos desconocidos vigilando el vestíbulo que los sitios con porteros encorbatados y opiniones ruidosas. Ethan lo llama inteligente y yo lo llamo necesario, y ninguno de los dos finge que lo «necesario» no conlleva un coste.

A mediodía, estoy harta de estarme quieta y de esperar a que el próximo golpe venga de un flanco que no he previsto. Hago lo único que he evitado durante meses porque me parecía como abrir una puerta en una habitación que había mantenido sellada a propósito.

Entro en LinkedIn.

Mi perfil parece el mismo, pero mi vida no. Reviso las notificaciones y veo tres visitas al perfil que no reconozco; todas con cuentas vacías, historiales laborales casi inexistentes y fotos que parecen sacadas del mismo banco de imágenes.

No finjo que sea normal.

Giro la pantalla hacia Ethan. —¿Ves estas?

Se acerca por detrás de mí; no me toca, pero su presencia llena el espacio de todos modos. Lee, luego levanta la mirada y la calma de su rostro no cambia, pero el enfoque sí.

—No pinches en nada —dice.

—No iba a hacerlo —respondo.

Asiente una vez y hace la llamada.

—Harrison —dice cuando responden al otro lado—, rastrea tres cuentas de LinkedIn en busca de indicadores de fuentes abiertas; quiero un análisis de patrones, no conjeturas.

Harrison contesta al primer tono. —Entendido.

Ethan termina la llamada y me mira. —Si son personas reales, tendrán huella digital. Si no lo son, compartirán patrones.

—¿Patrones como qué? —Odio que se me esté cerrando el estómago ya.

—El mismo intervalo de registro —dice—. Las mismas fuentes de imágenes. La misma cadencia de publicación. Los mismos grupos de interacción. Es difícil fingir una persona a la perfección sin copiar algo.

Mi teléfono vibra antes de que pueda responder, y mi corazón da un vuelco violento sin motivo real, porque mi cuerpo aún no ha aceptado que el peligro ya no tiene un asiento reservado en cada mesa.

Es una solicitud de mensaje en Instagram de una antigua amiga de la universidad con la que no hablo desde hace seis años.

¡Hola, desconocida! ¿Adivina quién está en la ciudad? Vamos a tomar algo. :) Lo miro fijamente y luego le paso el teléfono a Ethan sin decir palabra.

Lo lee una vez, luego otra, y me mira. —Esa no es tu amiga.

—No lo es —estoy de acuerdo, y siento la garganta seca.

—Pero es una baza que está usando. —Su voz se mantiene plana, como si estuviera repasando una lista de tareas.

Escribo una sola palabra de respuesta.

¿Cuándo?

La réplica llega rápido, lo cual es el primer indicio, porque mi verdadera amiga de la universidad nunca respondía rápido a menos que fuera un chat de grupo con cuatro personas gritándose entre sí.

Esta noche. Tú eliges. :)

El teléfono de Ethan vibra un segundo después, y ni siquiera mira hacia abajo antes de decir: —Harrison acaba de vincular dos de esas visitas al perfil con el mismo grupo de contactos de usar y tirar que marcamos tras lo del deli, y la tercera está ligada a un correo creado recientemente que se ha usado para concertar reuniones bajo otros nombres.

Trago saliva. —Así que es Sabrina.

—Es un acercamiento —corrige—. Sabrina hace el acercamiento, porque ella es la que puede sentarse frente a ti sin hacer saltar las alarmas.

Suelto un breve suspiro. —Crees que me está probando.

—Lo está haciendo —dice Ethan—. Quiere ver si picas, y quiere ver lo sola que estás cuando lo hagas.

Miro el mensaje de nuevo, y esa parte de mí que solía quedarse petrificada intenta tomar el control. La reprimo.

—Lo haremos —digo.

Los ojos de Ethan sostienen los míos. —Si vas a hacerlo, lo haremos con limpieza.

—No me voy a quedar en este piso esperando a que ella decida cuándo se me permite respirar —respondo, y mi voz no tiembla porque no dejo que lo haga.

Asiente una vez. —De acuerdo. Nosotros elegimos el sitio.

Elegimos un bar en el Lower Manhattan lo bastante ruidoso como para camuflar la conversación, lo bastante concurrido como para ocultar rostros y lo bastante ordinario como para que nadie se acuerde de nadie al día siguiente. Las sillas son incómodas, las patatas fritas son malas y los baños siempre están llenos, lo que significa que hay testigos, movimiento y ruido; eso es lo que quiero.

Ethan no viene conmigo.

Lo intenta al principio, porque siempre lo intenta, y yo lo corto en seco.

—No puedes estar a la vista —le digo mientras estamos sentados en el coche a una manzana de distancia—. Ni al otro lado de la calle, ni en una esquina, ni en la barra fingiendo que eres un tipo cualquiera tomando una copa, porque ella conoce tu cara y lo sentirá.

Su mirada es afilada. Noto que quiere replicar, pero no lo hace, porque ha aprendido que la forma más rápida de perderme es tratar mi miedo como si fuera debilidad.

—No voy a dejarte sin cobertura —dice.

—Tengo cobertura —respondo—. Tu gente está en posición, y vas a respetar el hecho de que soy yo quien va a hacer que hable.

Inspira por la nariz y suelta el aire. —Llevas el micro.

Me toco la cinturilla bajo el abrigo. —Está encendido.

—Compruébalo dos veces —dice.

—Ya lo he hecho. —Mantengo un tono práctico, porque si dejo que se convierta en algo emocional, ambos nos quedaremos atrapados ahí.

Ethan asiente, luego levanta su teléfono y habla en voz baja. —Harrison, ella entra sola. Sin colas visibles. Mantened la distancia y quedaos fuera de su línea de visión.

Harrison responde de inmediato. —Entendido.

Ethan vuelve a mirarme. —Reporta cada siete minutos.

—Te he oído —digo, y odio que me haga sentir como una niña, pero no peleo. Las reglas evitan que mis pensamientos corran más que mi cuerpo.

—No te vas sin el reporte —repite.

—No lo haré —digo, y lo digo en serio.

Me observa un segundo. El miedo que siente es silencioso, pero está ahí, y hace que algo en mi pecho se ablande incluso cuando mantengo la espalda recta.

—Esto termina esta noche —dice.

—Esto empieza esta noche —corrijo—. Victoria sigue ahí fuera.

Aprieta los labios. —Lo sé.

Me deja a una manzana y se queda en el coche; no miro atrás, porque mirar atrás es como empiezas a negociar contigo misma.

Dentro, el bar está en penumbra, ruidoso y abarrotado. Elijo un reservado hacia el fondo desde donde puedo ver la puerta sin que parezca que la estoy vigilando. Dejo el bolso en el asiento a mi lado con la correa enrollada en mi muñeca y me contengo de tocar el micro otra vez, porque los nervios se notan.

Sabrina ya está allí.

Parece recién salida de una campaña de marca y metida en un lugar que no se la merece, y está usando ese contraste como un arma. Tiene el pelo más largo, la cara más afilada y su sonrisa es demasiado perfecta para el entorno.

—Lila —dice, como si fuéramos amigas y simplemente hubiéramos estado ocupadas.

Me deslizo frente a ella y apoyo los antebrazos en la mesa. —Sabrina.

Me recorre con la mirada. Sus ojos bajan durante una fracción de segundo y luego vuelven a subir; no se me escapa el detalle.

—Pareces… asentada. —Hay algo casi complacido en su voz, como si ya hubiera decidido lo que está viendo.

—Estoy viva —respondo.

Llama al camarero y pide dos copas sin preguntarme qué quiero.

—Lo mismo de la última vez —le dice al camarero, y luego me mira como si me estuviera haciendo un favor.

—Estoy embarazada —digo, con calma y tono plano, porque dejar que ella controle la revelación me pondría enferma.

Su sonrisa no flaquea, pero sus ojos se iluminan. —Enhorabuena.

El camarero regresa con los dos vasos.

Yo no toco el mío y lo aparto unos centímetros.

Sabrina se da cuenta y sonríe más, como si disfrutara de esa pequeña incomodidad.

—Bueno —dice, acomodándose—. Gavin se ha metido en líos.

Parpadeo una vez. —¿Ah, sí?

Se inclina hacia delante, bajando la voz. —Está en el calabozo y no lo está disfrutando, y alguien les ha entregado a los inspectores un paquete que no han tenido que montar ellos mismos.

Mantengo el rostro impasible. —Pareces bien informada.

—Tengo contactos —dice, como si fuera un chiste.

—Tú ayudaste a encubrirlo.

—Claro —dice ella—. En la época en la que era útil.

—Y ahora no lo es.

—Ahora es un lastre. —Hay un matiz cortante bajo el barniz de elegancia—. No me dedico a proteger a idiotas.

Esa es la primera grieta que le noto, y me la guardo.

—¿Qué es lo que quieres?

La sonrisa de Sabrina se mantiene, pero su ritmo cambia. —Quiero salir.

No reacciono. —¿Salir de qué?

—De lo de Victoria —dice, y las palabras salen más rápido ahora, como si intentara adelantarse a su propio miedo—. Y quiero protección. La quiero por escrito, la quiero grabada, y quiero un camino que me mantenga fuera de la cárcel.

Ladeo un poco la cabeza. —¿Crees que yo puedo ofrecerte eso?

—Creo que estás con Ethan. —Pronuncia su nombre como si lo saboreara—. Y creo que harás lo que sea para asegurarte de que tu bebé nazca sin que nadie te persiga.

Mis dedos se curvan bajo la mesa, luego los obligo a relajarse, porque ella quiere ver tensión para usarla en mi contra.

—No sé de qué me hablas —digo, anodina y aburrida.

Me estudia, luego se inclina aún más. —Tengo nombres —dice—. Contraseñas. Capturas de pantalla. Transferencias. Itinerarios de pagos. Lo suficiente para hacerla sangrar.

—¿Qué parte? —pregunto, con sencillez.

Sabrina exhala, y luego habla como si estuviera recitando algo que se ha repetido mil veces.

—Lane Strategies no es una firma —dice—. Es un embudo. Victoria pone el ojo en empresas que necesitan algo, les ofrece acceso y resultados, desvía los pagos a través de sociedades pantalla y lo etiqueta como consultoría.

No la interrumpo, porque quiero un audio limpio y quiero que siga hablando.

—Agiliza licencias —continúa Sabrina—. Suaviza auditorías. Da empujoncitos a licitaciones. Se lleva una comisión y luego la oculta tras facturas.

Se me aprieta el estómago. Encaja con Victoria, y odio que encaje.

—¿Y Gavin? —pregunto.

La boca de Sabrina tiene un espasmo. —Coacción y acceso —dice—. Presiona a la gente que no paga y busca trapos sucios, y es útil de la forma en que los hombres como él son útiles para las mujeres como ella.

—Tienes miedo de Victoria —digo.

La sonrisa de Sabrina muere de verdad esta vez. —Tú también deberías tenerlo.

Le sostengo la mirada. —Demuéstralo.

Mete la mano en el bolso y saca un lápiz de memoria, luego lo desliza por la mesa como si pasara una cuenta.

—Una cuenta —dice—. Cincuenta mil pavos. A través de una sociedad pantalla en las Caimán. Su rastro de autorización es tenue, pero ahí está.

Aún no lo toco.

—Has venido preparada —digo.

—He venido para seguir viva. —Sus ojos recorren la sala y vuelven a mí, como si imaginara a alguien entrando.

—Haces esto por ti —digo.

—Obviamente —espeta, luego se contiene y fuerza la sonrisa de nuevo—. Pero a ti te ayuda. Tú quieres verla acabada y Ethan quiere

verla acabada, y yo puedo daros lo que necesitáis.

Dejo que el silencio se prolongue un instante.

—¿Qué pides a cambio? —pregunto.

—Protección —dice—. Un acuerdo grabado. Un abogado. Condiciones.

—¿Y si decimos que no? —pregunto.

Su sonrisa se vuelve forzada. —Entonces me largo y tú sigues expuesta.

Mantengo la calma. —Esto es lo que va a pasar.

Me observa atentamente, como si no esperara que yo fuera la primera en hablar.

—Das lo suficiente esta noche para una verificación —continúo—. Luego volvéis a reuniros en un entorno controlado, con asesoramiento legal y grabación, y das el resto. Si mientes, si ocultas algo, si intentas jugar a dos bandas, hemos terminado.

Sabrina enarca las cejas. —¿Me estás poniendo exigencias?

—Estoy fijando las condiciones —respondo—. Si quieres un trato, tienes que aceptar que tú no estás al mando.

Me estudia durante un largo segundo y luego asiente una vez, despacio. —Bien.

Cojo el lápiz de memoria con dos dedos y lo meto en mi bolso.

—Tú sales primero —le digo—. Sin demoras, sin conversaciones extra.

Suelta una carcajada, seca. —Has cambiado.

—No me quedaba otra —respondo.

Se desliza fuera del reservado y se aleja sin mirar atrás.

Espero más de treinta segundos, porque no voy a dejarle un hilo fácil que lleve desde mí hasta la puerta. Hago el reporte con la palabra clave que me dio Ethan y no me muevo hasta que llega la respuesta.

Todo despejado.

Luego salgo por la puerta lateral y me subo al coche que Harrison ha organizado. El conductor no habla y yo no hago preguntas; las preguntas no sirven de nada ahora mismo.

Cuando vuelvo al piso, Ethan ya está dentro.

No está de un lado para otro. Ha preparado el portátil sin conexión en la mesa y un pequeño grabador descansa a su lado. El maletín del que ha salido está cerrado y pegado a la pared como si siempre hubiera estado allí.

Levanta la vista en cuanto entro. —¿Algún problema?

—No —digo, y saco el USB del bolso—. Quiere inmunidad.

Ethan lo coge y lo conecta al sistema fuera de línea; sus dedos se mueven rápido mientras su rostro permanece bajo control. Lee durante un minuto, baja por la pantalla, luego se detiene.

—El rastro es correcto —dice—. La entidad pantalla es una de las que teníamos marcadas.

Me cruzo de brazos. —Así que no va de farol.

—Está entrando en pánico.

—O nos está tendiendo una trampa —digo.

Él me mira. —Esto es demasiado específico para ser falso, y demasiado arriesgado para entregarlo si todavía fuera leal.

Miro fijamente la pantalla y luego a él. —Explícamelo con claridad. ¿Qué está haciendo Victoria?

La voz de Ethan es firme. —Pago por favores. Vende acceso y resultados, desvía los pagos a través de sociedades pantalla y apenas deja rastro en papel.

—¿Y Gavin? —pregunto.

—Cobros y coacción —responde—. Presiona a los objetivos y hace recados en sistemas que no debería tocar.

Asiento una vez, porque encaja, y porque odio que encaje. Sabrina no mentía.

—Así que Sabrina tiene pruebas —digo.

—Tiene lo suficiente para negociar —responde Ethan—. Pero también es del tipo que intenta vender lo mismo dos veces.

Me quito los zapatos y presiono los dedos contra el suelo; tomar tierra es lo único que evita que mis pensamientos salgan disparados.

—Entonces la llevamos a un trato grabado y la atamos a las condiciones —digo.

—Con cuidado —responde Ethan—. Quema los puentes cuando tiene miedo.

Le miro. —Quiere una reunión.

No parpadea. —Con asesoramiento presente, grabada y controlada.

—Sí —digo—. Quiere garantías.

—Entonces le damos un plazo —responde—. Y lo hacemos en nuestro terreno.

A la tarde siguiente, él lo organiza todo, y no discute cuando le digo que no pienso entrar en ninguna habitación que no tenga estructura, salidas y gente que no sea suya.

Es un espacio privado, con micrófonos, grabado y controlado, y hay un agente presente que parece un tipo corriente hasta que te fijas

en cómo vigila la puerta y las esquinas.

Sabrina aparece con unas gafas de sol que no se quita.

—Quiero que esto se grabe —dice de inmediato.

—Se hará —responde el agente, parco y profesional.

Ethan mantiene las manos a la vista, la postura calmada, y deja que el agente lleve la voz cantante, porque Sabrina se relaja cuando las reglas existen por escrito.

Ella deja una carpeta fina sobre la mesa.

—Ahí hay una declaración jurada ante notario —dice—. Números. Contexto. Nombres.

Ethan la abre y hojea el contenido; veo el momento en que su mirada se afila, porque acaba de aparecer algo nuevo.

En la primera página hay un nombre que no es el de una empresa.

Es un político.

Ethan suelta un juramento por lo bajo, tenue y controlado, y levanta la vista hacia Sabrina.

—Por eso ha seguido protegida —dice Sabrina, y vuelve a sonreír, satisfecha—. El dinero no solo se ocultaba, estaba comprando favores.

Ethan pasa otra página; las rutas de desvío son lo bastante claras como para seguirlas y lo bastante feas como para arruinar a todo el que toquen.

—¿Esto es todo? —pregunta Ethan.

—No —responde Sabrina—. Pero es suficiente.

El equipo copia y registra todo, el agente dicta el acuerdo ante el grabador y Sabrina firma como si ya lo hubiera hecho antes; porque lo ha hecho, solo que no en este lado de la mesa.

Cuando se va, me mira como si fuéramos aliadas.

—De nada —dice.

—No te estoy dando las gracias —respondo.

Ella suelta una risa y sale por la puerta.

Cuando la puerta se cierra, Ethan exhala una vez y aprieta la mano sobre la carpeta.

—Acaba de darnos lo que necesitamos para llegar a Victoria —dice.

—Y ha metido a alguien más importante en el ajo —respondo.

Los ojos de Ethan sostienen los míos. —Sí.

Miro los documentos, luego el grabador, luego a Ethan, y noto que mi rabia se asienta en algo que ya no es pánico.

—¿En qué posición nos deja esto? —pregunto.

—Pone a Victoria a nuestro alcance —dice—. Pone a Sabrina a nuestro alcance, y mantiene a Gavin a nuestro alcance incluso desde una celda.

—¿Y el político?

—Eso atrae a gente a la que no le gusta que la vigilen. —Su voz sigue siendo uniforme, pero la tensión en él no lo es.

Más tarde, me tumbo en la cama y miro el techo. Mi cuerpo se niega a relajarse, no porque tenga miedo, sino porque estoy furiosa, y porque la furia es más fácil de sobrellevar que la impotencia.

Me pongo de lado y apoyo la palma de la mano en mi vientre; no finjo saber exactamente qué siento todavía, pero la conciencia de ello está ahí, y aun así hace que se me cierre la garganta.

—No vas a crecer con miedo a esta gente —susurro—. No mientras yo esté aquí.

Ethan sale del baño y se acuclilla frente a mí, luego apoya la frente suavemente contra mi vientre e inspira una vez, como si necesitara el recordatorio de que esto es real y sólido.

—Ella va a mover ficha —dice en voz baja.

—Va a cometer un error —respondo.

Él levanta la vista hacia mí, con ojos firmes, y puedo ver la contención en él: quiere hacerlo todo él solo y se está obligando a no hacerlo.

Bajo la mano y le acaricio la mejilla, y luego soy directa: —Acabemos con esto.

24

ETHAN

Victoria cancela tres reuniones antes de las nueve, desvía dos llamadas a través de asistentes que no existen en ningún organigrama y bloquea su agenda con la palabra «viaje», a pesar de que el investigador de Harrison no ha podido encontrar ni un solo vuelo de salida vinculado a su nombre legal o a sus alias conocidos en los últimos seis meses.

Se reorganiza, porque cree que siempre puede sobrevivir a las consecuencias.

Estoy en mi despacho antes de las siete; el café permanece intacto mientras tres pantallas siguen abiertas frente a mí: una para asuntos legales, otra para cumplimiento y otra para las notas en vivo de Harrison, mientras su equipo rastrea las comunicaciones de ella en tiempo real bajo órdenes judiciales y consentimientos que ya hemos obtenido.

La llamada de la junta directiva está fijada para las nueve, y la he mantenido en secreto a propósito, porque cuanta menos gente sepa la hora, menos gente podrá avisarla.

Abro la primera carpeta de nuevo, no porque necesite que me lo recuerden, sino porque quiero tener cada línea grabada en la cabeza

antes de pronunciar su nombre en voz alta en una sala llena de gente que solía tratarla como a una genio.

Lane Strategies.

Langford Consulting.

Dos sociedades pantalla en las Caimán, una en Malta y una organización sin ánimo de lucro cuyas «reuniones» de junta eran invitaciones de calendario a las que nadie asistía jamás.

Una pila de facturas que coinciden con sus hábitos de formato, hasta en los errores de espaciado que nunca corregía, porque le gustaba ver sus huellas dactilares en el trabajo.

La última página es la que más importa, y es la razón por la que esto terminará de forma limpia.

Una declaración jurada firmada.

Una cadena de autorizaciones.

El nombre de un cargo público que obliga al interés federal, porque nadie quiere dar la imagen de estar ignorándolo.

Mi teléfono vibra.

Harrison: Está llamando a D. C. otra vez. El mismo teléfono desechable. El mismo enrutamiento.

Yo: Seguid registrándolo. Sin contacto.

No quiero una advertencia, quiero un registro.

A las ocho y media, camino por el pasillo hacia la sala de juntas. No llevo un desfile conmigo, porque no intento ganar una escena.

Intento ganar un caso.

Los directores llegan de dos en dos, con voces bajas y posturas cautelosas; me miran como si ya supieran que algo va mal, pero no quisieran ser los primeros en decirlo.

—Gracias por venir con tan poco margen de tiempo —digo cuando la puerta se cierra por última vez—. Esta es una reunión de divulgación interna, y va acompañada de presentaciones externas que ya han sido entregadas.

Algunos rostros cambian de expresión.

Un director se inclina hacia delante. —¿Presentaciones externas?

—Sí —respondo—. Divulgación voluntaria a los reguladores y notificación formal a los abogados de las agencias con jurisdicción.

La boca de otro director se tensa. —¿Ha presentado eso sin la aprobación de la junta?

—Lo he presentado para proteger a la empresa —replico con tono firme—. Si quieren discutir sobre gobernanza, pueden hacerlo con los abogados presentes, y pueden hacerlo después de escuchar lo que necesitan escuchar.

Nadie vuelve a interrumpir.

Pulso el mando y aparece la primera diapositiva.

Gastos de Consultoría No Autorizados: 2019–Presente

Los números son sencillos, y el patrón es más estrecho de lo que a nadie le gustaría.

—Esto empezó como una revisión de las tasas de cumplimiento —digo—. Terminó como una tubería de extracción que utilizaba nuestros procesos con proveedores como tapadera, y se vincula con una antigua ejecutiva que nunca dejó de operar dentro de nuestra órbita.

Hago clic para pasar a la siguiente diapositiva.

Victoria Lane.

Un murmullo contenido recorre la sala.

—Ella no trabaja aquí —dice el presidente con cautela.

—Dejó de cobrar una nómina —corrijo—. No dejó de usar su acceso.

Recorro las pruebas en el orden que evita el pánico, porque el pánico hace que la gente recurra a la negación.

Facturas vinculadas a sociedades pantalla. Correos electrónicos que muestran coordinación. Registros de calendario que muestran reuniones y presentaciones. Rutas de transferencias bancarias que aterrizan en cuentas que ella controlaba por poderes.

Luego paso a la sección que acaba con cualquier tentación de convertir esto en algo «personal».

—Lane Strategies no se creó como una firma legítima —digo—. Se creó como un embudo; vendía acceso y resultados, y movía dinero bajo etiquetas diseñadas para parecer consultoría.

Un director suelta un improperio por lo bajo.

—Se aprovechó del personal que tenía acceso al sistema —continúo, manteniendo la exposición limpia—. Uno está colaborando y otro ya está bajo custodia.

Eso cala, porque lo hace real y lo hace inmediato.

—Y antes de que alguien pregunte —añado—, esto no se detiene en nuestros muros, y por eso las presentaciones ya han sido entregadas.

Hago clic de nuevo y el nombre del político aparece en una captura de pantalla censurada, porque no voy a dar a la junta más exposición de la necesaria.

El presidente se recuesta lentamente. —Eso es... grave.

—Lo es —digo—. Lo que significa que hoy haremos dos cosas, y las haremos rápido. Separamos la empresa de la trama y colaboramos plenamente.

Un director levanta la mano. —Ethan, si esto se hace público, podría...

—Se hará público —le corto, sin elevar la voz—. La única pregunta es si se hará público pareciendo víctimas que respondieron de inmediato, o cómplices que dieron largas.

El equipo legal interviene entonces, y no es teatro, es procedimiento.

Una carpeta sobre la mesa. Un cronograma. Una lista de notificaciones ya enviadas. Un conjunto de órdenes de preservación. Un plan para las comunicaciones con los empleados.

Un director estalla: —Se está moviendo como si ya hubiera decidido que la junta se alinearía.

—Decidí que no íbamos a esperar a las citaciones judiciales —respondo—. Si quieren retrasarlo, pueden votarlo y explicárselo a los investigadores federales después.

Eso termina con la discusión.

Obtenemos una resolución formal de la junta que autoriza la colaboración y la remediación interna, obtenemos la autorización para suspender y despedir a los empleados implicados, y obtenemos la aprobación para la declaración pública que el departamento legal ya ha redactado.

Luego presento el último conjunto de diapositivas, porque es la parte que ha estado envenenando a la empresa silenciosamente, y es la parte que Victoria usaba para controlar a la gente.

Un paquete de desinformación.

Me ciño a los hechos y soy breve.

—En el último año —digo—, ha habido acusaciones falsas dirigidas contra mi conducta y mis relaciones, y esas acusaciones se amplificaron a través de cuentas falsas y menciones pagadas que vinculan con entidades conectadas a Victoria Lane.

Un director frunce el ceño. —¿Qué acusaciones?

No aparto la mirada.

—La acusación de que abusé de una empleada durante un descanso —digo—. La acusación de que una ruptura se volvió violenta. La acusación de que utilicé la intimidación para silenciar a alguien.

La sala se queda inmóvil.

Hago clic en la siguiente diapositiva.

Un conjunto de capturas de pantalla que muestran las publicaciones originales, las marcas de tiempo y las fechas de creación de las cuentas. Un mapa de conglomerados del equipo de Harrison que muestra el comportamiento coordinado de las publicaciones compartidas. Facturas por servicios de «gestión de reputación» pagadas a través de Langford Consulting. Un hilo de mensajes entre Sabrina Hayes y un contratista dándole instrucciones para que impulsara la historia con la frase «fuentes anónimas cercanas a Cross».

Mantengo la voz plana. —Era una mentira. Se construyó para dañar la credibilidad, se construyó para aislar a la persona a la que iba dirigida, y se financió con la misma tubería que acaban de ver.

Nadie habla.

La voz del presidente suena más baja. —¿Está seguro?

—Sí —respondo—. Tenemos rastros de pagos, vínculos entre cuentas y una declaración jurada firmada que confirma quién lo ordenó y por qué.

Ese es el punto en el que la junta deja de pensar en política y empieza a pensar en contención.

Para cuando termina la reunión, nadie pregunta si podemos evitar el estallido, porque comprenden que el estallido ya ha ocurrido y el único control que queda es cómo respondemos.

Regreso a mi despacho y el equipo de seguridad ya ha hecho lo que pedí.

Han dejado entrar a Victoria, porque yo la quería en una sala controlada, donde existieran cámaras y testigos, y quería que el momento fuera mío.

Está de pie cerca de la ventana cuando entro, con el abrigo sobre el brazo, expresión impecable, ojos brillantes de fastidio en lugar de miedo.

—Has estado ocupado —dice.

—Tú también. —Paso por su lado sin ofrecerle la mano—. Llamar a D. C. no servirá de nada.

Su rostro flaquea por medio segundo, luego lo recompone. —No sé qué estás insinuando.

—Lo sabes —respondo, y me siento tras mi mesa—. Siéntate.

No se mueve.

—He venido para ofrecerte una salida —dice, y lo dice como si todavía estuviera al mando—. Estás a punto de causar un daño que no podrás deshacer.

—Tú ya lo causaste —replico.

Su sonrisa se tensa. —Siempre te ha costado separar la emoción de la estrategia.

La miro y mantengo la voz nivelada. —Esto no es emoción, ni es estrategia; ya se ha puesto en marcha.

Inclina la cabeza. —¿Qué has hecho, Ethan?

Toco mi pantalla y la giro ligeramente, lo justo para que vea lo que quiero que vea.

La declaración jurada. El libro mayor. La cadena de autorización. El nombre del cargo público.

Se le corta la respiración. Es algo leve, pero ahí está, y lo registro porque me indica que he dado en el nervio.

—Eso no significa lo que crees que significa —dice rápidamente.

—Significa que ya no podrás gestionar los resultados —respondo.

Se acerca un paso, y su barniz se agrieta solo una fracción. —No publicarás eso.

—No lo he publicado —corrijo—. Lo he entregado; lo he hecho a través de abogados y ante agencias que no negocian contigo.

Sus ojos se endurecen. —Estás de farol.

Pulso un botón bajo mi mesa.

La puerta se abre.

Entran dos agentes, con las placas visibles, movimientos eficientes y rostros inescrutables.

Victoria se gira lentamente, y el cálculo en sus ojos se acelera, porque está acostumbrada a salas donde su encanto restablece el equilibrio, y esta no es esa sala.

—Esto es indignante —dice, y su voz se mantiene suave porque todavía intenta controlar la escena—. Ethan, no entiendes con quién te estás cruzando.

—Lo entiendo —respondo—. Por eso no he hecho esto solo.

Su mirada se clava en mí de nuevo y su boca se curva en una pequeña y mezquina sonrisa.

—Esto es por ella —dice en voz baja—. La asistente.

No respondo, porque no le debo ninguna confirmación ni ninguna reacción.

Ella se toma el silencio como permiso de todos modos.

—Estás echando fango sobre tu propio nombre por alguien que se irá cuando las cosas se pongan difíciles. —Su voz se vuelve dulce de esa forma que siempre usaba cuando quería asestar una puñalada y hacer que pareciera un consejo.

No surte efecto.

—No tienes derecho a hablar de ella —digo, y mi voz permanece calmada porque la calma es control.

Uno de los agentes da un paso al frente.

—Victoria Lane —dice—, queda detenida bajo cargos que incluyen conspiración para cometer fraude electrónico, blanqueo de dinero y obstrucción.

Ella levanta la barbilla. —¿Crees que esto prosperará?

—Lo hará —respondo, porque sé lo que hay en el expediente y sé lo que ella firmó sin darse cuenta.

Me lanza una última mirada mientras la sujetan por los brazos, e intenta un último ángulo, porque no puede evitarlo.

—Crees que has limpiado esto —dice en voz baja—. Crees que tienes la historia.

—No necesito una historia —replico—. Necesito la verdad sobre el papel.

Sus ojos se afilan. —Te refieres a la mentira que vas a contar para parecer noble.

No parpadeo.

—Lo de la acusación de abuso —digo, y soy tajante—. Tú pagaste por ello. Hiciste que Sabrina lo coordinara, lo difundiste a través de cuentas falsas y lo usaste para envenenar mi credibilidad e aislar al objetivo.

Su compostura se resbala por una fracción de segundo.

—No sé de qué estás hablando —dice, demasiado practicada como para hacer cualquier otra cosa.

Giro mi pantalla de nuevo y le muestro lo que no pensó que nadie conectaría.

La factura de un contratista. Un comprobante de transferencia. Un hilo de mensajes con su propia forma de expresarse.

Ella se queda mirando, y la inmovilidad de su rostro se transforma en ira.

—Se merecía que se lo recordaran —dice Victoria, y las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

Los ojos del agente se desvían hacia los míos, luego vuelven a ella, y no hace ningún comentario, porque no hace falta.

Se la llevan fuera.

Se gira una vez en la puerta y me mira con algo cercano al odio.

—Siempre necesitaste a alguien que te diera estabilidad.

Sostengo su mirada. —Tú siempre confundiste el control con la lealtad.

No responde, porque no le queda nada limpio que decir.

Cuando la puerta se cierra, el despacho se queda en silencio, y el silencio se siente ganado.

Mi teléfono vibra.

Lila: ¿Ya está?

Yo: Sí. Está bajo custodia, y no va a salir de esta.

Una pausa, y luego el siguiente mensaje aterriza con más fuerza que el arresto.

Lila: ¿Y las publicaciones?

Me quedo mirando la pantalla un segundo, porque recuerdo exactamente lo rápido que se extendió aquella mentira, y recuerdo cuánta gente la vio, y recuerdo cómo fue diseñada para persistir incluso después de ser desmentida.

Escribo con cuidado, porque ella se merece hechos limpios.

Yo: Eran mentiras pagadas. Tenemos las facturas, las cuentas de bots y los mensajes, y Sabrina lo ha confirmado en su declaración jurada. El departamento legal va a emitir una corrección y los abogados presentarán demandas por difamación. Nadie creíble lo considera ya como algo cierto, y quien lo haga, lo hará a propósito.

Otra pausa.

Lila: Bien. Quiero que muera.

Yo: Así es.

Salgo del edificio por una salida privada, porque la prensa ya se está reuniendo delante y no voy a darles un espectáculo. Legal se encargará de la declaración, cumplimiento se encargará del proceso y las agencias se encargarán de lo que venga después.

Regreso a la casa de alquiler y, cuando abro la puerta, Lila está en el sofá con las rodillas encogidas, las manos apoyadas sobre su vientre como si estuviera manteniendo el centro de su mundo en su lugar.

Levanta la vista y sus ojos buscan mi rostro.

—Se acabó —digo.

Se levanta, cruza la sala y apoya la frente contra mi pecho, y el contacto me golpea como un reinicio, porque el último mes ha sido de presión, riesgo y contención, y ella ha sido la única parte que se ha mantenido estable.

La rodeo con mis brazos y la sostengo ahí.

—¿Qué pasará con Sabrina? —pregunta en voz baja.

—Ha firmado —respondo—. Testificará, y no va a obtener la inmunidad que quería, porque colaborar no significa ser inocente.

—¿Y Gavin?

—No volverá a acercarse a ti —digo—. Se enfrenta a cargos que no desaparecen solo porque él cuente una historia.

Su respiración se estremece una vez y ella asiente.

Se aparta lo justo para mirarme. —¿Y la mentira?

—Está solucionado —le digo—. Tenemos pruebas, declaraciones juradas y rastros de pagos, y va a quedar constancia de que es falso.

Cierra los ojos un segundo y vuelve a abrirlos.

—Dilo —susurra.

No finjo no saber a qué se refiere.

—Tú no hiciste nada malo —le digo, y soy directo—. No te merecías nada de esto, y no eras la responsable de limpiar la violencia de otra persona, ni eras la responsable de la historia que construyeron para atraparte.

Traga saliva y vuelve a asentir, aferrándose a mi camisa como si necesitara algo sólido.

—He terminado de dejar que ellos me escriban —dice.

—Lo sé —respondo—. Y ellos han terminado de escribir nada sobre ti.

Exhala y sus hombros caen de una forma que no había visto desde antes de que huyera; no es algo dramático ni ruidoso, pero es real.

Me inclino y le doy un beso en el pelo, y no digo nada más, porque esta parte no necesita discursos.

Esta parte necesita una puerta cerrada, una habitación tranquila y el hecho de que, por una vez, los que intentaron controlar el resultado son los que están bajo custodia.

Lila alza su rostro hacia el mío y su voz es firme. —Vale. Ahora miremos hacia delante.

—Sí —respondo, y lo digo en serio—. Vámonos a casa. A menos que...

—A tu ático. —Ella asiente—. Pero vamos a redecorar.

Suelto una carcajada cálida. —Hecho.

25

LILA

En este lugar no celebramos las victorias con champán ni discursos y, gracias a Dios, porque preferiría masticar cristales antes que aguantar un monólogo romántico sobre «nosotros» mientras el mundo todavía huele ligeramente a salas de tribunales y venganza.

Lo que sí tenemos es pizza sobrante, un portátil cerrado y a Ethan moviéndose por la cocina como un hombre que intenta actuar con normalidad mientras su cerebro sigue rastreando salidas, ángulos y amenazas que ya no están.

Está sin camiseta, lo cual no ayuda a mi concentración, y sostiene un plato como si fuera una propuesta de negocios.

—No tengo hambre —miento.

Él se gira, arqueando una ceja; no dice nada, pero su boca hace ese pequeño gesto de inclinación que significa que me ha oído y lo ha archivado en la carpeta de tonterías adorables.

—Come —dice él.

Cojo el plato, lo miro con mala cara, luego lo miro a él, y él se limita a observar como si mi berrinche formara parte del plan de

alimentación.

—No quiero comer —repito, pero luego cedo y doy un mordisco de todos modos, ya que mi cuerpo lleva meses funcionando a base de adrenalina y despecho, y probablemente sea hora de dejar de intentar alimentar un embarazo con pura actitud.

Él apoya la cadera contra la encimera y se cruza de brazos. En cualquier otra persona parecería algo casual, pero Ethan no hace nada de forma casual. Él es puro autocontrol.

—Habla conmigo —dice.

Trago saliva, me limpio la boca con el dorso de la mano y mantengo la voz firme aunque siento el pecho demasiado lleno. —Vale. Aquí es donde o bien arreglamos esto o seguimos dando vueltas a la misma pelea hasta que el niño vaya a la universidad.

Él entorna los ojos, concentrado. —Continúa.

—Huí —digo, y levanto un dedo antes de que pueda interrumpir—. Sé por qué huí, y tú sabes por qué huí, y también sé que aquello te dolió, y no voy a fingir que no fue así.

Él asiente una vez, despacio. No interrumpe. Eso importa más que cualquier disculpa.

—Y tú —continúo, con voz afilada pero no cruel—, tienes ese reflejo de llenar el espacio, y no siempre te das cuenta de que lo estás haciendo. Apareces, tomas el mando, haces planes, colocas a gente en las esquinas, y a una parte de mí le gusta, que es la peor parte.

Su mirada no se mueve. —No te gusta.

—Me gusta la seguridad —corrijo—. Me gusta la competencia. Me gusta saber que alguien puede manejar una situación sin perder los papeles. Lo que no me gusta es sentirme vigilada, ni sentirme gestionada, y no me gusta tener que luchar por respirar en mi propia vida.

Se pasa una mano por el pelo y el antebrazo se le tensa. Tengo que parpadear una vez para evitar que mi cerebro se desvíe del camino.

—Te escucho —dice.

Suelto un bufido. —Eso no es una solución.

—No —está de acuerdo él—. Pero es un comienzo.

Se separa de la encimera y se acerca, lo suficientemente despacio para que no me sienta acorralada, y eso es nuevo. Se detiene a la distancia de un brazo, y luego habla como si eligiera cada palabra a propósito, no para ganar, sino para ser comprendido.

—No quiero poseerte —dice—. No te quiero sumisa. No te quiero asustada. Te quiero viva, y te quiero cerca de mí, y quiero ser el lugar al que regreses por elección propia.

Se me aprieta la garganta y lo odio, porque no pretendo ponerme a llorar en la cocina como si esto fuera un drama televisivo.

—No te hablé de Gavin —admito, con la voz ronca—. No te conté toda la verdad, y parte de eso fue vergüenza, parte miedo, y otra parte fui yo tratando de proteger algo que no merecía protección: mi orgullo.

Sus ojos sostienen los míos. —No me debes tu pasado porque yo lo exija.

—No quería que me miraras como si estuviera rota —digo, y luego suelto una carcajada amarga—. Lo cual es de risa, considerando que estoy embarazada y me has visto vomitar dos veces por el estrés y una por las vitaminas prenatales.

Su boca hace un amago de sonrisa. —No estás rota.

Me encojo de hombros. —Estoy alterada.

—Sí —da un paso más, sin prisas—. Yo también.

Lo miro fijamente y me doy cuenta, de forma repentina e injusta, de lo cansado que parece bajo ese aspecto impecable. No cansado de una forma trágica. Cansado como se ponen los hombres cuando han cargado con la responsabilidad como un hábito, y entonces alguien a quien quieren hace que ese peso sea personal.

Añade: —Siento lo del deli. Siento haberte seguido y siento haberte hecho sentir que tus elecciones no importaban.

El pulso se me acelera y presiono la lengua contra los dientes, intentando que no me tiemble la voz.

—Me hiciste sentir así —digo.

—Lo sé —responde—. Y no te pido que lo olvides. Te estoy diciendo que voy a cambiarlo.

Quiero preguntar cómo, y quiero exigir pruebas, y quiero ser difícil, porque ser difícil es lo que me ha mantenido con vida.

En lugar de eso, hago lo que más me asusta.

Yo también doy un paso hacia delante.

—Vale —digo, tranquila a mi manera, es decir, de forma directa y honesta—. Esto es lo que necesito. Necesito que preguntes, no que asumas. Necesito que me dejes decir que no sin que actúes como si fuera un rechazo. Necesito que dejes de aparecer en mi vida como si fuera una inspección sorpresa.

Él asiente. —Hecho.

—Y necesito —continúo, con la voz quebrándose un poco— que entiendas que cuando me alejo, no estoy jugando. Estoy intentando respirar.

Él levanta la mano, pero se detiene, manteniéndola cerca de mi mejilla como si esperara permiso.

Se lo doy apoyándome en él.

Su palma envuelve mi cara, cálida y firme, y la simple estabilidad de su tacto hace que me escuezan los ojos.

—Puedo hacer eso —dice.

Trago saliva. —Bien.

Acaricia mi pómulo con el pulgar, luego retira la mano, y solo eso ya es una declaración de intenciones. Puede tocarme y también soltarme. Puede sujetarme sin atraparme.

—Bueno —digo, intentando aligerar el ambiente antes de ahogarme en sentimientos—. ¿Hemos terminado de ser idiotas?

Me mira un instante y luego sonríe de verdad. —Probablemente seguiremos siendo idiotas.

—Genial —murmuro—. Me encanta la coherencia de marca.

Él se ríe, y el sonido cambia algo en mi pecho, como si mi cuerpo finalmente creyera que la emergencia está terminando.

—Vístete —dice.

Parpadeo. —¿Perdón?

—Vamos a salir —responde—. Una cita. Dijiste que querías normalidad.

Entorno los ojos. —La gente normal no va de cita el día después de desmantelar una red de blanqueo de dinero.

—La gente normal no hace la mitad de las cosas que haces tú —dice él con calma—. Pero aun así te mereces una cena.

Quiero discutir. También quiero decir que sí tan rápido que resulta embarazoso.

—¿Qué tipo de cena? —pregunto, con sospecha.

—De las que tienen servilletas de tela —dice él—. De las que tienen menús sin fotos.

Suelto un gemido. —O sea, daños emocionales con guarnición de verduras con sobreprecio.

Coge su teléfono, pulsa la pantalla y me muestra la hora de la reserva. —A las ocho.

Miro hacia mi vientre y luego vuelvo a mirarlo a él. —No voy a beber.

—Lo sé —su mirada se desvía hacia mi boca medio segundo y vuelve a mis ojos—. Pero vas a tomar postre.

Maldita sea. Realmente quiero a este hombre.

Me ducho primero, luego paso demasiado tiempo mirando mi armario como si fuera un ataque personal. La mitad de mi ropa me parece inadecuada y la otra mitad me hace sentir que me estoy esforzando demasiado. Me decido por un vestido negro que se desliza por mi cuerpo sin ceñirse demasiado, y unos tacones con los que puedo caminar sin parecer un ciervo recién nacido.

Ethan espera en el salón con un traje que debería ser ilegal. Su corbata es sencilla, sus mangas impecables, y sostiene una caja pequeña en una mano.

Me quedo helada. —Si eso es una joya, me voy.

Su boca se ladea. —No es una joya.

Abre la caja y es un adorno para el móvil muy elegante, dorado y minimalista, con una sola palabra grabada: *AQUÍ*.

Lo miro fijamente y luego levanto la vista. —Esto es o muy tierno o de estar mal de la cabeza.

—Es práctico —dice él—. Tenlo en las llaves. Si alguna vez me necesitas, me mandas esa palabra. Sin explicaciones, sin debates.

Se me vuelve a cerrar la garganta y odio estar tan sensible, así que lo oculto tras el sarcasmo como la adulta madura que soy.

—Vaya, has inventado una batseñal para mi trauma.

—Para tu seguridad —corrige él—. Y para mi salud mental.

Lo cojo, rozando sus dedos con los míos al hacerlo, y lo guardo en mi bolso como si fuera un arma secreta.

El restaurante es de esos sitios donde el anfitrión saluda a Ethan como si lo estuvieran esperando, y la sala parece suavizarse a su alrededor como si el dinero tuviera su propia gravedad. Me preparo para las miradas, los susurros, para que alguien nos reconozca.

No ocurre nada de eso.

Es solo una cena. Solo luz cálida, mesas limpias y el murmullo de gente que vive vidas que no implican vigilancia ni venganza.

Nos sientan en un reservado de esquina y Ethan hace su escaneo de todos modos; sus ojos recorren la sala una vez y luego vuelven a mí. No sigue haciéndolo. Se relaja.

Eso importa.

Pedimos, hablamos y, durante veinte minutos, casi olvido cómo han sido nuestros últimos meses. Me pregunta por mi día, escucha sin mirar el móvil y hace un comentario irónico sobre la descripción de un plato que parece un reto.

—Creo que quieren pelearse con nosotros —digo, leyendo el menú.

—Perderían —responde él.

Por supuesto que dice eso.

A mitad del primer plato, Ethan se mueve, su mirada pasa por detrás de mí y luego regresa. —Ya están aquí.

Me giro.

Entran tres mujeres. Priya la primera, pelo brillante, mirada afilada, vestido que exhala confianza. Jo detrás de ella, más baja, sonrisa más amplia, el tipo de persona que parece amable hasta que te das cuenta de que lo está registrando todo. Dani la última, alta y

radiante, con las mejillas sonrosadas por el frío, ya sonriendo como si estuviera encantada de formar parte de una historia.

Se me encoge el corazón.

Hace meses que no las veo, ni siquiera les dije dónde estaba, y ahora están aquí, y me siento expuesta de la mejor y la peor manera posible.

Priya me localiza y me señala, luego camina hacia nosotros como si entrara en una reunión.

—Lila Bennett —dice.

Me levanto, ella me sujeta por los hombros y me examina como si buscara moratones.

—Pareces viva —dice.

—Es mi nueva estética —respondo.

Exhala y luego me atrae hacia un abrazo lo suficientemente fuerte como para que me escuezan los ojos. Jo y Dani se amontonan también, y de repente estoy en un sándwich de tres personas hecho de perfume, calidez y enfado.

Dani se aparta primero, mirando mi vientre y luego mi cara. —No me lo digas —dice, ya sonriendo—. No.

Miro a Ethan con severidad por encima de sus hombros. Él está sentado allí, sereno, con las manos cruzadas, observándome como si se preparara para el impacto.

—Estoy embarazada —admito.

Jo se queda helada y luego suelta un suspiro. —Madre mía.

La mirada de Priya se afila de nuevo. —Vale —dice, y luego mira a Ethan como si estuviera tomándole las medidas—. Conque tú eres él.

Ethan se levanta, educado y tranquilo, y le ofrece la mano. —Ethan Cross.

Priya no le da la mano de inmediato. Le sostiene la mirada y luego se la estrecha, con firmeza.

—Soy Priya —dice ella—. Esta es Jo, y ese gremlin del caos es Dani.

Dani sonríe radiante. —No soy un gremlin, soy un concepto.

La boca de Ethan se curva ligeramente. —Encantado de conoceros.

Jo se inclina hacia mí, con voz baja. —¿Estás bien?

Asiento, y lo digo de corazón. —Ahora sí.

Priya no le quita el ojo a Ethan. —Bien —dice, y luego señala el asiento a mi lado—. Nos unimos.

Ethan no discute. Simplemente hace una señal al camarero y pide que añadan sillas como si este hubiera sido el plan desde el principio.

La cena se convierte en risas, y no de esas forzadas. Priya cuenta una historia sobre un cliente que intentó pasar un yate como gasto de «fomento de equipo». Jo describe una cita desastrosa de la que escapó fingiendo que la habían llamado del trabajo, y Dani dice que hace poco se libró de una multa por exceso de velocidad llorando, y que luego se molestó cuando el policía le dio pañuelos como si fuera una niña.

Ethan escucha, añade algún comentario de vez en cuando y no domina la mesa. Me observa a mí más de lo que habla, y yo lo siento: esa atención constante, la forma en que sigue mis reacciones sin convertirlo en control.

En un momento dado, Priya levanta su copa de agua con gas y la choca suavemente contra la mía.

—Por el hecho de que sigas aquí —dice.

—Por el hecho de que soy testaruda —respondo.

—Por el hecho —añade Dani, sonriendo— de que vas a tener a una personita y esa personita va a tener a las mejores tías y al padre más aterrador.

Ethan arquea una ceja. —¿Aterrador?

Jo sonríe. —Yo no he inventado las reglas.

Él parpadea una vez y luego asiente, aceptándolo como un contrato que realmente desea.

—Necesito ir al baño —digo después del postre, en parte por cuestiones del embarazo y en parte para respirar un segundo.

Priya me señala con el tenedor. —Escríbeme mañana.

—Lo haré —prometo.

Me escabullo, llego al baño y me encierro en un cubículo. Exhalo con fuerza, presionando la mano contra mi vientre como si fuera lo único estable en mi mundo.

—Vale —susurro—. Vamos a por ello.

Mi teléfono vibra.

Ethan.

Miro la pantalla como si pudiera portarse mal.

Luego otra vibración.

Y otra más.

Abro los mensajes y mi pulso empieza a subir de una forma que no tiene nada que ver con los desmayos.

Ethan: Estás demasiado guapa esta noche.

Ethan: Te he estado observando fingir que no lo sabes.

Me muerdo el labio, pero me detengo, ya que eso me delata y estoy sola en un cubículo de baño, que no es el lugar para empezar a actuar como la heroína de una novela romántica.

Le respondo.

Yo: Literalmente estoy meando. Ten modales, por favor.

La respuesta llega rápido.

Ethan: No.

Ethan: Te estoy imaginando con ese vestido y pensando en lo que hay debajo.

Aprieto los muslos y odio a mi cuerpo por ser tan fácil.

Escribo con una mano, mientras la otra sigue sobre mi vientre.

Yo: Las chicas están ahí mismo.

Ethan: Son tus amigas. Ya saben que eres un peligro.

Ethan: Quiero que vuelvas a la mesa con esa cara de tranquilidad y quiero que sepas que te vas a casa conmigo.

Siento la piel caliente, mi respiración cambia y mi cerebro intenta fingir que esto es inoportuno.

No lo es.

Yo: ¿Estás intentando que me arresten por escándalo público?

Ethan: Estoy intentando que te mojes en un cubículo de baño.

Me atraganto con una carcajada y luego me presiono los nudillos contra la boca, con los ojos muy abiertos.

Aparece otro mensaje.

Ethan: Tócate el muslo.

Ethan: Solo una vez. Despacio.

Se me revuelve el estómago y miro las palabras como si fueran una orden y una promesa al mismo tiempo.

Escribo.

Yo: Estás loco.

Ethan: Soy paciente.

Ethan: Y te gusta que te diga lo que quiero.

Me tiemblan los dedos y suelto un juramento entre dientes; luego deslizo la palma por el muslo, justo por encima de la rodilla, y todo mi cuerpo reacciona como si hubiera estado esperando permiso.

Trago saliva con dificultad y le respondo.

Yo: Vale. Y ahora qué.

Su respuesta llega de inmediato, como si la hubiera estado reteniendo.

Ethan: Sal.

Ethan: Mírame cuando te sientes.

Ethan: Sonríele a Priya como si no pasara nada.

Ethan: Y mantén las piernas cruzadas, porque voy a pasarme el resto de la noche imaginando lo que te voy a hacer cuando lleguemos a casa.

Cierro los ojos un segundo, mi respiración se vuelve más rápida y vuelvo a presionarme los dedos contra el vientre como un hábito para mantener los pies en el suelo.

Entonces mi teléfono vibra una última vez.

Ethan: Dime que lo quieres.

Me quedo mirando esa frase, con la cara ardiendo y el pulso disparado por todas partes, y me doy cuenta de que así es

exactamente como acabo metida en líos, ya que soy testaruda, estoy excitada y Ethan Cross es, al parecer, el tipo de hombre que usa el postre y una visita al baño como armas.

Escribo tres palabras y esta vez no me tiemblan las manos.

Yo: Sí que quiero.

Luego abro el cubículo, me lavo las manos como una persona normal y ensayo mi cara de tranquilidad frente al espejo, ya que estoy a punto de volver a esa mesa con mis amigas, mi jefe y mi futuro, y ya solo pienso en llegar a casa.

26

LILA

Una vez que hemos vuelto, abre la puerta y me deja entrar primero.

Ese simple gesto hace que mis nervios vibren, ya que ha estado haciendo eso toda la noche: estar lo bastante cerca para sentirlo pero no para tocarlo. Su mano se demora en mi espalda, firme, posesiva pero sin presionar; luego se aparta y cierra la puerta.

Me giro, ya acalorada, esperando que me acorrale.

No lo hace.

Se quita la chaqueta, deja el móvil sobre la encimera y camina hacia la cocina como si hubiera dado la noche por terminada. Sin beso. Sin manos. Sin reclamos.

—Ethan —digo.

Él no me mira. —Sube.

Parpadeo. —¿Eso es todo?

—Esa es la instrucción.

Suelto un bufido, pero mis pies se mueven de todos modos. Esta vez me observa pasar, con ojos lentos e indescifrables, y esa falta de

reacción se siente como un desafío que no he aceptado pero que tengo toda la intención de ganar.

Subo las escaleras, con el pulso subiendo conmigo, y no cierro la puerta del dormitorio. Me siento en el borde de la cama, todavía con el vestido puesto, tras haberme quitado los tacones de una patada en algún lugar detrás de mí, e intento calmar mi respiración como si no hubiera pasado toda la cena imaginando su boca sobre mí.

Mi móvil vibra.

Ethan: Apóyate en el cabecero. No te quites el vestido.

Trago saliva y lo hago. La tela se me sube por los muslos al reclinarme y no la coloco. Dejo que mis piernas se abran, lo justo para sentirme expuesta, y espero.

Otra vibración.

Ethan: Quítate las bragas. Despacio. Quiero saber que me escuchas.

El calor me sube por el cuello. Deslizo la mano bajo el dobladillo, engancho los dedos en la tela y la bajo lentamente por mis piernas, dejando que caiga al suelo.

Yo: Hecho.

Hay una pausa lo bastante larga como para ponerme inquieta.

Ethan: ¿Tienes las piernas abiertas?

Miro hacia abajo y luego las separo un poco más.

Yo: Sí.

Ethan: Bien. No te toques todavía.

Mi cuerpo no agradece esa instrucción, pero la sigue de todos modos. Me muevo, tensando los muslos, con la respiración entrecortada, y me quedo mirando al techo como si eso pudiera ayudar.

Otro mensaje ilumina la pantalla.

Ethan: Sigo abajo.

Lo imagino allí, sin la chaqueta, con las mangas remangadas, apoyado en la encimera como si estuviera decidiendo hasta dónde presionarme.

Yo: Me he dado cuenta.

Ethan: ¿Ah, sí? ¿O estás demasiado ocupada pensando en lo mojada que estás?

Me arden las mejillas. No lo niego.

Ethan: Cuéntamelo.

Dudo.

Yo: Puedo sentirlo. Cada vez que me muevo.

Su respuesta llega de inmediato.

Ethan: Desliza la mano por la parte interna del muslo. Para antes de llegar a donde quieres tocarte.

Lo hago, arrastrando los dedos lentamente, deteniéndome justo antes; mis caderas se elevan sin permiso. Un sonido leve se me escapa antes de que pueda evitarlo.

Ethan: Mantén la mano ahí.

La mantengo.

Ethan: Estoy al pie de la escalera ahora.

Se me entrecorta la respiración. Miro hacia el umbral, con el corazón acelerado, pero él no aparece.

Ethan: ¿Quieres que suba?

Yo: Sí.

Ethan: Todavía no.

Cierro los ojos con fuerza, con la frustración y el calor enredándose.

Ethan: Estás temblando. Sé que lo estás.

Yo: Lo estoy.

Ethan: Abre más las piernas.

Obedezco; el aire está fresco contra mi piel y mi cuerpo me duele de pura expectación.

Ethan: Ahora no te muevas.

Oigo entonces sus pasos en la escalera, lentos y deliberados, pero sigue sin entrar. Lo imagino apoyado contra la pared del pasillo, móvil en mano, mirándome solo a través de su imaginación.

Ethan: Estoy ante la puerta. No me mires.

Mi pulso se dispara.

Ethan: Dime qué quieres.

Escribo sin pensar.

Yo: Quiero tu boca. Quiero tus manos. Quiero que dejes de provocarme.

Otra pausa.

Ethan: Vas a quedarte ahí sentada sufriendo mientras te veo desmoronarte. Y cuando finalmente te toque, vas a estar suplicando.

Mi cuerpo reacciona con fuerza ante eso, apretando los muslos, con la respiración superficial.

Oigo el suave sonido de él moviéndose justo fuera de la habitación.

Ethan: Mantén las piernas abiertas —escribe—. No te muevas. No te corras.

Mi móvil vuelve a vibrar antes de que pueda serenarme.

Ethan: Estoy justo aquí.

Entonces la puerta chirría al abrirse detrás de mí.

Le oigo entrar —solo un paso silencioso, luego otro— y después, silencio.

No dice nada.

No hace nada.

Miro hacia el lado opuesto a la puerta, con el corazón en la garganta y la respiración atrapada entre el deseo y la rendición.

La cama se hunde a mi lado.

No es un movimiento completo. Solo lo suficiente para sentir su presencia, su peso y su calor cercanos y deliberados.

Él no habla. No pregunta.

Sus manos se posan en mis rodillas.

Están firmes. Calientes. Lo bastante grandes como para cubrir la mayor parte de mi muslo de una sola vez. Me aprieta —una vez, dos — y luego me separa más las piernas, exponiéndome ante su mirada.

Todavía totalmente vestida, todavía sin ser tocada, dejo que me coloque como si estuviera aquí para esto y solo para esto.

Mi móvil vibra por última vez en el colchón, a mi lado.

Ethan: Ni un sonido.

No tengo oportunidad de responder nada.

Porque su boca ya está sobre mí.

Caliente. Abierta. Hambrienta.

Sin preámbulos. Sin delicadeza. Solo lengua y presión e intención lenta y devastadora. Arrastra su boca por el calor húmedo como si estuviera saboreando una promesa y se negara a desperdiciar una gota.

Mi cabeza golpea contra la pared.

Casi rompo la regla —casi emito un sonido— cuando su lengua describe círculos justo ahí, lento y concentrado, como si estuviera aprendiendo quién soy de nuevo desde cero.

Se aparta lo justo para decir, en voz baja contra mi piel: —Has seguido cada instrucción. Y ahora vas a quedarte ahí tumbada y a recibir exactamente lo que te has ganado.

Luego vuelve a hundir su boca.

Sus manos sujetan la parte interna de mis muslos, manteniéndome abierta e inmóvil, y su lengua se mueve como si estuviera deshaciéndome a propósito: aplanándose, dando toques, provocando, succionando. Cada segundo hace que mi columna se arquee, que mis caderas den sacudidas, que mis dedos se enreden en las sábanas.

Gruñe cuando me muevo.

Como si le complaciera saber que ya no puedo controlarlo.

Como si se excitara con cada espasmo, con cada respiración ahogada que intento no emitir.

Cuando sella su boca sobre mí y succiona con fuerza, mi visión se vuelve blanca por los bordes.

Luego lo hace otra vez. Y otra.

Mis piernas se cierran alrededor de sus hombros mientras llego al orgasmo, temblando tanto que creo que voy a desmayarme. Mi cabeza cae hacia atrás de nuevo, con los labios entreabiertos, sin aire suficiente ni siquiera para romper la regla y gritar. Su agarre

solo se intensifica, anclándome como si fuera él quien evitara que me desmorone por completo.

Entonces se mueve.

Sin una palabra, sin dejarme siquiera recuperarme, se pone de rodillas entre mis piernas. Apenas logro asimilar el cambio antes de que me agarre de las caderas y me arrastre cama abajo, rápido y con brusquedad, hasta que quedo tumbada de espaldas con las piernas colgando por el borde. El golpe de aire frío de la habitación contra mi piel cubierta de sudor me hace jadear.

Él sigue totalmente vestido.

Siento el peso de su hebilla abierta presionando mi muslo mientras me sube el vestido, amontonándolo en mi cintura y exponiendo cada centímetro húmedo y trémulo de mí que acaba de arruinar.

Entonces... entra.

Una embestida fuerte, enterrado hasta la base, con su respiración agitada contra mi cuello mientras se queda quieto, solo por un segundo.

Suelto un grito, mi cuerpo se sacude; las réplicas de mi orgasmo todavía me hacen tener espasmos. Su envergadura es demasiado y a la vez no es suficiente, familiar y nueva al mismo tiempo, y no puedo pensar en medio del torrente de sensaciones que golpea mis nervios.

Me levanta una pierna y la coloca sobre su hombro, forzando mi cuerpo a abrirse en un ángulo más agudo. La nueva posición hace que lo sienta en todas partes, como si estuviera reorganizando algo en mi interior.

—Joder —murmura contra mi mandíbula—. Eso es. Estás tan mojada que puedo sentir tu pulso a mi alrededor.

Mis dedos se aferran a las sábanas.

No me da tiempo a adaptarme. Se retira despacio —tan despacio que casi me mata— y luego vuelve a arremeter hacia adelante, con más fuerza. El sonido de ello es obsceno: húmedo, sucio, implacable. Cambia su peso, agarra la parte inferior de mi muslo y empieza a follarme con un ritmo punitivo, con los ojos fijos en el lugar donde estamos unidos.

—Mira —dice—. Mira cómo tu cuerpo me recibe.

Lo intento. De verdad. Pero mis ojos se ponen en blanco a mitad de la siguiente embestida y no puedo aferrarme a nada más que a la sensación.

Se sale de repente y me da la vuelta con un fuerte tirón de mis caderas, presionando mi cara contra el colchón mientras me pone de rodillas de un tirón. Apenas proceso el cambio antes de que me penetre desde atrás, más profundo esta vez; el ángulo es brutal, perfecto. Vuelvo a gritar, con el sonido amortiguado por las sábanas, y él solo me aprieta más las caderas.

Su respiración es ahora entrecortada, justo en mi oído. —Todavía no te puedes volver a correr.

Niego con la cabeza aunque quiera hacerlo. Lo quiero *todo.*

Una de sus manos se desliza por mi espalda y se enreda en mi pelo, tirando de mí hacia arriba hasta que quedo arqueada contra él, todavía atravesada por él, todavía luchando para que mi cuerpo no se desmorone por los temblores.

—¿Sientes eso? —pregunta, con voz baja y afilada.

Asiento, jadeando.

—Eso es lo que te da la obediencia. Pero si quieres más —embiste una vez, con la fuerza suficiente para sacarme el aire—, tendrás que ganártelo.

Luego vuelve a retirarse y, antes de que pueda lloriquear por la pérdida, me empuja hacia adelante y me separa más las rodillas. Se

agacha detrás de mí, su pecho contra mi espalda, y su mano se desliza entre mis muslos para acariciarme una sola vez: firme, posesivo, sabio.

Ya estoy temblando de nuevo.

Él se endereza y entra en mí lentamente esta vez, con ambas manos sujetando mis caderas; la dilatación es más intensa en este ángulo.

Se queda quieto una vez que está sentado profundamente, con sus caderas pegadas a las mías.

—Dilo —raspa—. Di a quién perteneces.

—A ti —jadeo—. Ethan... por favor...

Pero todavía no se mueve.

Solo se queda ahí, dentro de mí, dilatada y temblando, con su aliento caliente en mi piel y su miembro palpitando como si se estuviera conteniendo por un hilo.

Y entonces, justo cuando creo que voy a morir por la inmovilidad, balancea sus caderas —una vez, lenta y profundamente— y mi visión vuelve a hacerse añicos.

No se retira.

Se queda enterrado en mí mientras se pone de pie, con una mano cerrada alrededor de mi cintura y la otra deslizándose bajo mis muslos para levantarme como si no pesara nada. Mis piernas se apresuran a engancharse a él, pero no me da tiempo a adaptarme. Cruza la habitación conmigo todavía envuelta en su polla, cada paso hundiéndolo más profundamente, con más fuerza, hasta que tengo que echar los brazos hacia atrás para aferrarme a sus hombros solo para sostenerme.

Se detiene ante la ventana.

Cristal de suelo a techo. Las luces de la ciudad se extienden infinitas y brillantes. Es pasada la medianoche y todo el maldito horizonte

nos está mirando.

Cambia su agarre y me baja, no al suelo, no a la cama, sino *contra* la ventana. Mis palmas golpean el cristal frío y mi aliento empaña el cristal frente a mí.

Apenas puedo recobrarlo antes de que me embista de nuevo, con la fuerza suficiente para hacerme dar una sacudida hacia adelante con un grito.

—Mantén las manos ahí —gruñe detrás de mí, con voz oscura y cruda—. Deja que vean lo bien que te ves así.

Mi pecho se presiona contra el cristal. Mi mejilla también. Asiento, jadeando, y él vuelve a follarme.

Plas.

Mis caderas golpean la ventana con la fuerza del impacto.

Plas.

Otra vez. Más fuerte.

Mi cuerpo se sacude con cada movimiento. El cristal está frío contra mi piel, pero yo estoy ardiendo en todo lo demás, sofocada, destrozada, goteando.

—¿Oyes eso? —murmura contra mi cuello, con la lengua arrastrándose lentamente por su curva—. Es tu coño rebotando contra la ventana. Lo suficientemente fuerte como para que haga eco.

Gimo, con las uñas arañando el cristal, demasiado destrozada para que me importe nada más que la siguiente embestida.

—Te ves *obscena* así. El vestido subido. Las piernas abiertas. Las tetas aplastadas contra el puto cristal. Solo un agujero para que yo lo llene.

Otra embestida. Otro choque de caderas contra la piel, fuerte e implacable.

—Querías esto —alienta—. Querías que te usaran. Que te poseyeran. Estabas *esperando* a que pasara.

—Sí —jadeo—. Sí... por favor...

Desliza su mano por mi costado, con los dedos recorriendo posesivamente mi cadera, y luego entre mis piernas. No deja de moverse mientras me toca allí; simplemente se suma a ello, con sus embestidas lentas y profundas ahora, sus dedos acariciando en tándem con cada vaivén de su polla.

Casi me desplomo.

—Mantente erguida —espeta—. No te atrevas a bajar esas manos.

Obedezco, temblando, con la boca abierta contra el cristal, y él *gruñe* detrás de mí como si le hubiera dado algo vital.

—Buena chica.

El elogio cala más hondo que las embestidas. Mi cuerpo late a su alrededor y él lo siente; suelta una risa baja y sucia en mi oído.

—¿Te gusta eso? Claro que sí. Tan necesitada. Tan desesperada por aprobación que te derrites en cuanto te llamo buena.

Plas.

Plas.

Ya no soy más que terminaciones nerviosas. Puedo oír lo empapada que estoy cada vez que penetra. Es algo húmedo, ruidoso, crudo. Su polla arremete contra mí una y otra vez, y yo estoy presionando contra cada embestida sin siquiera proponérmelo.

—Vas a dejar mi ventana perdida —dice—. De lo mojada que estás.

Suelto un sollozo que podría ser de asentimiento.

—No te corras —dice, y yo *lloriqueo*, porque estoy a punto.

—Todavía no —añade, con voz de pecado—. No te lo has ganado.

Su mano se enreda en mi pelo y me tira hacia atrás contra él, mi columna se curva mientras me folla más fuerte, más profundo, con los sonidos más fuertes, más húmedos, más sucios. Mis pechos botan contra el cristal con cada embestida, los pezones rozando la superficie fría, y él lo observa todo en el reflejo: su expresión oscura, salvaje y hambrienta.

—¿Te ves? —gruñe—. ¿Ves lo que me haces, joder?

Asiento, pero no puedo respirar. No puedo hablar.

—Estás perfecta así —dice—. Cada centímetro de ti. Estas caderas... joder... fueron hechas para recibirme.

Plas.

—Dilo.

—Hechas para ti —jadeo, casi llorando de lo bien que se siente.

Me folla con más fuerza.

—Dilo otra vez.

—Hechas para ti, Ethan... por favor... *por favor*...

Su mano deja mi pelo y se cierra alrededor de mi garganta, no con fuerza, solo lo suficiente para anclar, para reclamar. Sus embestidas se vuelven irregulares, pero no pierde el control. Todavía no.

Estoy jadeando, ahogándome con cada embestida, y mis muslos tiemblan tanto que no sé cómo sigo en pie.

—No te vas a correr —gruñe en mi oído—. No hasta que yo lo diga.

Y asiento. Porque *necesito* obedecer. *Necesito* ganármelo. Aunque me esté desmoronando.

—Eres mía —gruñe—. Y cuando te deje correrte, vas a gritarlo.

Vuelvo a asentir.

Entonces me dobla solo un poco, con su mano extendida sobre mi zona lumbar, y me golpea con una fuerza que hace vibrar el cristal. Mi gemido se escapa, desesperado y crudo, pero sigo sin correrme.

—Eres mía —gruñe de nuevo, y esta vez hay un temblor en su voz.

Una advertencia.

Su mano se desliza de mi garganta por la parte delantera de mi cuerpo y vuelve a presionarse entre mis muslos, con los dedos empapados con todo lo que ya ha sacado de mí. Ya no bromea. No lo alarga. Simplemente hace círculos exactamente donde lo necesito, firme y concentrado, cada movimiento en sincronía con su polla arremetiendo en mi interior desde atrás.

Mis caderas se sacuden. Mis rodillas ceden.

Y siento que se inclina más, con su pecho pegado a mi espalda mientras me lo dice al oído, con voz áspera y definitiva.

—Córrete para mí. Ahora.

Todo detona en mi interior.

Todos los músculos se tensan a la vez, cada sonido que he estado conteniendo se desgarra en mi garganta. Mis manos golpean con más fuerza el cristal, mi frente se presiona contra la ventana mientras grito. Mi cuerpo se aferra a él como si no quisiera soltarlo nunca.

No se detiene.

No aminora la marcha.

Me folla justo durante el clímax, alargándolo hasta que jadeo y tengo espasmos, demasiado sensible para soportarlo pero incapaz de apartarme. Sus dedos permanecen exactamente donde están,

trabajándome en sincronía con cada embestida, manteniéndome en la espiral.

—Joder, mírate —gruñe, con la voz desquiciada ahora, perdiendo el control—. Eso es. Ordéñame la polla, nena. Eso es lo que quiero.

Lloriqueo algo inconexo y él *gruñe* detrás de mí: un sonido largo, bajo, gutural.

Luego arremete contra mí una última vez. Siento el golpe de calor cuando sus caderas se sacuden, con su miembro pulsando profundamente dentro de mí. Sus manos están ahora cerradas en mi cintura, con los dedos hincándose lo suficiente como para dejar marca, y su aliento sale de él en ráfagas rotas.

Sigue dentro cuando se inclina hacia adelante y presiona su boca en la parte posterior de mi cuello, respirando con dificultad contra mi piel húmeda de sudor.

—Joder —murmura, con los labios recorriendo la curva de mi hombro—. Te sientes irreal. Tan jodidamente estrecha. Tan bien.

No puedo hablar. Sigo abierta contra el cristal, con los muslos temblando y la respiración entrecortada en jadeos superficiales. Mi vestido está amontonado en mis caderas, mis piernas cubiertas con la evidencia de todo lo que acaba de hacerme.

Todavía no se retira.

Se queda ahí durante un largo rato más, con las manos acariciando mi cintura, como si estuviera memorizando mi forma. Sus pulgares acarician mi piel, lentos y constantes, trazando la curva de mis caderas como si no estuviera listo para terminar.

—¿Estás bien? —pregunta, con la voz más baja ahora. Más calmado.

Asiento, con la mejilla todavía apoyada en el cristal.

Se retira con un gruñido, lento y húmedo, y siento que desliza su mano entre mis piernas y termina allí.

—Estás preciosa —murmura.

Me estremezco.

Me da la vuelta, con una mano en mi espalda y la otra bajo mis muslos para volver a levantarme. Mis piernas se separan por instinto, flojas y dóciles, envolviendo su cintura mientras me lleva por la habitación.

Se sienta en el sillón, acomodándome en su regazo, con mi espalda contra su pecho. Sus brazos me envuelven, firmes y dándome seguridad, y su boca presiona un beso en el lado de mi cara.

—Has estado perfecta —dice en voz baja.

Me fundo con él, demasiado agotada para hablar, con el cuerpo todavía temblando ligeramente por la intensidad.

Deja que el silencio se prolongue un momento. —Sabes que esa ventana no volverá a ser la misma.

Eso me arranca un sonido suave: mitad risa, mitad gemido sin aliento.

—Dijiste que no me moviera —logro murmurar.

—Lo dije —dice—. Y has escuchado.

Sus dedos acarician perezosamente mi muslo. —Lo que significa que la próxima vez, te daré aún más.

EPÍLOGO: LILA

MESES DESPUÉS

Me despierto porque alguien me está mirando fijamente.

No de esa forma que da miedo, ni de esa en plan «te has dejado una ventana abierta», sino de la manera que hace que el aire se sienta cálido incluso antes de abrir los ojos. Parpadeo una vez, luego dos, y me encuentro a Ethan sentado en la silla junto a la minicuna, con los pies descalzos sobre la alfombra y la camisa abotonada a medias, como si se hubiera vestido a base de puras vibraciones y rabia.

No parece cansado. Parece despierto.

Parece que lleva tiempo despierto.

Tiene la mirada clavada en el pequeño bulto de la minicuna, y su expresión es tan concentrada que resulta casi graciosa. Me aclaro la garganta. —Señor.

Él no se mueve. —Ha respirado raro.

Lo miro fijamente. —Es una recién nacida.

—Ha respirado raro —repite, como si la que no razonara fuera yo.

Me incorporo despacio, porque mi cuerpo todavía está en esa fase posparto en la que cree que un simple movimiento es un proyecto en equipo. La habitación del hospital está en silencio, salvo por el suave zumbido de una máquina y algún que otro ronquido minúsculo de nuestra hija, que en este momento tiene la cara de alguien a quien no le impresiona nada el mundo entero.

Me inclino sobre la minicuna y la examino. Está bien. Está rosada, calentita y somnolienta, con los labios fruncidos como si ya estuviera juzgando nuestras decisiones.

—Está bien —susurro.

Ethan por fin me mira y, en el momento en que sus ojos se encuentran con los míos, algo en su rostro cambia. Las líneas duras se suavizan, pero la intensidad permanece. Se levanta, se acerca al borde de la cama y me besa la frente como si me estuviera contando a mí también.

—¿Estás bien? —pregunta.

Asiento y luego exhalo, porque esa pregunta todavía me llega al pecho. —Estoy bien.

Me toca la mejilla con el pulgar delicado, y juro que su control tiene un modo tierno que solo se activa conmigo y con nuestra hija.

—¿Dolor? —pregunta, y es práctico, porque es Ethan y trata los sentimientos como si necesitaran un plan y un plan de respaldo.

—Controlado —digo—. Adolorida, pero controlado.

Asiente una vez y luego vuelve a mirar la minicuna, como si comprobara que no se ha teletransportado en los últimos diez segundos.

—Voy a decirte esto —le digo—, y necesito que te lo tomes en serio.

Él levanta las cejas.

—Puedes parpadear —le digo—. Seguirá existiendo aunque parpadees.

Su boca tiene un tic. —Parpadeo.

—Te has quedado mirándola cuarenta minutos sin moverte.

—Eso no es exacto.

—Es extremadamente exacto.

Se inclina, me besa en la boca esta vez, lento y con cuidado, y luego apoya su frente contra la mía. —Es perfecta.

Se me cierra la garganta. Me lo trago porque, si empiezo a llorar otra vez, voy a acabar deshidratada y dramática, y ya tuve mi parte de drama ayer cuando le grité a una enfermera por ofrecerme trocitos de hielo como si fueran un regalo de Dios.

—Lo es —susurro—. No me puedo creer que esté aquí.

—Está aquí —repite él, con la voz más ronca de lo habitual—. Y tú has hecho eso.

Hago una mueca. —Lo hemos hecho los dos.

Me lanza una mirada. —No empieces.

Parpadeo. —¿No empieces con qué?

—No intentes convertir esto en una negociación —dice, bajo y seguro—. Tú la has gestado. Tú has hecho la parte difícil.

Quiero discutir, porque siempre discuto, y porque darle el mérito a él es mi mecanismo de defensa para no asustarme por lo mucho que lo quiero; pero entonces nuestra hija hace un ruidito que suena a queja y Ethan se gira tan rápido que parece que lo han entrenado para ello.

En dos pasos vuelve a estar junto a la minicuna.

—Está despierta —dice.

—Está haciendo un ruido —corrijo, porque no está despierta, solo está anunciando su existencia como una directora ejecutiva.

Ethan me mira por encima del hombro. —¿Qué significa?

Me río, lo cual me duele un poco, y me aprieto el vientre con la mano. —Significa que es un bebé.

—Eso no ayuda.

—Significa que tiene hambre, o está incómoda, o tiene sueño, o está enfadada, o simplemente se asegura de que sepamos que ella manda.

Ethan vuelve a mirarla y luego, con cuidado, como si manipulara algo de valor incalculable y a la vez explosivo, desliza las manos bajo ella y la levanta.

Se me corta el aliento de todas formas. Siempre me pasa cuando la sostiene.

Se la apoya contra el pecho y ella se calma casi de inmediato. Su cabecita descansa bajo la clavícula de él como si lo conociera de hace más de dos días.

El rostro de Ethan vuelve a cambiar; es algo sutil, pero lo veo. El miedo está ahí, ese tipo de miedo que aparece cuando te das cuenta de que el amor te lo pueden arrebatar, así que empiezas a planear cómo evitarlo. Traga saliva y luego la mece con suavidad.

—Le gustas —le digo.

—Le gusta la estructura —dice él, totalmente en serio.

Suelto un resoplido. —Tiene dos días.

Él la mira. —Voy a enseñarle desde pronto.

—¿Enseñar qué? ¿Gobierno corporativo?

Por fin sonríe, solo un poco. —Límites.

Lo observo un segundo, luego me muevo en la cama y me subo más la manta. Mi teléfono vibra en la mesita auxiliar y lo cojo por costumbre.

Se ilumina un mensaje de Ethan.

Lo miro fijamente y luego lo miro a él.

Sigue sosteniéndola. Sigue mirándola como si fuera el centro del universo.

Mi teléfono vuelve a vibrar.

Abro el hilo de chat.

Ethan: No te rías. Me está mirando.

Echo un vistazo a la minicuna y luego al bebé que tiene en brazos, que no lo está mirando. Está dormida.

Respondo con una sola mano.

Yo: Está dormida. Eres un dramático.

Mi teléfono vibra casi de inmediato.

Ethan: Estoy siendo observador.

Me tapo la boca para ocultar la sonrisa, porque la enfermera está a punto de entrar y no quiero parecer que me estoy enviando mensajes con mi marido mientras él está ahí de pie sosteniendo a nuestra recién nacida como un guardaespaldas de traje.

Pero lo estoy haciendo.

La enfermera llama y entra, alegre y silenciosa, y me pregunta cómo me encuentro. Examina al bebé, la piropea, me dice que es preciosa y luego pregunta si ya hemos elegido nombre.

Los ojos de Ethan buscan los míos.

Habíamos elegido un nombre, y lo hicimos hace meses, pero decirlo en voz alta se siente como hacerlo real de una manera para la que no estoy preparada. No porque no lo quiera, sino porque sí lo quiero, y ese tipo de deseo todavía me asusta.

Inspiro.

—Se llama Sofía —digo.

La enfermera sonríe. —Sofía. Es encantador.

Ethan lo repite en voz baja, como si se le estuviera grabando en los huesos.

—Sofia —murmura.

La enfermera termina y se marcha, y cuando la puerta se cierra, Ethan vuelve a mirarme, y la ternura de su rostro casi me deja sin respiración.

—Hola —digo, porque mi cerebro ha dejado de funcionar.

Se acerca más a la cama. —Hola.

—No me puedo creer que hayamos hecho a una persona —susurro.

Él asiente, sin dejar de mecer a Sofía suavemente. —La hemos hecho nosotros.

Ladeo la cabeza. —¿Vas a dejarla en la cuna?

Parece ofendido. —No.

Vuelvo a reír y luego hago una mueca de dolor. —Vale. Está bien. Quédatela. No voy a pelearme contigo.

—Bien —dice, y su voz suena satisfecha de una forma que me hace poner los ojos en blanco mientras mi corazón hace esa cosa estúpida y peligrosa.

La primera semana es un borrón.

Hay tomas y pañales y esos llantos diminutos que suenan a que el mundo se acaba. Estoy yo redescubriendo mi cuerpo, aprendiendo a sentarme sin soltar un taco, aprendiendo a aceptar ayuda sin convertirlo en una discusión.

Ethan se convierte en una máquina.

Controla los horarios, esteriliza biberones, pone alarmas, pide suministros antes de que se nos acaben y no actúa como si fuera gran cosa, lo cual es irritante porque sí es gran cosa y me entran ganas de zarandearlo por estar tan tranquilo.

Pero no está tranquilo, no del todo.

Simplemente funciona a pesar de todo.

También se vuelve, de algún modo, increíblemente tierno. Le cambia el pañal a Sofía como si fuera un ritual sagrado, y luego me mira como si esperara un elogio por no haberse desmayado.

—¿Quieres una pegatina? —le pregunto una noche, mientras la envuelve con la precisión de un hombre que embala un artefacto de valor incalculable.

Él me mira de reojo. —Quiero que duermas.

Entorno los ojos. —Eso no es una respuesta.

Se acerca y me planta un beso en la frente. —Duérmete, Lila.

—Odio cuando suenas así —murmuro.

—Lo sé —dice él, y la petulancia regresa durante medio segundo.

Para cuando llegamos a los tres meses, Sofía tiene unos mofletes que hacen que los extraños nos detengan por la calle, y tiene un pequeño ceño fruncido que es idéntico al de Ethan cuando algo no le impresiona.

También tiene mis pulmones.

Lo que significa que sabe gritar.

Estamos en la cocina una tarde, con el sol dando en el suelo y Sofía en su hamaca con un juguete por el que está perdiendo el interés agresivamente. Estoy haciendo café y Ethan está detrás de mí, trasteando con el teléfono.

Le echo una mirada. —No vas a trabajar.

—No estoy trabajando —dice.

—Estás escribiendo.

—Estoy escribiendo.

Me giro con una ceja levantada. —¿En tu oficina? ¿Con tus manos de director ejecutivo? ¿Estando tu hija en la habitación?

Él levanta la vista despacio. —Estoy enviando un mensaje.

—¿A quién?

Sus ojos se desvían hacia Sofía y luego vuelven a mí. —A ti.

Mi móvil vibra.

Lo miro fijamente. —¿Hablas en serio?

Habla totalmente en serio.

Cojo el teléfono y abro el mensaje.

Ethan: Estás muy guapa en mi cocina.

Parpadeo.

Vuelvo a mirarlo y él me observa como si supiera exactamente el efecto que eso me produce.

Le respondo.

Yo: Llevo unos leggings manchados y una camiseta de lactancia.

Su respuesta llega rápido.

Ethan: Sigues siendo mía.

Se me da un vuelco el estómago, y es ridículo porque estoy de pie en mi propia cocina, tres meses después de dar a luz, sosteniendo granos de café como si fueran un arma, y sigo sintiendo que estoy a punto de cometer una imprudencia.

Miro a Sofía.

Se está mirando su propia mano.

Escribo.

Yo: Por favor, deja de enviarme mensajes eróticos delante de nuestra hija.

A Ethan le tiembla la comisura de los labios.

Ethan: No sabe leer.

Le lanzo una mirada fulminante.

Yo: Puede sentir las vibraciones.

Ni siquiera finge estar avergonzado.

Ethan: Bien. Que aprenda pronto.

Suelto una carcajada y de inmediato miro a Sofia, porque reírse demasiado fuerte parece como tentar al destino.

Sofía hace un ruidito de felicidad y la mirada de Ethan vuelve a suavizarse.

Entonces mi teléfono vibra.

Ethan: Ven aquí.

Levanto la vista. —Ya estás aquí.

Deja el teléfono sobre la encimera y luego se acerca a mí, con las manos deslizándose hacia mis caderas. Baja la voz. —No me refiero al teléfono.

Se me calienta la cara al instante.

—Ethan —le advierto.

Me besa en el lateral del cuello, de forma rápida y ligera, y luego se aparta lo justo para mirarme. —Tenemos diez minutos antes de que decida que odia ese juguete.

—No los tenemos —susurro, porque tenemos quizá treinta segundos, pero su confianza es contagiosa y también desesperante.

Él sonríe. —Los tenemos.

—Tu optimismo es estúpido.

Sus manos me aprietan ligeramente. —Ven aquí, Lila.

Exhalo y luego me dejo llevar.

No sé exactamente cuándo nuestra vida se convirtió en esto. El caos suave de un bebé, las rutinas cálidas, el poder silencioso de que él esté presente cada día y la forma en que sigue mirándome como si fuera lo único que desea.

Tampoco sé cuándo el miedo dejó de llevar las riendas.

Gavin, Victoria y Sabrina cayeron de un plumazo, hace ya meses, y las consecuencias fueron ruidosas, caóticas y satisfactorias. Ethan no solo acabó con ellos, sino que borró sus accesos. Arrancó las raíces, cerró los cabos sueltos y se aseguró de que nadie pudiera volver a tocarnos sin sufrir las consecuencias.

Hubo fechas de juicios. Hubo reuniones. Hubo titulares que evité leer porque no quería que mi felicidad se contaminara con sus nombres.

También hubo aquella noche en que Ethan llegó a casa tras la última vista, dejó el teléfono en la encimera y dijo: «Se acabó».

Le había mirado como si no le creyera.

Entonces se acercó a mí, me puso las manos en la cara y me besó como si estuviera sellando aquello en la realidad.

—Se acabó —repitió, y por primera vez en mi vida, me lo creí.

Ahora, en nuestra cocina, con Sofía haciendo ruiditos de fondo, Ethan desliza una mano bajo mi camiseta y me acaricia un pecho como si fuera algo familiar, como si fuera su hogar, como si no estuviera pidiendo permiso porque ya lo tiene.

Aun así, me estremezco.

—Estás distraída —susurra.

Me besa la mandíbula. —Estoy concentrado.

—Literalmente estás intentando excitarme mientras sostengo granos de café.

Se detiene y luego mira los granos de café como si le hubieran ofendido. —Déjalos.

Lo hago.

Me empuja contra la encimera, con la boca de nuevo en mi cuello, y mi teléfono vibra una vez más porque, al parecer, está comprometido con este numerito.

Echo la cabeza hacia atrás. —¿Me estás mandando mensajes mientras me besas?

Ni siquiera se inmuta. —Míralo.

Cojo mi teléfono y abro el mensaje.

Ethan: Esta noche, después de que se duerma, te voy a subir a la planta de arriba y no vas a convencerme de lo contrario.

Se me corta la respiración.

Le miro y sus ojos están oscuros, fijos y completamente calmados, como si no acabara de enviar eso a plena luz del día.

Le respondo con dedos temblorosos.

Yo: Qué atrevido por tu parte asumir que lo intentaría.

Su respuesta llega al instante.

Ethan: Lo harás. Siempre lo haces. Y aun así ganaré yo.

Trago saliva y vuelvo a mirar a Sofia.

Sigue bien. Sigue distraída. Sigue siendo pequeñita y estando a salvo.

Vuelvo a mirar a Ethan y se me curva la boca antes de que pueda evitarlo.

—Eres imposible —susurro.

—Soy constante —dice él.

—Eso no es el alarde que tú te crees.

Se inclina, me besa de nuevo y luego murmura contra mis labios: —Es exactamente el alarde que yo me creo.

Sofia elige ese preciso momento para soltar un ruidito agudo, una señal de advertencia de que su humor está a punto de cambiar.

Ethan levanta la cabeza. —Tenemos tiempo.

—No lo tenemos —le digo, pero mi voz ya está perdida.

Sofia arruga la cara y empieza a quejarse.

Ethan exhala y luego se aparta como un hombre que abandona a regañadientes un campo de batalla. Camina hacia su hamaca, se agacha y la coge con esa confianza cuidadosa que todavía me cautiva.

La acuna una vez, luego dos.

Ella se calma.

Él me mira con una expresión que dice: *¿Ves?*, y le odio por tener razón, pero también quiero besarle por existir.

Mi teléfono vuelve a vibrar.

Lo abro.

Ethan: *Diez minutos. Te lo dije.*

Miro la pantalla y luego a él.

Está sosteniendo a Sofía, acunándola con suavidad, completamente imperturbable, y parece el tipo de hombre que siempre consigue lo que quiere porque lo planea y luego lo ejecuta.

Respondo.

Yo: Si vas a ponerte arrogante, al menos sé útil. ¿Puedes calentar su biberón?

Responde al instante.

Ethan: Ya lo he hecho.

Parpadeo.

Luego me río, porque por supuesto que lo ha hecho.

Me acerco, apoyo mi hombro contra el suyo y beso la cabecita suave de Sofía. Huele a leche, a ropa limpia y a ese dulce aroma de bebé que te derrite el cerebro.

La mano de Ethan se desliza hacia la parte baja de mi espalda.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja; la pregunta real, la que siempre hace cuando cree que estoy cargando con demasiado.

Asiento. —Soy feliz.

Sus ojos sostienen los míos. —Bien.

Entonces, porque no puede evitarlo, su boca se ladea.

—Y esta noche —añade—, no te vas a escapar.

Pongo los ojos en blanco, pero mi cuerpo reacciona de todos modos.

—Ethan.

Me besa la sien. —Lila.

Sofía hace un ruidito de satisfacción, como si aprobara nuestras tonterías.

La miro y luego vuelvo a mirarle a él, y la siento: la extraña y constante paz de esta vida que construimos a partir del caos.

—Está bien —susurro—. Pero tú te encargas de la rutina de antes de dormir.

Sus ojos se agudizan, divertidos. —Eso es una trampa.

—Es un límite —digo, porque no me importa usar su propio lenguaje contra él.

Él asiente una vez. —Puedo manejarlo.

Mi teléfono vibra una vez más.

Lo abro.

Ethan: Yo lo manejo todo.

Miro el mensaje y luego le miro a él con las cejas levantadas.

Parece inocente.

Parece un mentiroso.

Escribo de vuelta.

Yo: Demuéstralo, señor consejero delegado.

La mirada de Ethan baja a mi boca y luego a mis ojos.

Acomoda a Sofia en sus brazos, segura y firme, y su voz es queda cuando dice: —Lo haré.

Sofía bosteza.

Ethan vuelve a acunarla y ella se tranquiliza.

Y me quedo allí, en nuestra cocina, tres meses después de empezar la maternidad, todavía con mallas manchadas, todavía sanando en lugares que nadie ve, y me doy cuenta de que estoy sonriendo tanto que me duele la cara.

Porque estamos bien.

Estamos más que bien.

Hemos dejado de huir y estamos en casa.

¿Te han gustado Lila y Ethan? Lee aquí el tórrido romance de mensajes eróticos de Lena y Gabe.